JOSEPHINE M. HOPKINS

Lo mejor de mí



Lo mejor de mí

JOSEPHINE M. HOPKINS



Primera edición digital: octubre 2025
Título Original: Lo mejor de mí
©Josephine M. Hopkins, 2025
©Editorial Romantic Ediciones, 2025
www.romantic-ediciones.com
Diseño de portada: Bel Martínez
ISBN: 979-13-990380-6-4

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Nota legal:

En este libro se mencionan únicamente títulos de canciones y los nombres de sus intérpretes. No se reproducen letras de canciones, respetando la Ley de Propiedad Intelectual vigente.

A todos los que están luchando contra sus temores e inseguridades,
frente a un espejo.
Con aquellas voces negativas que no hacen otra cosa que atormentar.
Jamás olviden lo fuertes y valiosos que son.
Pues la belleza no se basa por el físico o peso.
Sino por lo que uno guarda en su interior.
Pues es ahí donde se encuentra la verdadera belleza.

"Sólo se ve bien con el corazón; lo esencial es invisible a los ojos"
Antoine de Saint-Exupéry,
El Principito

PRÓLOGO

Me resulta irónico, que cuando alguien muere, en automático se convierte en ese ser amado, bueno y que todos admiraban. Todo el mundo acude al funeral, incluso aquellos que nunca tuvieron tiempo, ahora hacen hasta lo imposible para ver al difunto, y dedicarle con tanta devoción unos minutos, todos lloran desconsoladamente, mientras que viven del «hubiera» otros tantos, colocan costosos arreglos florales alrededor del ataúd, mientras que le dedican un bello discurso. En ese instante, nadie recuerda los defectos de la persona, sólo sus virtudes y justo delante de ese mismo ataúd, hacen promesas que después rompen.

Con el paso de los días, aquellos miles de arreglos florales se empiezan a marchitar, aquellas velas a desgastar, y los «era una gran persona y si tan sólo hubiera tenido tiempo para él o ella» se quedan en el olvido.

Dicen que cuando un ser querido muere, no significa que se vaya para siempre, porque entonces es que comienza a vivir eternamente en nuestros recuerdos y corazones. Al principio creía que eran simples palabras de consuelo que solían decir las personas, para mitigar el dolor de los afectados. Hasta que tuve mi propia perdida, aquella que a pesar del tiempo me sigue doliendo, y es que ni siquiera supe en qué momento sucedió, todo fue tan de repente, no pude estar al lado de él, para entrelazar sus dedos con los míos y pedirle que no me dejara. Sin embargo, ahora me encuentro, aquí, arrodillada delante de aquella solitaria tumba, suplicando que vuelva, mi vista se ve nublada, debido a las lágrimas que corren sin cesar por mis mejillas y es que no puedo concebir que ya no esté a mi lado.

Conocí a John Thompson, un trece de febrero, ocho días antes de que yo cumpliera diecinueve años, fue como si a propósito la vida misma lo hubiera puesto en mi camino, jamás imagine llegar a amar

a alguien con todas mis fuerzas, ni mucho menos que me llegaran a amar con la misma intensidad, aun conociendo cada uno de mis defectos. Él, me enseñó a aceptarme, tal cual soy, a valorarme, a luchar por lo que quiero… pero, sobre todo, me ayudo a desplegar mis alas para que volara.

Aún, cuando ya casi se cumple un año de su muerte, me sigue doliendo su ausencia, no hay día en que no lo recuerde, y me eche a llorar, sobre todo cuando llegan aquellas fechas especiales, y para mi mala suerte hoy es una de ellas, pues hoy cumpliríamos tres años de novios, tres años de habernos dado nuestro primer beso frente aquella rueda de la fortuna en Coney Island. Ahora lo único que me quedan son aquellas cartas y fotografías que tanto atesoro, mientras que de a poco voy reviviendo cada uno de los momentos que pase al lado de él, por un instante, los recuerdos se hacen presentes, haciendo que mi piel se erice y sienta como si todo aquello hubiera sucedido ayer…, los recuerdos son tantos que se galopan en mi mente y como una película lenta, empiezo a revivirlos.

1

Tuve que soportar ocho horas y media de vuelo, estaba tan cansada y nerviosa, que inevitablemente podía sentir un hueco en el estómago, debido a los nervios que ya empezaban a apoderarse de mí. ¿estarían felices de verme? ¿les gustaría mi aspecto? ¿me encontrarían bonita? me empezaba a hacer una y mil preguntas.

Desde que mi padre me dijo que estaba comprometida con Matthew Hamilton, no había hecho otra cosa que pensar en ello, y es que me resultaba inevitable no hacerlo, pues tal vez, él, me llegase a considerar poca cosa, era consciente de que él, gustaba de salir con jóvenes totalmente despampanantes, las típicas mujeres curvilíneas y bien dotadas, mientras que yo…, yo, era todo lo contrario, nunca fui una belleza, ni tampoco una chica que tuviera un cuerpo bien dotado y esbelto, desde que tengo uso de razón, mi madre, solía exigirme que no comiera tanto, además de criticar mi aspecto, pues seguía sin poder creer que no me pareciera a ella, tan sólo un poco.

Y por una parte no la culpaba, pues en su juventud, fue considerada una de las modelos más hermosas y cotizadas del medio, por lo que muchos esperaban que su hija, fuera una copia exacta y grande fue la decepción que se llevaron al darse cuenta de que no había sido así.

De manera inevitable, empiezo a recordar los peores días de la que se suponía debía ser una infancia feliz, pues en el colegio mis compañeros de clase solían siempre molestarme, pues acostumbraban a colocarme apodos un tanto ofensivos, obligándome a ya no querer regresar más. Al principio mis padres, pensaban que sólo eran exageraciones mías, hasta que un día, llegue a casa con el labio roto y un ojo morado, fue ahí, cuando decidieron hacer algo al respecto, y me enviaron a un colegio en Londres, donde, a decir verdad, había pasado los mejores siete años

de mi vida, sin embargo, como todo en la vida, lo bueno dura muy poco, pues ahora estoy de regreso a mi triste realidad, en un lugar que jamás había sentido que fuera mi hogar, un tanto deprimida, suelto el aire que llevo conteniendo, mientras derrotada bajo la mirada, deseando que esto sea una mentira, estoy tan concentrada en mis pensamientos pesimistas, que ni siquiera soy capaz de darme cuenta que alguien se ha parado enfrente mío, hasta que escucho una voz muy familiar, que me obliga a levantar la vista.

—Señorita Smith, Bienvenida a casa.

—¿Daniel? — digo sorprendida, poniéndome de pie—. Daniel, ¿en verdad eres tú?

—Así es, señorita Julieta—respondió dedicándome una cálida sonrisa—. Lamento haberla hecho esperar, pues jamás ha sido mi intención, sin embargo, tuve que enfrentarme a un horrible tráfico—informó con cierta vergüenza.

—Descuida, la verdad, ni siquiera sentí que haya esperado mucho, pues he estado pensando en lo que me espera aquí—dije con cierta incertidumbre—. Mis padres, ¿están en casa?

—El señor Smith, está en una junta muy importante, mientras que la señora Smith, se encuentra en el club con sus amigas.

—Vaya… olvidé que mis padres, vendrían a recibirme—solté con ironía, tomando mis maletas.

—No, permítame, señorita—se apresuró a decir el chofer—. Yo las llevaré—me dice quitándome las maletas y cargándolas él mismo.

Observo por última vez la sala del aeropuerto, antes de seguir a Daniel, quien ya iba unos cuantos pasos delante de mí, vuelvo a bajar la mirada al suelo, mientras guardo mis manos en los bolsillos laterales de mi pantalón, por más que intento estar tranquila, no lo consigo, así que instintivamente, empiezo a mirar a mi alrededor, buscando algo extraño, mejor dicho, buscando a los reporteros.

—No se preocupe, señorita, su padre jamás aviso sobre su regreso, es por eso por lo que no hay ningún reportero por ahí merodeando—informó, como si hubiera leído mi mente.

— Te lo agradezco mucho—atiné a responder, liberando de a poco el aire contenido.

—Entre, por favor, señorita—me dijo, abriéndome la puerta trasera, justo cuando lo hacía, Samantha, salía disparada a abrazarme.

—¡Jul! —exclamó muy emocionada, abrazándome con fuerza—. Te eche tanto de menos.

—Sam… yo también te he echado mucho de menos— dije, devolviéndole el abrazo con gran fuerza.

—Pero mírate, estás, preciosa—confesó, alejándose de mí—. Casi no te reconozco, me gusta que te hayas dejado crecer el cabello, adoro tus rizos.

—¿Cómo has estado, Sam?

—Estoy bien, al menos ahora— dijo, esbozando una gran sonrisa, aunque en sus ojos podía ver un dejo de tristeza—. Después de todo la vida sigue, ¿no?

—Perdóname por no haber podido estar contigo, cuando más me necesitabas.

—¿Perdonarte? —cuestionó con ironía—. De cierta manera estuviste conmigo, si mal no recuerdo cada noche hacíamos videollamadas, y me consolabas. Gracias, Jul, aquello significo mucho para mí— dijo tomando mis manos entre las suyas, para después dedicarme una cálida sonrisa.

—Señoritas— interrumpió Daniel—. Lo mejor, será que suban al auto, pues tenemos poco tiempo—informó, mirando su reloj de mano.

—¿Para qué? —pregunté curiosa.

—Los señores Smith, han planeado una cena de bienvenida para usted, en el hotel Plaza.

—No me sorprende— respondí con cierto sarcasmo, subiendo al auto, después de Sam, para acto seguido, fijar mi vista hacía las calles neoyorkinas, las cuales, seguían luciendo exactamente igual a como hacía siete años atrás, aunque ya me encontraba en casa, no me sentía así, pese a que había vivido parte de mi vida en un continente desconocido, lo sentía ya parte de mí, y, a decir verdad, ya quería regresar.

—Todavía no puedo creer que estés aquí— volvió a decir Sam con efusividad—. Prometo que nos divertiremos, ¿qué te parece si

mañana vamos al club o a pasear por Central Park?

—Nada me gustaría más, pero conociendo a mi padre, tal vez me obligue a socializar con...

—Matthew Hamilton—musitó con sorpresa—. Ese hombre, es un pedante y más ahora que ha ocupado el lugar de su padre. No te cases con ese hombre—suplicó—. Su familia es odiosa, ¿te imaginas tener a la viuda de Hamilton, como suegra?

Tan sólo escuchar aquel nombre, hacía que mi piel se me erizara, sobre todo al imaginarme a Laura de Hamilton, como suegra, aquella mujer tan frívola, acostumbrada a que se le tratara como si fuera de la realeza—. Qué más quisiera escapar de este compromiso. Lo único que quiero es poder ejercer como profesora de literatura—solté sin más, aún sin apartar mi vista de las calles.

—Dudo mucho que se te permita hacer aquello. O, tal vez tía Amber, pueda convencerlo, siempre logra salirse con la suya—soltó con cierta picardía.

Era verdad lo que Sam decía, mi madre siempre lograba salirse con la suya. Y al final mi padre terminaba cediendo ante todos sus caprichos, si no hubiera sido por la intervención de ella, nunca se me hubiera permitido quedarme un poco más de tiempo en Londres. Al final era algo que le estaba muy agradecida.

—Llegamos— informó Daniel deteniendo el vehículo y bajando de este, para después abrirnos la puerta. Casi enseguida, aparecía uno de los botones del hotel, para llevar el equipaje hasta nuestro pent-house. Apenas dar un paso en el interior del lujoso hotel. Los empleados nos saludaron con demasiada amabilidad, las sonrisas que esbozaban eran tan falsas, que por un instante me sentí asqueada. Sólo me limite a dar un muy frío y escueto, «Buenos días» Para después, ingresar al elevador.

—Quita esa cara de pocos amigos que traes—susurró Sam—. Los pobres hacen lo mejor que pueden para ser amables.

—¿También serían amables, si nosotras no perteneciéramos a una familia poderosa? —pregunté con cierta molestia.

—Tal vez… tal vez no— dijo dudosa.

—Detesto a la gente hipócrita y mentirosa. No soporto vivir en un ambiente tan superficial.

—¿Y, crees que a mí me agrada? No hay día en que anhele por un instante, ser una persona normal. La infelicidad, ya venía incluida, el día que nacimos.

—Lo lamento, Sam. Mi intención no era hacerte sentir mal.

—Descuida—inquirió, esbozando una pequeña sonrisa.

Casi al instante en que las puertas del elevador se abrían de par en par, un equipo de estilistas, ya estaba esperándome fuera de la habitación, ni siquiera me dieron tiempo para respirar o al menos para desestresarme, pues empezaron a darme ordenes, mientras hablaban entre ellos y me miraban de pies a cabeza, todo había sucedido tan rápido que ni siquiera me di cuenta de que Sam y Daniel, se habían marchado, ahora estaba sola con un grupo de desconocidos, me jaloneaban del brazo, me daban vueltas, me examinaban y cuchicheaban entre ellos, para después hacerme ingresar a la habitación junto con ellos.

—Tiene quince minutos para tomar una ducha, señorita Smith—informó una de las estilistas.

—Por Dios, ¿qué haremos con esas ojeras? Es un desastre—dijo con dramatismo Patrick, quien por cierto era el estilista predilecto de mi madre—. Tengo que hacer milagros, hoy.

—Ha llegado este paquete, regalo de la casa Chanel—canturreó con emoción otro de los estilistas.

—Tal vez, si le colocamos una buena faja, el vestido logre cerrar—se burló una rubia oxigenada, a lo que los demás la imitaron—. No voy a negar que tienes unos ojos muy bonitos y un cabello divino, pero tu peso…tu peso, sí que es un problema, deberías cuidar más lo que comes.

—Elena, eres cruel—se mofó Patrick—. Ahora, pon el paquete en la cama y por favor, apresúrense a preparar la bañera. No tenemos todo el tiempo y yo… yo tengo que hacer una misión titánica con esta jovencita.

—Todo saldrá bien, Patrick, no por algo eres el estilista predilecto de todas las modelos—animó, aquella rubia oxigenada, a la cual, a pesar de que no conocía, ya detestaba, me miraba como si fuera, alguien insignificante.

—Ay, ojalá, Elena. De lo contrario mi carrera y prestigio se irán a la basura, si no dejo presentable a esta niña— aquello fue lo último que alcance a escuchar, antes de que a empujones me hicieran entrar a la ducha.

El agua caliente cubría mi cuerpo, la esencia de cítricos y rosas me estaban relajando, por unos breves segundos me permití cerrar los ojos e imaginar, cómo sería mi vida, si fuera libre de decidir sobre mi futuro.

Aquel pensamiento, hizo que en mi rostro se dibujará una sonrisa, hasta que, dos mucamas ingresaron al baño abruptamente, una sosteniendo una toalla y la otra una bata, para después casi a empujones sacarme de la tina, de regreso a la pequeña sala, Patrick, me hizo sentarme en uno de los sillones.

—Debo admitir, que has heredado el bello cutis de tu madre. Posees unos ojos preciosos, pero es una lástima, que se vean opacados por esas horribles ojeras—murmuró Patrick, quien no tardo en colocarme unas esponjitas frías sobre los ojos, mientras me cepillaba el cabello, lo único que podía sentir, eran los fuertes tirones que me daba.

—Tráiganle un jugo de naranja y un sándwich de salmón—ordenó Elena con aquel tono autoritario.

—Deseo que sólo me traigan el jugo. —dije intentando reincorporarme en el sillón.

—¿Pero, que estás diciendo? —objetó—. No puedes consumir sólo eso—dijo incrédula—. Tráiganle, lo que ordené y no quiero escándalos.

—¿Qué se creía esa rubia tonta? me daban ganas de golpearla.

—La casa Chanel, ha sido tan generosa al haberte obsequiado uno de sus mejores diseños—volvió a hablar Patrick—. Haré, que esta noche luzcas como una princesa. ¡Ay! Ya quiero ver la cara de envidia, que pondrán las demás mujeres.

—No me interesa, lo único que quiero, es que acabé, este martirio — dije de mal humor.

—Eres una mal agradecida. ¿cuántas jóvenes, no querrían estar en tu lugar? —soltó con molestia, aquella rubia oxigenada.

—Supongo, que tú, eres una de ellas, ¿no? —pregunté con malicia.

—Suficiente las dos— intervino Patrick—. No quiero que inicie un pleito, no ahora, que no tenemos, mucho tiempo. Elena, tiene razón, eres una mal agradecida. Tienes una vida de ensueño, vistes y calzas marcas de los diseñadores más prestigiosos, te codeas con las personas más influyentes de América, viajas. Lo tienes todo.

—Excepto mi libertad y felicidad— susurré, tragándome mi coraje.

—Señorita Smith, aquí esta su sándwich y jugo— informó la señorita del servicio.

—Se lo agradezco— respondí, esbozando una sonrisa sincera, para después, darle un pequeño sorbo a mi jugo y casi al instante pude sentir, como mi garganta se refrescaba.

—¿Deseas, que te pase tu emparedado? —preguntó Patrick, quien había empezado a maquillarme.

—No, me quedare sólo con el jugo. Después de todo, no quieren que engorde— solté con ironía, dándole otro sorbo a mi jugo.

—No nos veas como si nosotros fuéramos los malos, sólo seguimos ordenes de tu madre— aclaró—. Además, no es bueno que estes pasada de peso.

Al escuchar aquel comentario, tuve que contenerme para no llorar y salir disparada de esa habitación.

A continuación, nadie dijo nada, lo único que se podía escuchar en la habitación, era el ruido que emitía la secadora, y los pequeños golpecitos que daban con las brochas del maquillaje sobre las paletas. Patrick, cada vez que colocaba una capa de maquillaje, se alejaba un poco para mirarme con detenimiento, se le veía nervioso e impaciente, mientras que Elena, con fuerza tiraba mechones de mi cabello para alaciarlo. Sentía que lo hacía adrede, pero debía contenerme, ya me tocaría a mí desquitarme.

Tras casi tres horas de martirio, finalmente estaba lista, pues llevaba mi cabello lacio, lucía un maquillaje de lo más natural pero elaborado, mismo que había logrado ocultar mis ojeras, pero lo que no terminaba por agradarme, era aquella odiosa faja, que no me

permitía respirar con facilidad, y que me había visto obligada a usar, para que aquel vestido negro entallado, que me había obsequiado la casa Chanel, me quedara bien, temía que en cualquier momento este se fuera a romper, y ni se digan las zapatillas, detestaba aquellas horribles zapatillas de tacón muy alto, me veía tan superficial, y eso me causaba repugnancia.

—Estoy tan orgulloso de mi gran obra de arte— dijo con beneplácito, mirándome de arriba abajo.

—No se te ocurra mojarte el cabello, mantente alejada de los ventiladores y los lugares calientes, o sino tu cabello se estropeará— advirtió, Elena, de mala gana—. No fue fácil, estilizar ese cabello horrendo que tienes, ahora me arrepiento de haberlo considerado si quiera lindo.

—Tenemos, quince minutos—interrumpió Patrick, empujándome por la espalda—. Elena, toma la cartera y abrigo de la señorita Smith. El auto está esperando en la entrada.

—¿Y, Sam? — atiné a preguntar, cuando me sacaban a empujones de la habitación.

—Ella, no importa, preocúpate por ti. No tenemos tiempo.

—Es mi prima, llegamos juntas y nos vamos juntas— dije más que molesta, deteniéndome de golpe.

—Julieta, lo más probable es que se haya adelantado, pues nos han dejado instrucciones claras, de que tú debes llegar sola a la cena. Son ordenes de tu…

—Padre— interrumpí, con ironía.

—Sabes que las cosas son así, ahora por favor, no me compliques más las cosas y camina.

Resignada, sólo me limite a apretar los puños, y contener mis lágrimas. Estaba realmente furiosa, toda mi vida, había sido así, los demás hacían las cosas por mí, y me trataban como si fuera una muñeca, jamás se me preguntaba qué era lo que quería, pues eso no importaba. Extrañaba tanto Londres, que rogaba por regresar, pero, de sobra sabía, que volver, ya no sería posible.

2

John

Desde que el señor Henry, anuncio que su hija regresaba de Londres, se encontraba muy estresado, en la compañía todo era un revuelo, pues los reporteros, intentaban conseguir una entrevista, deseaban saber todo sobre aquella joven, y siendo honesto, me había entrado curiosidad, la única foto que había visto de ella, era la que descansaba sobre el escritorio del señor Smith, ahí, se podía ver a una pequeña de mirada triste, que no pasaba de los diez años. En el tiempo que llevaba trabajando para el señor Henry, jamás le había escuchado hablar de ella, hasta, apenas dos días atrás, cuando dijo que apenas su hija pisara tierra americana, la comprometería con el heredero de los Hamilton, haciendo que de ese matrimonio naciera un nuevo emporio. Debía admitir, que sentía lástima por esa joven, ya que no era difícil suponer que su vida estaba lejos de ser perfecta y de ensueño, como los medios solían decir siempre.

Es verdad que admiro al señor Henry, ya que fundo Smith and Smith Corporation a los dieciocho años, convirtiéndola en una de las empresas más importantes de cosméticos y cuidado de la piel, a nivel mundial. Y todo se debe a la calidad que ofrece, ya que se toma muy enserio la selección de los ingredientes, así como los exhaustivos estudios de laboratorio, gracias al arduo trabajo del equipo, una vez que los productos salen al mercado, estos se agotan en minutos, pues la demanda es demasiado alta.

Por si fuera poco, la señora Smith, en su juventud, se posicionó como una de las modelos más importantes y pese a que ha dejado atrás el modelaje, creo su propia línea de ropa, la cual es también un éxito. En pocas palabras cada cosa que los Smith tocan lo convierten en oro, y no es para nada extraño, que sean una de las familias más prestigiosas de New York y que sus rostros aparezcan en las principales revistas de empresarios, aunque es una lástima que no pueda decir lo mismo de su hijo, pues Sebastián Smith, es el

típico, heredero arrogante, engreído y mimado, que cualquiera puede llegar a odiar. Cada vez que él viene a la compañía, nos mira como si fuéramos poca cosa, él no pide las cosas por favor, las ordena, y siempre gritando y ahora que lo pienso un poco mejor, tal vez la hija es igual o puede que hasta peor.

Al menos estaba agradecido, ya que al ser considerado un día **«Importante»**

trabajábamos medio día, sin embargo, lo que no estaba bien, era que se nos obligara a asistir a dicha cena. Para mí era uno de los peores castigos, odiaba a sobremanera ese tipo de eventos, pues el ambiente era demasiado superficial, no veías otra cosa que no fueran a los grandes magnates, fumando sus costosos puros mientras hablaban de negocios, y a sus herederos, aquellos mimados que no conocían el significado del arduo trabajo, pavonearse por todo el salón, mientras presumían sus caras adquisiciones, o de cuánto dinero habían malgastado en ellas, mientras pensaba con hastió, lo que tendría que soportar en unas horas, se acercó Alexander, con una sonrisa de oreja a oreja, divirtiéndose de lo lindo de mi cara de fastidio.

—John, hombre, quita esa cara de hastió que tienes— dijo en tono divertido—. Si no te conociera, diría que estás por asistir a un funeral.

—Es casi lo mismo— respondí, suspirando, mientras me ataba la corbata.

—No creo que sea tan malo, ¿o sí?

—Al menos sé que no voy a ser el único que va a estar aburrido.

—Es verdad, sobre todo yo, como subdirector me veo obligado a recibir y convivir con cada uno de los invitados… Al menos he practicado mis gestos.

—Yo también lo intento—aseguré.

—Pues no te estás esforzando lo suficiente.

Apreciaba mucho a Alexander, ya que, pese a su posición importante, era un hombre demasiado humilde, la primera vez que

lo conocí, fue cuando me entrevistó para el puesto de asistente, ya que se había hecho pasar por un asistente de recursos humanos. Durante la entrevista se mostró demasiado relajado y hasta bromista, haciendo que la entrevista me pareciera demasiado corta, para cuando esta terminó, yo ya había quedado dentro.

Sin embargo, lo curioso del caso, fue que termino revelándome su verdadera identidad, tres días después. Alexander Robinson, era la segunda persona de esta compañía, que me había apoyado, tanto en lo profesional como en lo personal. Pese a nuestra diferencia de edad y de estatus social, éramos muy afines.

—Sabes que no soy muy partidario de estos eventos— respondí.

—Te comprendo, pero, no hay que olvidar que esta noche ‘’la princesa” arribara—espetó con dramatismo y ese toque de gracia.

—No puedo creer que no la conozcas.

—La recuerdo como una pequeña. Desde que la enviaron a Londres, Henry, nunca más volvió a hablar de ella.

—Tal vez sea horrorosa y por eso el señor no habla de ella.

—Cuidado con esa lengua, tal vez termines tragándote tus palabras.

—Lo dudo mucho— solté con diversión—. Lo mejor será que nos demos prisa, si no queremos llegar tarde, aun cuando tú seas el vicepresidente, no te libraras de una buena reprimenda por parte del señor Henry.

—Ni me lo menciones, muchacho, cuando Henry, se pone en su plan de ‘’manda más” no hay quien lo soporte.

—Concordaba con Alexander, pues ni siquiera su esposa toleraba el mal genio del señor Smith.

Julieta

Tan sólo íbamos Daniel y yo, mientras él conducía muy concentrado y con la vista fija al frente, yo lo hacía en las calles neoyorkinas, realmente me sentía como si fuera una completa extraña, ni siquiera podía sentirme feliz al saber que volvería a estar con mi familia. Por momentos mi respiración se tornaba dificultosa, debido a la odiosa faja que me habían puesto, y ni qué decir del vestido, tenía tanto miedo de que este en cualquier momento se rompiera, y aunque había protestado para que no me la colocaran, como de costumbre, nadie me escucho. Ahora sólo me quedaba soportar todo estoicamente. Aparte mi vista de la ventanilla, justo cuando Daniel, me informó que estábamos a unas cuadras para llegar al dichoso recinto, justo cuando estaba por decir algo, él, freno en seco, ocasionando que me golpeara la frente contra el asiento del conductor.

—¿Qué sucede, Daniel? — pregunté, aún desconcertada por el tremendo golpe que me acababa de llevar.

—Señorita, discúlpeme— dijo, volteando a verme—. ¿Se hizo daño? —preguntó muy preocupado, analizándome de pies a cabeza.

—Estoy…, estoy bien, ¿Qué ha pasado?

—Temó que alguien ha informado a los paparazis. Le voy a pedir que se cubra con esto— dijo dándome su saco—. Por favor, inclínese y por nada del mundo deje que la vean.

Tomé el saco sin chistar, e hice lo que me pidió, mientras escuchaba las maldiciones que lanzaba, conducía de una manera brusca, ocasionando que tuviera miedo a que algo malo nos fuera a suceder, sin embargo, me limite a quedarme quieta.

—No se preocupe, señorita, vamos a lograr entrar.

—Daniel…, por favor, ten cuidado— murmuré.

No supe exactamente cuánto tiempo había pasado, sólo sentía como el vehículo daba vueltas y vueltas, hasta que finalmente se detenía. Escuché bufar a Daniel, mientras se disculpaba conmigo, pues por lo visto había hecho hasta lo imposible por evadir a los

paparazis, como pude, me levanté y me acomodé en mi asiento, dejando el saco que me había ofrecido minutos antes, a un lado, tan sólo bajé mi vista y me resigné a lo que tendría que enfrentar…

Había llegado exactamente cinco minutos antes de las ocho de la noche, mi entrada al elegante recinto, sin duda iba a ser titánico, pues justo en el momento en que el automóvil se detuvo en una de las entradas traseras, me vi rodeada de paparazis, todos intentando sacarme una buena foto, otros invadiéndome con preguntas tontas. Sólo me quedé ahí, estática sin poder articular siquiera palabra alguna, suplicando porque pronto esta pesadilla terminará, Daniel, logró zafarme de aquella multitud, por un instante el miedo se apoderó de mí, haciendo que mi respiración se tornara dificultosa y las manos me sudaran, lo único que deseaba era que Sam, estuviera ahí conmigo, sosteniéndome del brazo, como siempre solía hacerlo para transmitirme seguridad. Me sentía tan pequeña e indefensa, realmente detestaba sentirme así, y lo peor del caso es que nuevamente las lágrimas amenazaban con salir. De a poco dejé de prestar atención a lo que ocurría a mi alrededor, pues sólo sentía como Daniel, me pegaba a su pecho, mientras que otros hombres de seguridad, intervenían y a empujones, empezaban a abrirnos camino, era como si estuviera en piloto automático, no decía nada, ya no pensaba en nada, sólo me dejaba llevar, y aquellas voces, ya las empezaba a escuchar muy lejanas.

—Julieta, ¿estás ahí? — se escuchó la voz de Sam, golpeando la puerta principal de los baños de mujeres—. Daniel me ha informado lo sucedido.

Apenas logré girar el pomo de la puerta y me arrojé a sus brazos, ya no podía más, lo único que deseaba era que me dejaran en paz, que me permitieran vivir mi vida y acto seguido, me permití llorar todo lo que me había contenido, desde mi arribo a New York, no me importaba si mi maquillaje perfecto se arruinaba o si el vestido costoso que la casa Chanel, me había obsequiado se rompía. Quería desahogarme.

—Tranquila, Julieta. Todo estará bien— me reconfortó, abrazándome fuertemente.

—Gracias por estar siempre conmigo— susurré, mientras limpiaba mi nariz, de manera poco elegante, con el dorso de mi mano.

—Eres como mi hermana, y mientras pueda, estaré siempre contigo apoyándote. Ahora, lo mejor será que intentemos arreglarte, pues los invitados están llegando y casi puedo jurar que mis tíos, no tardaran en buscarte.

—Tienes razón— atiné a decir con un poco de gracia, separándome de ella—, Tal cual lo había imaginado, mi rostro era un desastre, pues el elaborado maquillaje estaba completamente corrido, si Patrick o la rubia oxigenada me vieran, seguro ya les habría dado un infarto.

Sam tan sólo había tardado unos pocos minutos para dejarme nuevamente presentable, mis ojos ya no estaban tan rojos, incluso volvía a esbozar una sonrisa fingida, mientras ensayaba mis saludos hipócritas. Sólo rezaba porque esta noche terminara lo más pronto posible, no tenía interés alguno en conocer a nadie, ni mucho menos en intercambiar palabras con Matthew Hamilton. ´´Mi futuro esposo ´´

—Has quedado perfecta— alabó Sam, mirándome detenidamente de pies a cabeza—. Falta que el rojo de tus ojos desaparezca por completo, pues no queremos que nadie nos descubra, ¿verdad?

—Tal vez puedo alegar que se debe al sueño que tengo, pues durante el vuelo, no pude dormir.

—Mi querida prima, eres un genio— dijo con gracia guiñándome un ojo—. Ahora…, hay que enfrentar a las bestias. Tal vez y en esta odiosa cena, conozcas a algún chico guapo.

—No cambias, por eso te adoro. Siempre consigues sacarme una sonrisa.

Ya más tranquila y alisándome el vestido, salí de los sanitarios, tal cual me lo había imaginado, se podía apreciar la presuntuosidad de los ahí presentes, enfundados en sus trajes caros, luciendo sus costosas joyas, mientras que sus hijos, hablan de sus viajes por Europa, incluyendo a mi hermano mayor, quien se encontraba en una esquina bebiendo vino caro, al lado de su novia y amigos.

— Mi querida hija— musitó con alegría mi madre quien me envolvió en un cálido abrazo—. Pero, mírate, estás realmente hermosa, aunque claro, un poco subida de peso, pero no te preocupes, que me encargare de ello.

—Hola, madre— logré responder indiferente, intentando que su último comentario no me afectara en lo más mínimo.

—No seguirás molesta, por no haberte permitido, visitarnos, durante las vacaciones, ¿verdad?

—Honestamente, madre…, eso es algo que ya no me importa, dejo de hacerlo cuando cumplí quince años.

—Julieta. ¡por Dios! no seas melodramática— bufó con molestia —. Esta noche lo que menos quiero es discutir, así que…, por más que intentes sacarme de mis casillas, no lo vas a lograr.

—No pretendo eso, madre, mi única intención es que todos los que están aquí presentes, piensen que somos una familia feliz.

—Iré a saludar a algunas amistades, así que, por favor, Julieta… te suplico te comportes como una perfecta dama de sociedad y que te prepares para reencontrarte con tu prometido— advirtió para después marcharse.

—No te acongojes, Jul— espetó Sam, apretando suavemente mi brazo.

—Me cuesta comprender a mi madre, algunas veces es cálida y otras… otras es como una perfecta desconocida para mí, además de que sus comentarios son muy hirientes.

—Te comprendo a la perfección— confesó alzando ambos hombros—. Jul, ¿podría dejarte unos minutos? — preguntó con cierto dejo de vergüenza.

—Ve a divertirte, que yo estaré bien.

—¿Lo prometes?

—Es una promesa— aseguré levantando mi mano izquierda, con solemnidad.

—Gracias, Jul, te debo una.

—Y créeme, que lo tendré muy presente— respondí burlonamente.

Tras haber recibido una mirada reprobatoria de Sam, la incité a marcharse, aunque por dentro estaba muerta de miedo, debía

aparentar serenidad, se lo debía, pues tampoco podía ser egoísta y obligarla a que se quedara conmigo, por culpa de mis tontos miedos e inseguridades.

3

John

Ocho de la noche y aquí estoy… parado en medio del elegante recinto, sin nadie con quien hablar, sólo observando cómo la gente se pavonea con sus atuendos caros, mientras algunos hablan de superficialidades, otros lo hacen sobre negocios. Juro, que, si no estimara al señor Henry, ni loco hubiese asistido a esta cena. Dirijo mi mirada, hacía el otro extremo del salón, justo en donde él y su esposa conversan animadamente con la viuda de Hamilton. De pronto, puedo notar como la señora Smith, busca a alguien por toda la estancia, su mirada es tan insistente y por un segundo se puede apreciar cierta preocupación, hasta que una joven de cabellera castaña, le susurra algo en el oído, haciendo que ella suavice su semblante y sonría. Justo cuando estoy tan concentrado haciendo mi análisis, soy interrumpido, por uno de los meseros quien muy amablemente se acerca para ofrecerme algo de beber.

—Una copa de vino, ¿señor?

—Gracias— respondí tomando una. Apenas le di un trago a aquella costosa bebida, y no pude evitar fruncir el ceño, ante la horrenda sensación que me produjo—. No entiendo, cómo es que los ricos, soportan este tipo de cosas— dije aparentemente en voz alta, pues me lo habían confirmado una risa armoniosa y una voz suave al responder:

—Tal vez, es por esa razón, que la mayoría de la gente adinerada es amargada.

—Avergonzado y con el rostro caliente, me giré sobre mis talones, para encarar a la dueña de aquella melodiosa voz. Pero, justo cuando lo hice, deseé que la tierra me tragara, pues en ese instante, mi respiración se tornó pesada, mientras que el tiempo parecía haberse detenido. Ante mí, se encontraba lo que consideré un ángel, una aparición celestial. ¡Dios! esos ojos verdes, esa boca en forma de corazón y esa sonrisa hermosa, me habían dejado como un idiota, sin nada que decir.

—Lamento… no quise…

—No… no, descuida— dije finalmente, llevándome una de mis manos, hacía la nuca.

—Quiero aclarar, que no me reía de ti, sino de tu observación. A decir verdad, concuerdo con lo que dices. Habiendo tantos vinos dulces y suaves, la mayoría de aquí, prefieren los que son repugnantes.

—Es verdad— respondí esbozando una sonrisa relajada—. Por cierto, soy John Thompson— me presente extendiendo mi mano.

—Vaya, un nombre sencillo y fácil de recordar. Mucho gusto, John. Y, dime, ¿qué te trae por aquí? — interrogó, aquella joven desconocida.

—Pues, me he visto obligado a estar presente en esta horrenda cena, y todo porque la hija superficial de mi jefe ha llegado de Europa— confesé irritado.

—Por lo que veo, la hija de tu jefe, no te agrada. Pero ¿ya la conoces?

—Basta con conocer al hermano, como para darme una idea de lo arrogante que es la joven—respondí sin más, dirigiendo mi mirada hacía el hijo mayor del señor Smith.

—No creo que sea como el hermano.

—Tienes razón… tal vez sea peor— solté con sorna.

—¿Crees que ya haya llegado?

—Probablemente— respondí mirando a mi alrededor—. Hay tantas jóvenes lindas y algo superficiales. Apuesto, a que es la rubia del vestido rojo, que se encuentra conversando, con James Ford.

—Eres tan gracioso, pero estoy convencida de que esta noche te llevaras una sorpresa— inquirió con cierta picardía.

—Probablemente, por cierto, ¿cuál dijiste que era tu nombre?

—No, no lo dije…

—¡Julieta! — llamó aquella castaña, que hacía unos minutos atrás, se encontraba al lado de la señora Smith… ¡no puede ser! si mi memoria no fallaba, la hija del señor Henry se llamaba Julieta, Julieta Smith. Con justa razón, deseaba con fervor que la tierra se abriera y me tragara. ¿qué pensará ella de mí? de seguro que era un maldito, esnob.

—Julieta Smith, es mi nombre— dijo con aquella preciosa sonrisa —. Fue agradable conversar contigo y saber lo que piensas de mí… John.

—Jul, ven, ya es hora— interrumpió la castaña, quien, tras mirarme por unos segundos, se llevó, a la hija de mi jefe.

Julieta.

—Quién era ese joven tan apuesto, ¿eh? —preguntó con picardía, dándome un golpecito en el hombro.

—Su nombre es John Thompson y por lo que veo es uno de los empleados de papá.

—¿De verdad? ¿cómo es que nunca lo he visto? como quiera que sea, es muy guapo. ¿has visto sus ojos?

—Desde luego, aunque no encontré algo especial en ellos—mentí, pues la verdad, cuando él se había girado para mirarme a la cara, lo que me dejo sin habla y como una perfecta tonta, fueron aquellos preciosos ojos azules. Además, de que admire su sinceridad al decir lo que pensaba.

—Tierra, llamando a Jul—interrumpió, Sam, pasando su mano arriba y abajo de mi rostro—. ¿Te he perdido?

—Te decía, que no encontré algo especial en sus ojos—me apresuré a responder manteniendo la calma.

—Claro, lo que tú digas. Pero no me vas a negar, que es incluso más apuesto que Matthew Hamilton.

—Si tan apuesto te parece, ¿por qué no le coqueteas? pues se te da con facilidad.

—Créeme que lo haría, pero me temo que el pobre ya ha posado sus ojos en alguien más.

—Podemos, cambiar de tema—supliqué—. No quiero que mis padres o hermano, nos escuchen y armen un alboroto.

—Tienes razón, por cierto, ve preparándote para conversar con tu futura suegra. Laura Hamilton, está más insoportable que nunca.

—Tal vez pueda llegar a un acuerdo con Matthew, por ahora no pretendo casarme y mucho menos con alguien como él.

—Lo dudo mucho, ese hombre, no aceptara cosa semejante. Primero muerto a quedar en ridículo.

—Al menos, lo intentaré—murmuré mirando por última vez a John, antes de llegar a hacía donde se encontraban mi madre y la

viuda de Hamilton, conversando.

—Julieta, mírate, ¡que hermosa estás! —exclamó con beneplácito Laura Hamilton—. Sin duda, tú y mi hijo harán una maravillosa pareja, aunque claro, debemos trabajar muchísimo en tu apariencia.

—Buenas noches, señora—saludé cortésmente, intentando ignorar el comentario de esa mujer.

—Nada de llamarme señora, ya que muy pronto seremos familia, te sugiero me llames por mi nombre. Mi Matthew, es un buen hombre, no sólo es apuesto, es inteligente, educado y claro, demasiado rico, incluso me atrevo a decir que más que tu familia—soltó con altanería—. Este matrimonio, beneficiara a tu familia.

—Laura, por favor—suplicó mi madre—. Esta noche no hablemos de quien lleva su cartera llena.

—Es verdad, querida. Y dime, Julieta, ¿qué tal tu estadía en Londres? Al menos, espero te hayan preparado para ser una buena esposa.

—Como sabe, Westminster School, es uno de los mejores internados, no sólo por su inmobiliaria, sino por sus profesores, que están muy bien capacitados, las materias que me impartieron debo recalcar, han sido de mi agrado, sobre todo la de literatura y letras, he quedado fascinada, que deseo desempeñarme como profesora de literatura, tal vez aquí o en Londres.

—¡Que barbaridades dices, niña! —chilló con indignación—. Ninguna esposa de un Hamilton va a trabajar. Tú deber será el de verte hermosa y elegante, para acompañar a mi hijo en cada cena de negocios, además de que debes preocuparte en la concepción de hermosos y sanos niños.

—Tal vez, difiero en eso. Además, no me veo haciendo otra cosa que desempeñarme en lo que me gusta.

—Es natural, que ahora tengas esas ideas tan liberales, por los libros que de seguro te han obligado a leer, pero te aseguro que, bajo mi influencia, pronto, te darás cuenta de lo equivocada que has estado—volvió a decir con cierto fastidio.

Justo cuando estaba por decir algo imprudente, la voz de mi padre hablando por el micrófono, me lo impidió.

Inicio dando un muy conmovedor y bien ensayado discurso, los aplausos y flashes de las cámaras no se hicieron esperar. Estaba muy segura de que si aquel hombre tan bien parecido y de traje negro, no fuera mi padre, hubiese creído sin chistar en sus palabras. Tras unos minutos, los cuales para mí fueron eternos, me invito a subir al escenario, el silencio reinaba y todos estaban expectantes por verme. Podía escuchar los latidos desbocados de mi corazón, mis manos ya me empezaban a sudar y mis piernas a temblar, temía que en cualquier momento estás me fueran a fallar. Había estado mentalizándome desde hacía siete años para este momento, todas las mañanas me paraba frente al espejo de mi habitación y practicaba mi semblante sereno y esa sonrisa fingida, quería demostrar que era fuerte, que nada ni nadie podía dañarme, pero ahora, que había llegado el momento, me sentía tan pequeña e insignificante, si todas estas personas supieran el daño que podrían ocasionarme con tan sólo una crítica negativa hacía mi persona, estaba convencida, de que me habrían atacado sin piedad alguna ¡Dios! sólo quería salir corriendo y tal vez, desaparecer.

—Vamos, Julieta—me animó mi madre, dándome un ligero empujoncito.

De a uno voy subiendo los escalones hasta llegar al escenario, en donde mi padre me recibe con un abrazo y un beso en la mejilla, posa su mano derecha en mi espalda y sonríe, para que las cámaras, capturen aquel momento.

—Cómo sabrán, el motivo de esta pequeña recepción—dijo con sarcasmo—. Es para darle la bienvenida a mi querida hija. Sé que muchos, deseaban saber el paradero de ella, pero, sinceramente no podía permitirme revelar aquel secreto de estado—rio un poco—. Sin embargo, ahora que ella ha regresado convertida en una hermosa mujer, soy consciente de que le lloverán propuestas de matrimonio, tanto, que un distinguido joven, decidió adelantarse, para pedir la mano de mi hija, así que muy pronto se hará formal su enlace—informó, sosteniendo con fuerza mi mano.

Las cámaras no dejaban de soltar flashes, los aplausos, ahora eran más eufóricos que antes, tanto que temía quedarme sorda. Buscaba entre la multitud un punto fijo, hasta que los ojos de él me

obligaron a mirarlo. Se le miraba desconcertado, incluso podía decir que hasta sentía un poco de lástima por mí. En el otro extremo del salón, se encontraban Matthew Hamilton, junto a mi hermano y su novia. Matthew, me miraba con incredulidad, hasta que mi hermano le susurro algo al oído y este sonrió.

No supe con exactitud, cuanto tiempo había estado sonriendo con falsedad, pero había sido sorprendente haber aguantado todo con entereza. Los camarógrafos, tomaron demasiadas fotos, mismas que al día siguiente a primera hora aparecerían en las portadas de los diarios, pero lo que causaría, ahora mayor revuelo, sería la identidad de mi supuesto prometido misterioso. Estaba convencida, de que cuando supieran que era el heredero de los Hamilton, no dejarían de acosarme.

—Estuviste maravillosa—susurró Sam—. Te admiro.

—Ni yo misma sé cómo lo hice— confesé, bebiendo un poco de agua.

—¿Ya has visto, a Matthew? El pobre, no dejaba de mirarte.

—Lo vi a la distancia, y a simple vista se nota que es un presumido—solté con fastidio.

—Es una lástima que mi futura prometida, piense eso de mí—se escuchó una voz masculina a mis espaldas—, En cambio, yo, puedo decir que te he encontrado realmente hermosa, has cambiado muchísimo, Julieta—dijo con picardía.

—Sólo estoy diciendo la verdad—me defendí, girándome para encararlo, al hacerlo, pude notar que su apariencia era más madura, su cabello estaba perfectamente peinado, su rostro se veía tan limpio y suave, al parecer seguía ejercitándose y lo notaba por su cuerpo fornido, incluso me atrevía a decir que sus ojos verdes, poseían un brillo especial.

—Así como tú, yo también he cambiado. Por Dios, ya no soy aquel jovencito petulante.

—Eso lo tengo que comprobar.

—Bueno… Tendremos mucho tiempo de sobra—esto último lo dijo en un susurro—, Nos veremos pronto, Julieta…y en verdad me dio gusto verte—finalizó, marchándose a saludar a sus amistades.

—Debes reconocer, que es muy apuesto.

—Si tú lo dices, Sam.

—Vamos a recordar viejos tiempos. Ven—me jaló del brazo hacía una de las mesas de la esquina—, Hay que empezar a reírnos de todas esas mujeres frívolas y que mejor que empezando por tu futura suegra. ¿Ya viste que horrendos zapatos trae?

—¿No, nos meteremos en problemas, por escondernos? —pregunté con preocupación, tomando asiento en una de las sillas.

—¿Deseas mantener conversaciones absurdas con toda esa gente superficial?

—No… desde luego que no, sólo espero que mis padres no me reprendan por estar ausente.

—Dudo mucho que te busquen, sobre todo si están ultimando detalles con Laura Hamilton y su abogado.

—¿Tan pronto? —cuestioné incrédula.

—Ambas sabemos cómo se manejan estás cosas.

—Voy a intentar persuadir a Matthew, para evitar este absurdo compromiso. Simplemente no me imagino casada con él.

—Conociendo a su madre, todos sabemos que ella, lo maneja a su antojo. Él a lo igual que nosotras, es un títere.

—Yo no estoy dispuesta a hacerlo. No más.

—Te comprendo perfectamente, pero si tal vez, te das una oportunidad en conocer a este nuevo Matthew.

—Puedo intentar conocerlo, sin embargo, no pienso casarme con él, aún soy demasiado joven para un matrimonio, todavía me falta mucho por conocer y aprender.

—Es verdad—susurra, mirando por un instante el techo del salón.

—Sam, ¿te encuentras bien? —cuestionó un tanto preocupada, debido al cambio tan abrupto de su semblante.

—Pero por supuesto que estoy bien—responde con una gran sonrisa—. Dejemos, del lado esta desagradable conversación y te suplico, nos concentremos en las vestimentas de las mujeres frívolas —espetó maliciosa.

Desde que tenía buen uso de razón, Sam, siempre había encontrado la manera de hacerme sentir relajada, aún en las peores circunstancias. Sin ella, a mi lado, definitivamente, no hubiese soportado esta cena. Desde que éramos pequeñas, encontrarles

defectos a las grandes damas, hacía que el tiempo para nosotras pasara rápido, y esta noche, volvía a recordar aquellos años. Por un instante, dejé de prestarle atención a los comentarios graciosos que hacía Sam, puesto que el recuerdo de unos preciosos ojos azules, invadían nuevamente mi mente, haciéndome susurrar su nombre y que al instante sonriera como tonta. «John, sólo espero que muy pronto volvamos a encontrarnos» con aquel último pensamiento, volví a divertirme a costa de los demás.

4

Los primeros rayos del sol se colaban por mi ventana, haciendo que estos pegaran directamente en mi cara, obligándome a abrir los ojos, por unos breves segundos me sentí desorientada, hasta que caí en la cuenta de que me encentraba a miles de kilómetros de aquel viejo y hermoso continente que por siete años considere hogar, pese a que apenas había llegado el día anterior a Nueva York, ya echaba mucho de menos a mi colegio, profesores y amigos. Así que, con desgano, me fui incorporando en mi cama, aparentemente lista para lo que sería un tortuoso día. Iniciando por los estilistas de mi madre, quienes ingresaron de golpe a mi habitación, ignorándome como de costumbre, y seleccionando lo que usaría para ese día. Soltando un largo suspiro, me permitieron tomar una breve ducha, en donde planee pasar un agradable día con Sam, al menos aquello recompensaría la tortura que estaba por soportar, como era habitual, se me obligo a salir del baño, para que el personal de belleza de mi madre iniciara con su trabajo. Una hora después, me encontraba ingresando al comedor, en donde mis padres y hermano ya estaban desayunando.

—Buen día—saludé tranquilamente ocupando mi lugar al lado de mi hermano.

—Buen día, querida— saludó mi madre—. Te ves realmente preciosa, me alegra que, al fin, te preocupes por verte presentable. Ese vestido rosa, se te mira adorable, además de que disimula muy bien esos kilitos de más. ¿te has puesto las zapatillas blancas?

—Si, madre—respondí con fastidio.

—Muy bien, recuerda que el tacón alto hará resaltar tu figura.

—Suficiente, Amber—interrumpió con fastidio mi padre—. Por cierto, Julieta, deseo que hoy me acompañes a la oficina, dado que tu prometido te estará esperando, desea que se pongan al día.

—Pero, padre… Ya tenía planes con Samantha.

—Exacto, tenias. Estoy convencido de que Sam, entenderá.

—No es justo, yo no soporto al petulante de Matthew.

—Cuida esa lengua, Julieta—me regañó mi madre—. No olvides que es tu prometido del que estás hablando.

—Precisamente por eso lo digo.

—Por favor, Julieta, son apenas las ocho de la mañana, ¿podemos desayunar como una familia feliz? — bufó, mi hermano.

—Hasta que al fin te veo. Sebastián—solté con ironía—. Es raro que hoy nos hayas honrado con tu compañía, si siempre te la pasas con tus amigos de viaje o con tu novia.

—Definitivamente, hoy estás insoportable— dijo molesto, levantándose y aventando su servilleta sobre la mesa—. No me esperen para la cena, los padres de Geraldine me han invitado a cenar con ellos.

—Envíales mis saludos—dijo con efusividad mi madre.

—Date prisa, Julieta, te espero en el auto en cinco minutos— concluyó mi padre, tras ponerse de pie y salir del comedor.

—Querida, por favor, intenta por una vez en tu vida, llevar la fiesta en paz. No quiero que tu papá haga corajes innecesarios.

—¿Y qué hay de lo que yo quiero?

—No iniciemos—suplicó ella—, Ahora date prisa, sabes que a tu padre no le gusta esperar.

Sin decir nada más y furiosa, salí corriendo hacía mi habitación, en donde apenas llegué, empecé a llorar de frustración. Siempre se me había manejado al antojo de los demás, deseaba irme muy lejos y poder hacer lo que tanto me apasionaba. Me miré al espejo y ni siquiera podía reconocerme, iniciando por el elaborado maquillaje, ya que para mí no era otra cosa que una máscara la cual se me obligaba a portar para guardar apariencias, mi rebelde cabello, había sido sujetado en un moño alto, el cual ya empezaba a provocarme dolor de cabeza, las zapatillas de diez centímetros eran ya un suplicio, sólo rogaba por no caerme, lo único bien en mí, era mi vestido floreado, al menos me sentía cómoda, pues esta vez no llevaba aquella tortuosa faja.

Por más que había intentado retocarme un poco el maquillaje, no lo conseguí en su totalidad, el delineador se había corrido y mis ojos

se habían puesto muy rojos, evidenciando que había llorado. Frustrada y con pesar, limpie cuidadosamente los rastros de maquillaje con ayuda de un pañuelo, para después volver a maquillarme, aunque era consciente que este no volvería a quedar como el anterior, pero al menos me vería un poco presentable. Justo cuando estaba dándome el último retoque, el sonido desesperado del claxon, me obligó a guardar lo necesario en mi bolsa de mano y salir deprisa hacía la entrada principal, en donde mi padre molesto, me estaba esperando.

—No tenemos todo el tiempo del mundo, Julieta— dijo con molestia, mirando su reloj de mano—. Hoy tengo una reunión importante con unos socios que vienen de España. ¿hasta cuándo dejaras de comportarte como una niña pequeña?

—El día en que me permitan construir mi propio futuro, quiero…

—Daniel, vámonos—interrumpió mi padre, dando por terminada la discusión que estábamos por iniciar, para subir al vehículo, a lo cual yo lo imite. Una vez que este se puso en marcha, mi padre empezó a revisar algunos documentos, mientras que yo me dedicaba a mirar por la ventanilla, cada que podía lo miraba de soslayo, y podía notar como fruncia su ceño de vez en cuando, tal parecía que algo en sus negocios no marchaba bien y eso lo confirme, cuando sacó su teléfono y empezó a hablar con Alexander, al parecer las acciones que acaba de adquirir estaban en riesgo, no podía escuchar lo que su interlocutor le decía, pero mi padre se había puesto histérico y pedía con urgencia que adelantaran la junta con los inversionistas de Italia.

—Espero que tu prometido, sepa llevar los negocios familiares— bufó dejando su teléfono en medio de nosotros—. No pienso perder ni un sólo centavo, mi meta es llegar a amasar una muy cuantiosa fortuna, tanto que espero llegar a superar la de los Rockefeller.

—No estoy tan segura de ello, se nota que Matthew no ha cambiado en nada—mascullé con fastidio.

—¡Tonterías! Ningún yerno mío, va a ser un inepto en los negocios. Ese muchacho tendrá que madurar a la fuerza y que mejor si yo soy su mentor—dijo con un tono de voz muy duro.

—Señor, hemos llegado—informó Daniel aparcando en la entrada de la empresa, para después bajar a abrirnos la puerta.

—Gracias, Dani—dije esbozando una cálida sonrisa, provocando que aquel hombre corpulento y serio, me correspondiera.

—No hay de que, señorita.

—Daniel, pasa por mí a las dos en punto, tendré una reunión importante— ordenó mi padre saliendo del auto.

—Como usted diga, señor—respondió cerrando la puerta y rodeando el vehículo para volver a subir a este.

Miré con cierta sorpresa la empresa familiar, y a decir verdad me sentía un poco intimidada, ni siquiera sabía si iba a ser bien recibida por los empleados de mi padre o siquiera si pensarían algo bueno de mi persona, sentía un nudo en el estómago y mis rodillas temblaban como si de una gelatina se tratara. Fuimos recibidos con gran cordialidad por uno de los guardias de seguridad, quien de inmediato nos abrió la puerta, a lo que mi padre, sólo hizo un ligero asentamiento de cabeza, a modo de saludo, mientras que yo, agradecí la acción del hombre.

—Julieta, te pido te comportes con Matthew—dijo por fin, presionando el botón del elevador, y dándome el paso a mi primero —. El muchacho es un excelente partido y lo último que tu madre y yo queremos es que lo espantes, en estos momentos no estamos como para darnos el lujo de rechazar su propuesta— finalizó una vez que las puertas del elevador se cerraron tras nosotros y se puso en marcha hasta el piso 17.

No era capaz de imaginarme conversando civilizadamente con Matthew, pues hasta donde recordaba, él siempre había sido insoportable, petulante y mimado, tanto que estaba segura de que, si llegaba a casarme con él, no íbamos a durar ni una semana viviendo juntos, no podía negar que era apuesto y lo que alcanzaba a recordar, poseía una gran inteligencia, pero, eso no era suficiente para mí. Mis pensamientos fueron interrumpidos, justo cuando las puertas del elevador se abrieron de par en par, permitiéndome visualizar a Nora, otra de las asistentes de mi padre, ahora lucía, realmente cambiada, la última vez que la había visto, era tan sólo una joven de dieciocho años, de cabello rojizo el cual siempre

llevaba perfectamente recogido en una coleta, y siempre enfundada en sus anticuados trajes sastre de colores oscuros, haciéndola parecer incluso mayor a lo que realmente era. Pero, ahora, la mujer madura y hermosa que tenía enfrente mío era otra, su cabello suelto, dejaba ver aquellos rizos rebeldes, sus trajes anticuados, habían sido reemplazados por vestidos modernos y de colores vibrantes, incluso podía apostar que tenía una larga lista de pretendientes.

—Nora, a mi hija ya la conoces, ¿cierto? —cuestionó mi padre, posando su mano derecha en mi espalda.

—Señorita Smith, que gusto volver a verla—dijo con cordialidad y sinceridad.

—Lo mismo digo, Nora… por cierto, luces realmente encantadora, ese cambio de look te ha sentado de maravilla.

—Es usted muy amable.

—Nora ¿John, ya llego?

—Así es, señor. Él se encuentra con Alexander ultimando detalles para la reunión de esta tarde.

—Muy bien, por favor, llámalo a mi oficina, deseo revisar unas cosas con él.

—Como usted diga.

—Julieta, lo mejor será que esperes a tu prometido en la salita, lo más probable es que este por llegar—dijo mirando su reloj de mano —. Te suplico te comportes a la altura, no me decepciones.

—Hare lo que pueda…pero claro, tampoco me pidas imposibles—respondí con ironía.

—No estoy para soportar tus bromas de mal gusto—sentenció molesto y acto seguido se marchó a su oficina.

Volvía a encontrarme sola, la diferencia que ahora estaba en la recepción, con pesar dejé escapar todo ese aire que llevaba conteniendo y justo cuando menos me lo esperaba…pude divisarlo a lo lejos. John, portaba un traje azul marino, haciendo resaltar más su tono de piel y sus ojos, todo en él era perfecto, desde su vestimenta hasta su cabello, justo cuando nuestras miradas se cruzaron, sus mejillas se tornaron de un color carmín. Ni siquiera me dio tiempo para procesar aquel cambio, pues él, apenas con una voz

audible y bajando la mirada, me saludo, a lo que incrédula le respondí esbozando una sonrisa, dado nuestro primer encuentro la noche anterior, estaba por decir algo, cuando una voz bastante familiar interrumpió.

—Aquí estás, lamento haberte hecho esperar— susurró Matthew posando sus manos en mis hombros—. Te ves realmente hermosa —confesó, besándome muy cerca de los labios—. ¿Te encuentras bien, Jul?

—Yo… por supuesto— logré decir.

—Sé que hemos empezado con el pie equivocado y es por eso por lo que le pedí permiso a tu padre, para secuestrarte un rato—dijo guiñándome un ojo.

—Buenos días, señor Hamilton—saludó John con cierta indiferencia.

—Buen día, tú debes ser el asistente predilecto de mi suegro, ¿verdad? —cuestionó, Matthew, mirando a John de arriba a abajo.

—No sé, si sea el predilecto del señor Smith, sólo sé que soy un simple trabajador—respondió tajante.

—Es bueno saberlo, ya que lo más seguro es que dentro de muy poco, pases a ser uno de mis empleados.

—Estaré encantado, ahora si me disculpan, el señor Smith, me espera—finalizó, para acto seguido ingresar a la oficina de mi padre.

—Qué hombre tan más petulante e igualado. Definitivamente mi suegro le ha dado tantas libertades.

—Por favor, Matthew, no empecemos.

—Es la verdad.

—¡Ya es suficiente! No voy a soportar que te expreses mal, de los empleados y mucho menos de alguien que no te ha hecho nada.

—Ahora, te pondrás de parte de ese…

—Ese tiene su nombre y es John Thompson.

—Veo que en tan poco tiempo te has tomado la libertad de investigar sobre ese…caballero.

—No pretendo discutir contigo y si vas a estar con tus aires de superioridad, entonces me marchó—dije decidida, dándome la media vuelta, para llamar el elevador.

—Espera…lo lamento, Jul, me he comportado como un idiota, lo que menos quiero es que pienses mal de mí…la verdad— hizo una breve pausa, mientras se pasaba una mano por su cabellera rubia—, Desde hace ya bastante tiempo me he sentido atraído por ti.

Mis ojos se abrieron de par en par, primero lo miré con cierto recelo, esperando que en cualquier instante rompiera a carcajadas, pero me quedé incrédula, al notar la seriedad en su rostro, era la primera vez que lo veía de esa manera, y eso, era suficiente para confirmarme que estaba hablando enserio.

—Yo…, yo, no sé qué decir. Honestamente me has tomado por sorpresa.

—Si de pequeños te molestaba, era porque quería llamar tu atención, además de ser demasiado estúpido, como para atreverme a reconocer la fuerte atracción que ya sentía por ti—confesó angustiado—. Mira, Jul…, no pretendo que me ames de la noche a la mañana, no después de la impresión tan negativa que tienes de mi persona. Pero lo que, si deseo, es que por lo menos me des una oportunidad, que me dejes mostrarte, quien realmente soy, sé que puedo llegar a ser un idiota, algunas veces— se quedó callado unos instantes, para recuperar el aliento y acto seguido tomo mis manos entre las suyas, para mirarme a los ojos de manera suplicante—. Por una vez en mi vida quiero hacer bien las cosas y que mejor que contigo.

—Matthew… sabes que yo no pretendo casarme…

—Jul, sólo dame una oportunidad y te juro que hare que seas feliz a mi lado.

—¿Y qué hay de tu madre? Ambos sabemos, que adora manipularte como si fueras su títere.

—Ella no se meterá en nuestra vida, ya no quiero que siga decidiendo por mí, ni mucho menos que mortifique a mi prometida— finalizó tomándome del mentón y acortando la distancia entre nosotros, por un instante creí, que me besaría, a lo cual me dispuse a cerrar los ojos, hasta que…, sentí rozar sus labios en mi frente—. aun cuando muero por besarte, deseo esperar un poco, no quiero forzarte ni presionarte a nada.

—Te lo agradezco, Matthew—dije desviando la mirada—. No puedo prometerte nada, sin embargo…

—Al menos, lo intentaremos y eso es suficiente para mí— me interrumpe, regalándome una cálida sonrisa.

—¿Y si, te cansas de esperarme?

—Ya esperé varios años, como para no poder esperar un poco más. Sé que al final todo esto valdrá la pena y podre rectificarlo, cuando te vea ingresando a la iglesia del brazo de tu padre.

—Por favor, Matthew, no sigas.

—Tienes razón, ya no te mortificare más. Lo mejor será, que nos demos prisa, pues una gran aventura nos espera— canturreó guiñándome un ojo y ofreciéndome su brazo, el cual me limité a aceptar.

5

Debía reconocer que aquel muchachito altanero que había conocido, hacía más de doce años atrás, ahora, no sólo era un hombre apuesto, sino también caballeroso, inteligente y divertido, pero lo que me causaba envidia, sin duda era su manera de hablar tan despreocupada y fluida, dado que yo siempre había sido un tanto reservada, por lo que cuando solían preguntarme algo, siempre respondía con algunos monosílabos, tras quedarnos un rato en silencio, dirigí mi vista hacía la ventanilla del auto, ni siquiera miraba algo con exactitud.

—¿Qué opinas, Jul? —preguntó con entusiasmo.

—¿Perdón? —respondí avergonzada, volteando a verlo.

—Te decía, que, si te apetece comer algo de comida rápida, o tal vez prefieras, ir a comer a un restaurante—volvió a decir, con gran paciencia—. Sé que no te agrado y tal vez hasta estes incómoda, pero de verdad intento que esta sea una cita normal, sin tanto protocolo. sólo somos un hombre y una mujer que están a punto de casarse, pero que claro, antes de eso, deben conocerse.

—Discúlpame, por favor. Por primera vez, mi intención, no es parecer grosera, ni mucho menos hacerte sentir mal. En esta hora que llevamos en el auto, he podido conocer esa otra faceta tuya y que apuesto muchos desconocen.

—Yo sólo quiero que me conozcas tal cual soy, sin filtros. Quiero que conozcas al torpe de Matthew Hamilton— musitó con diversión —. En la empresa soy un hombre frívolo, autoritario, y ante el mundo, soy ese rompecorazones, del cual siempre suelen hablar en las revistas de chismes, pero cuando estoy en casa o con mis amigos, suelo ser relajado y divertido, incluso me atrevo a decir que algo torpe.

—No me puedo creer, que el gran Matthew Hamilton, sea una persona común— solté con ironía.

—Es la verdad, y... ¿qué hay de ti?

—Yo…, yo, sólo soy una persona insignificante, que siempre pasa desapercibida, gracias a que vivo a la sombra de mi hermano.

—En primer lugar, no eres insignificante, lo creas o no, a donde quiera que vayas, logras robar algunos suspiros.

—¿Quién lo dice? Por favor, es lógico, que no están tras de mí, sino de mi apellido y fortuna.

—Lo dudo mucho, pues dejaste a la mitad de los caballeros, deslumbrados—confesó con gran pesar—. Es por eso, que debo esmerarme, pues si no lo hago, fácilmente otro, me quitara del camino— dijo regalándome una sonrisa seductora justo cuando con delicadeza tomo mi mano izquierda.

Las confesiones tan inesperadas de Matthew habían logrado dejarme sin habla, me resultaba demasiado difícil corresponderle de la manera en que él deseaba. Era consciente de que muchas mujeres en mi lugar estarían más que encantadas de recibir cada una de sus atenciones, incluso, hasta podía jurar, que, al escuchar aquellas confesiones tan apasionadas, se le lanzarían y tal vez, hasta…de inmediato, borre aquellas escenas subidas de tono de mi mente, y no porque me provocaran celos, sino porque me causaban cierta repulsión. Casi al instante, pude sentir, como él entrelazo sus dedos con los míos, lo hacía con cierta posesividad, que cuando me atreví a mirarlo a la cara, él acorto la distancia que había entre nosotros, haciendo que mi pulso se acelerara y las rodillas me temblaran, sólo atiné a cerrar los ojos y rogar por que algo sucediera, hasta que… la voz de su chofer se hizo presente, para informarnos que habíamos llegado a nuestro destino, Matthew, se alejó, molesto, mientras que yo agradecía al cielo que me hubiera escuchado, cuando abrí los ojos, quede impresionada.

—¿Un parque de diversiones? —pregunté incrédula.

—Quise que nuestra primera cita fuera memorable—respondió con orgullo.

—Pero ¿no temes que nos acosen?

—La verdad, no. Pues, al fin, dejare ver esa otra faceta mía y que mejor que al lado de mi prometida. o, si lo prefieres, vamos a otro lugar.

—El parque está bien, es más tiene ya bastante tiempo que no piso uno. Agradezco, que hayas pensado en esto.

—Sólo quiero hacerte feliz, ¿ahora, que te parece, si nos bajamos?

—Por supuesto—respondí con emoción.

—Alex, por favor, estaciónate cerca de la salida, debemos estar prevenidos por cualquier cosa.

—Como ordene, señor—asintió obedeciendo, para después bajar a abrirnos la puerta, Matthew, fue el primero en descender y acto seguido me ofreció su mano, para que yo pudiera hacer lo mismo. Una vez que estuvimos afuera, pude sentir una alegría inmensa, haciendo que, por un breve instante, regresará a ser como una niña y cómo no hacerlo, si aquel lugar era maravilloso.

—¿Qué te parece, si nos subimos a la montaña rusa? ¿o tal vez, prefieras algo más ligero, como el carrusel?

—La montaña rusa, está bien—respondí con emoción.

—Entonces, madame… la montaña rusa será—canturreó de manera juguetona, volviendo a tomar mi mano—. Alex, si gustas, puedes ir a tomar algo, Jul y yo estaremos bien—aseguró, dirigiéndose a su guardaespaldas.

—¿Esta seguro, señor? Aquí hay demasiada gente, temo que alguien pretenda tentar contra su vida o la de la señorita.

—No seas tan exagerado, además, no olvides que es un lugar público, hay familias enteras, divirtiéndose.

—Muy bien, señor. Pero, aun así, estaré vigilándolo a una distancia prudente.

—Como quieras—respondió con frustración—. A veces siento que mis guardaespaldas exageran.

—No es para menos, además ellos hacen su trabajo, y presiento que tú no se los pones tan fácil. Qué tal si un lunático, te dispara desde esa distancia—apunté hacía el balcón de una tienda de recuerdos.

—Creo que has visto demasiadas películas de matones—musitó incrédulo, mirando hacía donde había señalado—. Lo mejor será, que dejemos de pensar en Gánsteres y disfrutemos del día—propuso empujándome hasta llegar a la montaña rusa.

Para nuestra buena suerte, la fila avanzaba rápidamente, al llegar a la par de los carritos, uno de los empleados, nos pidió nuestros respectivos pases. me sentía tan feliz y nerviosa, pues la última vez que había estado en un parque de diversiones, había sido a los diez años, demasiado joven, como para poderme subir a la montaña rusa. Y, ahora, finalmente, iba a experimentar lo que se sentía estar en ella.

—Adelante—dijo el empleado, permitiéndonos el paso. Matthew, con cuidado me ayudo a subir a nuestro respectivo carrito, se le veía tan sonriente, que por primera vez me di cuenta de que poseía una linda sonrisa.

—Tranquila Jul. Voy a cuidarte, con mi propia vida—aseguró rodeándome con su brazo derecho. De apoco las personas se fueron ubicando en los carritos disponibles, y yo, no podía más con la ansiedad que me invadía. Pues, ya quería que el juego se pusiera en marcha, justo cuando estaba por decir algo, los cinturones, nos fueron ajustados, y acto seguido, la hilera de carritos, empezó con su recorrido, a través de intrincados bucles y giros, cada vez que, hacía dicho movimiento, podía sentir algo extraño en el estómago. La adrenalina que recorría mi cuerpo me hacía sentir libre y viva.

—Levanta los brazos, Jul—sugirió Matthew hablando en voz muy alta.

Obediente, lo hice, aunque al principio, sentí un poco de pánico, pero conforme pasaban los segundos me iba acostumbrando, la experiencia me resultaba maravillosa, definitivamente, tenía que regresar, pero esta vez con Samantha. Una vez que el juego se detuvo, esperamos, a que los demás bajaran, para después hacerlo nosotros, sin ningún problema.

—¿Qué te pareció?

—Honestamente… ¡me encanto! no puedo explicarte con palabras exactas lo que sentí, fue algo, tan…liberador.

—Y, eso que no nos hemos subido a los demás—dijo con emoción.

—¿Sueles venir muy a menudo?

—Muy poco, la verdad, y cada vez que lo hago, lo hago en compañía de Steven.

—¿Steven? —pregunté incrédula. Si bien, Steven Dunst Hamilton, era otro joven millonario, de casi la misma edad que Matthew (veintiún años) era apuesto, educado, pero demasiado serio, pues la mayor parte del tiempo siempre estaba con su ceño fruncido, tanto, que casi podía jurar que no sabía sonreír.

—Así es, ¿por qué es que te sorprende tanto?

—Tal vez, porque lo recuerdo como una persona demasiado seria. Ambos sabemos que él no es una persona que suele hablar mucho.

—Es verdad, pero cuando se siente cómodo, habla hasta por los codos. Me gusta conversar con él, he de confesar, que es el único pariente al que realmente aprecio, es algo, así como mi hermano.

—Te entiendo, eso mismo me sucede con Sam.

—Tal vez, deberíamos presentarlos—sugirió, de manera picara.

—No suena tan descabellada tu idea.

—Entonces, ya está. Ahora vayamos, a la noria.

Tras haber pasado casi tres horas en el parque de diversiones, finalmente Matthew, me llevo directo a casa, debía confesar que era la primera vez que me sentía cómoda en compañía de él, pues había reído como nunca, gritado hasta casi quedarme afónica, pero lo más importante, había podido sentirme libre.

—Hemos llegado, madame—anunció en tono coqueto, regalándome una espléndida sonrisa.

—Gracias por este día, Matthew… en verdad me la pasé muy bien —dije con sinceridad.

—Yo soy el que debe darte las gracias, pues lograste soportarme por casi cinco horas—dijo a modo de broma, tomando mis manos entre las suyas—. En verdad me gustas tanto, Jul, que estoy dispuesto a todo por tenerte en mi vida.

—Necesito tiempo, por favor—atiné a decir apartando de inmediato mis manos de las suyas, justo cuando estaba por abrir la puerta trasera él me detuvo.

—Lo que menos quiero es asustarte con mis confesiones tan apasionadas, pero es la verdad. No voy a renunciar fácilmente a ti.

—Nos vemos pronto—me despedí.

Cerré la puerta y apresuré mis pasos hacia el interior de mi residencia. Una vez dentro, me recargue en la pared, dejando

escapar un largo y pesado suspiro. Temía que Matthew intentara presionar a mi padre para que se hiciera oficial nuestro compromiso, no podía imaginarme siendo la esposa del heredero Hamilton, pero lo que me causaba muchísimo más pavor, era tener de suegra a la viuda de Hamilton, esa mujer me detestaba, y, por si fuera poco, interfería mucho en la vida de su hijo, haciéndolo parecer su propio títere, ya podía visualizar que tan miserable iba a ser.

6

—¿No crees que estás exagerando? —preguntó Sam, poniendo los ojos en blanco—. Debes reconocer que Matthew se portó a la altura, incluso por lo que me acabas de contar quede sorprendida, es como si me estuvieses hablando de otra persona.

—Por primera vez logramos convivir como personas civilizadas y admito que me sentí cómoda, pero de ahí, a que me quiera casar con él, ni siquiera estoy lista para dar ese gran paso—aseguré.

—Con que no lo estás ¿eh? —murmuró, entre risas.

—Cambiemos de tema—dije un poco irritada—. ¿Qué hay de ti?

—¿De mí? —preguntó incrédula, dándole un sorbo a su jugo de naranja.

—Si, no me digas que en todo el tiempo que estuve ausente, no te enamoraste.

—Sabes que no tengo tiempo para eso, mi vida se resume entre el ballet e ir a casa, los fines de semana, cuando no estoy tomando lecciones de piano, estoy en el club con mis padres—respondió sin ganas—. Como veras, querida prima, mi vida es un asco.

—¿Sabes? Matthew esta particularmente interesado en que conozcas a su primo Steven—informé, dedicándole una sonrisa de medio lado.

—No gracias—se apresuró a decir—. No estoy interesada en conocer a otro Hamilton. ¡Dios! suficiente tengo con soportar a dos Hamilton—masculló.

—Y luego dices que yo soy la melodramática.

—En verdad, Jul, agradezco tus buenas intenciones, pero…por ahora no quiero poner en riesgo a mi corazón, no después de lo que paso con Mark—murmuró, bajando la mirada.

Para mi mala o buena fortuna, jamás pude conocer a Mark Spencer en persona, salvo por las incontables fotos que Sam me enviaba de él, o por las que se publicaban en los periódicos y

revistas, a simple vista era muy guapo, sus facciones se veían tan delicadas, tanto que hasta parecía como si de un muñeco de porcelana se tratara, ahora que lo pensaba, si hubiera sido mujer, sin duda habría sido una excelente modelo y una de las más cotizadas de la industria. Para nadie era un secreto que Mark, pertenecía a una de las familias nobles de Inglaterra, aun cuando su familia no era multimillonaria los títulos de sus antepasados le ayudaban un poco, pero nada de lo que uno pueda sorprenderse. Mark había sido matriculado en la misma preparatoria que Sam, exactamente cuando les faltaba tan sólo un año para concluirla, Si bien, el imbécil de Mark, en tan poco tiempo logro convertirse en el chico popular del instituto, haciendo que centenares de chicas le coquetearan, pero su único objetivo fue Sam, «la chica rara» como solían llamarla, ya que le costaba mucho socializar con las personas, aun así buscaban su amistad para sacar cierto provecho, ya sea monetaria o por unos minutos de fama y en esa ocasión no fue diferente, pues si bien Mark, junto con los idiotas de sus amigos, habían apostado a que no lograría llevársela a la cama antes de la graduación, y como era de esperarse, él, se lo tomó tan en serio, que utilizo sus encantos y exquisitos modales para endulzarle el oído, Sam estaba tan enamorada de él, que incluso hasta yo lo llegue a considerar el chico ideal, pero, como no todo en esta vida es de color rosa, el tipo no sólo logró su objetivo, sino que la expuso públicamente, lo que provocó que con mayor razón fuera el centro de burlas y humillaciones constantes, tanto que mi padre y tío, tuvieron que pagar una buena cantidad de dinero para que los tabloides eliminaran las fotos que les habían hecho llegar, y a Sam la retiraron del instituto, para evitar que siguieran desatándose más escándalos que pudieran afectar el buen nombre de la familia, cada vez que lo recordaba, sentía demasiada impotencia, por no haber podido estar ahí para ella, justo cuando más me necesitaba, en cada una de sus cartas, siempre hacía mención de que quería morirse y en lo miserable que se sentía, temía tanto por su vida, que incluso le había rogado a mis padres me dejaran regresar antes de lo previsto, pero su respuesta había sido un rotundo «no» sin embargo, le daba gracias a Dios, que ahora Sam, se encontrara un poco mejor, pues si

algo malo le hubiera sucedido, definitivamente jamás me lo habría perdonado.

—Jul, ¿te he perdido nuevamente? —volvió a preguntar en tono de burla, mientras me dedica una cálida sonrisa.

—Lo…lo lamento, Sam—atiné a decir.

—No es nada, es normal que te distraigas con facilidad—respondió sin importancia.

—No me refiero a eso—dije.

—¿Entonces? —preguntó curiosa.

—En verdad lamento mucho, no haber estado a tu lado cuando más me necesitabas—dije con pesar—. Jamás fue mi intención dejarte sola en un momento tan complicado.

—Primero que nada, Jul…yo no tengo nada que perdonarte, pues no estaba en tus manos, regresar sólo para consolarme. Al contrario, te agradezco por siempre regalarme unos minutos de tu tiempo, porque aun cuando las diferencias de horario entre Londres y New York varían, eso no te detuvo para siempre hablar conmigo, eso no cualquiera lo habría hecho.

—Eres como mi hermana y lo sabes—le recordé.

—Lo sé perfectamente y porque lo sé, es que te quiero tanto y aprecio lo que has hecho por mí, aun cuando estuvimos separadas—dijo, apretando mis manos, que se encontraban reposando sobre la mesa—. Pero ya no hablemos de cosas tristes, mejor cuéntame, ¿volviste a ver a ese hombre guapo? —preguntó en tono pícaro.

—¿Hombre guapo? —repetí, haciéndome la desentendida, sintiendo como mis mejillas empezaban a arder.

—No te hagas la desentendida, si bien qué sabes a quien me refiero—alegó—. Por cierto, Jul—dijo ahora mostrando un semblante de preocupación—. ¿Has estado comiendo bien? Te veo un poco pálida.

—Estoy bien, Sam, no tienes nada de qué preocuparte—me apresuré a responder— y es que la verdad, lo que menos deseaba era que ella se diera cuenta de mis problemas alimenticios, pues hacía exactamente un año, que había empezado a obsesionarme, con mi peso, debido a los constantes comentarios hirientes de mi madre, era consciente de que ella esperaba a que llegara a tener

una cintura pequeña, sin embargo, mi complexión jamás había sido así, pero al menos lo estaba intentando, aunque creo que esto no era suficiente, pues seguía con sus comentarios desagradables, ni siquiera se daba cuenta de lo mucho que me lastimaban.

—Jul—dijo, sacándome de mis pensamientos—. Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, ahora ya no estás sola, pues nuevamente estamos juntas—aseguró, volviendo a tomar mis manos entre las suyas—. Soy consciente de que tu vida no está siendo para nada sencilla, pero sólo quiero recordarte, que, entre las dos, podremos llevar la carga.

—Te lo agradezco, Sam—respondí aclarándome la garganta, pues sus palabras me habían conmovido a sobremanera, sin embargo, no podía permitirme llorar, pues no quería preocuparla, así que sólo me limité a esbozar una gran sonrisa, aunque aquello me había resultado demasiado titánico.

—¿Has podido hablar con Sebastián? —me preguntó, enderezándose en su asiento, mientras miraba con curiosidad su bebida.

—No, y ya no es novedad, es un milagro que apenas y nos saludemos—solté con ironía—. Pues desde que tengo uso de razón, él siempre ha sido de estar con sus amigos.

—¿Acaso él no se alegró de verte? —preguntó incrédula.

—Siento que no le ha causado ninguna emoción, pues mi presencia tampoco es algo que le afecte o beneficie.

—Mi primo sí que es un idiota, créeme que, si yo tuviera una hermana como tú, seríamos inseparables. Ojalá, que nunca se arrepienta de haberse perdido muchos momentos maravillosos a tu lado, pues el tiempo es algo imposible de recuperar.

—Al principio, deseaba su compañía, pero ahora que los años han transcurrido, su indiferencia ya no me lastima.

—Bueno, ya no hablemos de cosas tan deprimentes, ¿Qué te parece si vemos una película? —sugirió—. Y no hace falta que te pregunte cual quieres ver, pues ya me sé de memoria cual vas a terminar escogiendo.

—¡Oye! —exclamé, dándole un leve golpe en su brazo derecho.

—¿Qué? Es la verdad—bromeó—. Pero no te voy a negar que yo también adoro Orgullo y Prejuicio, pues amo al señor Darcy—dijo con ensoñación.

—Lo sé, es tan perfecto—aseguré soltando un gran suspiro—. Ojalá que existieran hombres así.

—Creo que ya lo has encontrado, pues Matthew, es todo un caballero, se nota que ha cambiado para bien, estoy segura de que ambos serán felices.

—Creo que te estás adelantando—me apresuré a decir. — Pues honestamente aún me seguía pareciendo irreal que él, se hubiera fijado en mí, sabiendo que yo no era para nada su tipo, pero eso era algo que por nada del mundo deseaba expresar abiertamente.

7

John.

Han pasado ya dos semanas desde aquel bochornoso encuentro entre la hija de mi jefe y yo, sin embargo, lo más extraño de todo esto, es que no he podido dejar de pensar en ella, por lo que no hay día en que no me recriminé internamente por ello, pues nunca en mi vida me había sucedido algo similar. Era consciente de lo inalcanzable que era para mí, ya que, estaba comprometida con Matthew Hamilton, aquel playboy millonario, que por si fuera poco era muy conocido por su escandalosa vida llena de excesos y mujeres hermosas, no había día en que las revistas de chismes no hablaran de él, o que sus fotos aparecieran en las portadas de estás, siempre con una mujer diferente, aunque también algo que me preocupaba de cierta manera, era la forma en que se tomarían la noticia, de que aquel mujeriego estaba ya comprometido con la heredera de los Smith, aquella jovencita dulce y de hermosos ojos, mismos que mostraban cierta tristeza, que me partía el corazón, me gustaría mucho poder acercarme y ofrecerle mi sincera amistad, pero…eso sería algo incorrecto.

—John… ¡John! — Escuché a mi jefe llamarme, al mirarlo, pude comprobar que estaba molesto, pues su ceño fruncido me lo confirmaba.

—Dis…discúlpeme, señor—atiné a decir, dándome cuenta de mi gran falta, pues sólo a mí se me ocurría, estar pensando en su hija, justo cuando estábamos en medio de una reunión importante con los socios de España.

—Déjate de tonterías y mejor empieza a presentar los balances de los gastos que hemos hecho—ordenó, estirando su mano, para que le entregara la carpeta. — Como pude me puse de pie y empecé a repartir las carpetas, a cada uno de los socios, una vez que todos tuvieron dichas carpetas, empecé a explicar lo que se había gastado en las materias primas para la elaboración de la nueva línea de

cosméticos, conforme iba explicando, los socios empezaban a revisar cuidadosamente las hojas, por primera vez me sentía nervioso y era porque no estaba concentrado, incluso parecía un novato. Cuando titubeé y me quedé callado, el señor Henry, me fulminó con la mirada, acto seguido las miradas de los socios se posaron en mí, algunos empezaron a cuchichear, mientras que otros, me miraban expectantes, esperando a que continuará con mi explicación, justo cuando sentía que estaba perdido, Alexander, llegó a mi rescate, poniéndose de pie, tomó la palabra, y acto seguido empezó a explicar con detalle cada uno de los gastos efectuados no sin antes asegurar que los cosméticos, estarían listos en un mes, dispuestos para salir al mercado, ante lo cual, los socios asintieron complacidos, sin decir aún nada, volví a sentarme, sólo para bajar la mirada, en el trascurso de la reunión el señor Henry, se dedicó a hablar, hasta que todos llegaron al acuerdo, de que la nueva línea de cosméticos, llegaría primero a las tiendas más importantes de España, cubriendo así la gran demanda de su mercado.

Una vez que la reunión finalizó, y tras las respectivas despedidas, el señor Henry con voz seria me pidió reunirme con él en su oficina en cinco minutos, ante lo cual sólo asentí, Alexander, sólo me dedicó una mirada de lastima y me dio un ligero apretón en el hombro derecho, para después marcharse a su propia oficina, sólo en aquella sala, dejé escapar todo el aire que llevaba conteniendo, mientras pasaba mis manos sobre mi cabello en señal de frustración, consciente de que mi jefe me esperaba en su oficina, me acomodé el saco y me dispuse a ir a su encuentro, al llamar a su puerta, él, desde adentro me indico que pasara.

—Señor—logré decir.

—Cierra la puerta— ordenó, aún molesto.

Sin chistar hice lo que me pidió, para después acercarme hasta quedar enfrente de su escritorio.

—Te juro que, si no fueras tan eficiente con tu trabajo, ya te habría despedido—dijo con evidente molestia—. ¿Qué demonios te ocurre, John? Has estado muy distraído últimamente.

—Yo…—titubeé—. Lo lamento señor, le prometo que no volverá a suceder—dije con seguridad, misma que en aquellos momentos no

sentía.

—Eso espero, John, pues no voy a tolerar otra falta tuya. Sabes que te estimo, porque eres un muchacho muy comprometido con tu trabajo, sin embargo, eso no me va a impedir correrte ante tu falta de rendimiento, ¿te quedo claro?

—Me ha quedado muy claro, señor—dije, tomando una postura firme.

—Bien…ahora, quiero que te reúnas con los del laboratorio y que te den los informes de las pruebas que llevan, no quiero fallas y menos ahora que los españoles están atrás de nosotros.

—Ya mismo, señor, ¿se le ofrece algo más?

—Es todo, ya te puedes retirar.

—Con permiso, señor—dije, dándome la media vuelta y dispuesto a salir de su oficina cuando su voz me detuvo.

—Cuando tengas los informes necesarios, házmelos llegar, para darles otra revisada.

—Claro, señor—, una vez afuera de su oficina, pude sentir como el alma me regresaba al cuerpo, me recargue unos segundos en la puerta, hasta que la vi… saliendo del elevador, era una aparición celestial, con aquella hermosa sonrisa que era capaz de iluminar toda la recepción, saludaba amablemente a Nora y tras intercambiar unas cuantas palabras amables, ella poso su mirada en mí, ocasionando que mi corazón empezara a latir rápidamente, y que sintiera como mis manos me sudaban, por más que quería moverme, mis piernas parecían no responderme.

—Buenos días—saludó, dirigiéndose a mí.

—Buenos días—respondí tan rápido, que casi podía jurar que no se me había entendido nada.

—¿Mi padre, está en su oficina?

—¿Eh? Si, si—atiné a responder—. Su padre se encuentra adentro.

—¿Crees que pueda verlo?

—Por supuesto, pase—musité, haciéndome finalmente a un lado para permitirle el acceso.

—Muchas gracias—dijo esbozando una gran sonrisa—. John, ¿verdad?

—Así es.

—Que tengas un bonito día, John—dijo, para después ingresar a la oficina de mi jefe.

Y ante aquella última frase, no podía estar más feliz, mi día que iniciaba mal, ahora se había convertido en uno de los mejores, pues una vez más la había tenido cerca y eso era suficiente, como para hacerme sonreír como a un perfecto idiota.

8

Julieta.

—No me interesa si te quieres o no casar, Julieta. Estoy harto de tus estúpidos caprichos, así que mejor vete haciendo a la idea de que Matthew Hamilton, va a ser tu esposo.

Esas son las palabras que aún resuenan una y otra vez en mi cabeza, las mismas que mi propio padre me había dicho aquel día que fui a visitarlo a su oficina, con la intención de pasar tiempo con él, ingenuamente, había pensado en que tal vez, me habría echado mucho de menos, sin embargo, la realidad me propino una gran bofetada al haber escuchado aquellas frías y crueles palabras. Aquella vez, ya ni siquiera llore, tan sólo me había limitado a cerrar con fuerza mis puños y mantenerme firme, ahora que lo recuerdo ni yo misma supe, cómo es que lo había logrado.

Ya han pasado tres semanas desde mi llegada, y aún sigo sintiéndome fuera de lugar, como es costumbre, mi madre pasa la mayor parte del tiempo en el club con sus amigas o asistiendo a los desfiles de moda, por otra parte, mi padre, se la vive en la empresa, llegando hasta muy altas horas de la noche, mientras que mi hermano, él, rara vez llega a casa, debido a sus constantes viajes de placer. Creo que nunca en mi vida me había sentido tan sola como ahora, pues en esta ocasión ni Sam, estaba conmigo, pues había empezado a impartir clases de ballet, por lo cual ya en muy pocas ocasiones podíamos vernos para platicar como en los viejos tiempos.

Con el ánimo por los suelos, perdida en mis pensamientos, caminando por inercia, sin rumbo fijo, puedo escuchar el bullicio de la gran manzana, todos corriendo tras un reloj, doblo a la esquina, sin siquiera levantar la vista, tan sólo observando la acera, en esta ocasión no hay paparazis que me acosen, algo que internamente agradezco, pues dado mi estado de ánimo, aquello sería como la cereza del pastel, para arruinar por completo mi día, deje escapar un

leve suspiro, mientras me acomodo un mechón de cabello detrás de mi oreja, justo cuando me disponía por volver a dar vuelta en una esquina, accidentalmente choque con alguien, ocasionando que estrepitosamente yo cayera de sentón al suelo, y aún lado, mis gafas oscuras, el golpe que me he llevado había sido tan duro, que tenía que hacer uso de todo mi auto control para no llorar ahí mismo, con la poca dignidad que me quedaba, recogí mis gafas para asegurarme de que estás no se hubieran dañado, pues, eran mis preferidas, dado que me las había obsequiado Frederick, un buen amigo que había logrado hacer en Londres, ahora que había caído en cuenta lo echaba tanto de menos, así como cada una de nuestras largas conversaciones, al comprobar que mis gafas no se habían dañado, pude volver a respirar, hasta que una voz varonil, se empezó a disculpar conmigo, a lo que no le di importancia alguna.

—Lo lamento mucho, señorita—dijo avergonzado—. Permítame ayudarla.

—No… no es necesario—respondí, aún sin mirar a aquel hombre.

—He sido demasiado torpe—se recriminó así mismo—. ¿Se ha lastimado? ¿Puedo llevarla a un hospital?

—De verdad, no ha sido nada grave—aseguré para finalmente mirarlo a la cara, y en ese momento dar gracias a Dios, por seguir sentada en el suelo, pues de lo contrario, me habría ido de espaldas, al ver de quien se trataba y por lo visto, no era la única que tenía una expresión de sorpresa, pues la otra persona estaba igual que yo.

—Señorita Smith—dijo aún más avergonzado—. En verdad, discúlpeme, por favor, permítame ayudarla a ponerse de pie.

—Señor Thompson— logré pronunciar, intentando sonar lo más tranquila posible—. No es necesario, yo puedo hacerlo sola— inquirí, poniéndome de pie y sacudiéndome el pantalón—, Por favor, quité esa cara de terror que tiene, pues como puede ver, no me ha pasado nada grave—informé, al sentir su mirada fija en mí.

—Por un instante temí en que resultara herida. ¿Está segura de que no desea que la lleve a un hospital? — volvió a preguntar.

—No, no. Al contrario, yo soy la que debe disculparse, pues no miraba por donde caminaba.

—Ya somos dos— afirmó—. Yo, venia tan perdido en mis propios pensamientos, tanto que ni siquiera la pude reconocer.

—Entonces ya estamos a mano—dije, esbozando una pequeña sonrisa—, Ya no le quito más su tiempo, pues me imagino que ha de estar muy ocupado.

—¿Ocupado? ¿Un domingo? — cuestionó confundido—. Casualmente hoy tengo el día libre y es por ello por lo que he decidido salir a dar una vuelta, para despejar un poco mi mente.

—Ya veo…

—Usted… ¿Usted va para algún lado?

—La verdad, no… ni siquiera sé hacía dónde voy, sólo caminaba sin rumbo alguno— dije, retomando mi semblante melancólico, para después volverme a colocar mis gafas.

—¿Sería muy atrevido de mi parte, si la invito a caminar por el parque? Claro, que puede decir que no— musitó rápidamente.

—Siempre y cuando, ya no me hable de a usted, pues de cierta manera me hace sentir incómoda.

—Lo hare, si de igual forma, dejas de hacerlo tú, ¿Es un trato? — dijo con una gran sonrisa

—De acuerdo.

—Entonces, ¿vamos? — musitó, permitiéndome el paso.

—Gracias.

Ambos caminábamos en completo silencio, él, observaba a cada una de las personas que paseaban por el parque, mientras que yo, de vez en cuando observaba el cielo, me sentía realmente incómoda, pues estaba convencida de que mi aspecto no era para nada agradable, tal vez debí de ponerme un suéter más holgado o quizás una de esas horribles fajas para estilizar mi cuerpo y esconder de cierta manera mi gordura, ante aquellos pensamientos, no pude evitar fruncir el ceño, mientras dejaba escapar un suspiro a modo de derrota, provocando que él me mirara.

—¿Estás bien? —preguntó con evidente preocupación.

—Si—respondí intentando parecer serena.

—Si gustas podemos tomar asiento en esa banca—señaló aquella que se encontraba debajo de un gran árbol.

—Si, por favor—respondí para dirigirnos hacía aquel lugar y tomar asiento—agradecía la existencia de dicho árbol, pues al estar bajo su protección, el aire era aún más fresco, en esta ocasión me permitía observar con atención a cada una de las personas que caminaban por ahí, algunos venían en familias, otros en pareja o simplemente solos.

—¿Sueles venir mucho a Central Park? —pregunté ahora con curiosidad, pues de cierta manera el no decir nada, me parecía demasiado descortés.

—Así es, es uno de mis parques favoritos, además de que está muy cerca de mi departamento.

—Ya veo. —acto seguido me quede callada, sin saber que más decir, hasta que él rompió el silencio.

—¿Siempre eres así de seria? —preguntó esbozando una cálida sonrisa.

—Casi siempre—confesé.

—Ya veo—murmuró—. Tal vez deberías intentar ser un poco más parlanchina, apuesto a que tienes cosas interesantes que contar.

—Lo dudo mucho—aseguré—. Por lo general siempre suelo hablar de libros, arte, música y más libros— bromeé—, y a la gente no le interesa nada de eso.

—Me ofendes—dijo con dramatismo—. Entonces es una gran suerte que yo no sea como el resto de esa gente, pues adoro hablar de libros, música, arte y películas—aseguró—, ya sé que puede ser algo muy trillado, pero en verdad lo disfruto mucho.

—¿De verdad?

—Por supuesto, es más, que me parta un rayo si no—dijo mirándome juguetonamente.

—Creo que eso del rayo no es necesario, pues te creo.

—No te ves muy convencida.

—Lo estoy—dije, ruborizándome y volviendo a bajar la mirada.

—¿Y cómo te sientes ahora que has regresado a casa? —preguntó de repente.

—Extraña—confesé—. A decir verdad, no quería regresar.

—¿Puedo saber la razón?

—Estoy más sola que nunca, al menos en Londres, tenía amigos, a los cuales ya consideraba mi familia.

—Entiendo, pero debes saber que tu padre, estuvo muy al pendiente de tu regreso.

—¡Claro! Tan pendiente, que ni siquiera fue capaz de irme a recibir al aeropuerto—solté con ironía.

—Han sido semanas muy complicadas.

—Siempre ha sido así, desde que tengo uso de razón, y ya me acostumbré a eso, y bueno, ahora me pesa más estar sola, porque mi prima ya no puede estar conmigo—dije, esta vez mirándolo a la cara, sólo para darme cuenta de que me encontraba siendo escudriñada por su intensa mirada— Ahora caía en cuenta de que, al estar hablando con él, me sentía tan cómoda y segura, tanto que había dejado a un lado mi timidez, y aquello era algo sorprendente.

—Bueno, ahora ya no estás sola, pues estoy contigo—dijo guiñándome un ojo.

—¿Acaso estás siendo presuncioso? —cuestioné, frunciendo el ceño.

—No…, no frunzas demasiado el ceño o temo que te saldrán arrugas—bromeó—. ¿Acaso quieres envejecer muy rápido?

—Eso es algo inevitable—aseguré.

—En eso tienes razón, pero creo que deberías de sonreír más, además eres muy joven como para tener un semblante amargo. Pues estoy convencido que no pasas de los dieciocho años.

—¿Cómo es que estás tan seguro?

—Digamos que tengo super poderes—bromeó.

—Pues te equivocas.

—¿De verdad?

—Así es, pues no tengo dieciocho años—aseguré.

—¿Acaso eres menor de edad? —preguntó con evidente preocupación e incredulidad.

—Tengo diecinueve años…acabo de cumplirlos.

—¿Cuándo?

—El dieciocho de febrero—dije restándole importancia.

—Pues entonces…muchas felicidades, aunque sea atrasado. Bien dicen que más vale tarde que nunca, ¿o no?

—Tienes toda la razón y te lo agradezco.

—¿Y cómo te la pasaste en tu cumpleaños?

—Sola—respondí sin gran emoción—. La verdad, ya no es algo relevante para mí, o que sea motivo de celebración, pues sólo es un día común y corriente.

—No estoy de acuerdo con ello, pues el hecho de haber nacido no es cualquier cosa, al contrario, es motivo de celebración y regocijo. Tal vez para ti, tu cumpleaños sea una fecha sin relevancia alguna, pero ni siquiera sabes, lo que puede significarse para las personas que verdaderamente te aman. Siempre, va a ver alguien que le dé gracias a Dios porque hayas nacido.

—Pues algún día me gustaría conocer a esa persona—solté con ironía.

—Estoy convencido de que tarde o temprano así va a ser.

—¿Qué hay de ti?

—¿De mí?

—Quiero saber, ¿cuántos años tienes?

—Ah, eso…, tengo veintiuno, cumpliré veintidós el tres de noviembre—dijo con una gran sonrisa.

—¿Y qué haces de especial en esa fecha? —pregunté curiosa.

—Dar gracias a Dios, por otro año, además de amar con intensidad la vida.

—¿Amar la vida?

—Así es, verás, la vida es para reír, llorar, enamorarse, para cometer errores y aprender de ellos, para caer y levantarse cuántas veces sean necesarias, pero lo más importante, es para disfrutar de cada cosa por más pequeña que esta sea.

—Amar la vida—murmuré, sopesando aquellas palabras.

9

Con pereza, tomó mi móvil, cuando este suena, al mirar la pantalla, una gran sonrisa se dibuja en mi rostro.

John.
Que tengas un excelente día…
Por cierto, no olvides sonreír. 😊

Julieta.
Créeme que no lo voy a hacer,
ya que últimamente me lo estás recordando.

John.
¿Acaso estás insinuando que soy un hostigoso de lo peor?
??

Julieta.
Yo no dije eso, tú lo hiciste.

John.
Pero es lo que piensas.

Julieta.
¡Claro que no!

John.
Acabas de romper mi corazoncito en mil pedazos.

Julieta.
¿Hay algo que pueda hacer para reparar el daño?

John.
Ahora que lo mencionas…
Sí,
¿te gustaría volver a pasear por Central Park y tal vez, comer algo?

Respiré hondo y sonreí a medias, al saber que nuevamente lo volvería a ver. Aunque por dentro moría por responderle de inmediato que aceptaba, había decidido esperar un poco, pues tampoco quería verme muy desesperada.

Desde aquel incidente, y tras haber pasado un rato agradable conversando en Central Park, como escenario, John y yo, habíamos terminado por intercambiar números telefónicos, y ahora, el enviarnos escuetos saludos y mantener conversaciones divertidas, se había vuelto ya una costumbre.

Mi móvil, volvió a sonar, recordándome que aún no le había respondido, lo cual ya lo mantenía angustiado.

John.
Perdóname, si de cierta forma te hice sentir incomoda,
pues esa no era mi intención.

Julieta.
Nada de eso, al contrario,
y desde luego que me gustaría volver a pasear por Central Park,
claro si con eso puedo reparar el daño que le he causado a tu corazón.

John.
Bueno…
tanto así que con eso vayas a reparar por completo mi corazoncito, no,
pero al menos ya sería algo.

Julieta.
Olvidaba que estaba hablando con Mr. Dramas.

John.
Me he carcajeado en plena calle por tú culpa

y la gente se me queda viendo extraño. 🤣
En fin, ¿te parece si nos vemos mañana en el lago al medio día?

Julieta.
No ha sido mi culpa, pues sólo he dicho la verdad.
Y claro, nos vemos mañana al mediodía, en el lago.

John.
Muy bien, también quiero aprovechar para mostrarte un poco de la música que me gusta.

Julieta.
¡Genial!

John.
Bonito día, Jul… se te quiere mucho.

Julieta.
Gracias,
igualmente y por favor,
ya no te distraigas tanto,
sino mi padre volverá a retarte.

John.
Ni me lo menciones. Hasta mañana. 😊

Y con aquel último mensaje, y conservando aquella gran sonrisa, volví a dejar mi móvil en el escritorio, para retomar mi lectura, aunque claro, ahora me resultaba un tanto complicado, ya que no paraba de pensar en la cita que tendría con John.

—Lamento mucho molestarla, señorita, pero el joven Hamilton, la espera en la sala— dijo una de las empleadas, ingresando al estudio.

—Enseguida voy— dije, suspirando.

—Muy bien, señorita.

Volví a tomar mi móvil y lo guarde en el bolsillo izquierdo de mi pantalón, tras acomodarme bien la ropa y el cabello para estar

presentable, me dirigí a la sala, era cierto, que convivir con Matthew, ya no era tan repugnante, pero, lo que no me gustaba, era que él siempre buscaba la manera de besarme y hasta de cierta forma de presionarme para que me decidiera en poner una fecha para hacer oficial el compromiso, algo que estaba posponiendo lo más que se pudiera.

—Hola, Matthew—saludé con cierto desgano.

—Hola, mi amor—devolvió el saludo de manera muy melosa, conforme se acercaba hasta mí, con la intención de besarme, si no hubiese sido, porque alcancé a girar mi cara, para que el beso lo depositara en mi mejilla—. Luces, hermosa.

—Te lo agradezco—asentí, acomodándome un mechón de cabello detrás de la oreja—. ¿Gustas, agua, jugo, una copa de vino?

—Una copa de vino, por favor—dijo tomando asiento en uno de los sillones.

—De acuerdo— sin decir nada más, me dirigí al minibar que teníamos en la sala, y tomé una botella de vino tinto, el cual serví en una copa, para después regresar y entregársela a Matthew.

—Gracias— dijo en tono coqueto, dándole un sorbo—. ¿Cómo has estado, mi amor?

—Bien— me apresuré a responder, intentando ocultar la incomodidad que me causaba escuchar aquellas palabras cariñosas —. ¿Qué tal el trabajo?

—He tenido demasiado trabajo, esto de la nueva línea de cremas faciales, nos tiene realmente saturados, incluso, pasado mañana tendré que viajar a Italia.

—¿De verdad? — pregunté curiosa.

—Así es, nada me gustaría más que me acompañases, pero me temo que no podría estar contigo.

—¿Y cuánto tiempo, vas a estar fuera?

—Al menos dos semanas, pues tengo que reunirme con algunos socios.

—Entiendo… deseo que todo salga bien.

—Te lo agradezco mucho, mi amor, por ese motivo, quise pasar al menos un día contigo. Pues te voy a echar mucho de menos, lo

único que me consuela, es que cuando te conviertas en mi esposa, podrás viajar siempre conmigo.

—Matthew… la verdad, no sé si tú y yo, logremos congeniar. Somos tan diferentes.

—¿No has escuchado eso de que polos opuestos se atraen? Y es obvio, de que tú y yo, fuimos hechos el uno para el otro.

—Al menos, no nos precipitemos para elegir una fecha, no ahora.

—Jul, amor, sabes que esto tarde o temprano va a suceder— musitó, dejando su copa sobre la mesa de centro, para después sentarse a mi lado y entrelazar nuestras manos, sus ojos verdes, me miraban con gran intensidad, provocando que me sonrojara y que quisiera alejarme de él, cosa que impidió, al tomarme con fuerza, esta vez de los brazos, mientras que de a poco iba a cortando la distancia entre nosotros, podía sentir el rose de su aliento contra mi rostro, justo cuando estaba a escasos centímetros de mis labios, su móvil empezó a sonar, haciendo que él, soltara un suspiro de frustración y se alejara de mí. Furioso, saco su móvil del bolsillo de su pantalón y al mirar la pantalla, una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Amor, ¿te molesta si atiendo la llamada en el estudio de tu padre?

—Adelante— asentí, intentando normalizar mi respiración y agradeciendo a la persona que se encontraba del otro lado de la línea. Matthew, no lo pensó dos veces y a grandes zancadas se dirigió al estudio, en donde se encerró. Por una parte, me daba curiosidad, saber el motivo de su cambio tan drástico de humor y aunque deseaba acercarme a la puerta para poder escuchar la conversación, me tuve que contener, pues tampoco quería ser imprudente, así que, sin más remedio, recargué mi cabeza sobre el respaldo del sillón, esperando a que él saliera.

—Mi amor, lo lamento, pero tengo que irme— dijo, saliendo del estudio muy apurado y dándome un beso en la frente—. Nos vemos en dos semanas, prometo que estaré llamándote.

—Que tengas buen viaje— atiné a responder.

—No hace falta que me acompañes hasta la salida, pues sé dónde queda—dicho esto se marchó sin más, dejándome tranquila y feliz.

Al menos no iba a estar atormentándome con el tema de la fecha del anuncio del compromiso y con los respectivos preparativos, los cuales me tenían sin cuidado alguno.

10

John.

Desde la mañana he estado con una gran sonrisa dibujada en mi rostro, consciente de que tal vez parezco un idiota, pero en efecto… soy un idiota enamorado, y es que de cierta manera sigo agradeciéndole a la vida o tal vez al destino, por haberme hecho coincidir nuevamente con ella, y como en aquella ocasión, nuestro segundo encuentro fue algo poco común. Gracias a ese encuentro fue que me envalentone para pedirle su número telefónico, con la esperanza de seguir escuchando su dulce voz.

No iba a negar que esperaba una negativa y tal vez hasta un insulto, pues de cierta manera me lo merecía por haber sido tan atrevido. Sin embargo, ella me sonrió para acto seguido tomar mi móvil y empezar a teclear, juro, que yo, no podía estar más feliz.

Cuando nos despedimos, y apenas poner un pie dentro de mi departamento, le envié el primer mensaje, con la intención de saber si ella había llegado bien a su casa, a lo cual me respondió casi de inmediato, agradeciéndome por mi compañía, a lo que sólo atine a responder con un «Yo soy el que te da las gracias por haberme soportado»

Así fue como empezamos a enviarnos mensajes, deseándonos suerte en nuestros días, así como el de mantener pequeñas charlas que terminan en una que otra broma, a tal grado de haberme atrevido a pedirle de manera indirecta una cita, que desde luego ya estaba imaginándome lo peor, cuando ella no me respondía, hasta que inesperadamente, me dio aquella respuesta que yo tanto deseaba, el bendito «si» y ahora me encuentro sentado justo enfrente del lago The Pond, mientras observo a un centenar de enamorados caminar con las manos entrelazadas, lo que de cierta manera me hace imaginar por unos momentos, estar así con ella, aunque sea un imposible, dado que ya está comprometida con aquel

detestable playboy, frunzo mi ceño mientras muevo mi cabeza en forma de negación para olvidar aquello, justo cuando estoy lidiando con aquel detestable sentimiento, logro divisarla a lo lejos, como de costumbre tan hermosa, tan perfecta…, como puedo me pongo de pie y voy a su encuentro, con cada paso que doy, mi corazón late desbocadamente, y un cosquilleo en mi estómago se hace presente, inconscientemente aquella sonrisa que llevo desde la mañana se hace aún más grande, y el motivo… ella.

—Hola—dijo agitada—. ¿Te he hecho esperar mucho? — cuestionó, deteniéndose en frente mío.

—Para nada, soy yo el que ha llegado quince minutos antes— confesé de manera despreocupada, dándole inesperadamente un beso en la mejilla en forma de saludo—. Me alegra que vinieras.

— Es obvio que no iba a dejarte plantado, además en casa no tengo nada interesante que hacer.

—¿Acaso eso es un cumplido? —cuestioné con sarcasmo.

—Yo… lo lamento es sólo que…

—Descuida, no tienes por qué disculparte, después de todo, no olvides que soy Mr. Dramas— musité divertido.

—En verdad lamento si fui grosera, es sólo que…

—Ya sé que te pongo nerviosa, pues estoy casi seguro de que me encuentras irresistible— dije guiñándole un ojo, ocasionando que ella se ruborizara al instante— pues ahora caía en cuenta que adoraba cuando ella se sonrojaba, pues se veía aún más hermosa.

—Eres un presuncioso de lo peor— me recriminó.

—Bueno, bueno, ya no peleemos, ¿Qué te apetece hacer?

—Me gustaría que me mostraras la música que tanto te gusta y conversar un poco, pues la última vez que estuvimos aquí, me dejaste muy pensativa.

—¿Y eso fue bueno o malo?

—Fue algo bueno, realmente muy bueno…

—Entonces, señorita, ¿me permite? — cuestioné, ofreciéndole mi brazo tal cual caballero de época galante.

—Eres muy amable—respondió, esbozando una preciosa sonrisa, justo cuando aceptaba el brazo que le ofrecía. Ambos nos dirigirnos hacía una banca que se encontraba debajo de un árbol de

Jacarandas, muy cerca del lago, tomamos asiento, quedando a escasos centímetros uno del otro.

—Me encanta este lugar—dijo, aspirando el aire fresco, mientras mantenía los ojos cerrados, proporcionándome una vista celestial, pues apenas unos rayos de sol iluminaban su bello rostro.

—Igual a mí—confesé—. Me gusta porque es un lugar muy tranquilo, cada vez que tengo un día muy pesado, vengo aquí, digamos que es como mi remanso de paz, mi refugio.

—Me imagino—musitó, abriendo los ojos para mirarme fijamente —. Siento que este lugar es el idóneo no sólo para tener una cita romántica, sino para escapar un momento de la realidad. Tal vez… este lugar se convierta en mi nuevo refugio—murmuró con pesadumbres.

—Entonces…será todo un honor compartir mi refugio contigo— dije, dedicándole una sonrisa— y ahí estaba nuevamente, aquel semblante lleno de tristeza, mientras observaba como aquellos ojos verdes que segundos atrás irradiaban felicidad, ahora se veían opacados por el dolor. Deseaba preguntarle qué era lo que le sucedía, sin embargo, no podía tomarme tantas libertades con ella, por lo que, conteniéndome, saqué el IPod del bolsillo de mi chamarra, para empezar a buscar la canción que últimamente me recordaba a ella—. Quiero que escuches está—dije, entregándole un audífono, a lo que ella me miró con cierta curiosidad, mientras lo tomaba y se lo colocaba. Pulse el botón de reproducir y fue ahí, cuando *When you say nothing at all* de Ronan Keating, empezó a sonar, haciendo que mi corazón empezará a latir con fuerza debido a la emoción que sentía al tener a la chica de mis sueños justo a mi lado.

—Está canción es mi favorita—dijo, quitándose el audífono, una vez que la canción termino.

—¿De verdad? —pregunté incrédulo ante su respuesta.

—Te lo juro, Ronan Keating, es uno de mis cantantes favoritos, incluso durante mi estancia en Londres, pude asistir a algunos de sus conciertos.

—Dime, ¿Qué tipo de música te gusta? —pregunté con curiosidad.

—Me gusta la música clásica, el pop, rock y country.

—Vaya…

—Tal vez mis gustos sean muy horrendos, pero…

—No…nada de eso, al contrario, te iba a decir que tienes muy buenos gustos—me apresuré a decir, para evitar un malentendido.

—Me gusta tu IPod—dijo, mirándolo con atención—. ¿Puedo?

—Claro—respondí, entregándoselo.

—Tal vez pienses que soy una tonta, pero, hace algo de tiempo que no veo este modelo.

—Jamás pensaría algo así de ti—aseguré—. ¿Sabes? Esta pequeña cosita, es muy especial para mí, pues fue el primer objeto valioso que pude comprar con mi primer sueldo y siendo honesto jamás imaginé que una persona como yo, llegase a conseguirlo. Era cierto lo que le acababa de decir, pues desde una edad temprana, supe lo que era carecer del afecto de unos padres, tener que soportar humillaciones por parte de la gente, incluso supe lo que era pasar hambre y estar de un lado a otro, sin embargo mis ganas de superarme, fueron los que me motivaron a luchar para poder ser alguien en la vida, hasta que conocí al señor Smith, aún recuerdo perfectamente, cuando los IPod, estaban en pleno auge, todos querían uno, y desde luego que yo no era la excepción, por lo que cuando ingrese a trabajar con el señor Henry, me vi motivado a gastar parte de mi primer sueldo en uno, cuando adquirí aquella pequeña cosa cuadrada con pantalla, me consideraba el sujeto más feliz del mundo. aun siendo consciente de que hoy en día, estos han quedado atrás, sigo atesorándolo y utilizándolo, ya que esto es la clara muestra de que uno puede tener lo que quiere si trabaja muy duro.

—Comprendo, gracias por compartir tu tesoro conmigo… significa mucho para mí—dijo, devolviéndome mi IPod.

—No tienes nada que agradecer. ¿Has escuchado a Nickelback?

—Por supuesto y debo decir que me encanta Gotta Be Somebody… ya que todos esperamos encontrar a esa persona única en nuestra vida. ¿No crees?

—Es verdad—respondí, mientras recordaba la letra.

—¿Y tú, esperas encontrar a esa persona única? —preguntó curiosa.

—De hecho…ya la encontré—respondí esbozando una gran sonrisa.

—¿De verdad? —preguntó con un dejo de decepción en su mirada —. Ya veo…entonces debe de ser linda.

—Vaya que lo es—asentí, sin siquiera borrar aquella gran sonrisa de mi rostro—. Prometo que algún día te la presentare.

—No…no es necesario—se apresuró a decir—. No quiero causarte problemas con esa persona.

—Que cosas dices, claro que jamás lo harías.

—De acuerdo—respondió sin ánimos.

—¿Gustas que vayamos a comer algo?, ya es tarde—dije mirando mi reloj de mano, sólo para darme cuenta de que ya pasaba del medio día.

—La verdad no tengo hambre, pero… puedo acompañarte.

—No sería nada apropiado que yo este comiendo y tú no.

—No te preocupes por mí.

—¿Cómo no hacerlo? ¿Qué se te apetece comer?

—En verdad yo estoy bien—aseguró.

—¿O tal vez prefieras que vayamos por un helado?

—Yo…

Justo cuando ella iba a responder, su móvil empezó a sonar, ocasionando que ella rápidamente lo sacara de su bolsa y nerviosa se pusiera de pie para alejarse. Mientras que yo, miraba a mi alrededor, perdiéndome en la bella vista que tenía.

—Lo lamento mucho, pero me tengo que ir—dijo acercándose a mí.

—¿Esta todo bien?

—Si, no te preocupes.

—Te acompaño hasta tu casa.

—¡No! —se apresuró a responder—. No, no es necesario, mi chofer vendrá a recogerme.

—Entiendo, ¿podré verte después? —pregunté, sintiendo miedo, miedo a no volverla a ver, a ya no poder escuchar su voz.

—No lo sé—murmuró, bajando la mirada.

—Si hay algo en lo que pueda ayudarte, no dudes en hacérmelo saber.

—Te lo agradezco mucho, de verdad, esta semana ha sido increíble. Gracias nuevamente, por haberme hecho compañía y por escucharme, sabiendo que soy una persona aburrida.

—No eres aburrida, y yo soy el que debe darte las gracias, pues me has honrado con tu maravillosa compañía.

—Adiós—dijo, dándose la media vuelta lista para marcharse.

—Julieta—dije, poniéndome rápidamente de pie y acercándome a ella.

—¿Qué sucede? —preguntó, deteniendo su andar y volviéndose a girar para mirarnos cara a cara.

—Nunca vayas a olvidar lo especial que eres, y que te ves más hermosa cuando sonríes.

—En verdad envidio a esa chica que ha logrado cautivarte, pues a su lado tiene a un hombre maravilloso. Adiós, John, dicho esto ella se marchó, dejándome sin la capacidad de poder decir algo coherente, pues aquella confesión, me había dejado en completo shock.

11

«Eres una maldita gorda» «¿Acaso creíste que John, iba a fijarse en ti?» «Es obvio que solamente estaba siendo amable contigo» «sólo mírate, das asco»

«Eres basura, y a la basura nadie la quiere» «Ojalá nunca hubieras nacido»

Nuevamente me volvía a decir todas esas cosas, mientras me miraba al espejo. Detestaba mi cuerpo, tal parecía que el vomitar no estaba funcionado del todo, sólo bastaba con mirar mi cuerpo, y ver como toda esa grasa se acumulaba en él, mis brazos eran gordos y flácidos, mi papada prominente, todo en mí, era horrendo, todo estaba mal conmigo. No había día en que no me despertara y me sintiera poca cosa, o que incluso me odiara, por no ser como el resto de chicas hermosas, con figuras esbeltas y perfectas. Con frustración me subí a la báscula que guardaba con llave en uno de mis cajones, tragué grueso, cuando mi vista se posó en la pequeña pantalla. Como lo temía, había subido dos kilos, sin perder más tiempo, me dirigí al baño que había en mi habitación y me incliné para vomitar todo lo que mi estómago había estado reteniendo. No iba a mentir diciendo que al principio todo esto, no me resultaba horrendo y doloroso, o que siempre terminaba llorando y sintiéndome culpable por lo que estaba haciendo, pero de a poco me fui convenciendo de que era lo mejor, sólo así podría conseguir la aprobación de mi madre y con ello sus comentarios hirientes terminarían, sin embargo no fue así, pues los comentarios ahí seguían, lo único que había cambiado en mí, era que había dejado de llorar y sentirme culpable cada vez que vomitaba toda la comida que consumía, mi único objetivo era poder parecerme a aquellas chicas hermosas y perfectas, para lucir toda esa ropa que tanto me gustaba.

Tras haber vaciado por completo mi estómago, tire de la cadena del inodoro, me lave los dientes y cara, para al menos refrescarme

un poco. Hoy era uno de esos días en los que no quería hacer absolutamente nada, ni siquiera deseaba hablar con alguien, sólo quería tirarme en mi cama y dormir profundamente, con pesar salí del baño y me dirigí a mi cama, esto con la intención de volver a acostarme, cuando de pronto mi móvil volvió a sonar, al tomarlo vi un mensaje de John, habían pasado ya cuatro días en los que no le respondía ningún mensaje y era consciente de su preocupación, sin embargo no me atrevía, no ahora cuando no estaba en mi mejor momento, sólo rezaba para que él pudiera darse por vencido y dejara de seguir insistiendo, por saber sobre mí. Me sentía extraña, era algo así como cuando conoces al chico de tus sueños y te sientes poca cosa, y a consecuencia de ello sólo deseas desaparecer. Exactamente eso me sucedía, más ahora que era consciente que él ya había encontrado a esa persona especial y que casi podía jurar era hermosa y delgada, una vez más, mi móvil volvió a sonar, lo que hizo que saliera de mis cavilaciones para leer otro mensaje que me había enviado.

****

John .

Perdona que sea muy insistente,

pero realmente me tienes muy preocupado,

sobre todo porque lees mis mensajes y no los respondes.

¿Acaso te han amenazado?

Desde que recibiste aquella llamada en Central Park,

tu semblante se tornó sombrío y triste.

¿Puedo ayudarte en algo?

No importa que no respondas mis mensajes,

sólo quiero que sepas que no voy a darme por vencido tan fácilmente y que seguiré escribiéndote las veces que sean necesarias hasta poder saber algo de ti.

Quiero que sepas que no hay día en que no piense en ti y que cada vez que lo hago,

una gran sonrisa se dibuja en mi rostro.

Cuídate mucho, y nunca olvides sonreír, pues te ves aún más hermosa.

No pude evitar esbozar una gran sonrisa, ante aquellas últimas palabras, pues por un segundo me sentía especial, sin embargo, nuevamente aquella vocecita intervenía, para golpearme con la triste realidad. «No seas estúpida, él sólo está siendo amable» y fue ahí, que, con mi autoestima por los suelos, arroje mi móvil al suelo y me tire en mi cama a llorar amargamente. Deseaba con todas mis fuerzas morir, era verdad que había días en los que me sentía miserable, pero nunca como ahora, nuevamente me encontraba sola en aquella gran y lujosa residencia, pues los sirvientes ni siquiera se molestaban en mostrar empatía hacía mi persona, ¿Qué de malo pude haber hecho en la otra vida, como para tener que pagarlo en esta? Esa era la pregunta que frecuentemente rondaba por mi cabeza y que, por desgracia seguía sin tener la respuesta correcta.

—Señorita Julieta—llamaba una de las sirvientas desde afuera de mi habitación—. Su señora madre, acaba de llegar y quiere verla en la sala—anuncio, pero al no recibir ninguna respuesta mía, volvió a tocar la puerta—. Señorita, ¿me escucho?

—Dile, que ya voy—respondí mormada.

—De acuerdo, señorita.

Y aquí iba de nuevo, con dificultad me reincorpore en la cama, mientras limpiaba mis lágrimas, sentía los ojos pesados e hinchados, tanto que veía borroso, me acomode la bata y como pude, Salí de la habitación para reunirme con mi madre, conforme caminaba, era consciente, de las miradas llenas de lástima que me brindaban los empleados, mientras que las jóvenes sirvientas me barrían con la mirada y cuchicheaban, detestaba a esas mujeres chismosas, pero antes de si quiera decir algo, la voz chillona y molesta de mi madre se hizo presente en el pasillo, carreréandome para que me diera prisa, ya que según ella no tenía todo el tiempo del mundo.

—¿Querías hablar conmigo? —pregunté una vez que estuve con ella.

—Pasa—me indicó, permitiéndome el paso a la pequeña sala de estar—. ¿Acaso no tienen cosas que hacer? —cuestionó furiosa, dirigiéndose a aquellas mujeres—. No les pago para que estén perdiendo el tiempo, muevan esas malditas manos, o si no vayan buscándose otro trabajo, pues no voy a tolerar a gente holgazana—

dicho esto, cerró la puerta tras de ella, provocando que un cuadro se cayera.

—Dime, madre, ¿para qué me quieres?

—¡Por Dios, Julieta! Parece como si estuvieras enferma—dijo con horror—. Mínimo arréglate. ¡Ay!, ¿Qué hice para merecer una hija como tú?

—No me siento bien—murmuré.

—Tonterías, lo que sucede es que estás en tu papel de dramática, pero ni creas que con eso vas a lograr sacarme de mis casillas.

—Créeme madre, que no pretendo eso…es sólo que…

—No me vengas ahora con excusas tontas, si tu suegra te viera así, la pobre se moriría. Espero que esto no se repita—musito—. Siéntate, Jul, tenemos que hablar muy seriamente.

Ni siquiera me molesté en responder, tan sólo me senté en uno de los sillones, mientras que mi madre de la mesita de la esquina tomaba algunas revistas.

—Debo decirte que esto no es para nada agradable—confesó, abriendo una de las revistas, para luego entregármela, — con desganó, la tomé y miré la página número cinco, ahí, aparecía una foto mía de la cena de bienvenida que se había organizado por mi llegada, y como era de esperarse, las críticas no se habían hecho esperar con respecto a mi apariencia, elogiaban mi maquillaje, peinado y vestido, pero se burlaban de mi cuerpo, argumentando que parecía un trozo de jamón de cerdo mal amarrado, pues según los de la revista, juraban que se notaba que el vestido no era de mi talla. Conforme mi madre me mostraba las revistas, yo no hacía otra cosa que leer las cosas horribles que escribían sobre mi persona, pues seguían sin poder creer que yo fuera hija de una de las mujeres más hermosas del mundo del modelaje. Aquello había sido la cereza en el pastel, justo cuando peor me sentía.

—Como veras, hija, tengo que hacer algo al respecto—dijo en tono serio—. Tendré que ponerte a dieta, y esta será una muy estricta, pues ahora que lo pienso con detenimiento, en verdad ese vestido parecía que iba a romperse en cualquier momento. De ahora en adelante sólo vas a comer en porciones muy pequeñas, ¿te quedó claro?

—Muy claro, madre, ¿Me puedo retirar?

—estás insoportable y detesto cuando te pones en ese plan, pues lo único que quiero es ayudarte…retírate, antes de que pierda la paciencia contigo.

Sin más, Salí deprisa con dirección a mi habitación, en donde, me encerré en el baño, para volverme a provocar el vómito, pero esta vez en cada arcada que daba, lágrimas de dolor y frustración corrían por mis mejillas. **«Lo mejor será que te des por vencida, nunca vas a ser como ellas»**

12

—¿Te encuentras bien, jul? —preguntó Sam, mientras se acomodaba en mi cama—. Te noto diferente.

—Son ideas tuyas, creo que te ha afectado mucho el que ya no podamos vernos tanto como antes—me apresuré a decir, intentando ocultar el fuerte dolor que sentía en el abdomen.

—Puede que tengas razón, ya han pasado casi quince días—dijo incrédula—. ¿Por qué ya no has respondido a ninguno de mis mensajes? —preguntó de repente.

—Lo lamento, es que he estado muy ocupada—mentí, desviando la mirada—, Y es que, en efecto, llevaba ya quince días, sin responder a ninguno de los mensajes que Sam y John, me enviaban, pues lo que menos deseaba era el de tener que dar explicaciones, tanto así. Que incluso en más de tres ocasiones me atreví a cancelar mis salidas con Matthew.

—Me tenías demasiado preocupada, y por eso decidí escaparme de mis obligaciones sólo para verte.

—No era necesario, Sam… y pues como ves, estoy bien… demasiado bien—volví a mentir, frunciendo el ceño, ante el fuerte dolor que cada vez me costaba ocultar.

—¿Qué te parece, si vamos a comer una hamburguesa?

—Creo que por esta vez paso.

—No puedo creer que no quieras una, si tú las adoras—dijo incrédula—. Sentándose por completo en la cama, sólo para mirarme.

—Las cosas cambian, Sam, como todo en la vida.

—Jul… sabes que puedes confiar en mí, así sea la cosa más grave, yo jamás te juzgaría.

—Lo sé, Sam… y eso te lo agradezco muchísimo.

—¿Acaso es por lo que esos idiotas dijeron sobre tu aspecto? Si es eso, no debes darles importancia, pues al hacerlo, les estás

dando poder… no se los des.

Para ella, era fácil decirlo, pues, era hermosa, con una figura envidiable y bien dotada, mientras que yo, era gorda y horrenda, nada de lo que me ponía me lucia bien, por eso siempre optaba por ponerme ropa muy holgada, para ocultar mi sobrepeso, algo con lo que llevaba ya un año luchando, pero que ahora el vomitar no era suficiente, por ello me había visto en la necesidad de utilizar laxantes, después de que me daba tremendos atracones con la comida.

—No es por eso.

—¿Entonces?

—Es que ya no me gustan las hamburguesas como antes, hay cosas que dejaron de gustarme y eso está bien, ¿no?

—Supongo que sí, es sólo que me extraña demasiado tu cambio tan repentino de gustos y hasta cierto punto tu actitud. Realmente te veo muy apagada, incluso mi tía Amber, me ha dicho que ya casi no sales, y que sólo lo haces cuando se te obliga.

—Está exagerando como siempre—dije molesta—. Sabes que a ella le encanta el drama, ahora que lo considero, ella bien podría participar en un reality Show, de esos que son tan patéticos y exagerados.

—Parecía estar muy preocupada.

—¡Claro! —solté con ironía—. Olvidaba que ella era una madre abnegada.

—Jul, por favor—dijo acercándose a mí.

—No, Sam… desde que regresé, no ha hecho otra cosa que soltar comentarios hirientes con respecto a mi aspecto y, por si fuera poco, ella concuerda con lo que esos idiotas dicen sobre mí en las revistas de chismes y ya estoy cansada.

—Jul, te entiendo, yo también…

—Nadie me entiende y eso es lo que más me estresa. ¿Acaso no se dan cuenta de que hago todo lo posible por agradar?

—No hace falta que hagas infinidad de cosas para agradar, sabes de sobra, que eso jamás va a suceder, lo único realmente importante, es que tú misma te agrades, que se vayan al Diablo los demás.

—Ojalá fuera así de sencillo—murmuré.

—Claro que lo es, es sólo que nos gusta ahogarnos con sólo una gotita de agua—dijo, abrazándome muy fuerte—. Por suerte, yo estoy aquí contigo, siempre lo estaré.

Ambas nos quedamos abrazadas por largo rato, yo, recargando mi rostro en su hombro mientras mis lágrimas se convertían en sollozos leves, para después secarse en mis mejillas, ahora me sentía reconfortada, pero de sobra sabía, que una vez que Sam, se marchará nuevamente me volvería a sentir sola y miserable.

—¿Cómo van las cosas con Matthew? —preguntó de repente, acariciando mi nuca.

—Supongo que bien—respondí sin ánimos.

—¿Supones? —preguntó divertida—. ¿Te ha besado finalmente?

—¡No! … —me apresuré a responder—. No me siento lista para dar ese gran paso.

—Es sólo un beso, tampoco es que tú y él vayan a tener intimidad.

—El que permita que me bese, es tener intimidad de cierta manera—informé—. Por eso cada vez que él intenta acercarse a mí con esa intención, yo siempre lo evito.

—Tal vez por ahora… pero tienes que ser consciente de que tarde o temprano, tendrá que suceder eso y más.

—Ni me lo recuerdes, que el simple hecho de imaginármelo me da cierto temor.

—Comprendo… ¿Has sabido algo de ese chico guapo?

—¿Chico guapo? —pregunté desconcertada.

—Si, el que es asistente de tu padre, Joseph, Jo…

—John—corregí—. Se llama John Thompson.

—Bueno, ese chico, ¿lo has vuelto a ver?

—No… la última vez que nos vimos fue hace un mes en Central Park—dije sin ánimos.

—Creí que te agradaba.

—Y en efecto así es, es sólo que es complicado de explicar—respondí, levantando mi rostro para mirarla a los ojos.

— ¿Quieres hablar de eso?

—La verdad es que John Thompson me gusta—confesé.

—Jul—dijo alarmada.

—Ya sé que es un imposible y esas cosas, pero me fue inevitable, me enamoré de él a primera vista, tal vez suene demasiado patético, pero así fueron como sucedieron las cosas.

—No te culpo, si el chico es muy apuesto y se nota que hasta es muy caballeroso y agradable.

—Vaya que lo es, para su edad es una persona muy madura.

—¿De verdad? —preguntó curiosa—. Eso sí que no me lo esperaba. Pero por tu propio bien, Jul, no te hagas muchas ilusiones con ese chico, ya sabes los motivos, ambos se perjudicarían.

—Eso ya no importa, así como ya no importa lo que yo sienta por él, pues él ya tiene a alguien especial a su lado.

—¿Cómo es que estás tan segura? Cielos, Jul, me estás sorprendiendo.

—En nuestra última salida, él me lo confesó, así que, para no seguirme haciendo daño, tome la decisión de alejarme, ya ni siquiera le he respondido ningún mensaje.

—Es lo mejor, Jul. Imaginemos que las cosas fueran diferentes, y que él correspondiera a tus sentimientos, mis tíos pegarían el grito en el cielo, sobre todo la tía Amber, y ni que decir de Laura Hamilton, ambas sabemos de sobra, que les importa mucho el estatus social y el qué dirán, y apuesto a que harían todo lo posible por arruinarle la vida a ese muchacho, que desde luego no tendría la culpa de absolutamente nada, pero que, para desgracia, la vida es todo menos justa.

—Hice bien en alejarme a tiempo—dije con melancolía, intentando convencerme a mí misma de aquello.

—Las cosas siempre pasan por algo, jul—reconfortó—. Además, se han ahorrado demasiados conflictos.

—Supongo—murmuré.

13

De a poco voy abriendo los ojos, la cabeza me duele demasiado, pero lo que sin duda no me ayuda en nada, son los rayos del bendito sol que se cuelan por el ventanal, con pereza empiezo a reincorporarme en la cama, mientras aún incrédula miro la costosa argolla que reposa en el dedo anular de mi mano izquierda. No puedo creer que al fin este comprometida con Matthew Hamilton, la noche anterior había sido todo un acontecimiento, pues habían estado presentes grandes empresarios, personas del mundo del espectáculo y casi podía jurar que la mitad de los medios de comunicación, todos atónitos al ver como el heredero de la gran compañía de cosméticos Hamilton, se arrodillaba para pedirme matrimonio, aún podía recordar sus rostros desencajados, los cuales eran toda una poesía, mientras que yo, como siempre me esforzaba por mostrarme serena y muy sonriente, para responderle con un perfecto «si» algunos decían que él y yo, hacíamos una pareja maravillosa y ni que decir de lo conveniente que resultaría nuestro matrimonio para las empresas familiares, finalmente el sueño de mi padre, se haría realidad, pues ahora estaba a nada de crear un gran imperio, desde luego que a costa de la felicidad de su única hija, a la cual habían vendido al mejor postor. Lo único que realmente agradecía, era que John, no hubiera estado presente, pues de haberlo estado, me hubiera resultado muy difícil aceptar la propuesta de Matthew, aunque seguía sin entenderme a mí misma, ya que John, tenía a alguien a su lado y aun así, me seguía doliendo, lo único que esperaba era que pronto lograra olvidarlo, o al menos tratarlo con gran indiferencia, cuando lo viera y hoy sería ese día.

—Buenos días, señorita—saludo una de las mucamas, quien ingresaba a mi habitación—. Qué bueno que despierta, pues el señor Patrick y la señorita Elena, no han de tardar en llegar.

—¿Otra vez? —pregunté con evidente molestia, pues hacía apenas unas horas los había visto y no sólo eso, había tenido que soportar sus torturas.

—Su madre les llamó, ella quiere que usted luzca preciosa, sobre todo ahora que se ha anunciado su compromiso con el señor Hamilton—informó.

—¡Por Dios! no le digas señor, si tan sólo tiene veintiuno—dije con fastidio—. Y a mí me puedes llamar por mi nombre.

—No podría, señorita, a ustedes los respeto demasiado—dijo escandalizada la pobre mujer.

—Bien, como quieras—respondí de mala gana—. ¿Será que puedo darme un baño, en completa soledad?

—Claro que sí, señorita, mientras iré a traerle su desayuno.

—¿Mis padres están en casa? —me aventuré a preguntar, siendo consciente de la respuesta.

—Me temo que no, señorita, su padre ha salido muy temprano para la oficina y me dijo que la esperaba para el medio día, mientras que su madre se acaba de ir al club con sus amigas y su hermano, no llegó a dormir.

—Es todo, gracias.

—Con permiso, señorita.

Para que me quejaba por haberme quedado nuevamente sola en casa, si siempre había sido así, ya que más daba. Tras haber soltado un suspiro de frustración, tomé las cosas necesarias para entrar a la ducha, tal vez si me daba prisa, podría disfrutar al menos de quince minutos en completa comodidad, antes de ser sometida a las inminentes torturas de Patrick y su sequito.

Antes de ingresar a la bañera, me quite aquella extravagante argolla, para después guardarla en uno de los cajones del mueble del baño, mientras dejaba que la bañera se llenara. Cinco minutos después, me encontraba disfrutando del agua caliente que cubría por completo mi cuerpo, mientras que mis fosas nasales se deleitaban con el olor a rosas y cítricos, justo cuando empezaba a relajarme, el recuerdo de John, volvía a invadir mi mente, ocasionando que mi corazón empezara a latir con fuerza y que mi estómago se estrujara debido a los nervios, pues en unas horas

volvería a verlo, pero esta vez, yo no me encontraba lista, ya habían pasado algunas semanas de no saber nada de él, ya ni siquiera me enviaba mensajes, tal vez ya se había dado por vencido y aunque una parte de mí se lamentaba, la otra lo agradecía, al menos así sería más fácil, sobre todo para afrontar mi destino, uno que ya había iniciado, justo cuando Matthew colocó aquella argolla en mi dedo anular izquierdo.

—Julieta—se escuchó la voz de Patrick, llamándome del otro lado de la puerta—. Date prisa, no tenemos mucho tiempo y como de costumbre, yo tengo que hacer milagros contigo.

Con pesar, Sali de la bañera para rápidamente colocarme algo de ropa, minutos después, y sin ánimos, abrí la puerta, sólo para recibir una mirada maliciosa y despectiva por parte de Elena.

—Date prisa, niña—hablo la rubia, tomándome del brazo y jalándome con fuerza hasta la silla que se encontraba enfrente del tocador.

—Elena, por favor, ve secándole el cabello—pidió Patrick, mientras que Thom, va poniendo a calentar la plancha.

—De acuerdo—respondió la rubia, quien no tardo en jalar con fuerza de mi cabello, sólo para dividirlo en varias secciones y empezar a secármelo con la secadora, tras cada cepillada que ella le daba a mi cabello, aprovechaba para tirar de este con fuerza, hasta que, colmando mi paciencia, logré tomarla bruscamente de ambas muñecas, para después insultarla, lo que ocasionó que de inmediato Patrick, interviniera, esto con la intención de rescatar a su mejor amiga. Acto seguido los reproches y el tan irritante sermón se hicieron presentes, a lo que yo hice oídos sordos. Para mi buena fortuna, en aquella ocasión, la tortura, no había durado demasiado, pues sólo me habían hecho un maquillaje de lo más natural y sencillo posible, mientras que mi cabello me lo habían trenzado de los laterales, para dejarme el resto suelto, formando así una diadema tejida, que fue decorada con unas cuantas horquillas en forma de flores.

—Ya sabes que es lo que no tienes que hacer—recordó Patrick, quien guardaba sus cosas—. Nada de…

—Si, ya sé—lo interrumpí—. Nada de estar expuesta a los ventiladores o lluvia, no estar mucho tiempo bajo el sol y retocarme el maquillaje si es posible cinco veces al día—solté con ironía.

—Si que eres odiosa—dijo Elena, mientras me miraba con el ceño fruncido—. No sólo eres horrenda físicamente, también lo eres internamente.

—Eso no tienes que decírmelo, pues lo sé de sobra—respondí, intentando guardar la compostura, pues aquellas palabras, me afectaban a sobremanera.

—No empiecen otra vez—dijo con fastidio Patrick—. Bueno, nuestro trabajo aquí ya está hecho, Constanza, te ha dejado la ropa que utilizaras sobre el sillón.

—Ya me he dado cuenta.

—Y no te olvides de usar la faja… lo digo para que no vayas a romper el vestido—soltó con malicia Elena, antes de salir de mi habitación.

Y aquello fue la gota que derramó el vaso, pues al haberme quedado nuevamente sola en mi habitación, corrí hacía la mesita de centro en donde reposaba la charola con mi desayuno, y empecé a atragantarme con toda la comida, segundos después, volví a correr al baño, sólo para vaciar mi estómago, como ya se estaba haciendo costumbre, en cada arcada que daba, las lágrimas empezaban a correr por mis mejillas, pero la única diferencia, es que no me sentía culpable por el daño que le estaba haciendo a mi cuerpo, sino que me sentía culpable por la comida que había ingerido y que me hacía subir de peso.

Tras haber vaciado por completo mi estómago, eliminé cualquier rastro de lo que había ocurrido segundos antes, y como si nada volví a retocarme el maquillaje, para después proceder a vestirme.

—Señorita, Daniel está preparando el auto—informó Yolanda, quien ingresaba a mi habitación para llevarse la charola.

—Gracias—atiné a responder.

—Señorita, ¿se siente bien? La notó pálida—dijo con un dejo de preocupación.

—Estoy bien, sólo limítate a hacer tu trabajo—respondí de mala gana.

—Discúlpeme, por favor—dijo avergonzada y agachando la cabeza, salió de mi habitación.

Me sentía tan miserable, por haberla tratado mal, cuando ella sólo se había preocupado por mi persona, pero… no podía andar por ahí, contándole a medio mundo sobre mis complejos y lo que hacía, pues era consciente de que les estaría dando armas, que después bien podrían utilizar en mi contra, para terminar de acabarme. Nuevamente frustrada, me deje caer en el suelo, mientras miraba el reloj que colgaba en la pared, tan sólo faltaba una hora para que fuera el medio día, ¿en qué momento se me había ido parte de la mañana? Nuevamente unos golpes en la puerta me hicieron regresar a la realidad, se trataba nada más ni nada menos que del buen Daniel, quien me informaba que el auto ya estaba estacionado en la entrada, con los ánimos por los suelos y los nervios de punta, me reincorpore, no sin antes, esbozar una gran sonrisa, para no levantar sospechas.

—Hola, Daniel—salude de manera afable.

—Buenos días, señorita, ¿esta lista?

—Por supuesto—volví a responder con aquella gran amabilidad—. Tengo entendido que mi padre, desea verme en la empresa, ¿es verdad eso?

—Así es, señorita. Me ha dejado instrucciones claras y precisas de que la lleve.

— Siento una inmensa curiosidad por saber el motivo real.

—Bueno… sabe que, su padre no acostumbra a contarme sus planes—dijo algo avergonzado.

—Descuida, pues ya somos dos. Así que no hagamos esperar al gran magnate Smith—solté con ironía.

Daniel, sólo asintió, para caminar detrás de mí, conforme avanzaba por los largos pasillos de la residencia, algunos empleados al verme sólo murmuraban y bajaban la cabeza cuando yo volteaba a verlos, ¿Qué pensaran de mí? ¿acaso se estarán burlando de mi aspecto? Una y mil preguntas volvieron a atormentarme, pero antes de si quiera mostrarme insegura, mantuve una postura firme, aun cuando ya sentía un gran nudo en el estómago. Sin esperar a Daniel,

giré el pomo de la puerta principal, provocando que una ventisca de aire fresco acariciara mi rostro, consiguiendo que tomara una gran bocanada de aire, para llenar mis pulmones.

—Permítame, señorita—dijo Daniel, apurándose a abrirme la puerta trasera del auto.

—Gracias—respondí, subiendo, y dejando mi bolso a un lado, con eficiencia, Daniel cerró la puerta, para después ocupar su lugar en el frente, durante los primeros segundos nadie dijo absolutamente nada, pues como ya era costumbre, yo miraba por la ventanilla, mientras que él, se concentraba en manejar, hasta que…

—¡Demonios! —mascullé.

—¿Le sucede algo, señorita? —preguntó con evidente preocupación.

—Me olvidé de volverme a colocar mi argolla—dije, mostrándole mi dedo anular de la mano izquierda.

—¿Desea que regresemos? —dijo, deteniéndose un momento.

—No…no, es necesario.

—¿Está segura?

—Si, además no es algo que considere indispensable.

Daniel, asintió y volvió a poner en marcha el auto, mientras que yo pensaba en que excusa poner, si es que mi padre se llegaba a dar cuenta de que no llevaba la argolla de compromiso.

—Perdone, mi atrevimiento, señorita, pero ¿puedo hacerle una pregunta?

—Claro que sí, Daniel. De sobra, sabes que te considero como parte de la familia.

—¿Está segura de querer casarse con el joven Hamilton?

Dejé escapar un gran suspiro, antes de responder—. No se trata de lo que quiero, pues… si así fuera, jamás habría aceptado su propuesta. Sin embargo, está de por medio el bienestar y reputación de la familia, este matrimonio no es otra cosa que un mero negocio. Es irónico, que en pleno siglo XXI, se sigan concertando matrimonios, pero es aún más irónico el haber aceptado casarme con Matthew, cuando en un principio, dije que no lo haría—solté con amargura.

—¿Por qué simplemente, no habla con sus padres? Estoy seguro de que ellos entenderán.

—Créeme que lo he intentado, pero todo ha sido en vano. Sólo espero que esto no se convierta en una pesadilla.

—Lo lamento mucho, señorita.

—Yo más…yo más—murmuré—. ¿Dime, Daniel, alguna vez has deseado marcharte lejos para olvidarte de todo y todos? —pregunté de repente, apartando mi vista de la ventanilla, para mirarlo por el retrovisor.

—Cuando era joven, lo deseaba con tanto fervor, sobre todo porque jamás pude llevarme bien con mi padre y madrastra. Lo único que le puedo decir, es que hay cosas que no podía perdonarle a mi padre, que en su momento me hicieron odiarlo, hasta que llego un momento en que ese odio, lo convertí en lastima, sobre todo por la manera en que acabo, y fue ahí cuando comprendí que a final de cuentas uno recibe lo que merece.

—¿Eres feliz, ahora?

—Por supuesto, señorita—respondió esbozando una gran sonrisa —. Sobre todo, porque tengo el privilegio de servirle a usted, a la cual considero como a una hija.

—Muchas gracias, Daniel. Sabes que yo jamás te he considerado un empleado, sino como alguien de la familia, y algo que jamás voy a olvidar, es cuando me defendiste de esos bravucones.

—No iba permitir que le hicieran daño, y menos en mis narices— dijo con solemnidad—. Es por eso por lo que deseo de todo corazón, que usted sea muy feliz, y que jamás olvide que no está sola, pues siempre voy a estar aquí.

Ante aquella confesión, sentí como mi garganta se cerraba y mi vista de a poco se iba nublando, debido a las lágrimas que se estaban acumulando en mis ojos y amenazaban con salir. Deseaba poder decirle a él, lo que me estaba sucediendo, contarle lo que en ese momento sentía, pero, simplemente no podía, había algo que me lo impedía y me odiaba por eso, porque justo cuando estaba a nada de hablar, mis miedos volvían a acorralarme, obligándome a callar nuevamente.

El viaje se había tornado silencioso, pero a diferencia de otros silencios que experimentaba, este era nostálgico y tranquilo. Daniel, se estacionó enfrente de la tan imponente compañía, y a paso veloz bajo del auto, para abrirme la puerta, a lo cual agradecí, esbozando una sonrisa, tras unas breves y amables palabras nos despedimos, no sin antes desearnos mutuamente un grandioso día, apenas verlo marcharse, me giré para encaminarme hacía la entrada principal, en donde amablemente me saludo uno de los guardias, para después llamar uno de los ascensores para que yo pudiera subir.

Mientras esperaba, rogaba a Dios, por no encontrarme con John, pues no sabía ni como dirigirme a él, el timbre y el ruido de las puertas del elevador que se abrían, me sacaron de mis pensamientos, obligándome a volver a la realidad.

—Listo, señorita. Que tenga un buen día—dijo aquel hombre de seguridad.

—Muchas gracias—respondí, ingresando al elevador y presionando el botón número diecisiete, para que después sus puertas se cerraran. Mi corazón casi se sale, cuando en el piso tres, el hombre al cual no estaba lista para ver sube, junto con una hermosa joven, John, quien venía sonriendo, al verme, automáticamente, se puso serio, y me saludo de manera fría, lo que me hizo sentir de la peor manera, en cambio la joven de cabellera castaña, me saludo amablemente. Ambos retomaron su conversación, ignorándome, en un dado momento, ella se recargo en el pecho de John, mientras que él, acariciaba su cabellera, parecían tan felices y enamorados, lo que me confirmaba, que aquella mujer, sin duda era esa persona especial para él, así que con el corazón más que destrozado, y sin siquiera pensar con claridad, me atreví a presionar insistentemente algunos botones, ya que lo único que deseaba en ese momento era el de escapar. Apenas el elevador se detuvo y abrió sus puertas, salí corriendo, sin siquiera prestar atención hacía donde me dirigía. Agotada y con la respiración agitada, me detuve en unas escaleras, en donde me dejé caer y empecé a llorar, sin pudor alguno, definitivamente, ese había sido el peor día de mi vida, pues, aunque me costaba admitir abiertamente, había perdido al chico del cual estaba perdidamente

enamorada, y aunque intentaba convencerme a mí misma, de que aquello era lo mejor, una parte de mi se seguía negando a aceptarlo. Mi llanto, se había convertido ahora en simples sollozos, mientras que algunas lágrimas habían mojado las mangas de mi saco, debido a la posición en la que me encontraba, aún sentada en uno de los escalones y con el rostro hundido entre mis brazos, de a poco me fui tranquilizando, ni siquiera fui consciente de cuánto tiempo había estado ahí sola llorando, hasta que finalmente decidí, actuar como si nada, tras arreglar mi maquillaje y ropa, tome uno de los elevadores, para llegar hasta la oficina de mi padre en donde seguramente ya me esperaba molesto y vaya que no me había equivocado, pues apenas las puertas del elevador se abrieron de par en par, apareció Nora.

—Señorita Smith, que bueno que llega, su padre lleva casi una hora esperándola—dijo.

—Gracias—atiné a responder.

—¡Hasta que llegas, Julieta! —se escuchó la voz furiosa de mi padre, quien venia saliendo de su oficina—. ¿Se puede saber a dónde te habías metido?

—Me tomé la libertad de recorrer un poco la empresa—murmuré.

—¿Qué? —pregunto incrédulo, fulminándome con la mirada.

—Así es—asentí—. Quería recorrer la empresa, y perdí la noción del tiempo. ¿Acaso tiene algo de malo en que quiera conocer la empresa de mi familia?

—De acuerdo, te creeré—dijo no muy convencido—. John, por favor reúnete con los del laboratorio y que te den los informes de las últimas pruebas de los labiales, necesito que los archives en las carpetas y que las tengas listas para la junta de mañana—ordenó, mientras seguía fulminándome con la mirada.

—Si, señor—respondió con gran seriedad—. Con permiso, señorita —dijo, intentando que lo mirara a la cara, lo cual no consiguió, pues mi mirada la mantenía fija en mi padre.

—¿Para qué querías que viniera?

—Entra a mi oficina, lo que voy a decirte, no es tan sencillo—dijo con seriedad—. Nora, por favor, no quiero que me pases llamadas, es más en las próximas tres horas, no estoy para nadie.

—Si, señor.

—Pasa—dijo, cediéndome el paso, al ingresar, mi padre cerró la puerta tras de sí, mientras que yo observaba con atención cada detalle de su oficina—. Siéntate.

—Me estás preocupando—dije, tomando asiento en una de las sillas.

—Mira—dijo, mostrándome una revista.

Instintivamente ya me estaba haciendo una idea de lo que podría encontrarme, pues seguramente una foto mía acaparaba la portada, con las acostumbradas críticas negativas hacía mi físico, sin embargo, justo cuando estaba por decir algo, mi vista se posó en la portada, haciendo que quedara incrédula, pues por primera vez, no era yo quien aparecía en la portada, sino Matthew, quien había sido fotografiado besando a una rubia despampanante, se les veía tan despreocupados, que lejos de molestarme, me causo repulsión, pues aquel hombre que juraba y perjuraba amarme con locura, resultaba ser todo un perfecto mentiroso, después de todo no había cambiado en nada y seguía siendo el mismo imbécil de siempre.

—Tal parece que se conocen muy bien—solté con sarcasmo.

—Jul, ¿No entiendes la gravedad del asunto?

—Padre, está más que claro, que yo no soy el tipo de Matthew, y que no ha cambiado en nada. Lo mejor será que el compromiso se cancele—dije tranquilamente, encogiéndome de hombros.

—¡Ni loco voy a aceptar semejante estupidez! —gruño, estrellando ambos puños en su escritorio—. Tú, te vas a casar con Matthew, te guste o no y vamos a hacer hasta lo imposible por que esta estúpida foto quede olvidada y que sólo sea vista como un chisme.

—Dudo mucho que se pueda hacer eso, pues es obvio que a estas alturas millones de personas la han visto.

—Laura Hamilton y yo, ya nos hemos encargado del asunto—dijo con firmeza—. Ahora, el trabajo de ustedes es que se les vea muy juntos y felices, así que más te vale que pongas de tu parte.

—No me obligues a…

—No voy a soportar otro de tus estúpidos berrinches, vas a hacer lo que te ordeno, y espero por tu bien, vayas directo a casa y te

vuelvas a colocar esa argolla, o si no me vas a conocer, Julieta.

—¿Me vas a golpear?

—Si me obligas.

Furiosa e indignada me puse de pie y salí como alma que llevaba el Diablo de la oficina de mi padre, no sin antes cerrar con fuerza la puerta, haciendo que algunos trabajadores me miraran con sorpresa, ni siquiera me moleste en despedirme de Nora, tan sólo aborde el elevador, que mi padre había mandado a colocar para su uso personal, al llegar a la entrada principal, y para mi buena fortuna, alcance a detener un taxi, quien me llevo hasta mi residencia, en donde una vez ahí, fui directo a la cocina y empecé a atragantarme con lo que la cocinera había preparado, para minutos después, subir corriendo a encerrarme en el baño de mi habitación para vaciar mi estómago, de cuclillas cerca del inodoro, volví a llorar, sólo que esta vez de impotencia, y frustración, nuevamente caía en la cuenta de que toda mi vida era una mierda, pues siempre habría algo o alguien que la arruinaría.

14

—Jul, tienes que entender que te amo demasiado, esa mujer no significa nada para mí—espetó Matthew, intentando abrazarme.

—No es necesario que sigas con esta farsa—solté con frustración, alejándome de él.

—Por favor, créeme—dijo desesperado, avanzando hacia mí, a grandes zancadas—. Tú, eres la mujer que amo, eres la mujer con la que deseo pasar el resto de mi vida—finalizó, tomándome con fuerza de los brazos para apretarme contra su duro cuerpo.

—No entiendo, por qué sigues mintiendo, es evidente que yo no soy tu tipo.

—No digas tonterías—musitó con molestia—. Quiero que te quede muy claro que no pienso cancelar nuestro compromiso, pase lo que pase, tú y yo nos vamos a casar—remató, esta vez, sosteniendo con firmeza mi mentón para acto seguido besarme de manera violenta, haciendo que yo instintivamente, empezará a golpear su pecho, para que se detuviera, sin embargo, aquello había resultado imposible, pues con agilidad, había logrado sujetarme de las muñecas, las cuales apretujaba con mayor fuerza, causándome dolor.

—Suéltame, por favor—supliqué, conteniendo mis lágrimas.

Sin inmutarse siquiera, continuo besándome de manera violenta, salvo que ahora sus manos, rasgaban mi blusa, posando sus besos en mi cuello, hasta llegar al nacimiento de mis pechos, mientras yo seguía luchando para que me soltara, por más que intentaba zafarme, todo era inútil, pues me encontraba acorralada contra la pared, el miedo ya se había apoderado de mí, y aunque deseaba gritar por ayuda, de ante mano, sabía que aquello sería en vano, ya que ninguno de los empleados, a excepción de Daniel, se atrevería a enfrentarse a Matthew Hamilton, sin correr el riesgo de ser despedidos y para colmo con muy malas referencias, implicando con ello que su búsqueda de trabajo fuera imposible, para mi mala suerte la única persona que podía protegerme, se encontraba

llevando a mi madre al club. Estaba perdida, abandonada a mi suerte, en mi propia casa, sin nadie que pudiera defenderme, mi vista ya se encontraba nublada, debido a las lágrimas que se concentraban en mis ojos, tomando un poco de fuerza y del valor que me quedaba, le supliqué que se detuviera.

—Por favor, Matthew… detente—dije lloriqueando—. Me estás lastimando, te lo ruego, tú no eres así—rematé dando rienda suelta a mi llanto, esperando lo peor, hasta que un gruñido de frustración y el sonido de su puño estampándose contra la pared, se hicieron presentes. Tras haberme soltado, se alejó tan sólo unos centímetros, no sin antes volverme a tomar del mentón con fuerza obligándome a que lo mirara a los ojos.

—Que te quede claro, que eres mía… escuchaste, ¡mía! —finalizó, empujándome—. Si dices algo de lo que acaba de suceder, considérate muerta—amenazo, para después marcharse.

Con el cuerpo temblando, y los ojos hinchados, me deje caer en aquel rincón de mi habitación, quedando en posición fetal, mientras imágenes de lo vivido minutos antes volvían a mi mente.

Ni siquiera supe cuánto tiempo había permanecido en aquella posición, pues había perdido la noción de ello, aquel llanto amargo, se había convertido en tan sólo sollozos, mientras que las lágrimas que antes corrían por mis mejillas se encontraban ya secas, todo mi cuerpo me dolía, con la poca fuerza que me quedaba, logré ponerme de pie, para mirarme al espejo, al hacerlo, un dejo de repulsión se hizo presente, al notar como varios moretones cubrían parte de mi cuello, hombros, brazos y pechos, me sentía sucia, en ese momento deseaba con tanto fervor estar muerta. ¿En verdad, me merecía esto? Finalmente caía en la cuenta de que mi vida al lado de Matthew sería un completo infierno, ahora ya todo me quedaba muy claro, él jamás había cambiado, pues seguía siendo el mismo patán de siempre, el mismo que acaparaba las portadas de revistas, el que siempre daba algo de que hablar debido a sus excesos. Había sido una completa estúpida, por haber creído que ahora era diferente, pues tan sólo había sabido fingir muy bien.

Me sentía tan miserable, por finalmente haber caído en la cuenta de todo lo que tendría que soportar una vez que me casara con él,

no sólo soportaría a su madre, sino que también sus maltratos, y sus constantes infidelidades, que aunque me jurara y perjurara, que ellas no significaban nada para él, estaba convencida de que era todo lo contrario, pero lo peor de todo, era que yo no podía decir absolutamente nada, ni mucho menos podía cancelar el compromiso, al menos no por el momento, tenía que ser más inteligente, y pensar en algo, pues lo único que ahora deseaba era el de poder estar con John, que me abrazara, para que pudiera sentirme segura entre sus brazos, y aunque deseaba verlo, simplemente no podía, al menos no en el estado en el que me encontraba, pues tenía miedo que al verme sintiera la misma repulsión que sentía yo, hacía mi persona y que terminara rechazándome. Sencillamente, yo no podría con eso. «Sólo mírate, eres una basura, entiende que te lo tenías bien merecido» «Si John, te viera así, sentiría asco y un poco de lástima» «Apenas te vea así, saldrá huyendo, ¿Enserio creíste que él podría estar al lado de una porquería como tú? Despierta, idiota» nuevamente aquellas voces en mi cabeza volvían a hacerse presentes, sólo para atormentarme y recordarme la basura que era, que realmente todo lo malo que me sucedía me lo merecía, y que una perdedora como yo, jamás podría ser feliz.

15

—No digas tonterías, Julieta—musitó con horror mi madre, tras haberle dicho lo que días atrás, Matthew había intentado hacer conmigo. El miedo y la incertidumbre a que él volviera a intentar sobrepasarse, me atormentaban, pues ahora no sólo tendría que lidiar con los traumas por mi apariencia, sino también con el comportamiento agresivo de Matthew, lo único que deseaba era el de poder cancelar mi compromiso, por ello me había atrevido a contarle lo sucedido a mi madre, sin embargo, todo había sido en vano.

—Mamá, ¿acaso crees que te estoy mintiendo? —pregunté a punto de llorar.

—Es obvio que todo esto es una absurda invención tuya, para cancelar tu compromiso con él, pero que ni creas que lo vas a conseguir, todo va a seguir de acuerdo con lo planeado—dijo tajante.

—Mamá, por favor, te lo suplicó… no me obliguen a casarme con él, será condenarme a un infierno.

—¿Infierno? —dijo incrédula—. Infierno es el que viviremos si hacemos lo que pides. Tú, sí que eres egoísta, sólo piensas en ti, y no en tu familia. Matthew, es un excelente partido, no sólo es guapo, inteligente y educado, sino que es inmensamente rico, ¿Qué más quieres, Julieta?

—Que me dejen regresar a Londres, quiero vivir mi vida.

—¿Sigues con la absurda idea de ser profesora de literatura? Es obvio que morirás de hambre, dime, ¿de qué te serviría? Una hija mía no va a dedicarse a semejante cosa, tú naciste para cosas grandes, y este matrimonio es una de esas.

—No puedo creer, que en verdad pienses así, me pregunto si alguna vez tuviste sueños—murmuré, cabizbaja.

—Claro que los tuve, y con los años me di cuenta de que sólo estaba perdiendo mi tiempo. ¿De qué te sirve tener sueños? —

preguntó con ironía.

—Es evidente de que también te los arrebataron, pero yo no tengo la culpa de eso.

—No quiero continuar con esta absurda discusión. Te vas a casar con Matthew y punto—finalizó.

—Te lo suplico, madre…por favor—dije arrodillándome.

—Ponte de pie—exigió—. Es tiempo de que entiendas que la vida no siempre es justa, ¿Acaso crees que yo me case con tu padre, por amor? —preguntó con ironía.

—Yo…—tartamudeé, ante la inesperada confesión de mi madre. Ambos se veían tan bien juntos, incluso me atrevía a decir que un tanto enamorados, ahora caía en la cuenta de las largas ausencias de mi padre en la casa.

—¿Entonces porque te casaste con él?

—¿Qué más opciones podría tener la hija de un empresario en quiebra? Al menos, se me permitió continuar con mi carrera como modelo. Después de todo mi sufrimiento se vio recompensado con la vida cómoda que llevo.

—Es justo eso lo que yo no quiero…yo no quiero terminar exactamente como tú, no quiero ser infeliz al lado de un hombre al cual no amo y que ni siquiera me respeta.

—Con el tiempo te vas a ir acostumbrando—aseguró—. Ahora, sube a tu habitación y toma un baño, Patrick y Elena no han de tardar en llegar. Esta noche vas a tener que lucir hermosa, y por lo que más quieras, compórtate con tu futura suegra.

—No quiero ir—protesté—. Sabes que detesto ese tipo de eventos, sólo me van a criticar.

—No empieces de dramática, y no es de que quieras ir, es que vas a ir, y es una orden, Julieta—finalizó—. Ahora, desaparece de mi vista, no quiero seguir peleando contigo, dijo sirviéndose una copa de vino.

Sin ánimos, abandone la sala, tal parecía que mis pies me pesaban, pues a cada paso que daba, los iba arrastrando, mientras mantenía mi mirada fija en el suelo, aparentando que había encontrado interesante los detalles de la loseta, la confesión de mi

madre seguía resonando en mi cabeza una y otra y otra vez, y es que no era para menos, pues había vivido engañada por muchos años, creyendo que mis padres eran la clásica pareja perfecta, sin embargo, me encontraba con que eran todo lo contrario. Definitivamente hasta las mejores familias, tenían sus oscuros secretos, y la mía no era una excepción.

Si había algo que odiará más, eso era el de tener que fingir que todo estaba bien y que era inmensamente feliz, sobre todo cuando nada de eso era cierto, sin embargo, ahí estaba yo, sonriendo hipócritamente, de oreja a oreja, en una esquina de la lujosa mansión Hamilton, incluso me atrevía a decir que me parecía al gato de Alicia en el país de las maravillas, mientras que como de costumbre soportaba estoicamente la horrenda faja que no me permitía respirar, a lo lejos podía ver a mis padres conversando tan animadamente con unas amistades, mi padre tomaba de la cintura a mi madre, mientras ella sonreía, realmente sabían fingir muy bien, pues quien no los conociera, pensaría que estaban realmente enamorados, que todo en ellos era perfecto, que su vida era de ensueño, y no los culparía, pues eso mismo pensaba yo, hasta hacía unas cuantas horas atrás, cuando mi propia madre me confesaba la verdad.

Seguía perdida en mis pensamientos, hasta que unos brazos rodeando mi cintura, me hicieron reaccionar rápidamente, justo cuando estaba por decir algo, la voz de Matthew me interrumpía.

—¿Qué haces tú sola parada en esta esquina? —preguntó molesto, colocando su mentón sobre mi hombro derecho.

—Descansando de toda la gente. No me siento bien—respondí, mientras observaba como algunas parejas bailaban.

—No hay día en que no te sientas mal—se quejó—. He intentado ser comprensivo contigo, pero simplemente no me lo pones nada fácil.

—¿Comprensivo? —solté con ironía.

—Por favor, julieta, este no es el lugar ni el momento para hablar de lo ocurrido aquella vez—murmuró—. Pero como te dije, tú, eres

mía y quieras o no, nos vamos a casar—sentencio.

—Por favor, Matthew, es obvio que ya no nos soportamos.

—No digas tonterías, mi amor—dijo muy sonriente, besándome en la mejilla, justo cuando mi hermano y su novia se acercaban a nosotros.

—Permíteme decirte que esta velada es realmente increíble—dijo Sebastián, con sinceridad.

—Me alegra que hayas podido venir, cuñado—respondió con aquella gran sonrisa, sin siquiera soltarme.

—Que bien se ven los dos—alabó Geraldine—. Sin duda, ustedes tendrán hijos preciosos.

—Es lo mismo que yo pienso. Ya me los puedo imaginar—respondió con cierta picardía—. ¿No crees que Geraldine, tiene razón, mi amor?

—Si—atiné a responder, mientras discretamente intentaba zafarme del agarre de Matthew, cosa que me fue imposible, ya que él, como pudo, entrelazo sus manos a la altura de mi vientre.

—Por Dios, hermanita, quita esa cara de sufrida que tienes, al menos sonríe—se quejó Sebastián.

—No la atormentes, cuñado, es que, ella no se siente muy bien.

—Te compadezco, Matthew, tienes que soportar a mi hermana y soy consciente de que no es nada sencillo.

—La verdad la amo demasiado y nada de lo que ella haga o diga me disgusta, la amo tal cual es, de hecho, tanto así, que me considero un hombre muy afortunado.

—Definitivamente…ustedes, son el prototipo de pareja perfecta—dijo con voz melosa Geraldine—. De verdad, les deseo lo mejor en su matrimonio, que este sea duradero.

—Te lo agradecemos. Por cierto, Sebastián, espero que muy pronto tú y ella nos den la buena noticia de que se van a casar.

—Cuando menos te lo esperes—aseguró Geraldine.

—Ahora si nos disculpan, quiero presentar a mi prometida con unas amistades.

—Por supuesto—se apresuró a responder mi hermano.

Matthew, sin chistar me soltó un momento, sólo para acomodarse el saco y volverme a tomar de la mano, mientras caminábamos, él, saludaba y sonreía, mientras que yo, yo hacía uso de todo mi autocontrol para no delatar mi inseguridad e incomodidad, lo cual se fue todo a la basura, justo cuando delante de mí, veía a una hermosa mujer de cabellera negra, facciones finas y un cuerpo curvilíneo, quien estaba acompañada por dos hombres.

—Matthew—chilló aquella mujer de cabellera negra, quien se le fue encima.

—Hola, Grace—respondió con voz picara—. Que hermosa te vez.

—Tú, siempre tan mentiroso—le reprochó, dándole un ligero golpecito en el brazo.

—Veo que sigues siendo ruda—se quejó, sobándose el área afectada.

—Hay cosas que no cambian—hablo el hombre de traje azul marino.

—Samuel, que gusto verte, hombre—saludo con un abrazo fraternal.

—Estábamos de paso, así que… decidimos venir.

—Tu madre, nos invitó—interrumpió el hombre de traje negro.

—Orlando, ¿hace cuanto que no nos vemos? —saludo, de igual manera abrazándolo.

—Si mi memoria no falla—respondió, mientras aparentaba pensar —. Cuatro años, exactamente, y ya estoy como las novias celosas, ni una llamada si quiera me has hecho.

—Lo lamento, pero he tenido demasiado trabajo.

—Lamento mucho lo de tu padre—dijo con pesar, palmeando su espalda.

—Te lo agradezco, amigo.

—Supongo que estar al mando de la empresa familiar no ha sido nada sencillo.

—En lo absoluto, pero la vida sigue y ahora estoy a punto de casarme.

—¿Tú? —cuestionaron ambos hombres incrédulos.

—Eso sí que no me lo creía, incluso se lo había dicho a Orlando—confeso Samuel—. De los tres, tú, eras algo así como el Playboy,

ninguna chica era para algo serio.

—Samuel—murmuró con cierta incomodidad, Orlando, mientras, me miraba con cierta vergüenza, a lo que su amigo al comprender se quedó callado.

—Chicos, les quiero presentar a Julieta Smith, mi futura esposa—dijo con cierto orgullo, entrelazando su mano con la mía. —Mi amor, te presento a Samuel Rusell, él es uno de los mejores abogados de Estados Unidos.

—Es un placer conocerla, señorita—saludo con amabilidad.

—El gusto es mío.

—Orlando Carter, es un prestigioso vendedor de bienes raíces.

—Es un placer, debo confesar que tenía muchas ganas de conocer a la hija del aclamado señor Henry Smith.

—No se perdió de mucho—atiné a responder.

—Tú, prometida sí que es muy graciosa, Matth—dijo Orlando, sonriendo.

—Grace Willow, es una…

—Modelo de Victoria Secret—interrumpí—. Es un gusto, conocerla, señorita Willow.

—Lo mismo digo, señorita Smith, debo decirle que soy fiel admiradora de su madre, y usted es realmente preciosa—dijo con sinceridad.

—Es muy amable, pero es obvio, que usted, lo es aún más.

—Ellos, son amigos míos—se apresuró a decir Matthew—. ¿Qué les parece si ocupamos nuestras mesas?

—Gran idea, hermano—dijo Samuel, sonriendo—. Pues siendo honesto muero de hambre, no he probado bocado desde la mañana.

—Tú, siempre tienes hambre—se quejó Orlando, dándole un puñetazo en el pecho.

—¡Auch! —exclamo, sobándose—. No mientas, es obvio que esta vez estoy diciendo la verdad, si no hubiera sido por aquella reunión que se llevó gran parte de mi día, otra cosa hubiera sido.

—Si, claro—dijo con sarcasmo—mientras lo empujaba, para llevarlo a nuestra mesa designada.

Matthew, volvió a entrelazar nuestras manos, mientras que le ofrecía su brazo libre a Grace, quien, encantada, lo acepto de

inmediato, ocasionando que la mayoría de los invitados, posaran sus miradas en nosotros, y empezaran a cuchichear, y es que no era para menos, pues, aquella hermosa modelo de lencería había sido una de las conquistas de mi ahora prometido. Lo que era de esperarse, al llegar a nuestra mesa, él, como un gran caballero, le corrió la silla primero a ella y después a mí, para posteriormente ocupar su lugar a mi lado, en donde inicio a hablar de negocios con sus amigos, mientras que yo, miraba un punto fijo, ignorando lo que decían. Para mi buena fortuna los meseros con sus carritos de servicio hicieron acto de presencia, mientras unos servían vino o champagne, otros colocaban los platos de crema, charolas con trozos de pan recién horneado, el cual empecé a comer con desesperación, ocasionando que Matthew, me reprendiera en voz baja y que yo ignorara por completo. Tras haber acabado con los tres platillos fuertes y el postre, tomando un semblante sereno, me excuse para ir al tocador en donde apenas ingrese, me encerré en uno de los sanitarios para vaciar por completo mi estómago, en cada arcada que daba, mi abdomen empezaba a molestarme, mientras que las lágrimas empezaban a correr por mis mejillas, seguía sin entender por qué siempre terminaba llorando y sintiéndome culpable, sin embargo, en vez de detenerme, continuaba lastimándome.

—No quisiera estar en los zapatos de la prometida de Matthew— soltó con desdén una mujer.

—Ni yo, ¿viste cómo se veía? —preguntó la otra.

—Quien no. Por Dios, parece una vaca gorda, es evidente que, si un vestido no te queda, no debes ponértelo, pues lucirás exactamente igual a un jamón mal amarrado.

—Debería hacerse una liposucción.

—Es verdad, pobre Matthew, lo compadezco.

—Ni que lo digas, tener que casarse con un cerdo. No quiero ni imaginarme como le hará cuando sea su noche de bodas.

—Yo creo que tendrá que emborracharse para poder hacerlo con ella. sólo así no sentirá asco.

—Siento lástima por ella, mira que tener que soportar a la ex novia del prometido, no es nada sencillo.

—¿Es verdad que él sigue enamorado de Grace? —pregunto una tercera voz.

—Claro, incluso se siguen viendo en uno de los hoteles Hilton, es un secreto a voces.

—Era de esperarse, Grace Willow, es una de las modelos más cotizadas y deseadas por varios hombres.

—En fin, sólo nos queda divertirnos esta noche a costa de ese cerdito que tiene Matthew como prometida.

—Apuesto a que mañana sus fotos aparecerán en varias revistas y que desde luego no habrá quien la critique por su apariencia.

—Y no olvides de su forma de comer. ¡Por Dios! con razón, esta así de gorda.

—Bueno chicas, ninguna palabra de esto, ¿De acuerdo?

—Nosotras somos una tumba.

—Regresemos, que ya quiero ver que otro ridículo hará.

El sonido de los tacones pisando la loseta y la puerta cerrarse, me hicieron saber que volvía a encontrarme sola, y sintiéndome aún más miserable, por lo que no me importo llorar amargamente. Por más que intentara encajar, jamás lo iba a lograr, sobre todo porque nadie me daría nunca una oportunidad, siempre habría alguien que me juzgaría, alguien que se burlaría de mí, ¿Acaso tan repugnante era? Lo que más deseaba en ese momento era el de salir de ahí, era un infierno lo que estaba viviendo, pero de alguna manera tenía que seguir aguantando, y aparentar que todo en mi estaba bien, que mi vida era perfecta y de ensueño, que mi compromiso con Matthew era algo que deseaba, aunque todo aquello fuera lo opuesto. No podía darles el gusto de que me vieran mal.

16

—No puedo creer lo que esa bola de arpías dijo sobre ti—musitó Sam con gran indignación, quien se dejaba caer de espaldas en la cama—. Cómo no estuve ahí, para haberles dado su merecido.

—Descuida, no les presté atención—mentí, bajando la mirada, mientras mantenía una lucha interna por no llorar. —El haber escuchado todo aquello, había sido un duro golpe para mí, sobre todo, porque hacía ya un año que llevaba luchando con mi apariencia y peso, lo cual no me estaba resultando fácil, sobre todo porque no era para nada agraciada, pues aparte de ser de piel trigueña, cabello castaño y demasiado rizado, mi rostro no poseía ningún rasgo fino, lo único que aparentemente estaba bien en mí, eran mis ojos verdes, los cuales aparte de ser grandes, resaltaban gracias a mis largas pestañas, en cuanto a mi cuerpo, lo odiaba por completo, sobre todo porque toda la ropa que utilizaba era de talla extra grande, para por lo menos ocultar un poco mi gordura, sin embargo, se me obligaba a utilizar ropa entallada, la cual lograba cerrarme gracias a las fajas, pero que para mí desgracia, lejos de verme bien, me hacía ver ridícula, y no era algo que sólo yo dijera, sino que las revistas de moda y chismes, también, y que mejor que a través de sus comentarios malintencionados y burlas.

Definitivamente jamás iba a olvidar el cumpleaños de Laura Hamilton, pues había sido el peor día de mi vida.

—Jul, ¿está todo bien? —preguntó Sam, sentándose en la cama—. Desde que regresaste de Londres, te he notado muy distraída, ¿quieres contarme?

—Te parecerá muy exagerado de mi parte, pero no logro acostumbrarme a estar aquí, me siento como una completa extraña, fuera de lugar.

—Te entiendo y es normal, pues el haber pasado casi ocho años en otro continente no ha sido cualquier cosa, te adaptaste muy

rápido.

—Es irónico, ¿no? A pesar de que me encontraba en un continente desconocido, me sentía cómoda y en casa, y aquí, que es donde está mi familia, me siento como si no perteneciera a este lugar.

—¿Has hablado con tus amigos británicos?

—No—respondí, cabizbaja—. Temó, que, si lo hago, voy a terminar llorando y deseando aún más irme de aquí.

—¡Ay, Jul! no sé qué decirte, me gustaría poder asegurarte de que vas a estar bien, sin embargo, ni yo misma lo sé.

—Tengo que aceptar que, aunque me esmere por encajar, jamás voy a conseguirlo, siempre me van a criticar y a juzgar. Ni siquiera son conscientes del daño que me causan, pero como siempre tengo que aparentar que todo está bien, que lo que dicen de mí no me afecta.

—Jul, tal vez lo que te voy a decir suene muy trillado, pero es la verdad. No debe de importarte lo que los demás digan de ti, al final de cuentas, hagas algo bueno o malo, ellos siempre van a hablar, nunca se les va a tener contentos. Mejor enfócate en ti.

—Suena tan sencillo—murmuré—. Eso lo he intentado muchas veces, sin embargo, no puedo. ¿Algún día ellos dejaran de hablar de mí?

— ¿Has escuchado esa frase que dice: «No te preocupes por lo que hablan de ti, preocúpate cuando dejen de hacerlo, pues cuando así sea, querrá decir que ya no les importas»?

—Agradezco tus palabras, Sam—respondí con una sonrisa.

—Cambiando de tema, ¿Tú y Matthew, ya han fijado fecha para la boda?

—¡Dios! no—me apresuré a responder—. De hecho, es un tema que trato de evadir cada que estoy con él o con su madre. No tengo prisa alguna.

—¿aún lo encuentras inadecuado?

—No sólo eso… él, no es lo que aparenta ser—murmuré.

—¿A qué te refieres? —cuestionó frunciendo el ceño.

—No es nada, olvídalo—dije, intentando restarle importancia a lo que acababa de decir.

—No, Jul, por favor…Dime a que te refieres, ¿hay algo que no sepa?

—Matthew, sigue en sus andadas, es lógico que no va a cambiar, siempre será un mujeriego de lo peor y para colmo, yo seré la esposa que va a tener que soportar cada una de sus infidelidades, y todo porque mi padre, decidió venderme con el mejor postor. Definitivamente esa no era la vida que yo esperaba para mí—solté con amargura—. Yo me veía, viviendo feliz en Londres, mientras me dedicaba a impartir clases de literatura, en Oxford o Cambridge.

—Siempre hay una explicación para todo, tal vez haya sido un malentendido.

—Sam, había fotos—dije molesta—. ¿Acaso no son esas pruebas suficientes?

—Pero no olvides como son algunas modelos, siempre buscando la mejor oportunidad para obtener unos minutos de fama, y que mejor que causando ´polémica.

—Defiendes tanto a Matthew, ¿acaso te gusta?

—¡Por Dios, no! —exclamó asustada—. Es sólo que ha cambiado mucho, debo reconocer que ya no es el patán mimado de antaño. Tal vez puedas hablar con Matthew, para que te deje trabajar, estoy segura de que, si se lo expones, entenderá.

—Claro, Sam… él, lo va a entender y lo va a permitir—bufé—. Ya me han dejado muy en claro, que una vez que nos casemos, mi trabajo será el de verme impecable y tener al menos un hijo, que no voy a trabajar, y que, si quiero hacer algo productivo, que empiece a codearme con las esposas de otros empresarios para ir al club con ellas, o colaborar con alguna fundación, pero hasta ahí. Lo de la fundación, no es mala idea, incluso es algo que me llama la atención, pero todo lo anterior me resulta demasiado denigrante, es como si aún estuviéramos en aquella época en donde las mujeres no valíamos nada.

—Es obvio, que Laura Hamilton, es una mujer de mente muy cerrada, pero ni aun así dejes que eso te vaya a frenar. Es verdad que vas a hacer esposa de Matthew Hamilton, pero no su prisionera o peor aún, «su marioneta» Te aconsejo que intentes hablar con él,

estoy segura de que te apoyará, ese hombre te adora, y no me digas que no es así, pues se le nota lo enamorado que esta de ti.

—Es increíble como lo defiendes, sólo espero que cuando te des cuenta de cómo es realmente no te vayas a llevar una gran decepción.

—Jul, no lo defiendo…entiende, sólo estoy exponiendo todo lo que he visto, además de que he tenido la oportunidad de convivir un poco más con él, debido a los negocios que lleva con mi padre.

—Definitivamente te ha encandilado con su maravillosa actuación del «perfecto caballero»

—Jul, en verdad, si hay algo que yo desconozca, por favor dímelo. ¿Te ha hecho algo malo?

Aunque quería decirle que aquel hombre al cual idolatraba y que tanto defendía, había estado a punto de abusar de mí, simplemente no podía, por miedo a que ella tampoco me creyera, tal cual había sucedido con mi madre, quien me había acusado de loca, exagerada y hasta de egoísta. Desde luego que no me iba a mentir a mí misma, diciendo que aquello no me había lastimado, pues esperaba al menos un poco de comprensión por parte de aquella persona que se suponía debía escucharme, apoyarme y hasta cierto punto preocuparse por mi bienestar. Sin embargo, había logrado sobrellevar eso, pero lo que, si no podría, sería el de recibir la misma reacción por parte de Sam, ella era lo único que me quedaba, era mi amiga, mi paño de lágrimas, y no podía darme el lujo de perderla, no ahora cuando más la necesitaba, ahora que me sentía sola y que mi vida era un completo infierno.

—No me ha hecho nada, Sam—mentí, mordiéndome el labio inferior.

17

Recostada en mi cama, volví a leer aquellos mensajes que John y yo, solíamos enviarnos, haciendo que, en automático, deseara poder retroceder el tiempo, para no haber arruinado las cosas con él, lo echaba tanto de menos, extrañaba nuestras conversaciones escuetas y divertidas, aquellas que siempre lograban sacarme una gran sonrisa, y que, hasta cierto punto, me hacían sentir especial. Era increíble lo rápido que pasaba el tiempo, aunque para mi todo transcurría de manera lenta, ya habían pasado cuatro meses de mi llegada, las cosas con Matthew cada vez iban peor, pues no había día en que no intentara sobrepasarse conmigo, en público, se comportaba como el perfecto caballero, atento y cariñoso, tomándome con delicadeza de la mano o de la cintura, sonriéndome, y de vez en cuando besándome, desde luego que todo eso era un perfecto montaje para ocultar la realidad, pues cuando nos quedábamos solos, era agresivo, incluso hasta llegaba a lastimarme no sólo físicamente sino también mentalmente, pues ya me había dejado muy en claro la repulsión que le causaba, pero que aun así, iba a casarse conmigo pues, era algo que le convenia, las revistas y programas de chismes no dejaban de hablar de la vida excesiva que llevaba Matthew, pues en cada oportunidad que se le presentaba, siempre era captado besando o siendo demasiado cariñoso con mujeres hermosas y despampanantes, dejándome a mí como la burla de todos, la pobre prometida obesa, que tenía que aguantar las infidelidades de su prometido, por si fuera poco, mi estado de ánimo iba decayendo, mis dolores abdominales, la perdida de cabello y la palidez en mi rostro ya eran muy evidentes, y aunque era momento de aceptar que tenía un problema, no podía hacerlo, pues seguía negándome a siquiera pedir ayuda, en cambio, seguía atragantándome con grandes cantidades de comida, para después provocarme el vómito, pese a que me sentía débil y miserable, tenía

que seguir aparentando que todo en mí, estaba bien, que era inmensamente feliz y que mi vida era de ensueño, y claro que todos me creían, pues sólo bastaba con vestir ropa extremadamente cara, un maquillaje muy bien elaborado, para ocultar mi palidez y ojeras y sonreír de oreja a oreja, tal cual venía haciendo desde aquel día en que volví a pisar tierra americana.

De John, ya no sabía absolutamente nada, no desde aquel incidente en el elevador, pues había dejado de ir a la empresa de mi padre y si lo hacía, sólo eran visitas muy breves, en donde tenía que utilizar el elevador privado, por cuestiones de seguridad, pues se había filtrado información falsa sobre la fecha en que se llevaría a cabo mi boda, por lo cual era ya casi normal ver a uno que otro periodista postado afuera de la empresa, y aunque tanto mi padre como Matthew, habían desmentido aquel rumor, todo resulto un fracaso, pues los periodistas seguían de insistentes.

—Señorita Smith, la comida ya está servida. —Escucho la voz de una de las sirvientas, que temerosa entreabre la puerta del pequeño estudio—. Su hermano y su madre la están esperando—informó.

—Enseguida voy—atiné a decir, dejando el libro que estaba leyendo sobre el escritorio.

—Con permiso, señorita—dijo, cerrando la puerta tras de sí.

Con la vista clavada en la puerta que se acababa de cerrar, deje escapar un suspiro de frustración, pues de sobra sabía que la comida me resultaría demasiado incomoda, dado que sólo estaría acompañada de mi madre y hermano, aunque claro, tampoco era que, con la presencia de mi padre, las cosas fueran muy diferentes, pero al menos en la mesa no se hacía otra cosa que hablar de negocios, lo cual agradecía, pues solamente así, mi madre se olvidaba de atormentarme. Sin ninguna otra alternativa, me puse de pie, pues entre más rápido sucedieran las cosas, sería mejor, con aquella idea en mente, que sólo servía para darme ánimos, me dispuse a acomodarme la enorme sudadera negra que llevaba puesta, poco me importaba si me veía muy desalineada, lo único que deseaba era el de estar cómoda y desde luego que el de disimular mi sobrepeso, convencida de que estaba lista, abrí de

golpe la puerta del estudio, y me encamine hacía el comedor, en donde efectivamente mi madre y mi hermano se encontraban en sus respectivos lugares.

—¿Qué tanto estabas haciendo, Julieta? —cuestionó mi madre, quien estaba molesta—, Si algo odiaba ella, eso era el de que la hicieran esperar, ya que aquello era una gran falta de respeto hacia su persona.

—Estaba leyendo—respondí, ocupando mi lugar, el cual era a la derecha de ella.

—¿Por aquella tontería, me has hecho esperar? —musitó más que ofendida.

—Leer, no es una tontería, madre—aseguré—. Al menos, a través de la lectura, puedo ser libre.

—No empieces con tus tonterías, Jul—se quejó Sebastián, quien me fulminaba con su mirada—. Mi madre y yo, te hemos estado esperando por quince minutos, pues lo único que deseamos es el de poder tener una comida tranquila.

—Si tanto querían una comida tranquila, entonces, ¿Por qué esperarme? Es obvio, que mi presencia sólo trae problemas.

—Mira, Julieta…No voy a discutir—interrumpió mi madre, quien se llevaba una cucharada de crema a la boca. —¿Cómo esta, Geraldine? —pregunto, dirigiéndose a mi hermano.

—Ella está muy bien, pasado mañana se va de viaje.

—Es raro que no la acompañes.

—Madre, ella se va una semana de vacaciones con sus amigas y como veras, yo no tengo nada que hacer ahí. Además, ambos necesitamos nuestro espacio, pues casi todo el tiempo estamos juntos, lo cual ya pareciera que estamos casados.

—Pues ya te estás tardando, Sebastián. Ella es una buena chica, sin mencionar que su familia es dueña de la cadena hotelera Royals. No puedo creer que sea tu hermana la que se casa primero—dijo escandalizada.

—Ni me lo menciones, madre. La verdad, lo último en lo que pienso es en casarme. No es que no ame a Geraldine, pero a veces

me asfixia, por eso doy gracias a Dios, que este fuera del país una semana, así podre relajarme.

—Espero que ese «relajarme» no tenga nada que ver con mujerzuelas.

—Madre, muy bien sabes que yo no soy Ma…—se apresuró a corregir—. Perdón, quise decir, sabes que yo no soy ese tipo de hombres que gusta de retozar en la cama de cuanta mujer se le acerque. Una cosa es que a veces me asfixie estar siempre con Geraldine y otra muy diferente es que la engañe cuando no estamos juntos, yo la amo y siempre le voy a ser fiel.

—Al menos agradezco tener un hijo sensato, que piensa en el bienestar de su familia y más ahora con los escándalos en los que nos hemos visto envueltos. Suficiente tenemos con el prometido de tu hermana.

—El cual, por cierto, yo no elegí—interrumpí, limpiándome la boca con mi servilleta.

—Ya lo discutimos, Julieta—dijo tajante mi madre, para después dirigirse a mi hermano—. Espero me estes diciendo la verdad, pues no voy a permitir que manches la imagen de nuestra familia, así que, por tu bien, abstente de hacer estupideces—sentencio.

—Si es una amenaza, madre, debes saber que eso no funciona conmigo. Yo no soy un títere el cual puedas manejar a tu antojo.

—Yo pensé que lo eras, hermanito —me burlé.

— Tú, no te metas—bufó con molestia—. Mejor preocúpate en ocultar las infidelidades de tu prometido. Mira que tener que recurrir a mujeres despampanantes para satisfacer sus necesidades, sólo porque le repugna su prometida—soltó maliciosamente.

Aquellas palabras habían sido como dagas que se clavaban en mi corazón, una cosa era lo que los medios decían sobre mi persona, lo cual intentaba aparentar que no me importaba, pero otra muy distinta, era escuchar a mi propio hermano, burlarse de mi desgracia. Así que, sin importarme siquiera los reclamos de mi madre, avente mi servilleta sobre la mesa, para marcharme corriendo a mi habitación, en donde como de costumbre, me encerré en el baño para vaciar por completo mi estómago. ¿Cuánto

más iba a seguir soportando? Con las lágrimas corriendo por mis mejillas, corrí a colocarme unas gafas oscuras, para después cubrirme la cabeza con la capucha de la sudadera, sin pensarlo dos veces, volví a abandonar mi habitación, ignorando todo a mi paso, y eso incluía la voz molesta de mi madre que me llamaba. Era la primera vez en mi vida que me atrevía a hacer algo así, y la verdad, se sentía tan bien, pues por una parte me hacía sentir libre, mi respiración ya era muy agitada debido a los pasos apresurados que estaba dando, producto de la gran adrenalina que corría por mi cuerpo, y aunque quería aminorar mis pasos, el miedo a ser alcanzada por mi madre o algún guardaespaldas, me obligaba a seguir a delante sin detenerme. Tal vez tendría serios problemas cuando regresara, pero ya me preocuparía llegado el momento, ahora sólo necesitaba desahogarme y respirar.

Finalmente, mis pasos me habían llevado al lago The Pond, aquel mismo lugar en el que meses atrás, hubiera estado con John… lo echaba tanto de menos, si tan sólo pudiera retroceder el tiempo, me arrepentía una y mil veces, por haberlo distanciado tan abruptamente de mí, pues ahora más que nunca lo necesitaba. Con la mirada puesta hacía al frente, las lágrimas no se hicieron esperar para empezar a correr por mis mejillas, agradecía internamente el no haberme quitado las gafas ni la capucha, al menos así nadie se daría cuenta de lo miserable que estaba siendo. Deseaba volver a escuchar su voz, leer cada uno de sus mensajes tan ocurrentes que me hacían reír y sonrojar, pero sobre todo deseaba con fervor, volverme a sentir especial, envidiaba a esa chica hermosa, la envidiaba tanto, pues ella había sido la afortunada para disfrutar de las atenciones de John, de su amor, podía caminar libremente de la mano con él, incluso podía besarlo, mientras que yo, tenía que soportar a un hombre que no había cambiado en lo absoluto, que seguía siendo el mismo mujeriego, patán de antaño, pero que sin duda había sabido actuar demasiado bien, para hacerme creer que era todo un caballero que realmente estaba perdidamente enamorado de mí. ¿Por qué simplemente no me muero? Me cuestionaba una y otra vez, seguramente nadie me iba a extrañar, el mundo no dejaría de girar por ello, ni mucho menos mis familiares,

harían de lado sus labores sólo por mi ausencia, ahí caía en cuenta de que nadie era indispensable, ya que todos éramos reemplazables. Estaba tan metida en mis pensamientos, hasta que unas pisadas, me hicieron volver a la realidad, para darme cuenta de que ahora no me encontraba sola.

—Hace un día precioso, ¿verdad? aunque con un poco de frio— pregunta aquel desconocido, quien, no tarda en sentarse debajo de aquel frondoso árbol.

—Supongo—murmuré, limpiándome la nariz de manera poco elegante con el dorso de mi mano, aún sin mirar por completo a aquella persona.

—¿Se encuentra bien, señorita? —vuelve a preguntar, pero esta vez un poco consternado.

—No tiene que preocuparse por mí—respondí tajantemente, poniéndome de pie—. Si me disculpa deseo estar sola, hasta luego. —Justo cuando estaba por marcharme, aquel desconocido, me llama por mi nombre, haciendo que me detenga y gire para verlo a la cara. Mis ojos se abren de par en par, cuando aquel desconocido se retira su bufanda que le cubría parte de la cara.

—Señorita Smith—dice incrédulo, mirándome como si aún no pudiera creer que estuviéramos enfrente uno del otro—. Perdón por no haberla reconocido al inicio, pero sus gafas y capucha, no me lo hicieron tan fácil.

—Señor Thompson—atiné a responder, mientras intentaba ocultar mi nerviosismo—. Que tenga una excelente tarde, con permiso—dije rápidamente, para iniciar con mi escape.

—Por favor…no se vaya—pidió, tomándome del brazo con suma delicadeza—. Es evidente que no se encuentra bien, ¿Puedo ayudarla en algo?

—Como ya le había dicho, no se preocupe por mí. Yo voy a estar bien—dije, esbozando una media sonrisa. Reuniendo todas las fuerzas posibles, para no tirarme hacía él y poder llorar.

—Insisto, lo que menos quiero es que usted tenga algún tipo de accidente, pues andar por ahí en ese estado no es bueno, al menos permítame acompañarla cerca de su casa.

—No es necesario, además, no quiero causarle problemas con su novia—aclaré, sintiendo amarga mi boca, tras haber dicho aquella palabra.

—Le aseguro que no me va a meter en ningún problema—respondió afablemente—. Pues, no tengo ninguna novia o algo por el estilo.

—No necesita darme explicaciones, señor Thompson—respondí secamente, aunque muy en el fondo, no cabía de felicidad con aquella confesión.

—¿Señor Thompson? —dice incrédulo—. ¿No entiendo en qué momento volvimos a tratarnos con tanta formalidad?

—Es lo mejor.

—¿Tú, crees, Jul? ¿Tú crees que lo mejor es tratarnos como dos desconocidos?

—Jamás fuimos amigos siquiera—aclaré, finalmente dándole la cara.

—Si mal no recuerdo, solíamos enviarnos mensajes y mantener largas conversaciones, incluso, la última vez que la pasamos bien, había sido exactamente en este mismo lugar. ¿Por qué te alejaste de mí? ¿Acaso hice algo que te incomodará?

—En lo absoluto, es sólo que mi vida es un tanto complicada, y lo que menos quiero es perjudicarte.

—Comprendo a lo que te refieres… por cierto muchas felicidades por tu compromiso—soltó con ironía—. Lo que no logró entender, es ¿Cómo puedes aguantar las infidelidades de ese tipo?

—¿Qué más puedo hacer? Si ese tipo, es el hombre que han elegido para mí.

—Entonces…tú…

—No lo amo, ni siquiera siento simpatía por él. Todo ha sido un acuerdo de conveniencia entre mi familia y los Hamilton.

—No puedo creer que el señor Henry, haya sido capaz.

—Por esa razón, se me obligo regresar. Mi vida ha sido un completo infierno, ya no lo soporto. Lo único que quiero es desaparecer—confesé, dejándome caer de rodillas—. No soporto tener que verme obligada a casarme con alguien a quien no amo, ni que tampoco me ama. Todos piensan que mi vida es perfecta, pero

no se dan cuenta de la realidad, soy tan miserable—murmuré, volviendo a romper en llanto.

—Jul, yo no sabía todo lo que estabas padeciendo—dijo, poniéndose en cuclillas para abrazarme—. Por favor, confía en mí, ya no me alejes, permíteme ayudarte a llevar el peso.

—Nadie puede hacerlo…

—Claro que sí, yo estoy dispuesto a hacerlo—aseguró.

—No tienes por qué hacerlo, no tienes que sentirte comprometido a ayudar a una extraña—dije con la vista clavada en el suelo.

—Pero quiero hacerlo, porque esa extraña que dices tú, es una mujer maravillosa, pero tal parece que no se ha dado cuenta de nada—dijo, alzando mi barbilla, para después retirarme las gafas, permitiendo que nuestras miradas se conectaran—. ¿Hasta cuándo te vas a dar cuenta?

—Yo…—titubeé.

—Jul…—dijo con cierto nerviosismo—. Yo… estoy perdidamente enamorado de ti, te juro que desde la primera vez en que te vi, lo hice, no hay día en que no piense en ti. Incluso, cuando supe lo de tu compromiso, sentí demasiados celos, y un odio hacía ese tipo, pues, aunque fuera por algunos minutos, deseaba estar en su lugar. Sin embargo, soy consciente de que tú tal vez, no sientas lo mismo que yo, pero tenía que decírtelo, ya no podía seguírmelo guardando —confesó, acariciando mis mejillas.

Aquella confesión me había descolocado, pues era algo tan inesperado, que seguía sin poderme creer que el chico que tanto me gustaba sintiera algo por mí, por una joven horrenda e insignificante, pues esas eran las palabras que me decía una y otra vez Matthew, cada vez que se ponía de mal humor.

—Lo único que deseaba era que supieras la verdad—dijo un poco decaído.

De un rápido movimiento, y sin pensarlo mucho, me lance a sus brazos, y me aferre a su pecho, para esconder mi rostro en su cuello, haciendo que su sudadera se humedeciera por causa de mi llanto.

—Yo, también estoy enamorada de ti… John Thompson, cuando estoy contigo me siento segura.

—Jul, mi bello amor, quiero que jamás olvides que no estás sola, pues yo siempre voy a estar a tu lado, y que si es posible te voy a proteger con mi propia vida.

—Gracias—murmuré.

—No tienes por qué agradecerme, soy yo el que debe hacerlo—dice, acariciando mi espalda—. Gracias por haber llegado a mi vida he iluminarla, gracias por haber posado tus ojos en este perdedor.

A continuación, las palabras sobraban, pues aún en el silencio que reinaba, se podían escuchar los latidos de nuestros corazones, que de manera acompasada formaban una bella melodía entra cada latido, aún abrazados, sólo dejábamos que el viento acariciara nuestros rostros, incluso el frio había desaparecido, y ahora me daba cuenta de que, a su lado, sólo importábamos él y yo.

18

John.

Seguía sin poder creerlo, era como un sueño hecho realidad, ya que finalmente le había confesado mis sentimientos a aquella preciosa jovencita de ojos verdes, y que para mi sorpresa había sido correspondido. Ahora, podría caminar con ella de la mano, abrazarla con mayor libertad, aunque había algo que aún tenía miedo de intentar, y eso era el de besarla, moría por hacerlo, pero simplemente no me atrevía, pues lo que menos deseaba era el de asustarla o que inclusive pensará mal de mí. Por ello, había decidido ser paciente y esperar, además de plantearme muy seriamente el de hacer algo especial, para que cuando llegara aquel día, fuera algo memorable, algo que siempre pudiéramos recordar, tal vez estaba siendo demasiado cursi y patético, pero ella, se merecía sólo lo mejor, merecía, ser tratada con amor, respeto, pero sobre todo con delicadeza, a lo igual que una bella flor, porque eso era ella para mí, «una bella flor, mi bella flor», aquella que cuidaría y regaría día con día, para que creciera aún más hermosa y fuerte. Reemplazaría aquella tristeza reflejada en sus ojos, por un brillo único y cegador, uno que al mirarla te dejara sin palabras y sin aliento.

Si antes consideraba que la vida había sido injusta conmigo y que tenía mala suerte, ahora sin duda alguna, podía decir que, era el tipo más afortunado del mundo, pues finalmente la vida me estaba sonriendo y le pedía a Dios, que siempre fuera así, pues no había otra cosa que deseara más, que el de poder compartir mi vida al lado de Julieta, la mujer que sin duda era mi primer y único amor.

Increíblemente, el día me parecía perfecto, pues el sol, se encontraba en su máximo esplendor, mientras que el cielo estaba teñido de un azul claro, y muy despejado, perfecto para pasear por Central Park. Aún con esa sonrisa dibujada en mi rostro, sacó el móvil del bolsillo de mi chaqueta, mientras que por breves segundos aparto mi vista de la ventana, esto con la intención de llamar a

Julieta, los primeros timbrazos se dejaron escuchar, haciendo que mi corazón empezara a latir desbocadamente, y que mis manos me sudaran, sin duda alguna parecía un chiquillo primerizo, pero me era inevitable, lo ¡juro! Tras varios timbrazos después, el buzón de voz fue lo único que escuché, pero desde luego que no me iba a dar por vencido, pues si había algo que me distinguía de algunas personas, eso era el de ser demasiado persistente, así que, sin titubear, volví a marcar, sin embargo, la respuesta había sido la misma, provocando que esta vez, soltará un suspiro de frustración, mientras llevaba mi mano derecha a la frente. Me sentía extrañado, y de cierta manera preocupado, pues temía que nuevamente ella, se alejara de mí, justo ahora, cuando empezábamos algo maravilloso, mi mente, empezaba a maquilar diferentes posibles escenarios descabellados, haciendo que un nudo en el estómago se formará, y que así el miedo y la inseguridad, se apoderaran de mí. Tras haber esperado unos minutos, y con el alma en vilo, volví a marcar, sólo para llevarme una gran desilusión, ¿se había arrepentido de corresponder mis sentimientos? Aquella pregunta me atormentaba aún más. Finalmente, y resignado, guardé mi móvil, para después tomar las llaves del recipiente de cristal que se encontraba sobre la mesa de centro, tal vez una caminata por el lago The Pond, lograría distraerme.

Apenas poner un pie fuera del edificio, la suave y fresca brisa se estrellaba contra mi rostro, obligándome a que por unos breves segundos cerrará los ojos y aspirará profundamente.

Con las manos en los bolsillos laterales de mi pantalón, inicie con mi tranquila caminata, hacía mi refugio, con cada paso que daba, observaba con detalle todo lo que había a mi alrededor, esto con el mero propósito de poder distraer mi mente para que dejara de atormentarme, y tal parecía que estaba funcionando, pues de a poco empezaba a relajarme, tras haber caminado un par de cuadras, finalmente, me encontraba exactamente enfrente de aquel maravilloso lago, apreciándolo al mismo tiempo en que permitía que mis fosas nasales se llenaran de aquel delicioso aroma a césped recién cortado, pues aparte de este, existían otros tres aromas que de igual manera me encantaban y esos eran: el del café recién

hecho, la tierra mojada, y el dulce aroma que desprendía Julieta, este último lo había agregado justo el día en que la miré por primera vez en aquella cena y que hasta la fecha, me seguía acompañando, tal vez hasta el último de mis días.

Al momento de posar la vista hacía donde se encontraba aquel grande y frondoso árbol, grande es la sorpresa que me había llevado, al ver a Julieta, sentada debajo de este, con las rodillas abrazadas y su rostro hundido en ellas, no se necesitaba ser un genio, como para darse cuenta de que ella no estaba bien, así que a grandes zancadas me dirigí hacía donde ella se encontraba, una vez que estuve lo suficientemente cerca, me puse en cuclillas y sin pensarlo mucho, la jale de los brazos, sólo para abrazarla, provocando que ella al principio intentara zafarse, hasta que nuestras miradas se cruzaron, sin titubear, se aferró a mí, a tal grado de parecer como si quisiera fundirse en mí.

Al sentir como su cuerpo temblaba, las alarmas en mi interior se encendieron, avisándome que definitivamente algo no estaba nada bien, las lágrimas que mojaban mi sudadera me hacían sentir impotencia, por no saber siquiera como hacerle saber que yo estaba ahí, en ese momento, sólo había atinado a abrazarla con más fuerza, mientras le susurraba cuánto la quería y lo que significaba para mí. Pasados unos minutos de a poco su cuerpo se fue relajando mientras que el llanto ahora eran unos pequeños y leves sollozos.

—¿Qué te ha pasado, Jul? —pregunté, cuando la sentí más tranquila.

—Prométeme que nunca te vas a alejar de mí—musitó, con voz entrecortada, aferrándose nuevamente a mí.

—Jul, sabes que no hace falta que me pidas eso—atiné a responder— Deseaba volverle a preguntar ¿qué era lo que le había sucedido?, sin embargo, al notarla tan mal, tenía que abstenerme, pues lo que menos deseaba era el de hostigarla.

—Prométemelo, John—interrumpió suplicante, apartándose sólo un poco, para poderme mirar a los ojos. —El verla con los ojos rojos e hinchados, resultado del llanto de hacía unos minutos, hicieron que mi corazón se encogiera y que, a partir de ese momento,

quisiera cuidarla y protegerla, a base de mi propia vida, pues para mí, ella era lo más sagrado.

—Mi bello amor, no hace falta que me hagas prometerte eso, ya que… Tú, te has vuelto indispensable en mi vida—susurré, acomodando un mechón detrás de su oreja—. Que te quedé muy claro, que yo siempre voy a estar a tu lado, jamás me voy a alejar de ti, incluso si algún día muriera, voy a estar contigo—aseguré.

—Déjame estar así un rato…—volvió a suplicar, recargando su cabeza en mi pecho—. Me gusta escuchar como late tu corazón… es como música para mis oídos.

—Te amo demasiado, Julieta—confesé—. Jamás vayas a olvidar eso, por favor.

—Gracias por hacerme sentir especial.

—Es que eres especial, ¿acaso no te has dado cuenta? —pregunté incrédulo.

—Nunca me he sentido así, todos a mi alrededor me han hecho sentir que no valgo nada, a tal grado de que me lo he creído—murmuró.

—Mi bello amor, ¿Qué te han hecho? —cuestioné, acariciando su cabeza, mientras recargaba mi barbilla en su hombro, escuchar aquella confesión, me había dolido a sobremanera, era claro que ella se encontraba viviendo un infierno, a pesar de tener una vida de lujos, pero ahora, todo sería diferente, pues mientras yo viviera, no habría día en que no le hiciera saber lo hermosa, inteligente y fuerte que era.

—Nunca me dejes, John.

—Jamás lo voy a hacer, es un juramento, siempre voy a estar a tu lado. ¿Sabes? —pregunté de repente, para distraerla.

—¿Qué sucede?

—Soy el hombre más afortunado del mundo—confesé, esbozando una gran sonrisa—. Y quieres saber ¿Por qué?

—¿Por qué? —preguntó curiosa, mirándome a los ojos.

—Porque la mujer más hermosa del mundo ha correspondido mis sentimientos—dije con orgullo—Haciendo que, ante mis palabras, ella se sonrojara y que ocultara su rostro en mi pecho, lo cual me había causado ternura y gracia—. No tienes por qué avergonzarte,

no escondas tu bello rostro—espeté, sosteniéndola con delicadeza de la barbilla para que me mirará.

—No me hagas esto, John…no mientas.

—No estoy mintiendo—aseguré—. Pues todo lo que he dicho es verdad, soy realmente afortunado y es por eso por lo que no sólo te lo voy a decir, sino que también te lo voy a demostrar. ¿Me dejarás hacerlo?

—Si—atinó a responder, y entonces comenzó a cantar.

—Tal vez no sea un gran cantante—dije divertido—. Pero quería hacerte saber que esa canción expresa a la perfección todo lo que me haces sentir, ¿la has escuchado?

— No—dijo tímida, pero es hermosa… Muchas gracias.

—Esa canción pertenece a un grupo coreano llamado, *A'st1*. Algún día te prestaré mi IPod y podrás escuchar todas las canciones que te he dedicado.

—¿Tantas son?

—Por supuesto, para que veas que así de loco estoy por ti, esto no es algo sólo pasajero, esto es real—dije, tomando su mano derecha para colocarla a la altura de mi pecho—. Esto es tan real, como los latidos de mi corazón. ¿Lo sientes? ¿Sientes cómo late por ti?

—Si.

—Tal vez no tenga riquezas que ofrecerte, pero lo que sí te puedo ofrecer es un amor puro y sincero—finalicé, besando su frente, como muestra de ello.

19

—Nos vemos dentro de dos semanas—informó Matthew, tomándome bruscamente del mentón—. Quiero que durante mi ausencia te sepas comportar como la prometida del gran Matthew Hamilton, No querrás que se repita lo de la vez pasada, ¿verdad? —cuestionó con cierta malicia, mientras se acercaba peligrosamente a mí—.

—No—atiné a responder, mientras rezaba internamente porque no me lastimara.

—Detestaría volver a lastimar tu delicado rostro…aunque claro, si me vuelves a provocar, ten por seguro que te ira peor.

Inevitablemente, puedo sentir un escalofrió recorrer mi columna, al recordar aquel día, cuando armándome de valor, le reclame por sus constantes infidelidades, sin embargo, jamás me detuve a pensar en las consecuencias, pues Matthew, furioso, me tomo de manera brusca por los brazos para lanzarme al suelo y empezar a patearme, mientras que me gritaba que yo sólo le causaba repulsión, y que no tenía derecho a reclamarle nada, entre insultos, patadas y tirones de cabello, yo intentaba ponerme de pie, lo cual había sido completamente inútil, dado la fuerza de él. Aquel día, había terminado, con el labio roto, un pómulo hinchado, y con demasiados moretones en las costillas y parte de mi cuerpo, obligándome a permanecer una semana encerrada en mi habitación, para que la servidumbre no empezara a murmurar y que al menos mi rostro volviera a la normalidad. Pese a que deseaba ver a John, era consciente que en el estado en el que me encontraba, me era imposible, por lo que había tenido que excusarme con cualquier tontería cuando él me invitaba a salir. Pero definitivamente lo que me había dolido más que los golpes, era que mi madre al verme en muy mal estado me ignorara por completo, pues como ya empezaba

a ser su costumbre, a Matthew no lo bajaba de aquel pedestal en el que lo había colocado.

—¿Me entendiste, mi amor? —volvió a preguntarme, zarandeándome de manera brusca. —Haciendo que inmediatamente aterrada lo mirara a la cara sólo para asentir con la cabeza—. Así me gusta— dijo, acariciando mi mejilla—. Cuídate mucho y no olvides que te amo—finalizó, soltándome para después salir de mi estudio.

Sintiendo que el alma me regresaba al cuerpo, lentamente me siento en el suelo, mientras que los latidos desbocados de mi corazón empiezan a normalizarse. Pues ya empezaba a temer lo peor, por una parte, me alegraba el saber que no vería a Matthew por dos semanas, mismas que aprovecharía al máximo, pero, por otro lado, estaba temerosa al saber que regresaría, para seguir torturándome.

Saliendo finalmente de mi estupor, y siendo consciente de que mis padres y hermano no llegarían a casa debido a sus actividades, inicio a cuestionarme entre si debía llamar o no a John, para salir con él, pues ya lo echaba tanto de menos, mientras me debatía internamente, mi móvil empezó a sonar, señal de que alguien acababa de enviarme un mensaje, sin más lo saque del bolsillo delantero de mi sudadera, haciendo que una gran sonrisa apareciera en mi rostro, al saber de quien se trataba.

John.

Hola, amor mío…

¿Sabes? Hoy hace un clima perfecto como para dar un paseo,
el viento no es tan agresivo y lo mejor de todo… esta nublad
o, tal cual te gusta. Por eso, quiero invitarte a salir…
(Di que sí)

Julieta.

Señor Thompson, usted no deja de sorprenderme.
¿A dónde quiere invitarme? 😝

John.

A Coney Island, pues sé que amas los parques de atracciones. Quiero que este día sea especial para los dos, ¿Qué dices?

Julieta.
¡Me encantaría! 😍

John.
¿Te parece que nos veamos a las seis?

Julieta.
Por supuesto.

John.
¿Puedo pasar por ti?

Julieta.
Espérame a la vuelta de la caseta.

John.
De acuerdo, estaré impaciente.

Julieta.
Nos vemos más tarde…Te quiero.

John.
Te adoro, amor mío.

No podía estar más feliz, pues por primera vez iba a tener una cita romántica con John, y desde luego que pondría todo de mi parte, para que fuera perfecta. Con un mejor ánimo, Salí corriendo del estudio, para empezarme a alistar en mi habitación.

Esta vez, trataría de verme un poco más femenina, aunque sin dejar por completo atrás mi estilo, pues en vez de optar por la típica ropa enorme, había decidido llevar unos pantalones ajustados negros de mezclilla junto con una blusa de cuello largo en color blanco y que complementaria con una chaqueta negra de lana y

botas. Por primera vez el tener que maquillarme no me molestaba en lo absoluto, pues mi único objetivo era el de verme bien para John, para que no sintiera vergüenza o lastima por mi aspecto, de alguna manera estaba intentando sentirme segura, aunque aquello me resultara demasiado titánico, pues con tan sólo ver mi imagen ante el espejo, mis inseguridades y pensamientos negativos empezaban a atormentarme como de costumbre. «Mírate, no eres más que patética, ¿De verdad crees que te ves siquiera bonita?» «Evítate hacer el ridículo, y mejor cancela tu cita con él» ¡Basta! había gritado, llevándome ambas manos a la cabeza. Esta vez, no podía hacerles caso a esas voces internas que siempre me atormentaban, no podía fallarle a John, él no se merecía que lo hiciera esperar, así que por primera vez ignorando aquellas voces y armándome de valor, tome mi bufanda y bolso, lista para salir.

—¿Va a salir, señorita? —pregunto una de las sirvientas.

—Así es, por eso te pido toda la discreción del mundo, no quiero que ninguno de los empleados empiece a cuchichear ni menos que mis padres se enteren, ¿Te quedo claro?

—No se preocupe, señorita. Le doy mi palabra de que nadie de nosotros dirá nada al respecto.

—Eso espero—respondí tajante, colocándome la bufanda, tal cual lo había dicho John, el cielo estaba nublado y el aire aunque no era violento, si sentía un poco frio, algo que me parecía maravilloso, pues si había algo que adorase más, eso eran los días nublados o lluviosos, pues yo era la chica rara que en vez de protegerse de la lluvia con una sombrilla, le encantaba caminar debajo de esta, sin importarle mojarse, adoraba el olor a tierra mojada, el sentir como las gotas de la lluvia se adherían a mi cuerpo, y como mi cabello pesaba debido a lo mojado que se encontraba, simplemente encontraba placer en ello. sólo rezaba porque todo resultara perfecto en esta cita, tras haber logrado salir sin ningún inconveniente de la casa, y a pasos apresurados, empecé a caminar al lugar acordado, en cada paso que daba, podía sentir un gran vuelco en mi corazón, incluso mis manos me sudaban, al doblar a la esquina de la caseta, finalmente pude divisarlo, él, se encontraba recargado en un árbol, llevaba unos vaqueros oscuros, que combinaba con un suéter de

cuello de tortuga del mismo color y una chaqueta gris, con tenis blancos, no sólo se veía tan apuesto sino que el color de sus ojos resaltaban de más, cuando nuestras miradas se cruzaron, pude sentir como mariposas revoloteaban en mi estómago, ocasionando que sonriera y que me ruborizara, nerviosa pero emocionada me iba acercando, hasta acortar la distancia entre nosotros.

—Hola, amor mío—saludo, esbozando una gran sonrisa, mientras me recibía con un gran abrazo—. Te he echado mucho de menos—confeso, abrazándome con fuerza, como si tuviera miedo de soltarme.

—Yo también te he extrañado—admití, pegándome a él, mientras aspiraba aquella deliciosa fragancia amaderada.

—Te ves tan hermosa—dijo separándose un poco de mí—. Soy un hombre afortunado.

—No mientas.

—Créeme que no estoy mintiendo, sólo digo la verdad, pero no empecemos a pelear, ¿estás lista?

—Sí—me apresuré a responder.

—¿No te importa viajar en metro? —preguntó algo preocupado.

—Lo único que deseo es que este día sea especial, así tengamos que ir caminando, créeme que no me importa.

—Te lo agradezco—dijo, tomando mi mano y entrelazando nuestros dedos.

No podía estar más feliz, pues estaba experimentando una sensación extraña, pero a la vez tan reconfortante, con que así se sentía estar enamorado, no cabía la menor duda, por un momento me sentía hermosa, y eso era porque él me hacía sentir aquello, cada vez que elogiaba mi apariencia, podía notar una sinceridad en sus ojos, esa sinceridad que carecían aquellas personas que me rodeaban, aquellas que sólo me juzgaban por mi apariencia la cual desaprobaban.

El viaje en metro había resultado más agradable de lo que imaginaba, pese a que este iba demasiado lleno, para mí no fue molestia alguna, sino que había resultado ser una experiencia única, algo que siempre iba a recordar, pues todo era mejor, cuando John y

yo nos tomábamos de las manos y entrelazábamos nuestros dedos, me hacía sentir que teníamos una gran complicidad.

Tras casi cuarenta minutos de viaje, finalmente llegamos a Coney Island, justo cuando ya empezaba a oscurecer, y el aire empezaba a sentirse más fresco, aún tomados de las manos caminamos por el *boardwalk*, viendo los puestos de comida, juegos de destreza, apreciando como familias, parejas y amigos se divertían al máximo.

—¿Te gusta? —preguntó con curiosidad, mientras seguíamos caminando.

— ¡Me encanta! —exclamé—. Nunca había venido—confesé con cierta culpabilidad, como si hubiese cometido un crimen—. El mar en la noche, le da un toque muy romántico—dije deteniéndome para admirarlo—. Gracias por haberme traído.

—Gracias por haber aceptado, la verdad me sentía dudoso.

—No tenías por qué, no importa el lugar, sino la compañía, y estando contigo, para mí todo es maravilloso—dije, sonriendo.

—Eres única, Jul…me encantas—respondió, besando con ternura mi frente—. ¿Te gustaría subirte a la rueda de la fortuna?

—Por supuesto—asentí.

—Entonces, no hay tiempo que perder. —Y dicho esto, ambos retomamos nuestro andar. Tras haber adquirido nuestras pulseras, nos subirnos a cada una de las atracciones que ahí se encontraban, sin la necesidad de formarse por largo tiempo. Estaba maravillada con Coney Island, pues me hacía sentir como si me encontrara en una de esas películas de romance de los años sesenta, pues ante mí se encontraban juegos de feria clásicos. Habíamos subido dos veces a la rueda de la fortuna, pues sin duda la vista nocturna desde las alturas era realmente hermoso, ya que podía sentir que era capaz de tocar el cielo. Sin embargo, en donde me había divertido a sobremanera, había sido en la montaña rusa en donde gritaba como si no hubiese un mañana, importándome poco quedarme afónica, tras habernos subido, a casi todos los juegos, visitamos el tan famoso establecimiento de perritos calientes Nathan’s. En donde no iba a negar que el lugar era acogedor, John, se veía realmente feliz, pero al mismo tiempo un tanto preocupado y alcanzaba a comprender su motivo, por lo cual sin pensarlo dos veces siquiera, le

demostré lo cómoda que me sentía en aquel establecimiento, de algo estaba muy segura y eso era que si mis padres, o hermano me vieran en un lugar como ese a punto de comer despreocupadamente perritos calientes, se infartarían, lo que de alguna manera me había servido como incentivo para intentar retener el alimento y no correr hacía el baño para vaciar mi estómago como venía haciéndolo últimamente.

Una de las meseras, se acercó a nuestra mesa, para ofrecernos el menú, algo que agradecía, pues no tenía ni la más mínima idea de lo que iba a pedir. Con detenimiento analizaba cada cosa que se encontraba en el cuadernillo, pues me estaba resultando un tanto difícil decidir, debido a que todo se veía delicioso, definitivamente algo raro en mí, pues por lo regular sólo comía por comer, ya que ni siquiera me tomaba el tiempo en disfrutar de la comida. John había optado por pedir dos perritos calientes con tocino y extra de queso y una coca cola, mientras que yo sólo me limitaba en pedir un perrito caliente sencillo con papas y una soda de sabor, haciendo que la mesera se marchara por nuestras órdenes.

—Te van a encantar—dijo con emoción.

—¿Cuántas veces has venido a Coney Island? —pregunté curiosa.

—Tres veces, la primera vez sólo, la segunda vez con Alexander.

—¿Alexander? —cuestioné incrédula.

—Así es, Alex, es un hombre demasiado sencillo pese a su estatus, de hecho, él ya había venido anteriormente, tanto que me recomendó este establecimiento, pues es un cliente frecuente.

—Eso sí que no me lo esperaba y con respecto a lo que dices, pese a que tengo vagos recuerdos, concuerdo contigo, pues él es muy diferente a la mayoría de las personas que rodean a mi familia.

—Te comprendo.

Justo cuando iba a decir algo, la mesera con aquella gran amabilidad, volvió a aparecer con nuestras respectivas ordenes, el olor que desprendía la comida era realmente delicioso, John, parecía estar disfrutando de su comida y eso me lo confirmaba su rostro de felicidad, mientras que yo ya me estaba retractando, pues ya no me sentía capaz de siquiera poder retener aquel perrito caliente que se enfriaba en mi plato.

—¿estás bien? Si quieres podemos buscar otra cosa—dijo con preocupación.

— No...no, quedémonos—me apresuré a responder—. Es sólo que no creo poder acabármelo—mentí.

—¿Comes poco?

—Algo así—respondí, armándome de valor, para tomar el perrito caliente y dar mi primera mordida, pese a que la apariencia y olor era bueno, la textura, la sentía rara, haciendo que estuviera a punto de escupir aquel trozo—. **«Tú, puedes, por favor, no vayas a vomitar, intenta retener la comida»** —suplicaba internamente, en cada bocado que iba dando.

—Esta delicioso, ¿verdad?

—Así es, nunca había comido algo igual, el sabor no tiene comparación.

—Me alegra que te haya gustado, ¿Quieres pedir otra cosa?

—Estoy bien así, tampoco estoy acostumbrada a comer tanto—volví a mentir, pues de sobra era consciente que cada vez que comía algo, lo hacía para atragantarme, pero aquello era algo que no podía saberlo él.

—¿Segura, que estás bien?

—Desde que entramos a este establecimiento te he notado muy pensativa, si hice o dije algo que te incomodara, por favor, dímelo.

—No has hecho nada que me incomodara, en lo absoluto, al contario. Es sólo que estoy grabando este momento en mi memoria.

—Y presiento que será inolvidable—aseguró, tomando mi mano derecha que descansaba sobre la mesa, para besarla. ¿Te parece si terminado volvemos a subirnos una última vez a la rueda de la fortuna?

—Me encantaría.

—Perfecto.

Definitivamente aquella hora en Nathan’s había sido una gran tortura, pues el haber tenido que hacer todo el uso de mi auto control para no vaciar mi estómago, no era para nada sencillo, apenas John, pago la cuenta, volvió a tomarme de la mano, para dirigirnos hacía la rueda de la fortuna, en la cual volvimos a

subirnos, esta vez, la vista de un cielo totalmente oscuro, y la luz de los demás juegos y puestos ambulantes, le daban un toque único al momento, pero lo que jamás me espere, eso había sido que exactamente a las nueve de la noche, aquel cielo oscuro empezaba a iluminarse, gracias a los fuegos artificiales, para ese momento, John, me cubría con su chaqueta mientras me abrazaba y susurraba lo mucho que me quería. Jamás en mi miserable y solitaria vida me había sentido tan bien, ni mucho menos tan llena de vida, y de algo estaba muy segura, así pasaran diez o treinta años, siempre atesoraría este momento, una vez que la rueda, se detuvo, ambos bajamos de esta, listos para regresar, hasta que…

— Jul—dijo de repente.

—¿Qué sucede? —pregunté, girándome para mirarlo.

—¿Sabes qué día es hoy?

—Veintisiete de octubre—dije con seguridad.

—Así es… hoy es veintisiete de octubre del dos mil dieciocho. Para ser exactos, nuestra primera cita romántica, sin embargo, hay algo que no te he preguntado.

—¿Qué cosa?

—Jul—dijo acercándose a mí—. ¿Quieres ser mi novia? Tal vez te parezca tonto esto, pero quería hacer las cosas bien.

Aquella inesperada pregunta, me había dejado en completo shock, pues no me esperaba que, él, me pidiera de manera formal que fuese su novia, ni tampoco que sucediera en nuestra primera cita.

—Sí, sí quiero ser tu novia—respondí con la voz entrecortada.

—Te amo, Jul… te amo demasiado, eres lo más bonito que me ha pasado. Quiero que siempre tengas en cuenta que puedes contar conmigo, que siempre voy a estar a tu lado, pues mi único objetivo es hacerte feliz—dijo acariciando mi rostro con tanta ternura, para acto seguido, unir nuestros labios con una gran delicadeza,

provocando que mi corazón empezara a latir muy rápido. Sin embargo, aquel pequeño y suave beso, era tan cálido, que instintivamente cerré los ojos, John, me daba suaves y cortos besos, que me hacían sentir mariposas en el estómago. De pronto, la lengua de él, con cierta timidez, pedía permiso para invadir mi boca,

a lo que permití aquella pequeña intromisión. Se sentía tan bien, era algo que nunca en mi vida había experimentado ni siquiera cuando Matthew me besaba, era como si el tiempo se hubiese detenido, como si todos a nuestro alrededor hubieran desaparecido, pues ahora, sólo importábamos él y yo. Rodee el cuello de John con mis brazos, buscando profundizar más el beso, y aunque este fuera un tanto torpe, descompasado e inocente, dada nuestra inexperiencia y en parte por los nervios, estaba segura de que este nuestro primer beso, jamás iba a ser superado por uno con experiencia, además de que este sería único e inolvidable.

20

John.

Definitivamente la vida me ha sonreído, y no hay día en que no le dé gracias a Dios por ello, pues siendo sincero, siempre me he considerado un sujeto sin nada de suerte, un pobre Diablo, que no conocía otra cosa, que el dolor, el hambre, las carencias, maltratos y humillaciones, pero… ¿Un huérfano que se podía esperar? Jamás me he sentido avergonzado de mi origen, además no fue culpa mía, que mi madre me hubiese abandonado en una parada de autobuses, como si de un animalito se tratara. Mi estancia en aquel orfanato, desde luego que fue una tortura constante, pues no había día en que no se me golpeara, o matara de hambre, por lo que decidí fugarme a los nueve años, convirtiéndome así en un niño más de la calle, uno que pepenaba en los botes de basura y que incluso robaba cosas de las tiendas o puestos ambulantes para poder comer, yo sabía de sobra lo que era ser objeto de repulsión e indiferencia, lo que era anhelar el calor de un hogar y los brazos de unos padres amorosos, cosa que jamás tuve y que ahora que me he convertido en un hombre hecho y derecho, sigo anhelando, sólo que ahora, deseo poder formar un cálido hogar con ella, aunque soy consciente de lo complicado que es, pero no me daría por vencido, pues ella y yo estábamos hechos el uno para el otro, aun cuando la sociedad misma tenía sus propios prejuicios dado el estatus, eso era algo que nos tenía sin cuidado.

Julieta y yo llevábamos ya tres semanas saliendo, las mismas que había considerado las mejores de mi existencia, cada día que pasábamos juntos aunque fueran momentos cortos, eran suficientes para aprender cosas sobre ella, sin embargo había algo que me tenía preocupado y eso era su poco apetito, pues cada vez que comprábamos algo para comer, ella se quedaba pensativa observando los alimentos, incluso había ocasiones en los que la sentía incomoda, y aunque quería preguntarle directamente lo que le

ocurría, no quería parecer un entrometido o peor aún hacerla sentir presionada, pero ya encontraría la manera para ganarme su confianza total. Mis pensamientos se ven interrumpidos, justo cuando Nora, ingresa a mi oficina.

—Buen día, John—saludó con aquella amabilidad que tanto la caracterizaba.

—Buen día, Nora—respondí esbozando una sonrisa afable, poniéndome de pie.

—El señor Henry, desea verte en su oficina.

—¿No sabes para qué?

—Tal vez tenga algo que ver con el señor Hamilton—dice con cierta incomodidad.

—Matthew Hamilton, ¿Esta aquí? —pregunto incrédulo.

—Llegó hace cinco minutos. Debo decirte que es un pesado de lo peor, ser apuesto no le ayuda en mucho.

—Es normal, ambos sabemos que la gente como ellos, se siente superior.

—Pero por lo menos debería saludar.

—No hagas corajes, en fin, enseguida voy a la oficina del señor Henry.

—Claro—responde saliendo de mi oficina.

Con los ánimos por los suelos, me acomodo el saco y tomo la carpeta que esta sobre mi escritorio, mientras que me voy haciendo a la idea de que tendré que soportar al prometido de la mujer que amo, me dirijo a la oficina de mi jefe, dejo escapar todo el aire que llevaba conteniendo, y pido permiso para ingresar, justo cuando el señor Henry, me lo permite, giro la perilla, y quedo perplejo al verla, ahí, de pie frente al ventanal, por lo visto no soy el único que está sorprendido, pues ella también me mira con sorpresa y un leve rubor tiñen sus mejillas.

—Buenos días—saludé en general. —A lo que sólo me respondieron ella y el señor Henry—. ¿Deseaba verme, señor?

—Así es, muchacho, quiero que te pongas de acuerdo con Matthew, para la realización de la campaña ‘’Mujeres reales” no

olvides que este año Hamilton Corporation, va a colaborar con nosotros.

—De acuerdo, señor.

—Henry—interrumpió Matthew—. Con todo respeto, pero esto prefiero hablarlo directamente con Alexander, pues no estoy dispuesto a rebajarme al nivel de tu asistente, ya que sólo es eso… «un simple asistente»—dijo de manera despectiva.

—Con todo respeto, señor… podré ser un simple asistente, pero soy lo suficientemente capaz, como para llevar la nueva campaña—dije con total seguridad, pues si algo no iba a permitir, eso era el de que me humillaran…No más, suficiente había tenido en mi infancia.

—Si que eres un insolente—dijo molesto—. No sé quién te creas, pero no olvides que estás hablando conmigo, y como tal me debes respeto.

—¡Suficiente! —exclamó con molestia el señor Henry, quien golpeaba con las palmas de sus manos el escritorio—. John, aparte de ser mi asistente es mi mano derecha, este muchacho ha demostrado su valía, y es por eso por lo que quiero que trabajes con él, para el lanzamiento de nuestra nueva campaña y no está a discusión.

—Ese es tu problema, Henry, le has dado muchas libertades a este tipo, y no me ha de extrañar, que el día de mañana se sienta el nuevo dueño y nos quiera echar.

—Te creía un hombre inteligente, Matthew, pero sólo me estás demostrando que eres un chiquillo idiota, pues tu comportamiento da mucho que desear—dijo con evidente molestia—. Por tu propio bien, más te vale que pongas todo de tu parte, pues esta campaña, nos va a beneficiar a ambos, ¿Entendiste?

—Ya que no tengo otra opción y porque soy profesional, voy a trabajar con este… caballero—soltó con cierto desdén—. Pero ten en cuenta que al mínimo error que cometa, lo dejo fuera.

—Descuida, John, sabe hacer un trabajo excelente, por eso confió en él.

—Entonces, John, quiero que nos reunamos en cinco minutos en la sala de juntas, pues tenemos que ver lo de las modelos.

—Como usted diga, señor—dije tragándome mi orgullo y siendo realmente hipócrita, pues ese tipo era como una piedra en el zapato, pero que claro, no tenía más remedio que soportarlo, pues bien, o mal, ya era un socio potencial de Smith and Smith Corporation.

—Mi amor, ¿Qué te parece si te adelantas a la casa y paso más tarde por ti? Escuchar, como aquel tipo con voz muy melosa le hablaba a Jul, hacía que se me revolviera el estómago, pues pese a que él estaba a punto de besarla, ella con suavidad lo alejaba y bajaba la mirada.

—Julieta, no seas una malcriada—la reprendió el señor Henry—. Que no se te olvide que es tu prometido.

—Te aseguro, padre, que no lo he olvidado, pues ustedes son los que se encargan de recordármelo día y noche—dijo con amargura.

—Por favor, Henry, no la reprendas, es normal que mi prometida se sienta un poco irritada, pues no ha sido fácil sobrellevar la atención de los medios—dijo, esbozando una media sonrisa, mientras le susurraba algo en el oído, haciendo que en automático ella palideciera, lo cual, en definitiva, me había dejado preocupado, ¿acaso aquel sujeto era capaz de amenazarla? Con la incertidumbre, y el enojo, no había tenido más remedio que salir de la oficina de mi jefe, rogando porque ella estuviera bien y que pronto pudiéramos reunirnos en nuestro lugar favorito.

— ¿Te encuentras bien, John? — preguntó Alexander, quien ingresaba a la sala de juntas y se recargaba en uno de los muros.

— Definitivamente hoy no es mi día—solté con pesar, tomando asiento en una de las sillas—. ¿Sabes con quien voy a trabajar en la campaña?

— Viendo tu semblante, supongo que te refieres a Matthew Hamilton, tu super amigo— soltó con burla.

— Ese tipo y yo no somos amigos— me quejé, fulminándolo con la mirada.

— Eso ya lo sé, de hecho… ¿Quién en su sano juicio sería amigo de un tipo tan pesado como Matthew?

— Lo raro del caso, es que si tiene amigos.

— Si te pones a pensar, ninguno ha de ser sincero, pero en fin… te deseo mucha suerte pues la vas a necesitar—dijo, dándome una

palmada en la espalda.

Justo cuando estaba por soltar improperios en contra de Matthew, la puerta se abrió de golpe, dejando ver al susodicho, quien como de costumbre con su actitud de superioridad ingresaba a la sala de juntas.

—Buenos días, Matthew— saludo Alexander, con una sonrisa afable.

—Buen día, Alex—respondió con cierto fastidio, pasando de largo de donde se encontraba él, para tomar asiento en la silla situada en la cabecera.

—Bien…creo que yo los dejare solos, les deseo mucha suerte— dijo, acentuando aquella última palabra, para después retirarse. El ambiente en aquella estancia, no tardo en ponerse demasiado tensa, pues, por una parte, aquel detestable sujeto, se concentraba en su celular, ignorándome olímpicamente, definitivamente no era mi día, pues tal parecía que me había levantado con el pie izquierdo.

—Señor Hamilton—carraspeé—. ¿Le parece si empezamos a definir a que tipo de mujeres va enfocada nuestra campaña? —pregunté finalmente, sin obtener respuesta alguna, provocando que me dieran unas ganas inmensas de estrangularlo—. ¿Señor? —volví a decir.

—Ya te escuché la primera vez—respondió con fastidio, aventando su celular sobre la mesa—. Y si no me tomé la molestia en responderte es porque simplemente no te soporto. Como sea para mi desgracia, tengo que rebajarme al nivel de una persona tan insignificante como tú, para sacar adelante esta campaña.

—Estuve pensando que, para la campaña, nuestra nueva línea de labiales en tinta sea publicitado por mujeres de diferentes complexiones, esto con la intención de hacer saber que todas son hermosas.

—¿Hablas en serio? —preguntó incrédulo—. No puedo siquiera imaginarme, que una mujer de complexión robusta publicite algo de mi compañía—dijo un tanto ofendido—. Simplemente no lo concibo.

—Señor Hamilton, con todo respeto, es lo que necesitamos, debido al nombre que se le ha puesto a la campaña. Además, lo que

deseamos es que todas las mujeres sin excepción alguna se sientan identificadas—dije, tratando de hacerlo entrar en razón. Definitivamente, este hombre era un completo idiota.

—Me encargare de las modelos, desde luego que serán mujeres hermosas, con cuerpos bellos y poca ropa, a final de cuentas eso es lo que vende. Todos van a querer comprar lo que les ofrecemos—dijo altanero.

—Pero hasta cierto punto estaría sexualizando la campaña, sin olvidar que es un tanto machista, pues estaría dejando ver que las mujeres no son otra cosa que simples adornos, y nuestro objetivo es mostrar a esas mujeres reales, cuando escucho aquello, puedo imaginarme a la señora de intendencia, a la abogada, a la empresaria, a la vecina, esas son las mujeres reales y que estamos olvidando.

—Tú, sí que eres demasiado idealista—ironizó—. sólo te falta decir que, en la campaña, ocupemos a la simple de mi prometida.

Escuchar la manera tan despectiva en que se refería a Julieta, hizo que mi sangre hirviera, y que con justa razón quisiera romperle la cara, pero no podía arriesgarme a perder mi empleo, no cuando más lo necesitaba, pues para poder ofrecerle una buena vida a Julieta, tenía que trabajar muy duro, por lo que, siendo más inteligente, me limité a quedarme callado y fingir que nada malo sucedía, aunque internamente ya estaba asesinándolo.

21

—Gracias por guardar mi secreto, Daniel—dije con total sinceridad, mientras esbozaba una gran sonrisa. Pues si bien, en una de mis salidas furtivas para verme con John en Central Park, jamás me percaté, de que mi chofer de confianza, me había seguido, esto para asegurarse que no corriera ningún peligro, desde luego que aún me sonrojaba ante el hecho de que él, me haya visto besando a John, pues había hecho acto de presencia justo en aquel momento menos apropiado, dejándome helada y a John, dispuesto a defenderme, aunque claro, aquello no fue necesario, pues Daniel, entendiendo la situación, sólo se disculpó no sin antes comunicarme que me esperaría en el auto, desde aquel día, él se volvió nuestro confidente, lo cual me ha servido de mucho, pues ahora se me permite salir con mayor libertad sin tener que dar tantas explicaciones.

—No tiene nada que agradecerme, señorita—respondió con serenidad—. La verdad me da mucho gusto que usted sea feliz, ese muchacho John, posee un gran corazón, es justo lo que yo deseaba para usted.

—¿Acaso has tenido la oportunidad de hablar con él? —pregunté sorprendida, removiéndome en el asiento trasero del auto.

—No olvide que, por ser un empleado de confianza de la familia, he tenido la oportunidad de conocer a la mayoría de personas que conforman la empresa de su padre y entre esas tantas personas se encuentra el joven John, sé que no ha tenido una vida fácil, y es por eso por lo que trabaja tan duro para lograr sus metas, es honesto, humilde, trabajador, responsable y muy respetuoso, algo que me atrevo a decir carece el señor Hamilton.

—¿Sabes? No hay día en que no desee poder caminar de la mano públicamente con John. Detesto tener que escondernos como si fuéramos unos delincuentes.

—Desgraciadamente, señorita, a su familia le interesa mucho el qué dirán y ni se diga el prestigio, pero usted debe luchar por lo que ama.

—Ojalá fuera tan sencillo— solté con pesar—. He intentado hacer entrar en razón a Matthew para no continuar con el compromiso, pero todo ha sido en vano y en cuanto a mis padres ni se digan, pero… no hablemos de eso, por favor, ya que hoy es un día muy especial—dije sonriendo.

—¿Qué se celebra, señorita? —preguntó con curiosidad, mirándome por el retrovisor.

—Hoy es tres de noviembre, ¿verdad?

—Así es, señorita.

—Hoy es el cumpleaños de John… el primero que vamos a celebrar juntos—dije muy entusiasmada, pues hacía dos semanas que esperaba por este día.

—Eso es maravilloso, señorita.

—Por favor, Daniel, llévame a Magnolia Bakery, quiero comprarle una tarta.

—Como usted, diga—respondió con una sonrisa.

Es un día muy importante para mí, pues como se lo he mencionado a Daniel, hoy cumple años el chico del cual estoy perdidamente enamorada. En ese aspecto, me siento dichosa y agradecida con la vida, por haberlo puesto en mi camino, para ser más exacta, lo puso justo enfrente de mí, y si de algo estaba muy segura eso era de que siempre iba a recordar aquella noche… La primera vez en que ambos coincidimos.

aún con un semblante muy animado, y con la sensación de que varias mariposas revolotean en mi estómago, acaricio la bolsa de regalo que se encuentra a mi costado, mientras me pregunto si el regalo que he elegido con mucho amor para él será de su agrado.

—Señorita, hemos llegado—anunció Daniel, estacionando el auto afuera del establecimiento—. ¿Desea que baje a comprar la tarta?

—No—me apresuré a responder—. Quiero ser yo misma quien la escoja, espérame aquí por favor.

—De ninguna manera, no puedo permitir que baje usted sola, alguien podría reconocerla y habría serios problemas.

—Tengo todo planeado—aseguré, colocándome la capucha de mi sudadera y mis gafas oscuras—. No olvides que ya han sido varias veces las que me he escapado de casa, y por fortuna nadie ha logrado reconocerme—admití triunfante.

— No debe confiarse, señorita, pues en una de malas, su suerte puede desaparecer—dijo con preocupación—. Ruego porque eso jamás llegue a suceder, pues conociendo a sus padres, temo que la lastimen.

—Dudo mucho que puedan lastimarme más de lo que ya lo han hecho—murmuré, bajando del auto —, Definitivamente, no tenía ganas de seguirme sintiendo miserable, no en un día tan importante, así que tras dejar escapar el aire que había acumulado en mis pulmones, me acomode mis gafas e ingrese a la pastelería. Apenas poner un pie dentro, el aroma dulzón invadió mis fosas nasales, a mi alrededor, se encontraban cinco vitrinas repletas de variedad de tartas, cupcakes y algunos panecillos de hojaldre, provocando que estos se me antojaran, pero que, a la vez, sintiera culpabilidad ya que estos me subirían de peso, algo por lo cual seguía luchando incansablemente, a tal punto de ya empezarme a sentir mal físicamente.

—Buenas tardes, señorita, ¿Busca algo en especial? —preguntó una de las empleadas, con su característica amabilidad.

—De hecho—dije, sacando una nota de mi cartera—. Vengo a recoger una tarta que encargue.

—Por aquí, por favor—indicó, tomando la nota y conduciéndome hacía el mostrador.

Mientras la empleada, colocaba la pequeña tarta dentro de una caja, yo aproveche para sacar mi celular y ver la hora, 4:30 de la tarde, lo cual significaba que tan sólo tenía media hora para llegar al lago The Pond.

—La vela, es cortesía de la pastelería, señorita—dijo, entregándome la cajita junto con la vela.

—Muchas gracias—respondí esbozando una media sonrisa—, Volví a guardar mi celular en el bolsillo delantero de mi sudadera, y sin

más tomé las cosas del mostrador, para salir rápidamente de ahí.

—Permítame, señorita—dijo Daniel, acercándose a mí.

—Debemos darnos prisa, sólo tengo media hora—informé, subiendo nuevamente al auto.

—No se preocupe, que usted llegara a tiempo—aseguró, entregándome las cosas.

—Ojalá, no quiero que nada salga mal, no hoy.

—Usted, déjelo en mis manos—dijo, cerrando la puerta, para después ocupar su lugar.

Tal cual lo había asegurado Daniel, llegamos diez minutos antes de las cinco, el tiempo suficiente para que pudiera preparar el picnic que llevaba planeando con antelación. Me sentía tan nerviosa, y ansiosa a la vez, era una mezcla extraña, algo que nunca en mi vida había experimentado, caminaba de un lado a otro, mientras frotaba mis manos las cuales se encontraban frías, debido a los nervios que me invadían, justo cuando había volteado hacía mi derecha, fue cuando finalmente pude divisarlo a lo lejos, inesperadamente, nuestras miradas conectaron, haciendo que una corriente eléctrica recorriera mi cuerpo y que los latidos de mi corazón fueran agresivos. Sin pensarlo más, empecé a caminar hacía su dirección, realmente estaba ansiosa por llegar a él, y que nos fundiéramos en un fuerte abrazo, en el cual nos demostráramos lo mucho que nos necesitábamos, tal cual lo había imaginado, justo cuando estábamos por acercarnos, él, extendió sus brazos, a lo cual, yo sólo corrí, y me arrojé, sintiendo como su calor me envolvía, me sentía segura.

—Hola, mi amor—atinó a decir, antes de que ambos nos fundiéramos en un beso delicado, que terminaría siendo apasionado, si algo había que me encantara tanto, eso eran sus besos, los cuales lograban hacer que mis piernas flaquearan, adoraba la suavidad de sus labios y la devoción que entregaba en ellos.

—Te amo, te amo mucho—dije inesperadamente, con la voz entrecortada, separándome de él, debido a la falta de aire que ya empezaba a afectarnos.

—Yo soy él que te ama mucho más—admitió—. Incluso más que a mi propia vida—aseguró, acariciando mi rostro, para después besar mi frente—. Sé que nos hemos visto ayer, pero, ya te echaba mucho

de menos, ya no puedo estar lejos de ti, Jul, te amo, te amo, te amo, eres lo más bonito que me ha sucedido, no sabes lo agradecido que estoy con Dios, por haberte puesto en mi camino.

—Me haces tan feliz—dije, abrazándolo con fuerza por la cintura, para después recargar mi cabeza en su pecho, esto con la intención de poder escuchar los latidos de su corazón—, estuvimos así por algunos minutos, abrazados, disfrutando del momento—. Ven—dije, separándome finalmente de él, para después jalarlo de la mano.

—¡Wow! Espera, temo caerme encima de ti y lastimarte—musitó, frenando de golpe, obligándome a imitarlo.

—No tienes nada de qué preocuparte—aseguré—. Por favor, cierra los ojos.

—¿Qué los cierre? —cuestiono incrédulo.

—Si, por favor—supliqué.

—Señorita, ¿Acaso planea asesinarme?

—Creo que has visto muchas películas de terror, ¿No es verdad?

—No olvidemos, que nos encontramos enfrente de un lago, que no tarda en anochecer y que no hay gente, al menos no en esta parte.

—No había pensado en eso, pero me acabas de dar una muy buena idea—bromeé.

—Entonces, ¿es aquí, cuando debo empezar a gritar por ayuda? —se burló.

—Si, deberías—asentí socarronamente.

—Eres tan graciosa, mi amor—dijo, tocando la punta de mi nariz.

—¿Confías en mí? —pregunté.

—Por supuesto, siempre lo voy a hacer.

—Entonces, quiero que cierres los ojos.

—De acuerdo—dijo no muy convencido.

—No vayas a hacer trampa o si no me voy a enojar.

—Te juro que no voy a hacer trampa—aseguró, cerrando los ojos.

—De acuerdo, confió en ti— dije, dejándolo un momento sólo.

—Jul… ¿Dónde estás? ¿Por qué te has alejado?

—Estoy aquí—informé—. sólo no vayas a abrir los ojos, por favor.

—Pero, Jul…

—sólo no los abras, ya me has dicho que confías en mí, ¿cierto?

—Es verdad.

—Entonces, sólo dame unos segundos.

—De acuerdo.

Aprovechando que él, tenía los ojos cerrados, me puse en cuclillas, para poder sacar la tarta de la caja y colocarle la vela, sentía la adrenalina a mil, pues temía que mi sorpresa se echara a perder, como pude, encendí la vela y con sumo cuidado me puse de pie, mientras que, con la palma de mi mano, iba protegiendo la vela para que el viento no la afuera a apagar, a paso lento me fui acercando hasta él, quien aún seguía con los ojos cerrados—. A la cuenta de tres, abres los ojos, ¿De acuerdo?

—Muy bien.

—Uno, dos… ¡Tres! —exclamé, retirando mi palma.

John, lentamente fue abriendo los ojos, miro la tarta, y después dirigió su vista hacía el mantel que estaba tendido sobre el pasto, su mirada era de confusión y sorpresa, su mutismo empezaba ya a preocuparme, justo cuando estaba por disculparme, fue cuando rompió el silencio.

—Jul…yo…yo—balbuceó, mientras algunas lágrimas corrían por sus mejillas.

—Yo… perdóname, no quise incomodarte, yo…

—¿Perdonarte? Nada de eso… es sólo que… nunca nadie había hecho algo así por mí. Esta es la primera vez y no sabes lo lindo que se siente… Gracias, gracias, Jul—confesó, limpiándose las lágrimas.

—Quiero que pidas un deseo, antes de apagar la vela—dije sin dejar de sonreír, aunque muy en el fondo estaba haciendo hasta lo imposible por no llorar, al ver lo conmovido que se encontraba.

—Mi deseo ya se ha cumplido—aseguró.

—Quiero que pidas otra cosa, algo que anheles con toda tu alma.

Sin más, John, se inclinó para quedar a la altura de la vela y proceder a soplarla.

—Esto significa mucho para mí…muchas gracias, mi amor—dijo abrazándome con fuerza—. Esto es algo que nunca voy a olvidar, es la primera vez que alguien, celebra mi cumpleaños.

—Le doy gracias a Dios, por que un día como hoy, hayas nacido… Quiero hacerte siempre muy feliz, John.

—Y ya lo haces, créeme—musitó, separándose de mí, para acariciar con tanta devoción mi rostro—. Con el simple hecho de verte, o de escuchar tu dulce voz, ya me haces feliz.

—Me alegra escuchar aquello, ahora… debes morder la tarta.

—Eso sí que no.

—Es la tradición.

— ¿Prometes que no me lo embarraras por toda la cara?

—Aunque muero por hacerlo… lo prometo—aseguré, levantando mi palma derecha a modo de juramento.

John, dudoso, y poco a poco fue acercándose, apenas sus labios rozaron la crema batida, incline hacía adelante la tarta, haciendo que hasta su nariz se manchara de aquella crema batida.

—Prometí que no te iba a embarrar la tarta por toda la cara—me apresuré a decir, antes de que él me reclamara.

—Ya verás—dijo con seriedad, tomando con fuerza mi rostro para besarme. Como ya era costumbre, el beso iniciaba suave y delicado, para volverse apasionado y desesperado, podía sentir como mi corazón empezaba a latir con fuerza, mientras que una parte de mí deseaba más.

—Aún hay otra sorpresa—interrumpí con pesar el beso, mientras hacía que se sentara sobre el mantel que estaba tendido sobre el pasto.

—No era necesario…

—No digas nada, no me límites a hacer algo que deseaba tanto. ¿Te das cuenta de que este es tu primer cumpleaños que pasamos juntos? —cuestioné, colocando el pastel sobre el mantel, mientras tomaba una bolsa.

—Es verdad, esperemos que sea el primero de muchos.

—Es lo que más deseo—aseguré, levantando el regalo—. Espero que te guste—dije sonrojada.

—Gracias—respondió, abriendo la bolsa, para sacar una chamarra de mezclilla de un azul deslavado, con forro de lana y con unos cuantos parches en el pecho y brazos.

—Sé que amas este tipo de chamarras, y la verdad estuve buscando en varias tiendas, hasta que di con esta, que me gusto tanto.

—¡Me encanta! Es preciosa… Gracias, mi amor—dijo eufórico, volviéndome a abrazar con fuerza.

—De las fechas importantes, el veintisiete de octubre y el tres de noviembre, lo son.

—En cambio las mías, son: el trece, dieciocho de febrero y el veintisiete de octubre—respondió esbozando una gran sonrisa.

Así, sentados debajo de aquel gran árbol, conversábamos animadamente, mientras comíamos de aquella tarta de zarzamora con queso, una de las favoritas de John, pues en unas de nuestras conversaciones, me lo había mencionado, aunque en un principio, mi estómago tenía la necesidad de vaciar lo que acababa de ingerir, tuve que reunir todo el coraje necesario para no arruinar aquel día perfecto.

Si había algo que deseara con todo mi corazón, eso era el de festejar cada uno de sus cumpleaños, incluso aun cuando envejeciéramos, por eso le rogaba tanto a Dios, me escuchara, y me concediera aquello. John, era mi persona favorita, era mi amigo, confidente, era mi hogar, con él, me sentía amada y segura, sobre todo cuando aquellas voces volvían para atormentarme, incluso por él, deseaba dejar de lastimarme, pero…me estaba resultando demasiado complicado.

22

John.

Ya ha pasado una semana de mi cumpleaños, y si de algo estoy muy seguro, es que jamás lo voy a olvidar, dado que nunca me habían celebrado alguno de mis cumpleaños, sin embargo, recibía felicitaciones, las cuales siempre agradecía, pues era consciente que venían del corazón. Aunque jamás me hubiese comprado una tarta para festejarme a mí mismo, lo que, si hacía, era agradecer por otro día más de vida, por las cosas que con mucho esfuerzo y sacrificio iba teniendo, me ocupaba de vivir la vida al máximo, eso era lo que tenía mayor importancia para mí, hasta que llego Julieta, quien con su dulzura me mostro otras cosas de la vida, incluso por primera vez, me hizo sentir amado. Ahora, lo que tanto deseaba con fervor, era celebrar cada uno de nuestros cumpleaños juntos, ver como íbamos envejeciendo, en definitiva, ese era mi mayor anhelo.

—Buenos días, John—saludo Alexander, ingresando a mi oficina, y tomando asiento en una de las sillas que había enfrente de mi escritorio—. Últimamente te he notado muy feliz, ¿Puedo saber el nombre de la causante? —pregunto pícaramente.

—¿Crees que estoy enamorado?

—Desde luego, tu cara de idiota lo demuestra.

—No estoy enamorado—mentí, pues por nada del mundo podía ventilar la relación que mantenía con Julieta, y no por mí, sino porque tenía miedo de que ella saliera perjudicada.

—Lo que tú digas, aunque eso ni tú mismo te la crees.

—Es la verdad, además no tengo tiempo para jugar a los noviecitos—dije tratando de sonar convincente.

—Con esa actitud, haces que piense que eres gay, y ahora que lo recuerdo, jamás te he conocido a ninguna novia—dijo, acariciando

su mentón—. Creo que ya va siendo hora de que te presente a alguien.

—Ni lo sueñes—me apresuré a responder.

—¿Qué tiene de malo? Eres joven, incluso me atrevo a decir que eres bien parecido, seguro que si te lo propones no tardaras en encontrar a alguien.

—Ya te lo dije, Alex, no tengo tiempo para citas románticas, ahora, dime, ¿Se te ofrece algo?

—Definitivamente tienes un carácter de los mil Demonios.

—Alex—le reproché.

—Está bien, está bien—dijo levantando ambas manos, en señal de paz—. sólo vine para saber cómo va la campaña, ¿Han avanzado algo?

—Ni me lo menciones—bufé, masajeándome las cien—. Fue muy difícil, lograr que el imbécil de Matthew Hamilton, aceptara mi propuesta sobre tomar en cuenta a mujeres normales.

—Eso suena interesante.

—Él, estaba empeñado en utilizar a modelos con poca ropa, pero aquello no va de acuerdo con lo que nosotros deseamos proyectar, en conclusión, tras haber perdido un día discutiendo sobre el tema, terminó aceptando, no de muy buena gana, claro.

—Pobre de Julieta, la chiquilla sí que tiene mala suerte, mira que tener de esposo a un patán como ese, no va a ser nada sencillo.

—Alex…dime…no, olvídalo—dije, tratando de restarle importancia.

—¿Qué sucede?

—No es nada, olvídalo, por favor.

—John, eres mi amigo, sabes que puedes contar conmigo—dijo un poco preocupado—. ¿Ocurre algo?

—¿Crees que ella… que la señorita Smith, vaya a casarse con Matthew?

—Probablemente, aunque sé, que ella no quiere, Pero ¿qué puede hacer?

—¿Enserio no hay nada que ella pueda hacer?

—Me temo que no, muchacho. Ya que ese matrimonio es muy conveniente para ambas familias, lo cual siento mucha pena por ella,

pues aún no se casan y ya tiene que lidiar con las infidelidades de él, imagínate lo que le espera una vez que se convierta en su esposa.

—Sigo sin poder creer que su propio padre la haya vendido al mejor postor.

—Si lo dices de esa manera, suena muy feo.

—Pero es la verdad, la ha vendido—dije ofendido.

—Suenas demasiado afectado, ¿Acaso gustas de ella?

—¡Que cosas dices! —dije con voz temblorosa.

—John, sabes que la hija de Henry está comprometida, ¿Verdad? además de que ella está prohibida.

—No quiero hablar del tema, y mucho menos en la oficina, así que volvamos al trabajo.

—¿Es que acaso entre ustedes dos, hay algo? —preguntó, demostrando su preocupación.

—Te lo suplico, Alex, no hablemos del tema, no quiero perjudicarla.

—Pues ya lo estás haciendo, si Henry, o peor aún Matthew, se enteran de que tú y ella, están en un romance, a ti, te van a dejar sin empleo, incluso me atrevo a decir, que se van a asegurar que ninguna otra empresa prestigiosa te contrate y a ella, a ella le va a ir peor, pues Matthew tiene fama de que es un vil desgraciado.

—Soy consciente de todo eso, y te aseguro que a mí me tiene sin cuidado lo que hagan en mi contra, pero por nada del mundo voy a permitir que a ella la lastimen.

—Y cómo lo vas a impedir, ¿eh? No seas idiota, sabes que te estimo mucho, te considero casi como a un hermano, y es por eso por lo que te pido recapacites y que acabes con esto, antes de que te involucres más, ambos sabemos que esto no va a terminar bien.

—Quiero correr el riesgo, pues ella bien vale la pena, ella me hace feliz, soy consciente de su situación, y créeme, eso no me importa. Voy a luchar por ella.

—¡Ay, John!… te estás metiendo en un gran problema y todo por un capricho.

—Ella no es ningún capricho.

—De corazón, ojalá ni Henry ni Matthew, se enteren. Pero si esta es tu decisión, entonces yo no puedo hacer nada, pues eres

demasiado testarudo.

—Te pido seas discreto.

—No tienes que pedírmelo, aunque en el fondo me siento como un traidor.

—Te lo agradezco, ahora si me disculpas, voy a entregarle estos informes al señor Henry—dije, poniéndome de pie, justo cuando estaba por abrir la puerta, las palabras de Alexander hicieron que me detuviera en seco.

—John… sólo ten mucho cuidado, pues me dolería que fueras tú el que terminara muy lastimado.

—Descuida, Alex, que nada malo me va a suceder—asegure, sonriendo, para después marcharme.

—Nora, ¿el señor Henry, se encuentra disponible?

—Si, hace cinco minutos termino de atender una llamada importante.

—Gracias—respondí, dirigiéndome a la oficina de mi jefe, en donde apenas tocar la puerta, con su característica voz autoritaria, me ordenó que ingresara.

—¿Tienes los informes que te pedí sobre las ventas? —cuestionó sin más.

—Buenos días, señor…aquí esta—dije, entregándole la carpeta, que apenas tomó y empezó a hojear.

—Siendo sincero, pensé que nuestras ventas habían sido catastróficas, sin embargo, me he llevado una sorpresa agradable, al ver estos números positivos—musitó con un dejo de felicidad—. Por cierto, ¿Qué te pareció trabajar con Matthew? —cuestionó con cierta curiosidad, dejando la carpeta sobre su escritorio.

—Fue un poco complicado, debido a que el señor Hamilton, no aprobaba ninguna de mis ideas.

—Algo así me imaginaba—suspiro cansadamente—. Lo que no tolero de ese muchacho, es su forma de ser tan cerrada, aún debe aprender mucho sobre los negocios, o si no, me temo que nos llevara a todos a la ruina, pues una vez que mi hija y él se casen, nuestras empresas se fusionaran.

Escuchar nuevamente aquello, había sido como una tremenda bofetada, parecía como si todos se hubieran puesto de acuerdo para recordarme que mi relación con Julieta no tenía pies ni cabeza, por más que lo intentara, justo en ese momento me daban ganas de decirle a mi jefe, que estaba perdidamente enamorado de su hija, que la amaba, que ella era muy importante para mí, sin embargo, no podía ser impulsivo, pues estaría poniendo en peligro a la mujer de mi vida, así que, nuevamente, no tenía otra opción que quedarme callado.

—Por cierto, no se te vaya a olvidar que mañana a primera hora, tenemos una reunión con los socios de España, desean darle el visto bueno a la campaña, antes de que se lance.

—sólo me falta ultimar detalles, señor—aseguré.

—Perfecto, no quiero fallas, la presentación tiene que ser impecable, pues…— fue interrumpido, por el sonar insistente de su celular—. Por Dios, Amber, ¿Qué ocurre? —preguntó molesto—. Estoy trabajando, ¿Qué? Qué, Julieta, ¿hizo qué?

¿En qué hospital esta?... Ya voy para allá, y cálmate, mujer, pues sólo estás haciendo el ridículo, tenemos que ser discretos—dijo molesto, para después colgar—. ¡Dios! ¿Acaso, habrá un día, en el que esa chiquilla tonta, no se esté metiendo en problemas?

—Señor, ¿Esta todo bien? —pregunté, intentando no parecer desesperado.

—Mi hija, se encuentra en el hospital—respondió con cierta indiferencia—. Te encargo la presentación de mañana, recuerda que todo tiene que ser perfecto—advirtió, poniéndose de pie y saliendo deprisa de su oficina.

La imagen de Julieta en un hospital hizo que mi mente empezara a recrear escenarios un tanto críticos, justo en ese momento deseaba correr hacía ella, ¿cómo lo haría, sin que nadie sospechara? Seguía sin poder moverme, siendo presa de mis caóticos pensamientos, temeroso de que algo malo le sucediera a la mujer a la cual amaba tanto, hasta que finalmente caí en la cuenta… era verdad que llevaba algunos días notándola más pálida de lo normal,

se miraba ansiosa, ojerosa, con poco apetito, incluso más delgada que la vez en que nos conocimos, sin embargo, aquello sólo se lo había adjuntado a que tal vez la vida ajetreada que llevaba era la causante, además de que cada vez que le preguntaba si se encontraba bien, ella siempre buscaba la manera de cambiar de tema y al final lo conseguía.

—Hombre, ¿aún sigues aquí? —preguntó Alexander, quien ingresaba a la oficina del señor Henry.

—Yo…—tartamudeé—. Me sentía como un idiota sin saber que decir.

—¿Te encuentras bien? —musitó, dejando una carpeta negra sobre el escritorio de mi jefe.

—No, la verdad, no… estoy demasiado preocupado—confesé.

—Es por la señorita Smith, ¿verdad?

—Así es…en estos momentos desearía poder estar con ella, pero comprenderás que no puedo…Alex, tengo miedo de que algo malo le haya ocurrido.

—¡Cielos! —exclamó, llevándose ambas manos a la cara—. No sé porque me voy a arrepentir de lo que voy a hacer—bufó—. Justo estoy por ir al hospital, pues de cierta manera, es mi deber darle cierto apoyo moral a mi socio y amigo, así que… puedes venir conmigo, pero te pido, es más te suplico, te sepas comportar, pues es muy probable que Matthew, también este.

—¿Harías eso por mí? —pregunté esperanzado.

—John, eres como un hermano para mí, así que por ti estoy traicionando a un viejo amigo.

—En verdad, no sé cómo agradecerte, esto—dije, abrazándolo fraternalmente.

— sólo te pido que el tiempo que estén juntos, la hagas feliz. Ella ha sufrido mucho y te consta.

—Eso es lo que hare—dije con firmeza.

—Entonces, andando.

El camino hacía el hospital, me había resultado de lo más tedioso, aun cuando apenas nos habíamos hecho media hora, debido al tráfico, tal vez estaba exagerando como de costumbre, pero

realmente estaba desesperado por ver a mi Julieta, necesitaba asegurarme de que por lo menos ella estuviera bien, para poder estar tranquilo. Tanta era mi desesperación, que apenas, Alexander estaciono su automóvil en un lugar apartado del estacionamiento, baje de inmediato.

—John, trata de calmarte, pues estás siendo demasiado obvio— me recrimino, caminando detrás de mí.

—Lo lamente, Alex, pero créeme que necesito verla.

—Te comprendo, pero no quiero que, por tus tontos impulsos, Matthew y Henry, se den cuenta.

—Es verdad, discúlpame—respondí, exhalando, mientras me llevaba ambas manos a la cara, demostrando la frustración que sentía.

—Recuerda, que has venido a acompañarme—dijo, una vez que las puertas del elevador se cerraron tras nosotros—. Por nada del mundo te vayas a separar de mí, ¿Entendido?

—Claro, jefe—bufé.

—Si no fueras como mi hermano, créeme que ya te hubiera propinado una buena tunda—masculló, dándome un ligero golpe en el brazo, justo cuando estaba por replicar, las puertas del elevador se abrieron, permitiéndonos ver a los señores Smith, y a Matthew, junto con otro joven, el cual podía deducir eran parientes, pues tenían ciertos rasgos similares.

—Buenas tardes—saludamos Alexander y yo.

—Alex—dijo el señor Smith, poniéndose de pie—. Gracias por venir.

—No tienes nada que agradecer, para eso estamos los amigos, ¿Qué han dicho de tu hija?

—El medico aún no sale—dijo mostrando cierta impaciencia—. Lleva más de dos horas con ella.

—Tranquilízate, veras que todo saldrá bien.

—Me sorprende verte, muchacho—dijo el señor Henry.

—Le he pedido a John, que me acompañara—intervino rápidamente Alexander—. Sabes que detesto los hospitales, pues me traen muy malos recuerdos—dijo con cierta melancolía. —Si bien, Alexander, había perdido a su esposa e hija, durante la labor de

parto, y aunque hubiese deseado, indagar un poco más, tampoco me atrevía a preguntarle, puesto que no quería parecer chismoso, ni mucho menos causarle más dolor.

—Agradezco el que hayan venido—dijo el señor Henry, dirigiéndose a nosotros.

—Familiares de la señorita Julieta Smith—se escuchó decir al médico quien salía de la habitación número quince.

—Soy su madre—dijo la señora Smith, quien de inmediato se acercó a él—. ¿Qué tiene mi hija?

—Señora—dijo con seriedad—. Me temo que su hija, presenta un severo daño en el sistema gastrointestinal, causado por los vómitos, que se ha provocado.

—¿De qué está hablando? —pregunto incrédula.

—Su hija, padece de bulimia, pues hemos encontrado llagas en su boca, y ciertas alteraciones en las piezas dentales.

—No puede ser, lo que me faltaba, tener una hija bulímica…Esa niña, no ha hecho otra cosa que causarnos dolores constantes de cabeza—dijo alterada.

—Señora, lo que tiene su hija es muy grave, si no actuamos rápido, me temo que puede incluso hasta tentar contra su propia vida, si es que no la ha hecho ya, pues, hemos encontrado ciertas cicatrices en las muñecas y abdomen.

—¡Esa mocosa, me va a escuchar! —grito.

—¡Amber, por favor! —grito exasperado el señor Henry—. Este no es el lugar ni el momento.

No pude evitar sentir rabia e impotencia, al escuchar las palabras tan frías y absurdas de la señora Smith, era verdad que la consideraba una mujer frívola y superficial, pero jamás me imaginé que demostrara indiferencia con su propia hija. Estaba decidido, si Julieta, necesitaba ayuda, yo se la iba a dar, no la dejaría sola, mucho menos ahora que me necesitaba, haría lo que fuera, con tal de verla bien.

—Señora Smith, espero que esto no salga de aquí—dijo Matthew —. Pues odiaría que empezaran a acosarme por esto.

—Descuida, Matthew, que nadie dirá nada, de hecho, no nos conviene.

—Creo que lo mejor sería, que ella recibiera ayuda psicológica— propuso aquel chico, que acompañaba a Matthew.

—¿estás bromeando, Steven? —cuestiono incrédulo Matthew—. ¿Sabes la mancha que nos dejaría? Ahora no sólo me etiquetarían por tener una prometida bulímica, sino también loca.

—Esto no es juego, Matthew—le recrimino.

—Esto tampoco, y no estoy dispuesto a exponerme.

—Lamento entrometerme, pero el joven tiene razón—dije, intentando calmar mi coraje, por lo que sólo me limité a cerrar con fuerza mis puños.

—Steven Hamilton—se presentó, ofreciéndome su mano—. Soy el primo de Matthew y vicepresidente de Hamilton Corporation.

—Mucho gusto, señor Hamilton, soy…

—Un simple empleado, que no tiene nada que hacer aquí—dijo Matthew, en tono despectivo—. ¿Cómo osas interferir en temas que no te competen?

—Un gusto, John—respondió Steven, ignorando por completo a Matthew, para estrechar mi mano.

—No puedo creer que te rebajes a saludar a un simple empleado.

—Tú sí que sigues siendo un imbécil, primo, de nada te ha servido ser el presidente de tan importante empresa, ¿cierto? Si tu padre te viera, estoy seguro de que se volvería a morir.

—¡No digas idioteces!

—¡Suficiente! —interrumpió el señor Henry—. Si no te vas a comportar, te pido que te marches.

—No hace falta que me lo digas, Henry… me marchó, ya que no soporto estar aquí. Avísame cuando tu hija, este mejor.

—Discúlpalo—se excusó Steven—. A veces mi primo, es un idiota, que no sabe lo que dice, cualquier cosa que tu hija necesite, no dudes en llamarme.

—Te lo agradezco, Steven.

—Nos vemos—se despidió, haciendo una leve inclinación—. Ella va a estar bien—me dijo en un susurro, antes de subir al elevador, lo cual me había dejado perplejo.

—Henry, apoyo la opinión de Steven—hablo Alexander—. Julieta, necesita ayuda profesional.

—Lo voy a pensar—dijo con seriedad, para después dirigirse hacia el médico.

— En estos momentos se le ha aplicado un sedante a la señorita, por lo que sólo podrá pasar uno, pues necesita descansar.

—No es necesario—dijo la señora Smith—. ¿Cuándo podremos llevárnosla a casa? —preguntó impaciente.

—Mañana, señora.

—¡Por Dios!, si la prensa se llega a enterar, estaremos perdidos.

Alexander, al notar como cerraba mis puños con fuerza, tan sólo poso su mano en mi hombro, para indicarme que me tranquilizara. ¿Pero cómo hacerlo? Si la mujer que ya amaba con locura yacía en una cama de hospital, el simple hecho de imaginármela lastimándose, hacía que mi corazón se estrujara y que un nudo en el estómago se me formara. «Mi amor, por favor, no te des por vencida, aún tenemos muchas cosas por vivir, además yo jamás te voy a dejar»

23

Julieta.

—Buenos días, Jul, pasa por favor—dijo Mary, abriéndome la puerta de su consultorio—. Me da gusto verte.

—Buen día—saludé, e ingresé sin más.

—Toma asiento—indicó, señalándome una de las sillas que estaban enfrente de su escritorio.

—¿Cómo has estado? —preguntó, tomando asiento en su silla.

—Bien—respondí, viendo el consultorio, las paredes y cortinas eran de color blanco, un reloj ovalado y su título enmarcado, decoraban una de las paredes, en sí, no había muchos objetos, lo que le daba un toque simple pero acogedor, en su escritorio, aparte de su bote de metal con varios bolígrafos, estaba su laptop y a un lado varias carpetas.

—Me da gusto que hayas venido, estás consciente de que eso ya es un paso muy grande, ¿verdad? —cuestionó sonriendo.

—Supongo—dije. —Pues la verdad seguía sin sentirme cómoda, pese a que Mary, me había parecido una persona confiable y cálida.

—¿Has estado tomando los antidepresivos?

—Sí.

—¿Has ido con tu nutriólogo?

—Sí—volví a responder—. De hecho, Sam y mi chofer, me han acompañado.

—¿Y tus padres?

—A ellos no les interesa lo que me pasa, mi madre, se ha encargado de que pase desapercibida cuando asisto a cada una de mis consultas, no quiere que la gente se entere, pues sería sumamente vergonzoso.

—Comprendo… Jul, sé, que ya te lo he dicho en las dos sesiones pasadas, pero te lo vuelvo a recordar, puedes confiar en mí, todo lo que me digas, se va a quedar aquí, nadie más lo sabrá.

—Realmente quisiera, pero no puedo…Tengo miedo.

—Es muy normal que lo tengas, después de todo lo que has pasado. Pero realmente me gustaría que te abrieras conmigo, es verdad, que yo no voy a solucionar tus problemas, pero si, te voy a guiar.

Aunque deseaba poder abrirme con ella y contarle todo lo que me aquejaba, me daba miedo, tenía tanto miedo a que me juzgara, a que me tuviera lastima, no quería que me considerara una vil patética.

—¿Te gustaría, contarme sobre tu prometido? —cuestionó, rompiendo el silencio que reinaba en aquella pulcra oficina.

—No tengo cosas buenas que contar de él—dije con sinceridad, bajando la mirada.

—Entiendo, que te vas a casar, ¿estás feliz?

—Mi matrimonio fue arreglado… Matthew, no es el chico dulce que me hizo creer—respondí, conteniendo mis lágrimas.

—¿Te ha hecho daño?

—No quiero hablar de eso, por favor—supliqué, subiendo mis pies a la silla, para abrazar mis piernas.

—Jul, por favor, permíteme ayudarte, me preocupas.

—No puedo… no quiero que me compadezcas, ni mucho menos que me juzgues… todo el mundo lo hace.

—Parte de mi ética, es escucharte, sin tener derecho a juzgarte, ni mucho menos a burlarme o criticarte. Conozco sólo lo esencial sobre tu familia, sé que son una de las familias más prestigiosas de este país, que gustan de hacer donaciones a diferentes fundaciones.

—Todo eso es una mentira, mis padres, ni siquiera lo hacen de corazón, sólo lo hacen, porque son conscientes de que eso, ayudara en la imagen de la familia—solté con ironía—. Yo, no soy feliz, no soporto la vida que tengo, todo el tiempo las personas deciden por mí, jamás se han detenido a escucharme o a preguntarme que es lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres, Julieta?

—Quiero, regresar a Londres y poder ejercer como profesora de literatura, quiero poder compartir mi vida al lado del hombre que tanto amo—solté inconscientemente.

—¿La persona, que amas?

—No…—titubeé—. No tiene importancia.

—Por favor, continúa—dijo, de manera amable.

—Me he enamorado de otro hombre, que no es mi prometido.

—¿Quieres hablar de ello?

—John, así se llama el chico al cual amo.

—John, definitivamente un nombre corto, pero fácil de recordar—dijo, esbozando una sincera sonrisa—. Continua, por favor.

—John, es el asistente y mano derecha de mi padre, él, no ha tenido una vida fácil, no sólo es muy apuesto, es amable, gentil, cariñoso, caballeroso, divertido, cuando estoy con él, el tiempo pasa muy rápido, cuando me abraza, me siento segura entre sus brazos, es como si nadie pudiera dañarme, y de cierta manera, hay días en los que sigo sin poderme creer que se haya fijado en mí.

—¿Por qué lo dices?

—Porque soy obesa y horrenda—solté con amargura—. Tal vez, sólo este conmigo por lástima.

—En esa parte estás mal, está mal, que pienses tan negativamente de ti. Lo que yo veo en estos momentos, es a una chica fuerte, hermosa y valiente: Fuerte, porque has soportado tantas cosas horribles, hermosa, porque, desprendes una calidez y una luz, que la mayoría de las personas carece, y valiente, porque aceptaste que tienes un problema y decidiste pedir ayuda, eso, Julieta, no cualquiera lo hace y créeme que eso es digno de admirar.

—Gracias—murmuré.

—Quiero que hagas una lista de todas tus fortalezas—dijo, mientras anotaba unas cosas en su tabla.

—Dudo mucho que sea buena en algo.

—Jul, todos somos buenos en algo, pero desgraciadamente, muchas veces nos enfocamos en las críticas negativas que tienen los demás sobre nosotros, que nos lo terminamos creyendo.

—Lo intentaré.

—En verdad me gustaría que, para nuestra próxima sesión, trajeras tu lista, es necesario empezar a trabajar con tu autoestima, de igual manera me pondré en contacto con tu médico de cabecera y nutriólogo.

—De acuerdo, Mary.

—Entonces, nos vemos dentro de quince días, a las once de la mañana. Me gustó mucho que hoy hablaras un poco conmigo.

—Gracias por tenerme paciencia—dije, poniéndome de pie.

—No tienes por qué agradecerme, recuerda que es parte de mi trabajo, y todo lo que me digas, se va a quedar aquí. Espero que poco a poco, vayas abriéndote, Jul, no olvides que eres una jovencita: hermosa, valiente y fuerte, repítete esas palabras siempre.

—Nos vemos, Mary.

—Cuídate mucho y Jul… si te llegaras a sentir mal, tienes mi número, no importa la hora—dijo, esbozando una sonrisa cálida.

—Lo tendré en cuenta, Mary—respondí de igual manera sonriendo, para después salir de aquel consultorio.

Esta vez, no salía sintiéndome temerosa, o demasiado frágil, sino todo lo contrario, una parte de mí se sentía bien, como si me hubiese quitado un gran peso de encima, aun cuando no hubiese hablado mucho durante la hora y media que duro mi terapia. Realmente deseaba mejorar, anhelaba sentirme segura de mí misma, a tal punto de gustarme, de aceptarme tal cual era, quería que John, Samanta, Steven y Daniel, se sintieran orgullosos de mí, pues ellos eran los únicos que me apoyaban, no sólo con sus palabras, sino también con sus acciones, aun cuando no pudiera ver a John del diario, cada noche hablábamos por teléfono, y no había un momento en que no me recordara lo importante que era para él y lo mucho que me amaba.

Era irónico, como mis propios padres, hermano y disque prometido, me habían dado la espalda, pues mi madre, no me bajaba de ser una exagerada, que sólo buscaba tener toda la atención del mundo, mientras que Matthew, había dejado de visitarme, pues sólo se dedicaba a seguir viviendo su vida de excesos, y como ya era habito, siempre se le captaba siendo cariñoso con una mujer diferente, mientras que su primo, Steven, aquel chico que siempre considere frio, arrogante y taciturno, había demostrado gran preocupación por mi persona, pues había sido él, quien contacto personalmente tanto a mi nutriólogo, como a mi

psicóloga, además de haberme insistido mucho en que me dejara ayudar, lo cual agradecía enormemente.

24

—Hola, Jul—saludó Steven, esbozando una sonrisa cálida, mientras tomaba asiento en uno de los pequeños sillones de la biblioteca—. ¿Cómo estás?

—Intento estar bien—confesé, poniéndome de pie, para pedir que nos trajeran algo de beber.

—Lamento, no haber podido venir antes, pero hemos tenido demasiado trabajo, sobre todo yo, pues, me estoy encargando de la publicidad de nuestra nueva línea de labiales.

—Me alegra que les esté yendo bien—dije con sinceridad, entregándole un vaso con jugo de naranja.

—Te lo agradezco—respondió, tomándolo—. ¿Qué tal te ha ido con Mary? —pregunto, dándole un sorbo a su jugo.

—Ayer… hablamos un poco—murmuré—. No me siento lista del todo—confesé, tomando asiento enfrente de él.

—Es normal, ambos sabemos, que esto es todo un proceso, sólo tienes que poner de tu parte, y tener muy en claro que, ella no te va a juzgar, de hecho… nadie tiene porque hacerlo.

—Agradezco tu ayuda, en verdad.

—No tienes nada que agradecerme, sabes que no estás sola, somos cuatro las personas que nos preocupamos por ti.

—¿Cuatro? —pregunté incrédula.

—Tu prima Samanta, Daniel… John—aquello lo dijo en voz muy baja—. Y desde luego que yo.

Ante la mención de John, no pude evitar sonrojarme y bajar la mirada, pues tenía miedo de que el amor que sentía por él fuera evidente, aunque de nada sirvió.

—No te preocupes, no voy a decir nada. John, me parece un buen sujeto y me da gusto que por lo menos te hayas topado con alguien que valga la pena. Pese a que Matthew, es casi como un hermano

para mí, detesto su forma de ser, es por esa misma razón que casi siempre tenemos problemas.

—Nunca imagine que ustedes, tuvieran riñas.

—Las riñas se quedan cortas—dijo con sinceridad—. Matthew, es un hombre demasiado caprichoso, que siente que puede tener a todos a sus pies, pero eso tú ya lo debes de saber.

—Trato de no prestarle atención.

—No te confíes mucho, pues él es capaz de hacer cualquier cosa con tal de obtener lo que quiere.

—Descuida, voy a estar siempre alerta.

—Una cosa más.

—Dime.

—En verdad, eres una mujer extraordinaria. Espero que jamás permitas que él intente apagar esa luz que desprendes.

—Gracias por ser tan amable conmigo, aun cuando ni siquiera hemos frecuentado tanto.

—No estoy siendo amable, Jul, no me malentiendas, es sólo que no tolero que mi primo este siendo un vil idiota, con una chica tan extraordinaria como tú—dijo con cierta molestia, guardando silencio por unos breves segundos—. Tampoco vayas a pensar que intento coquetear contigo, por supuesto—aclaró, sonriendo nerviosamente.

—Descuida, jamás haría tal cosa.

—Me dejas tranquilo—dijo aliviado, soltando un suspiro—. ¿Te sigue costando retener los alimentos?

—Los antidepresivos me provocan demasiadas nauseas, y aunque no quisiera devolver, no puedo, me resulta muy complicado.

—Espero que pronto cambie eso. Eres demasiado joven, como para causarte ese tipo de daños. Deseo de todo corazón, verte recuperada.

—Gracias, Steven, en verdad.

—Bueno, Jul, sólo pasaba de rápido, quería asegurarme de que por lo menos estuvieras bien, y ahora que lo he comprobado, puedo estar tranquilo. Vendré a visitarte pronto—dijo, poniéndose de pie, mientras colocaba su vaso vacío sobre la mesita de centro.

—Gracias por tu visita, me hizo bien hablar contigo.

—¿Aunque fuera muy breve? —pregunto incrédulo, mostrando cierto brillo de diversión en aquellos ojos verdes.

—Aunque haya sido breve—aseguré, esbozando una pequeña sonrisa.

—Prometo, que, para mi próxima visita, traeré algo delicioso y nutritivo, además de que charlaremos largo y tendido.

—Me parece maravilloso.

—Cuídate mucho, por favor—dijo, depositando un casto beso sobre mi frente—. Y no vayas a olvidar lo que te dije. **«jamás permitas que nadie, ni siquiera el idiota de mi primo, apague esa preciosa luz que irradias»** ¿Prometido?

—Es una promesa—respondí, elevando mi palma derecha.

—Muy bien, señorita. Nos vemos pronto—dijo, abandonando la estancia.

La visita inesperada y breve de Steven, me había hecho muy feliz, pues debido a mi situación, no se me permitía recibir visitas, a menos que estás fueran aprobadas por mi madre, ni salir, por miedo a que la prensa se enterara de lo sucedido, por ello, mis encuentros con John se habían acabado, al menos por el momento. Sin embargo, no había día en que no lo echara tanto de menos, deseaba volver a verlo, poder abrazarlo, para sentirme protegida entre sus brazos, los cuales, me hacían sentir como si estuviera en un hogar cálido. «Pronto, volveremos a estar juntos» — murmuré, mientras que, en mi celular, miraba una foto de nosotros. «Prometo que me recuperaré, quiero estar bien por ti y por mí»

—Señorita, lamento mucho molestarla—dijo Daniel, quien ingresaba abruptamente a la biblioteca.

—¿Qué ocurre? —pregunte alarmada, poniéndome de pie.

—Perdóneme, no quise asustarla.

—¿estás bien? Te noto, muy agitado, siéntate, por favor—pedí, señalando uno de los sillones.

—No es necesario, sólo vine a entregarle esto—dijo, sacando un sobre del bolso de su saco, para ofrecérmelo.

—¿Qué es? —pregunte aún sin comprender nada, mientras tomaba aquel sobre y lo examinaba.

—Se lo envía el joven John—dijo en voz baja, para que nadie pudiera escucharlo—. Me pidió que se lo entregara.

—¿Lo has visto? ¿Cuándo? ¿Cómo esta? —empecé a preguntar muy impaciente—. Por favor, Daniel, dime.

—Lo he visto esta mañana, cuando su padre me pidió que fuera a la empresa, para recoger unos documentos importantes—confesó—. Y no se preocupe, señorita, él está muy bien, y también la echa mucho de menos.

—Desearía que estuviera aquí.

—Ambos sabemos, que eso es un poco complicado, dado a que la prensa sigue intentando descubrir lo que le sucedió aquella vez, y si usted sale, sería muy peligroso. Es por esa razón, que el joven John, me pidió que le entregara esta carta.

—Te lo agradezco, no sabes lo feliz que me has hecho—confesé, abrazándolo—. Gracias, gracias, gracias.

—No me agradezca, señorita, sabe que haría cualquier cosa, con tal de verla sonreír, como ahora lo está haciendo.

—Tengo muchas cosas que agradecerte, entre esas muchas cosas, está el que me estes apoyando en esta situación complicada, que no me juzgues, como mis padres y Matthew, lo están haciendo.

—Jamás lo haría, además, sabe que la veo como a una hija—dijo, para después corresponder mi abrazo—. Si necesita que le entregue algo al joven, no dude en pedírmelo, pues, necesitaremos ser muy discretos.

—Claro—respondí, separándome de él.

—La dejo sola, para que pueda leer su carta, señorita—dijo, dándome la espalda, dispuesto a marcharse.

—Daniel—llamé.

—Dígame—respondió, deteniéndose y girándose para verme.

—Gracias.

Ante aquella palabra, Daniel, sólo esbozó una última sonrisa, para después marcharse, cerrando la puerta tras de sí, para darme cierta privacidad. Con una sonrisa dibujada en mi rostro, abrí con gran delicadeza el sobre, pues tenía miedo a que fuera a romperlo, y como si fuera el objeto más delicado del mundo, saqué aquella hoja amarilla, era increíble como mi corazón, empezaba a latir

rápidamente, y en como empezaba a sentir ciertas mariposas en el estómago, en ese momento me sentía sumamente feliz.

Mi bello amor.

Gracias, por cada momento compartido a tu lado, por cada día, hacer una nueva aventura, un instante genial e inolvidable, pero sobre todo…Gracias por dejarme estar a tu lado en cada instante, por soportarme, por tomarme de la mano y no soltarme.

Tú, eres la razón, por la cual cada mañana despierto con una sonrisa y siempre dispuesto a ser una mejor persona, eres tú, la que me hace soñar, la que logra ponerme nervioso, con tan sólo una mirada, la que me hace sentir mariposas en el estómago, como si fuera un colegial. Le doy gracias a Dios, por haberte puesto en mi camino, justo enfrente, para ser exactos, y no me arrepiento de amarte como un loco, porque amarte se siente bien, me recuerda lo maravilloso que es vivir, sé que esto es complicado, dada nuestras diferencias de estatus sociales, pero quiero que sepas, que eso a mí no me importa, pues estoy más que dispuesto a luchar por este amor, no me importa si con ello pongo en juego lo poco que tengo, pues, tú, lo vales todo.

Quiero que sepas, que yo siempre voy a estar a tu lado, para apoyarte, reconfortarte, para tomarte fuertemente de la mano y jamás soltarte.

Julieta, te amo, te amo, te amo, como no tienes idea, eres lo más bonito y preciado que la vida me ha dado y no me voy a cansar de recordártelo, por eso, « Si yo pudiera darte una cosa en la vida, me gustaría darte la capacidad de verte a ti misma a través de mis ojos. sólo así te darás cuenta de lo especial que eres para mí » Frida Kahlo Jamás, lo vayas a olvidar.

Deseo que tengas un día excelente, mi amor.

Te ama con locura…John.

Con los ojos llorosos y la vista nublada, debido a las lágrimas, pegue la carta a la altura de mi corazón, definitivamente, la vida de cierta manera me había premiado, al haber puesto en mi camino a John, aquel chico, que de a poco me mostraba lo que era ser amada y respetada. Un sinfín de emociones me invadían que no encontraba las palabras exactas para describir con exactitud, lo que en esos momentos estaba sintiendo.

25

—Hoy me siento especialmente bien—dije con sinceridad, mientras me remuevo en mi silla—. Los episodios de ansiedad cada vez son menos, así como aquellos pensamientos negativos, que suelen invadir mi mente.

—Me alegra escuchar aquello, Jul. ¿Y dime, has seguido provocándote el vómito?

—Han pasado exactamente dos semanas, que ya no lo hago. Me ha costado mucho trabajo, pues mi propio cuerpo ya reaccionaba de manera automática.

—¿Qué me dices sobre lo que piensas de ti?

—No voy a negar, que me siento todavía insegura, con respecto a mi físico, pues mi madre, sigue torturándome con eso.

—¿Te has visto bien en el espejo?

—No lo hago muy seguido.

—Entonces… Ponte de pie, por favor—pidió, ella levantándose de su silla, para ir hacía su salita privada, trayendo consigo un espejo de cuerpo completo—. Hoy vamos a hacer un pequeño ejercicio—dijo, colocándolo sobre el suelo, para recargarlo sobre su librero.

—No estoy segura de sí…

—No digas nada y sólo presta atención a lo que te voy a pedir—interrumpió, tomándome de los hombros, para ponerme frente al espejo—. Quiero que te mires, pero hazlo con atención, tomate tu tiempo, sabes que tenemos una hora y media.

—Aunque lo haga, no me gusta lo que veo.

—¿estás, segura? Pues yo veo, a una jovencita muy bonita, con unos ojos verdes preciosos, que, por cierto, el día de hoy, destilan cierto brillo especial.

Ni siquiera soy capaz de mirarme al espejo. Después de todo, no soy tan valiente como creía, una punzada en mi pecho se hizo presente. ¿Cuántas veces no había intentado mirarme al espejo, sin

temor a mirar aquello que tanto odiaba de mí? ¿Algún día me atrevería a mirar mi reflejo, por al menos dos minutos?

—Vamos, Jul. Levanta, la mirada—pidió, Mary, quien seguía parada detrás de mí.

—No puedo—tartamudeé, aún con la vista clavada en el suelo, como si el diseño de la loseta fuera interesante.

—Claro que puedes—aseguró—. sólo es cuestión de que empieces a dejar el miedo atrás, deja de ser tan severa contigo misma… Ahora levanta la mirada—volvió a pedir, ahora con un tono severo, pero sin perder aquella amabilidad que tanto la caracterizaba.

Finalmente, reuniendo un poco de valor, y lentamente fui levantando la mirada, y como era de esperarse, lo que veía ante el espejo, no me gustaba en lo absoluto, justo cuando estaba por volver a bajar la mirada, Mary, me lo impidió.

—Ni se te ocurra, sólo presta atención, de ser necesario tomate el tiempo que necesites, mientras yo voy a firmar unos documentos, cuando estes lista, házmelo saber—dijo, dándome un ligero apretón en los hombros, para después ocupar su lugar detrás del escritorio.

Al mirarme, lo primero que vi, fueron aquellas ojeras, mismas que delataban, mis noches de insomnio debido al medicamento que estaba tomando, me veía, cansada, demacrada y más delgada de lo normal, incluso mi piel lucia reseca, mi aspecto era realmente deplorable, y sin poderlo evitar, mi vista se empezaba a nublar, debido a las lágrimas, que ya se amontonaban en mis ojos.

Estaba intentando contener el llanto, no quería romperme en mil pedazos enfrente de Mary, no quería demostrar lo frágil y patética que seguía siendo. Sin embargo, las lágrimas no dieron tregua alguna, pues estás empezaron a rodar por mis mejillas, ya no me importaba el lugar donde me encontraba, ni siquiera el hecho de saber que no estaba sola en aquella estancia. «Perdóname, Julieta, perdóname por haberte hecho daño todo este tiempo, perdón, por no haberte escuchado cuando pedias a gritos que me detuviera» me decía una y otra vez, «Te hice…nos hice mucho daño, ¿En qué momento, todo se me escapo de las manos?» volví a cuestionarme,

para después llorar amargamente, ocasionando que, con ello, Mary, corriera hacía donde me encontraba, para abrazarme.

—Perdón—susurré—. Perdón, nunca imaginé que fuera a hacerme tanto daño.

—Tranquila, Jul—murmuró, mientras acariciaba mi nuca—. Esto es parte del proceso, y debes ser consciente de que dolerá… dolerá demasiado, pero es necesario de que tú misma te des cuenta de todo el daño que te has causado y de que te perdones, muchas veces el perdonarnos, nos resulta muy difícil, pero no es imposible.

—Nunca quise llegar hasta este punto—confesé, abrazándome con fuerza a ella.

—El ser humano es demasiado complejo, pues, creé poder tener todo bajo control, sin embargo, te has dado cuenta de que ese es un gran error. Pero, dime… Aparte del daño evidente que te has hecho, ¿Pudiste ver algo que te resultara hermoso? ¿Algo que te gustara de ti misma?

—Mis ojos—volví a susurrar.

—¿Por qué?

—Porque a pesar de todo el daño que me he causado, mis ojos, todavía tienen un brillo de esperanza.

—Exacto… Vas muy bien, Jul—me felicitó—. Pese a todas las adversidades, una parte de ti conserva una pequeña llamita de esperanza, y esa llamita, es la que te impulso a tocar fondo y a que buscaras ayuda—musitó, separándose un poco de mí, para mirarme a la cara—. «El sol siempre volverá a brillar, aun cuando el cielo se haya tornado gris» Y, tú, eres ese sol, que ha vuelto a brillar, pero ahora con más intensidad—aclaró—. Lo has hecho muy bien, espero que, para nuestra próxima cita, que será dentro de quince días, puedas hablarme sobre lo que te orilló a hacerte daño, aun cuando tengo cierta certeza, quiero que tú misma me lo digas, ¿Crees poder estar lista?

—Tengo miedo, pues es algo que me sigue doliendo.

—Es normal que duela, es como una herida que apenas está cerrando, si bien el proceso puede ser lento y hasta cierto punto molesto, pero con el tiempo, esta va a cicatrizar, y sólo ahí, dejara de doler.

—Haré lo que pueda, aunque no me siento capaz—dije con sinceridad.

—Serás capaz de eso y más. sólo que aún no te has dado cuenta.

—Gracias por escucharme y apoyarme, cualquier otra persona en tu lugar ya se hubiera hartado de mí.

—Soy tu psicóloga, Jul, no lo olvides y parte de mi trabajo no sólo consiste en escucharte, sino en guiarte. Estoy convencida de que juntas, vamos a salir adelante, y créeme que para cuando eso ocurra, yo estaré orgullosa de ti, ¿Sabes por qué?

—¿Por qué? —pregunte con cierta curiosidad.

—Simple y sencillamente, porque: eres muy lista, eres gentil y eres muy importante. De ahora en adelante, no vuelvas a permitir que alguien diga o te haga creer lo contrario.

—Gracias, Mary—dije, volviendo a llorar.

—Ay, Jul… en verdad que te han hecho mucho daño, pero verás, que todo estará bien.

Tras haber limpiado mis lágrimas, volví a colocarme mis gafas oscuras, y esbozando una pequeña sonrisa, me despedí de Mary, para marcharme de su consultorio. Cada vez que salía de aquella sencilla pero acogedora estancia, lo hacía sintiéndome un poco más ligera, incluso, tranquila. Si de algo empezaba a ser consciente, eso era de que el proceso por el cual estaba pasando iba a ser largo, y doloroso, pues nuevamente, abriría aquellas heridas que, por años, creí ya se habían cerrado.

26

John.

No hay día en que no eche de menos a Julieta, en que desee estar con ella, para poder abrazarla, y hacerle saber que no está sola, que siempre voy a estar a su lado, pase lo que pase, porque, ambos, somos un equipo. Juntos en las buenas, en las malas y en las peores. Me resulta tortuosa la lentitud con la que transcurre el tiempo, pues me hace sentir como si fuese un preso, que está en la espera de recibir su castigo de muerte, encerrado en su celda, en la completa soledad y oscuridad, sin ser consciente si es de día o de noche, tan sólo sacando las cuentas de cuantos días de vida le quedan. Así es como exactamente me siento ahora que no la he podido ver. Sin embargo, me he tenido que conformar con escuchar su voz, cada vez que hablamos por teléfono, e incluso me he atrevido a enviarle cartas. Aunque aquella idea, había surgido, de una de nuestras tantas conversaciones, en donde me hizo saber que le encantaban las novelas de amor históricas, aquellas donde los caballeros, solían cortejar a las damas, bailar valses, y enviarse cartas. Por si fuera poco, ahora tenía que compartir el amor de ella, con un tal «Señor Darcy» mismo nombre que tuve que googlear, para saber a quién me enfrentaba y grande fue mi sorpresa al encontrarme con que aquel personaje literario era uno de los más populares y amados por las mujeres, no obstante, mi curiosidad pudo más que me vi en la necesidad de adquirir aquel libro llamado «Orgullo y Prejuicio» para entender por qué las mujeres adoraban tanto a ese personaje, debo admitir que al principio, el libro no me llamaba la atención, pues me resultaba un tanto aburrido, hasta que… apareció en escena el susodicho, con su carácter arrogante y egocéntrico, sintiéndose superior a todos, pero que no contaba con que una jovencita muy parlanchina lo pusiera en su lugar y que hasta cierto punto, lograra llamar su atención, aquello me pareció tan cómico, que me vi en la necesidad de seguir leyendo. Aunque

claro… aquello nadie lo iba a saber, pues iba a ser algo así como mi gusto culposo.

Mis pensamientos se ven interrumpidos, exactamente, cuando alguien ingresa a mi oficina de manera abrupta, y grande es mi sorpresa, cuando veo de quien se trata.

—Buenos días, John—saludó Steven, cerrando la puerta tras de si —. Lamento irrumpir de esta manera en tu oficina.

—Señor Hamilton, que sorpresa—dije, poniéndome rápidamente de pie y haciendo un leve asentamiento de cabeza.

—¡Por Dios, John! No es necesario que hagas tanto circo, ante mi presencia—musitó, con cierto fastidio, poniendo los ojos en blanco.

—Lo hago por respeto, señor.

—Pues no es necesario. Te recuerdo que no estás con Matthew… ambos sabemos lo especial que es—dijo con cierta molestia, tomando asiento en una de las sillas que estaba frente a mi escritorio.

—¿Puedo ofrecerle té o café?

—Dado que hoy hace un poco de frio, te aceptare una taza con café, por favor.

—Claro—respondí, yendo directamente hacía la pequeña mesita de la esquina, en donde minutos atrás, Olivia había colocado la cafetera—. ¿A qué debo su visita, señor? —pregunté, mientras servía dos tazas.

—Quería hablar contigo, espero no haber sido inoportuno, pues de ser ese el caso, vendría otro día.

—Nada de eso, además, jamás me atrevería a hacerle semejante desplante.

—John, te juro por Dios, que, si sigues dirigiéndote a mí, con demasiada formalidad, me vere en la penosa necesidad, de propinarte tremenda golpiza. Pues si hay algo que detesto, es que la gente me trate como si fuera la gran cosa.

—Me resulta un tanto difícil—confesé, con cierta vergüenza, entregándole su taza.

—Gracias—dijo, dándole un pequeño sorbo.

—No le he puesto azúcar—me apresuré a decir.

—Descuida, no es necesario. Siempre he dicho que un buen café, se disfruta más, así sólo.

—Es…Eres la primer persona, a la que escucho decir eso—corregí, al ver la mirada severa que él me dedicaba.

—Lo más tonto del caso, es que algunas personas suelen decir que por eso no sonrió. Como si me conocieran realmente.

—Bueno, la gente siempre cree tener no sólo la razón, sino que también el de conocer a medio mundo.

—Lo cual es realmente absurdo, en fin… el motivo de mi visita tan inesperada es para que hablemos sobre Julieta— dijo muy tranquilamente.

—¿De… de la señorita Smith? —titubeé.

—Francamente no creo que le digas así cuando están a solas, ¿o sí? —cuestionó, levantando su ceja derecha.

—Bueno…yo…

—Como te lo dije aquella vez en el hospital, su secreto estará a salvo conmigo. Realmente me da gusto que Jul, haya encontrado en ti un soporte, y más ahora que está pasando por un momento muy complicado.

—Agradezco tu discreción—dije con sinceridad—. Soy consciente de que nuestra situación es demasiado complicada, pero ella lo vale todo, no me importa lo que deba hacer, para estar siempre con ella.

—Te comprendo, es por eso por lo que me agradas, eres una persona decidida y muy leal. Matthew, no se merece, una chica como Jul, ella es toda dulzura, y calma, mientras que él, todo lo que toca lo arruina.

—Me sigue resultando sorprendente, lo diferentes que son Matthew y tú.

—Algunas personas ya me lo habían dicho, y siendo honesto, doy gracias a Dios, por ello. Pues el mundo no necesita de otro Matthew —dijo en tono de burla.

—¿La has visto? ¿Cómo esta? —pregunté precipitadamente, no pudiendo contenerme más.

—Está bien, es un gran alivio, que la terapia le esté ayudando. La veo de mejor ánimo, ya no vomita, intenta llevar una alimentación

sana, aunque claro, como todo proceso, va a paso lento, pero seguro.

—Te agradezco infinitamente, que la hayas ayudado. Sigo sin poder creer que su propia familia le haya dado la espalda, cuando más los necesitaba.

—Difiero un poco con eso—respondió, dándole otro sorbo a su café—. Samantha y Daniel… ellos la están apoyando mucho, y desde luego que tú también, así que ella no está sola.

—Me estás dando un crédito que no merezco, pues no he podido verla, tan sólo he podido hablar con ella por teléfono, o por medio de las cartas que le envió—confesé con cierto pesar—. Pues realmente me frustra no poder estar con ella. Es como si estuviera muerto en vida, se siente horrible y eso es algo que no le deseo a nadie, ni siquiera a mi peor enemigo.

—Es natural que te sientas frustrado, pues no ha de ser nada sencillo para ti, estar separado de ella, pero si lo vemos de una manera positiva, apuesto a que tanto tus llamadas, como cartas, han de alegrarla y motivarla para seguir luchando. sólo ten un poco de paciencia, John, este camino va a ser demasiado largo, y créeme que te vas a encontrar con varios obstáculos, entre estos se encuentran tanto mi primo como su familia, ten mucho cuidado, por nada del mundo vayas a confiarte y te lo dice una persona que conoce bastante bien a los Smith y a Matthew. De más, esta decir que son personas muy cerradas, ególatras y superficiales.

—El señor Smith, ha demostrado ser diferente—aseguré.

—No te fíes de las apariencias. Uno jamás termina de conocer por completo a las personas, incluso, puede que hasta estes invitando a tu mesa a Judas. Siempre observa con detenimiento, y sé crítico.

—Lo tomare en cuenta, Steven.

—Eso espero, pues créeme que odiaría que mi primo, te hiciera la vida imposible, si se llegase a enterar.

—Eso no va a suceder—aseguré—. Además, tal parece, que tiene cosas más importantes que hacer, que estar al pendiente de su prometida.

—No olvides, que es una persona demasiado egocéntrica, y si hay algo que jamás pasaría por alto, eso sería que pusieran en

vergüenza su hombría.

—Si no la ama, ¿Por qué simplemente no la deja tranquila?

—Así son los negocios, no te voy a mentir, pero un matrimonio entre ellos, nos beneficiaria mucho, pero eso no significa que yo esté de acuerdo. Incluso he intentado buscar otras alternativas, pero, Matthew, se ha obsesionado tanto, y ni que decir de mi tía. Ellos tan sólo ven ceros y más ceros en sus cuentas bancarias, y pierden la cabeza. Si mi tío, viviera, de seguro se volvería a morir, de la vergüenza y tristeza, al ver como su heredero, despilfarra la fortuna familiar.

—¿Y por qué, tú, no tomas el mando? Has demostrado ser una persona responsable y trabajadora, tienes los pies bien puestos sobre el suelo.

—No es tan sencillo, si quiero adquirir la mayor parte de las acciones, primero tengo que estabilizarme económicamente, pues en estos momentos, me encuentro en una situación complicada, pues la empresa de perfumes que me heredo mi padre está a nada de irse a la ruina, si no hago algo pronto. Justo, ayer, logre firmar con unos inversionistas franceses, eso de cierta manera, me va a ayudar un poco, pero aun así tengo que trabajar muy arduo, para adquirir las acciones que dejo mi tío.

—De corazón, espero lo logres.

—Yo también…, pues deseo que Hamilton Corporation, vuelva a su época de gloria, justo como cuando mi tío, se encontraba al mando—dijo, para después suspirar con cierta melancolía—. Eran momentos buenos, y ahora sólo quedan vagos recuerdos.

Tras haber escuchado aquellas palabras, pude sentir el gran cariño que Steven, le tenía a su tío, incluso me daba la impresión de que lo veía como a una figura paterna, sus planes y lo que tanto anhelaba, hicieron que sintiera aún mayor respeto por él, pues pese a que ambos éramos casi de la edad, estaba muy centrado y sabía lo que quería, además de que conocía la palabra. «trabajo y sacrificio» realmente deseaba que él, en un futuro no muy lejano, lograra estar al mando de Hamilton Corporation.

—Me dio gusto saludarte, John, espero que nos veamos pronto. ¿Sabes? Me gustaría que los cuatro pasáramos la navidad en la casa

de playa que tengo en Coney Island.

—¿Los cuatro?

—Si, los cuatro… Julieta, Sam, tú y yo… Tal vez, le diga al buen Daniel que nos acompañe, por cualquier cosa.

—Te lo agradezco.

—A menos, que ya tengas planes.

—No tengo ninguno, de hecho, esas fechas las paso sólo en mi departamento.

—Entonces, déjame ultimar unos detalles y ya te estaré avisando, además, será una buena oportunidad para que tú y ella, estén juntos.

—No puedo creer que el año este por terminar.

—Ni yo, y es ahí, cuando me doy cuenta de que la vida es efímera. Uno debe vivirla y aprovecharla al máximo, pues una vez que pasa, ya no hay vuelta atrás, y muchas veces terminamos lamentándonos por eso.

—Es exactamente lo mismo que pienso yo.

—Es bueno, saber que existe otra persona de mi edad, que posee cerebro—bromeó—. En fin, ya no te entretengo más, pues no quiero causarte problemas con Henry.

—Descuida, él se encuentra en un desayuno de negocios.

—Ahora entiendo porque el ambiente en esta empresa es de armonía y paz.

—Siempre es así—aseguré.

—Fingiré que te creo—rio—. Nos vemos pronto—dijo, saliendo de mi oficina.

Dejándome nuevamente sólo, pero ahora con una gran sonrisa dibujada en mi rostro, y con mi esperanza renovada, pues si todo salía bien, muy pronto volvería a verla, podría abrazarla, besarla y decirle de frente lo mucho que la amo.

27

—Desde que tengo uso de razón, siempre he sido una persona solitaria, cuando era niña, yo quedaba al cuidado de alguna niñera, la cual, resultaba ser una bruja, dado que mis padres viajaban constantemente—dije con cierto coraje—. En el colegio, nunca tuve amigos, pues era muy callada, era algo así como el bicho raro del salón, al cual nadie quería y que molestaban por su apariencia—confesé, intentando sonar indiferente, aunque muy en el fondo, sentía como un nudo se formaba en mi estómago, al recordar aquella época.

—Continua, por favor—animó, Mary quien, tomaba notas en su tabla.

—Al principio…—titubeé, mientras me removía en mi asiento—. Al principio, sólo eran apodos desde luego que un tanto ofensivos, sin embargo, intentaba no prestarles atención… y eso estaba bien… supongo… hasta que, aquellos apodos, fueron reemplazados por golpes—hice una pausa, para inhalar y exhalar, necesitaba ser fuerte —. No deberíamos permitir que alguien más nos hiciera daño, ahora caigo en cuenta de que las palabras duelen más que los golpes.

—En eso tienes razón, Jul. Sin embargo, muchos lo hacen por miedo a sus agresores, a los cuales les dan cierto poder, pero si lo analizamos detenidamente, estos no son otra cosa que personas temerosas, que llevan consigo demasiados Demonios, muchas veces, los agresores, viven en un ambiente donde hay mucha violencia o han pasado por situaciones fuertes.

—Siento que los estás justificando.

—No es eso, Jul. Como psicóloga, he tenido pacientes que vienen de situaciones muy fuertes, si vieras como llegan al principio: agresivos y a la defensiva, y es comprensible, pues sienten mucho miedo, así como tú, cuando nos vimos por primera vez.

—Y no es que ya no lo sienta, sólo que quiero mejorar…Deseo estar bien, por mí y por él.

—Jul, debes tener muy en cuenta, de que esto lo estás haciendo principalmente por ti, tú eres importante, nadie más y espero que eso tarde o temprano te quede muy en claro. Siempre debes ponerte a ti primero, sin importar lo que los demás quieran o piensen, que no te importe lo que ellos digan.

—Ojalá fuera tan sencillo—murmuré.

—Nada es sencillo, creí ya habértelo dicho. Ahora, por favor prosigamos—dijo, acomodándose sus gafas—. ¿Cómo es la relación con tu madre?

—Nunca ha sido buena, al menos, no desde que tengo uso de razón, recuerdo que ella siempre se lamentaba por tener una hija un tanto regordeta, incluso, solía controlar lo que comía, la cocinera debía servirme siempre porciones pequeñas de comida y tenía estrictamente prohibido pedir más. Era irónico, que, a pesar de estar bien económicamente, padeciera hambre, y a causa de eso, solía escabullirme por las madrugadas a la cocina, para poder comer, hasta que… ella me descubrió, y me propino una buena golpiza.

No había día en que no dijera que se lamentaba por tener una hija gorda y horrenda, que sólo le causaba vergüenza, que ojalá hubiese heredado el aspecto bonito de las hijas de sus amigas que a su corta edad ya aparecían en comerciales o que incluso ya modelaban para marcas de prestigio. Era cierto todo lo que decía, las hijas de sus amigas eran bonitas, de facciones delicadas, y delgadas, parecían unas muñecas frágiles de porcelana, en cambio yo… yo era de cuerpo robusto, y para nada agraciada.

—¿Qué opinas ahora?

—Soy horrenda, y demasiado tonta, por eso los medios publican todas esas cosas de mí.

—La gente más atormentada, es la que siempre critica a los demás, sin embargo, toda la basura que escriben de ti es lo que sienten por sí mismos, ellos no se quieren ni un poco. Pensé que eso ya te había quedado claro.

—Este proceso no me está resultando fácil, por más que intento estar bien, no lo consigo, pues regresan aquellas voces a

atormentarme.

—Es muy normal que eso suceda, sin embargo, tienes que hacer un esfuerzo, no puedes seguir estancada. No está bien eso. ¿Deseas seguir hablando sobre…?

—Si— la interrumpí—. Cuando cumplí quince años, mi madre se puso aún más insoportable, pues no había día en que no criticara o que incluso hiciera comentarios hirientes sobre mi aspecto, lo que me llevo a sentir repulsión por mí misma. Cada vez que me miraba al espejo, sentía asco de mi aspecto, al principio, yo había optado por hacer dietas, con la esperanza de poder tener el cuerpo que mi madre tanto alababa de las demás chicas de mi edad, sin embargo, aquello no funcionó. Por eso, al cumplir diecisiete años, empecé a obsesionarme con mi peso, que empecé a comer en exceso, para después provocarme el vómito, cada vez que lo hacía, sentía un gran alivio.

—¿Alivio?

—Si, pues cada que me atragantaba con la comida, terminaba sintiéndome culpable y una forma de remediar eso, era vomitando. Empecé a ser más tímida, a tener pensamientos negativos, incluso hasta llegué a atentar contra mi propia vida—confesé, mostrando ambas muñecas.

—¿Tus padres, que dijeron al respecto?

—¿Ellos? —solté con ironía—. Decían que todo lo hacía por llamar la atención y claro… como siempre, hicieron hasta lo imposible por ocultar ese incidente, pues si llegaba a oídos de la prensa, ellos nos comerían vivos y no sólo eso, sino que también desprestigiaría a la familia.

—¿Cómo te llevas con tu hermano?

—Casi no veo a Sebastián, pese a que llevamos la misma sangre, somos como dos perfectos desconocidos, la mayor parte del tiempo se encuentra viajando con sus amigos y novia, pues ellos son más importantes.

—Comprendo.

—Mi vida no es color de rosa como muchos piensan, es verdad que estoy muy bien económicamente, a tal grado de haber podido asistir a los mejores colegios privados, y hasta de vestir prendas de

grandes diseñadores… Pero eso no significa que realmente sea feliz, estoy más sola que nadie, jamás tuve la oportunidad de pasar un cumpleaños en familia, ni siquiera una navidad. Sobra decir, que la secretaria de mi madre era la encargada de hacerme llegar los regalos junto con una nota muy breve. Además, si a todo eso le sumamos mis problemas alimenticios, frente a todos tengo que mostrarme como la chica feliz que lleva una vida perfecta, que tiene al mejor prometido del mundo, en público me veo obligada a portar costosos vestidos entallados, los cuales logran cerrarme gracias a las horrendas fajas que sólo me lastiman, como veras, todo es mera actuación y lo peor de todo es que la gente se lo cree—solté con gran ironía.

—Si tuvieras la oportunidad de decirles algo a tus padres, ¿qué sería?

—Que me siento sola, que de vez en cuando necesito que me demuestren, aunque sea un poco de cariño, que me escuchen y que me apoyen, pero, sobre todo, que no me corten las alas, ya que eso están haciendo, al obligarme a que me case con una persona a la cual no amo. Matthew, sin duda es lo peor que me ha sucedido en la vida, sé que, a su lado, voy a ser muy infeliz, y no deseo eso, sólo quiero regresar a Londres y vivir mi vida.

—Cuéntame de John.

—John—murmuré, esbozando una sonrisa—. John, es calma, es cálido, amoroso, respetuoso, cuando estoy con él, pierdo la noción del tiempo. Cuando me abraza, me siento protegida, siento como si nada ni nadie pudiera hacerme daño. Conocerlo ha sido lo mejor que me ha sucedido en mi jodida vida.

—Me da gusto escuchar que tienes a alguien que te hace sentir bien, ¿ahora entiendes que no estás sola?

—Aparentemente no, si tan sólo pudiera estar con él— dije cabizbaja.

—¿Qué te lo impide?

—Mis padres, ellos se encargarían no sólo de alejarlo de mí, sino de hacerle la vida imposible, y yo no quiero que le hagan daño. No me lo perdonaría.

—¿Él, que opina al respecto?

—Está dispuesto a luchar por esto… pero tengo miedo a que algo malo suceda, cada vez que pienso en ello, siento una opresión en mi pecho, que me impide respirar. Es algo así como un mal presentimiento.

—¿Crees que tus padres, harían algo descabellado?

—No los conoces… ellos son capaces de hacer cualquier cosa, con tal de que el buen nombre de la familia no se vea manchado. A ellos sólo les importa el prestigio y poder, ni siquiera entre ellos se soportan, mi padre se la pasa noche y día en la oficina, mientras que mi madre, de compras o en el club con sus amigas, gastando miles de dólares y cuando se ven, sólo discuten o se ignoran. Definitivamente su matrimonio está lleno de amor. Son el vivo retrato de un matrimonio perfecto—solté con sarcasmo.

—Eres consciente de que puedes romper con esas cadenas, ¿verdad?

—Lo sé, pero si se me obliga a casarme con Matthew, en definitiva, estaría siguiendo sus pasos y yo no quiero eso… yo sí quiero estar con alguien que me ame, que me apoye en mis proyectos, no con alguien que sólo me vea como un objeto que decora su mansión.

—De acuerdo, Jul. Agradezco el que me hayas hablado sobre todo lo que padeciste, de cierta manera estás progresando, y me da mucho gusto que ya no te cierres, espero verte, para nuestra próxima cita, que será dentro de un mes.

—De acuerdo.

— ¿Qué harás para navidad?

—Steven, nos ha invitado a mi prima y a mí, a su casa de playa que tiene en Coney Island, pero no estoy segura de ir, no tengo ganas de salir.

—Pues deberías ir, te vendría bien crear buenos y bonitos recuerdos. Eres muy joven como para perderte de cosas grandiosas. Ahora que puedes, aprovecha al máximo cada cosa, porque después te vas a arrepentir, yo sé lo que te digo.

—Prometo que lo voy a pensar—respondí, esbozando media sonrisa.

—Espero que tu decisión sea positiva—dijo, quitándose las gafas para guardarlas en su estuche—. Te veo en un mes, que tengas una feliz navidad y un magnífico año nuevo, que el año que viene sea uno lleno de dicha, salud y muchas cosas maravillosas para ti—finalizó, poniéndose de pie, para abrazarme.

—Muchas gracias, Mary, por ser mi salvadora, te deseo lo mismo, eres una gran psicóloga—dije con sinceridad, devolviéndole el abrazo.

—Creo que estás exagerando—dijo en tono juguetón—. Pero voy a fingir que te creo.

—Es la verdad.

—Te lo agradezco mucho, Jul, que te la pases bonito, y si llegaras a sentirte mal, no dudes en llamarme, no importa la hora ni el día, voy a estar disponible para ti, ¿de acuerdo?

—Gracias—respondí, volviéndome a colocar las gafas oscuras y la capucha, para poder salir tranquilamente como siempre solía hacerlo, cada vez que tenía cita con Mary, al menos así nadie me acosaría y mis padres no estarían fastidiándome. Como ya era costumbre, en el estacionamiento me esperaban Daniel y Samanta, quienes, al divisarme, no dudaron en ir a mi encuentro, para abrazarme, cosa que agradecía, pues me hacían sentir reconfortada.

—Estamos muy orgullosos de ti—murmuró Sam.

—Lo está haciendo muy bien, señorita—dijo Daniel con mucho orgullo—. Verá, que logrará salir adelante, y nosotros siempre vamos a estar con usted.

—Gracias—dije con voz entrecortada, mientras retenía las lágrimas que amenazaban con salir—. Es hora de irnos—finalicé, rompiendo el abrazo—. Pues corremos el riesgo de ser descubiertos.

—Tienes razón—secundo Sam, quien volvía a subir al auto.

Una vez, abordo en el vehículo, Sam, no hacía otra cosa que hablar de Steven, algo que ya me parecía demasiado sospechoso, pero que desde luego no diría nada, para no incomodarla, después de todo, ya habría tiempo para cuestionarla, ahora lo único que deseaba era llegar a casa, y encerrarme en mi habitación para poder hablar con John y contarle como me había ido con Mary, realmente

lo echaba tanto de menos, moría por verlo, pero ahora sólo tenía que conformarme con escuchar su voz.

28

23 de diciembre 2018— Coney Island.

—No estoy muy segura de esto—confesé, terminando de acomodar mi ropa dentro del closet que había en la habitación que ocuparía en aquella semana.

—No digas tonterías.

—Seamos realistas, no encajo aquí. Además, ¿cómo pueden estar tan seguros de que Matthew, no vendrá?

—Será porque Steven presencio el momento exacto en el que el patán de tu prometido reservo una lujosa suite en Paris, y que no se te haga extraño que pasado mañana se filtren fotos de él, acompañado por una mujerzuela.

—Tal vez suene tonto lo que voy a decir, pero… me provoca cierto alivio— murmuré dejándome caer en la cama.

—Intenta divertirte. Estoy segura de que estos días van a ser inolvidables—dijo con cierta picardía, mientras se sentaba a mi lado.

—Dudo mucho que eso vaya a suceder—respondí con desgano—. Lo que daría por que John estuviera aquí. Realmente lo echo tanto de menos.

—Al menos tú estás aquí, así que diviértete por los dos—dijo, poniéndose de pie, lista para salir de la habitación.

—Sam.

—Si—respondió, deteniéndose.

—¿Qué hay entre Steven y tú? —finalmente me atreví a preguntar.

—De…de… ¿de qué hablas? —titubeó, poniéndose roja y bajando la mirada.

—Últimamente pasan mucho tiempo juntos.

—Es porque… es el nuevo socio de mi padre…eso… Steven es el nuevo socio de mi padre y es lógico que él, pase la mayor parte del tiempo en la empresa.

—Con mayor razón, él debería pasar esa mayor parte del tiempo con tu padre y no contigo—musité con cierta picardía.

—¡Esta bien! —dijo dándose por vencida—. Él y yo estamos conociéndonos, pero sólo eso, no vayas a malinterpretar las cosas—se apresuró a decir.

—Te aseguro que no lo iba a hacer, al contrario, me da mucho gusto que al menos tú, puedas ser feliz con alguien que estoy segura tus padres querrán demasiado.

—No digas eso—recriminó, volviéndose a sentar en la cama.

—Seamos realistas, Steven proviene no sólo de una importante familia, sino que aparte ha logrado hacerse de una gran fortuna gracias a su arduo trabajo.

—Yo sólo lo veo como a un hombre inteligente, respetuoso, y que de cierta manera admiro, ya que sus temas de conversación son muy interesantes, hasta yo termino aprendiendo algo nuevo y mira que me considero una total ignorante en el tema de las finanzas.

—Ojalá que muy pronto ustedes puedan pasar de la amistad a algo más.

—Dudo mucho que eso suceda.

—Pero si tú dijiste que…

—Es verdad que estamos conociéndonos, pero en plan de amigos. Él, ya tiene a alguien más—dijo con cierta tristeza.

—¿Cómo estás tan segura de eso? ¿Te lo ha dicho?

—No directamente.

—Ahí está, eso no significa nada. Sam, no te desanimes, no saques conjeturas antes de tiempo—la reprendí.

—¡Vaya! Quién lo diría—bufó—. ¿Acaso me estás retando?

—Exactamente. No te desanimes por algo de lo que ni tú misma estás segura.

Justo cuando Sam estaba por decir algo, la voz de Steven quien pedía ingresar a la habitación se hizo presente.

—Adelante—dije, mirando con cierto recelo a Sam.

—Lamento interrumpirlas—se apresuró a disculpar, cerrando la puerta tras de si—. Pero la comida ya está lista.

—Gracias—respondí, al percatarme de que Sam no reaccionaba.

—Entonces, ¿vamos? —inquirió, volviendo a abrir la puerta para cedernos el paso, tal cual caballero. Justo cuando Sam, pasaba enfrente de él, pude presenciar como ambos se sonrojaban y bajaban la mirada. Definitivamente ese par sentía algo el uno por el otro, y uno de mis objetivos, era el de poder unirlos, después de todo no sólo harían una excelente pareja, sino que los dos merecían ser felices. Por primera vez, ya no pensaba en mí o lo que me acongojaba, sino en las personas que realmente me importaban y a las cuales les estaba muy agradecida por la ayuda y apoyo que día con día me brindaban en esta dura batalla que intentaba ganar.

—Tu casa es realmente hermosa—dije con sinceridad, observando aún embelesada la estancia—. La vista que tengo del jardín trasero es preciosa, incluso se puede ver la playa.

—Gracias y me alegra que tu habitación te haya gustado, lo que quiero es que estos días te la pases de lo más divertido y que puedas crear experiencias inolvidables.

—En verdad no sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí, mejor dicho, lo que ustedes han hecho.

—Si de verdad quieres agradecernos, entonces, sonríe más y disfruta de la vida, ya que esta es efímera, ¿no es cierto Sam?

—Así es, por cierto, ¿en dónde está Daniel?

—Lo olvidaba, tuvo que atender un asunto importante—respondió, mostrándose un poco nervioso.

—No se tratará de mis padres o de Matthew, ¿verdad?

—¡No! —exclamó—. No hay que preocuparse por ellos, de eso puedes estar segura.

—Mejor, comamos, todo se ve realmente delicioso—se apresuró a decir Samanta, quien tomaba asiento en uno de los laterales de la mesa.

—¿Te has lavado las manos? —inquirí.

—Es verdad, lo he olvidado—se disculpó, volviendo a ponerse de pie.

—Si gustan pueden lavarse las manos en el fregadero que hay en la cocina—sugirió Steven, quien se mostraba sonriente ante el descuido de Sam.

—Gracias—respondí, siendo la primera en ingresar a la cocina—. Me gustan los diseños de la cocina—dije, secándome las manos.

—Todo esto se lo debo a mi diseñadora de interiores… ella ha sido la responsable—confesó muy sonriente.

—Me lo puedo imaginar.

—Si gustas puedo presentártela, estoy seguro de que no tardaran en congeniar.

—Tal vez en un futuro, cuando logre tener mi propia casa.

—Verás que así será.

—Tendré que empezar a buscar trabajo, para poder ahorrar.

—Si gustas, puedo ayudarte a buscar algunas propiedades aquí en New York.

—¡Oh, no! Te lo agradezco, pero no es necesario—me apresuré a responder—. Francamente, lo que menos deseo es seguir viviendo aquí.

—Entonces, ¿cuál es tu plan?

—Deseo adquirir una casa modesta en Stratford-Upon-Avon.

—¿Sigues con la idea de regresar a Londres?

—No me agrada estar aquí, me siento como si fuera una completa extraña.

—Es normal que te sientas así, sobre todo por los cambios drásticos con los que has tenido que lidiar.

—Él tiene razón—intervino Sam—. Desde tu llegada, no has tenido nada fácil, pero confiamos que con el tiempo las cosas mejoren para ti.

—Bueno, señoritas, no nos pongamos pesimistas—se apresuró a decir Steven—. Hemos venido a la casa de playa, para pasar una semana inolvidable, y eso es lo que vamos a hacer, así que, por favor, cambiemos esas caras de melancolía, y que mejor manera que probando la deliciosa comida que he preparado—dijo, guiándonos de vuelta al comedor.

—Todo se ve realmente delicioso—volvió a decir una muy sonrojada Samantha.

—Pues claro que lo es—aseguro Steven, esbozando una gran sonrisa—. No es que este presumiendo, pero… no sólo soy bueno con los negocios, sino que también en la cocina, de hecho, hace ya algunos años, me tome unos cursos intensivos de gastronomía, me relaja cocinar, aparte de que lo disfruto mucho.

—No cabe duda de que eres una caja de sorpresas—dije aún sorprendida.

—Algo así—respondió ya muy ruborizado—. Pero, por favor, prueben la lasaña, les juro que una vez que lo hagan, su paladar se los agradecerá eternamente, y la amaran.

No pude evitar sonreír de oreja a oreja ante su gran entusiasmo, pues de cierta manera me recordaba a un niño pequeño, con aquella confianza e inocencia reflejados en sus ojos, algo muy difícil de mantener cuando se crece en una sociedad llena de estereotipos y cruel. Ahora me sentía agradecida con la vida por haber conocido de igual manera a Steven, él, era un claro ejemplo de que las apariencias engañaban, pues detrás de esa máscara de frialdad e indiferencia, se encontraba un chico caballeroso, amable y muy bondadoso, alguien que siempre se preocupaba por sus empleados y más allegados, y que jamás esperaba nada a cambio. Si tan sólo Matthew, fuera un poco como él. ¿Pero qué cosas estaba pensando? Por algo la vida también había puesto en mi camino a John, otro chico maravilloso, del cual estaba perdidamente enamorada, pero que, por desgracia, el estar juntos no sería para nada sencillo. Ante aquel ultimo pensamiento y de forma inconsciente suspire con resignación, llamando por completo la atención tanto de Steven como de Sam.

—¿Qué sucede Jul? ¿Acaso no te ha gustado mi lasaña? Puedo prepararte otra cosa—dijo muy preocupado, a punto de retirar mi plato.

—¡No! —exclamé, sosteniendo con fuerza mi plato, para evitar que se lo llevara—. La lasaña es deliciosa—confesé—. De hecho, jamás había probado algo tan rico.

—Lo que menos quiero es que te sientas obligada a comer algo que no es de tu agrado o fingir si quiera que algo te gusta sólo por complacerme o peor aún, por hacerme sentir bien.

—Yo no pretendo eso—aseguré con firmeza—. Es sólo que… estaba pensando en él— dije con cierta melancolía.

—Comprendo—fue todo lo que dijo, antes de darle un largo trago a su copa de vino.

El silencio reino, por lo que parecieron los minutos más largos de mi vida, hasta que el ruido del cubierto y tenedor al chocar con el plato se hizo presente en aquella estancia.

—¿Crees en las casualidades? —me pregunto de repente, esbozando una cálida sonrisa.

—Antes no—respondí sin chistar—. Pero desde que lo conocí, es que ahora creo.

—Me alegra escucharlo.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Si, ¿Tú crees en las casualidades?

—Siempre lo he hecho—aseguró—. Así como también creo en las almas gemelas y en la reencarnación. Tal vez piensen que estoy loco, pero…

—Nada de eso—me apresuré a decir—. Al contrario, me parece algo increíble, pues muy pocas personas creen en ello, me alegra saber que tú no eres del montón.

—Y jamás lo seré, tal vez por eso me miran como si fuera un bicho raro.

—La gente siempre va a pensar lo peor de uno.

—Eso es algo que me ha quedado muy claro, pero que afortunadamente he sabido soportar, de lo contrario ya me habrían sacado del negocio antes de si quiera empezar.

Justo cuando estaba por decir algo, el timbrar de su celular me lo impidió.

—Si me disculpan—dijo poniéndose de pie, para encerrarse en su oficina.

—Sam, ¿Daniel no te dijo a donde iría?

—No—respondió algo nerviosa—. sólo dijo que tenía algo urgente que atender.

—¿estás bien? Te noto rara.

—Jul, son alucinaciones tuyas, tal vez deberías comer un poco más, pues definitivamente el hambre te hace imaginarte cosas que no son.

—Te conozco, como para darme cuenta de que algo me ocultas.

—¿Qué podría ocultarte? —preguntó con fingida inocencia.

—No lo sé, dímelo tú—murmuré entrecerrando los ojos.

—Ya te lo dije, son alucinaciones tuyas.

—Como sea, tarde o temprano lo voy a descubrir—aseguré, bebiendo un poco de agua.

—Lamento haberlas dejado—musitó Steven quien volvía a ocupar su asiento.

—No te preocupes, ¿Esta todo bien?

—Si de hecho muy bien—respondió con aquella gran sonrisa que ya lo caracterizaba—. Daniel, llegara en cualquier momento y muy bien acompañado.

—¿Acompañado? —pregunté incrédula—. ¿Está saliendo con alguien?

—¡Oh, no! —respondió entre risas Steven—. Jul, ¿recuerdas que te dije que quería que pasaras las mejores vacaciones de tu vida y que crearas experiencias inolvidables?

—Si, pero ¿qué tiene que ver con Daniel?

—Aún no lo entiende—intervino Sam, quien no paraba de sonreír.

—Es que aquel acompañante misterioso es nada más ni nada menos que John—dijo finalmente.

Escuchar aquello fue como si me hubiesen tirado un balde de agua fría encima, mis manos y piernas empezaban a temblar, y mi corazón, amenazaba con sufrir una gran taquicardia, justo en aquel momento empecé a experimentar un sinfín de cosas, hasta que… una voz muy familiar se hizo presente en la estancia, mis ojos no podían creer lo que miraban, era él, John, mi John, se encontraba ahora justo enfrente de mí, sosteniendo en sus manos un gran ramo de rosas mientras me miraba con ternura y me sonreía, sin poder evitarlo, mi vista se vio nublada debido a las lágrimas que ya empezaban a correr sin cesar por mis mejillas.

—No, por favor, mi querido amor, no llores—suplicó, yendo hacía a mí para arrodillarse y limpiar mi rostro.

—Te he echado mucho de menos—confesé aferrándome a él con fuerza, como si tuviera miedo a que fuera a desaparecer—. No te imaginas cuanto, por favor no te marches.

—Yo también te he echado mucho de menos y no sabes cuanto—dijo, tomando con ambas manos mi rostro—. Jamás me voy a ir, ni, aunque me lo pidas, siempre voy a estar contigo, porque te amo, tan sólo siente como late mi corazón—susurró, colocando mi mano derecha en su corazón—. Late desbocadamente, porque te ama demasiado, porque es feliz cuando te mira.

—Te amo, te amo—repetí incansablemente para volver a abrazarlo. Sentir el calor de sus brazos, no sólo me reconfortaba, sino que también me hacían sentir que finalmente estaba en el lugar correcto, él, ya lo era todo para mí. sólo pedía que aquel amor que nos teníamos floreciera como una hermosa flor de cerezo, siempre fuerte.

—Me alegra que hayas llegado John—dijo Steven, quien enternecido interrumpía.

—De verdad que no sé cómo agradecerte todo lo que haces por nosotros.

—Siendo felices y disfrutando al máximo estos días, ambos se lo merecen.

—Gracias Steven, en verdad muchas gracias a todos.

—Bien ha valido la pena, pues has vuelto a sonreír y con eso me doy por bien servido. Ahora que estamos todos, disfrutemos de la cena, antes de que se enfrié, y después a descansar que mañana es nochebuena, y será un día muy ajetreado.

Aquella noche, fui realmente feliz, pues no sólo disfruté de una deliciosa cena, sino que también estuve acompañada de las personas que yo quería y que me querían, el ambiente era ameno y muy familiar, algo que siempre iba atesorar en mi mente y en mi corazón.

29

No recuerdo cuando fue la última vez que sentí emoción con la llegada de la navidad, pues hasta donde mi memoria me lo permitía, sólo veía a una pequeña niña, que de cierta manera llevaba consigo muchos sueños y anhelos, aquella que solía esperar despierta hasta muy altas horas de la noche a que papá Noel, bajara por la chimenea y dejara los regalos debajo del gran árbol, que siempre solía colocarse en la sala, y vaya decepción que se llevaba al no encontrar ninguno. A decir verdad, todas las navidades eran así: Aburridas, vacías y muy solitarias, en donde se me podía ver cenando en un extremo de aquella gran mesa del comedor, mientras que los empleados se mantenían de pie y firmes en los costados esperando a que yo terminara mis alimentos para que pudieran limpiar.

Tal vez por eso, es que al crecer empecé a detestar la navidad, pues me traía muy malos recuerdos de la infancia, mis amigos de Londres solían decirme que era muy parecida al Grinch, y ahora que lo asimilo con calma me causa tanta gracia, si ahora ellos me vieran usando este suéter rojo con este lindo reno, y tarareando villancicos, seguramente no se la creerían, mientras pienso en sus expresiones y en sus palabras, no puedo evitar esbozar una gran sonrisa, mientras contemplo el gran pino que se encuentra justo en medio del recibidor. Sin duda, Steven, se había tomado muy enserio la navidad, pues había decorado toda la casa, descartando cualquier pequeño rincón, era una fortuna que a nuestro alrededor no hubiese más casas, pues seguramente los vecinos ya nos hubieran echado bronca, por el enorme Santa Claus, que había aún lado de la chimenea o por todas las luces del jardín.

Todos se ven tan felices, que no hacen otra cosa que gastarse bromas y reír a carcajadas, el ambiente se siente tan agradable y reconfortante. «Mi verdadera y primera navidad» murmuré, aún sin

borrar aquella sonrisa de mi rostro. Definitivamente este momento siempre lo iba a atesorar en mi memoria.

—Así es como me encanta verte—dijo aquella voz que tanto adoraba escuchar, mientras me envolvía entre sus brazos—. Adoro cuando sonríes, no olvides hacerlo más seguido.

—Me siento tan feliz—dije con sinceridad, girando mi cara para verlo.

—Y yo soy aún más feliz—aseguró, besando mi frente—. Si hay algo que realmente deseo en esta vida, es que tú seas siempre feliz y que logres cada una de tus metas, quiero verte llegar muy lejos.

—Y lo voy a hacer.

—¿Es una promesa?

—Es una promesa— aseguré, recargando mi cabeza sobre su pecho.

—Steven, sí que se ha tomado muy enserio la navidad—dijo John, con cierta gracia.

—Así es, pero no vas a negar que es algo muy lindo.

—Es cierto—afirmó, haciendo una pequeña pausa, antes de seguir hablando—. A decir verdad, esta es la primera navidad que voy a celebrar, y espero de corazón que sea la primera de muchas… Cuando era pequeño, solía ponerme muy triste en estas fechas, sobre todo cuando veía a los demás niños de mi edad felices portando algo nuevo, y siendo mimados por sus padres, en ese preciso momento deseaba con tanto fervor que una familia buena me adoptara y me amara, quería conocer el calor de un verdadero hogar, saber cómo se sentía ser amado… Y ahora lo sé—dijo, abrazándome muy fuerte—. Tú fuiste ese rayo de luz que llego para iluminar mi vida, y cuando estoy contigo, ya no me hace falta nada más.

Escuchar aquella confesión, me afecto a sobremanera, y con justa razón deseaba poder estar siempre a su lado para crecer juntos, ambos nos complementábamos, ahora estaba asegura de algo y eso era que lo que sentía por John, no era una simple atracción física o un capricho de niña mimada. Lo que sentía era amor, un sentimiento

puro e inocente. — Ya no vas a volver a estar sólo—aseguré, entrelazando nuestras manos.

—Lo supe el día en que te conocí—respondió, obsequiándome una gran sonrisa—. Gracias, Jul.

—Yo soy la que debe darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por amarme con cada uno de mis defectos, cualquier otra persona en tu lugar ya se hubiera marchado.

—Tú, lo has dicho, cualquier otro, pero no yo. Quiero que tengas muy presente que nuestros defectos son lo que nos hacen únicos y especiales. Lo cual siempre he considerado una gran bendición—dijo suspirando—. Eso es lo que te hace aún más especial y única en el mundo, dime, ¿alguna vez has leído el Principito?

—Por supuesto, ¿Quién no ha leído ese libro?

—Pues créeme que hay personas que no lo han hecho, pues lo consideran como un libro infantil—soltó con cierta gracia e ironía—. Si tan sólo supieran la joyita que es, y las cosas tan extraordinarias que te enseña sobre el amor, la vida, la amistad. Recuerda siempre esta frase "Sólo se ve bien con el corazón; lo esencial es invisible a los ojos"

—Lo esencial es invisible a los ojos—murmuré, intentando entender aquellas palabras.

—¡Oigan, tortolos! — exclamó Steven, desde el recibidor—. Lamento interrumpirlos, pero no nos vendría mal que nos echaran una mano.

—¿En qué podemos ayudar? —se apresuró a preguntar John, asomándose por el barandal—. Pensé que ya lo tenías todo cubierto.

—Pues pensaste mal, aún nos hace falta colgar el muérdago.

—¿Muérdago? —cuestionó incrédulo.

—Si, el muérdago. Por favor, bajen ya y ayuden a colocarlo.

—De acuerdo—respondió, esbozando aquella sonrisa que tanto adoraba ver—. Lo mejor será que bajemos o si no, temo que Steven nos matará.

—Tienes razón—dije riendo.

Ambos tomados de la mano y riendo, nos reunimos con los demás en el recibidor, mientras que Steven, nos dedicaba una mirada

retadora, cosa que me había preocupado, pues temía que en verdad estuviera molesto, pero justo cuando estaba por disculparme, él rompió a carcajadas.

—Deberías ver tu cara Jul—dijo, aun doblándose de la risa.

—Eres cruel—lo reprendió Sam.

—sólo un poco, pero me fue inevitable no jugarles una pequeña bromita.

—Mi pobre prima, casi se infarta del tremendo susto que le has dado.

—Tampoco no fue para tanto, ¿O sí? —cuestionó, limpiándose la lagrima que corría por su mejilla derecha.

—Me has hecho sentir mal, pues por un instante te creí molesto—respondí con total sinceridad.

—Lo lamento, de verdad, no era esa mi intención—dijo ahora tomando una pose seria y de preocupación—. sólo quería bromear… no volverá a pasar—prometió con solemnidad.

Esta vez, era yo la que reía a carcajadas, sin poder evitar agarrarme el estómago que ya me estaba doliendo debido al esfuerzo que estaba haciendo—. Tenía que vengarme—musité, intentando controlar mi risa—. No imaginé que fuera a resultar.

—Bueno ya estamos a mano—respondió con fastidio—. Me ha quedado claro de que eres peligrosa Jul, y ya no te molestare, bueno no en estás vacaciones.

—Ahora que ya todo está arreglado, deberíamos poner el muérdago para poder cenar—sugirió Samantha.

—Es verdad—respondió John, ¿Dónde está?

—Cierto—musitó Steven, levantando una pequeña caja del suelo —. Esto fue un obsequio de mi abuelo, ¿Conocen la tradición?

—Algo así—respondí—. Aunque si te soy honesta jamás le tome importancia, pues mi familia no era de celebrar la navidad.

—Ella tiene razón— dijo Sam—. Nuestras familias, no eran de celebrar la navidad en el calor del hogar, siempre se la pasaban viajando con amigos, mientras que Jul y yo quedábamos al cuidado de nuestras niñeras.

—Comprendo—murmuró Steven—. Ya que hoy es nuestra primera navidad juntos, quiero que John, coloque el muérdago en el umbral

de la puerta—dijo entregándole la pequeña caja.

—No entiendo por qué he de ser yo, si es un obsequio de tu abuelo.

—Eso no importa, quiero que lo hagas y ya después les contare lo que una vez mi abuelo me dijo.

—De acuerdo—respondió, abriendo la caja y sacando con sumo cuidado aquel ramito que colgaba de un listón dorado y que resaltaba debido al moño rojo de ceda—. Es muy bonito, nunca había visto uno igual—dijo John, con total sinceridad, quien miraba fascinado el adorno que sostenía con su mano derecha.

—Lo sé, es único y especial—respondió Steven—. Por favor, cuélgalo, en donde te dije.

—¿Estás seguro de esto?

—Por supuesto.

—Muy bien—musitó.

—Jul, por favor, tú también ayúdalo.

—¿Yo…yo? —titubee.

—Por favor, es un favor muy especial que les pido.

—Está bien—respondí sonriendo.

John no se hizo esperar y entrelazo nuestras manos, para juntos abrir la puerta y colgar el muérdago, el cual admiramos embelesados por unos segundos, tal vez era mi imaginación, pero en el aire se percibía algo diferente, era algo cálido y lindo, algo que no podía explicar con palabras, pues no las había.

—Mi abuelo solía decir, que en navidad se debe regalar un muérdago, el cual se tiene que colgar ya sea en el salón principal de la casa, las escaleras, arriba de la mesa o en la puerta… sin embargo la idea que me ha parecido muy romántica ha sido la última opción, puesto que la persona que reciba un beso bajo el muérdago, en plena nochebuena, encontrara el amor en caso de que lo esté buscando y para aquellas parejas enamoradas, hará que su amor dure para siempre, además de que la suerte siempre los va a acompañar. Ahora que ya lo saben, debes besarla, John.

—No quiero incomodar a Jul.

—¡Tonterías! —bufo Sam.

—¡Bésala! —exclamo Steven—. Tradiciones son tradiciones y no hay que romperlas.

No pude evitar ruborizarme, y bajar la mirada, de lo avergonzada que me sentía, hasta que John, con gentileza tomo mi rostro con ambas manos, y tras delinear mis labios con sus pulgares, junto nuestros rostros, permitiéndome sentir su aliento cálido, el mirarlo a los ojos me transmitía cierta seguridad y tranquilidad, con delicadeza unió nuestros labios en un dulce beso, un beso que demostraba el amor y devoción que me tenía, no era demandante ni mucho menos apresurado, era lento y gentil, pues podía sentir como él me entregaba nuevamente su corazón, tras estar apenas unos minutos disfrutando de aquel beso, ambos nos separamos por falta de aire.

—Mi regalo para ustedes ha sido este pequeño muérdago, tal vez no ha sido mucho, pero…

—¿Qué no ha sido mucho? —espeto incrédulo John—. Steven, si esto te lo ha regalado tu abuelo, y eso es algo de gran valor.

—No vayan a rechazarlo, o si no me enojare.

—En verdad muchas gracias, esto ha sido un gran regalo.

—Gracias Steven—dije, corriendo a abrazarlo.

—Quise obsequiarles esto, ya que lo encontré muy apropiado y porque deseo que su amor sea eterno, que pese a las dificultades que puedan tener, logren salir triunfantes, ambos se lo merecen, es lo único que deseo.

—Y nosotros deseamos que muy pronto encuentres a esa persona especial—dijo John—.

— Eso espero—susurro, mirando de reojo a Sam.

Aquel elegante comedor no tardo en verse invadido por nuestras carcajadas, debido a las bromas y anécdotas divertidas de Steven, y que de vez en cuando se le unía el propio y tan serio Daniel, era increíble ver a todos pasársela bien, y riendo, ninguno hablando de frivolidades o de cómo vivía el vecino, o de lo que la prensa decía, sólo éramos cinco personas normales, disfrutando de una deliciosa cena que había sido especialmente preparada por Steven, quien ahora sabía, amaba cocinar y que por cierto se le daba muy bien. Al terminar la cena, pasamos al recibidor en donde los regalos nos

esperaban, tras darnos un gran abrazo y desearnos cosas buenas, como si fuéramos niños pequeños, nos sentamos en el suelo, para ir abriendo nuestros respectivos regalos. Todo eran risas y alegría, y yo, me sentía afortunada de poder vivir aquel tan preciado momento, por un instante, levanté la mirada hacía el techo y cerré los ojos, agradeciendo a Dios y a la vida, por esta gran experiencia. «Feliz navidad Julieta, Feliz navidad chicos»

30

¿Alguna vez han sentido la necesidad de enumerar aquellas cosas que desean hacer? Me refiero a tomar en cuenta hasta la cosa más pequeña e insignificante del mundo… Pues, justo por mi mente había estado rondando aquella idea, aunque en un inicio no le estaba prestando importancia alguna, ya que creía que sólo se trataba de un tonto capricho mío, hasta que finalmente comprendí, que aquella idea no era para nada descabellada. Realmente había cosas que deseaba hacer, por eso tomé la iniciativa de empezar a escribir una lista con cada una de esas cosas, que estaba segura con el pasar del tiempo lograría cumplir y eso estaba bien, al menos por ahora.

Decidida, salí de la casa para sentarme en la suave arena y poder pensar con mayor libertad. Me sentía tan relajada y serena, en esos momentos nada me preocupaba o acongojaba, tan sólo era yo conmigo misma, disfrutando de mi propia compañía, esta vez aquellas voces que tanto solían atormentarme no estaban presentes, por una parte, me sentía victoriosa, pues de a poco iba venciéndolas. Me permití dejar aquella pequeña libreta sobre mi regazo, mientras mi vista se centraba en el horizonte, tan sólo para apreciar el bello amanecer, y caer en la cuenta de que tampoco en mi larga existencia alguna vez lo había hecho, y no podía encontrar las palabras exactas para describir lo que aquel momento provocaba en mí, pues tan sólo atine a cerrar los ojos y permitir que las lágrimas corrieran por mis mejillas, sólo que esta vez, no lloraba de tristeza o frustración… lloraba de felicidad. «Lo estamos logrando Julieta» me alenté a mí misma para después volver a abrir los ojos y admirar aquello que la vida me estaba ofreciendo.

—Aquí estás—dijo una voz muy conocida, mientras me abrazaba por detrás—. Vi tu puerta abierta y me asusté al no verte en tu

habitación, temí lo peor—confeso, abrazándome esta vez con mayor fuerza.

—No tenías por qué preocuparte—respondí, sonriendo—. sólo quería salir a caminar.

—¿Te encuentras bien? Ya que, si no es así, sabes que puedes contarme lo que sea, yo siempre voy a estar para ti—dijo, separándose un poco, para acariciar mi rostro.

—Lo sé, pero te aseguro que hoy más que nunca me encuentro bien—aseguré, restregando mi rostro en sus manos, disfrutaba sentir su tacto.

—Me alegra mucho escuchar eso, lo único importante para mí, es que tú estes bien.

—Hagamos una promesa—dije repentinamente tomando sus manos entre las mías.

—¿Cual? —cuestionó con cierta curiosidad.

—Que cada momento que pasemos juntos, siempre los vamos a atesorar, así cada vez que nos sintamos solos o tristes, tan sólo bastara con volver a evocar esos recuerdos para sonreír nuevamente.

—Eso no lo tienes que pedir, pues es lo que hago—aseguró, acomodando un mechón de cabello detrás de mi oreja—. He atesorado cada pequeño y breve momento a tu lado en lo más profundo de mi corazón y eso me ha permitido sobrevivir nuestra separación—finalizó, uniendo nuestros labios en un tierno beso—. Te amo tanto, Julieta.

—Yo también te amo, John.

aún abrazados, pudimos presenciar como el sol con aquel orgullo y galantería se hacía presente. En cierto momento, John y yo, empezamos a dibujar en las hojas del pequeño cuaderno que llevaba, hasta que envalentonada tomé la libreta y comencé a escribir la lista que esperaba poder cumplir.

—¿Qué haces? —cuestionó, dejando el bolígrafo aún lado de la hoja que tenía sobre su regazo.

—He escrito una lista con algunas de las cosas que quiero hacer— confesé ruborizándome por completo.

—¿Puedo saber cuáles son?

—Son cosas tontas y sin sentido.

—Yo no lo veo de esa manera, al contrario, me parece una idea estupenda, pues van a ser experiencias que vas a poder atesorar en tu mente hasta el día en que dejes este mundo, Jul, que no te importe lo que los demás piensen de ti, si quieres hacer algo, simplemente hazlo y si esa lista, te va a ayudar a lograrlo, pues maravilloso. ¿Puedo leerla?

—Está bien—murmuré, entregándole la hoja.

Cosas que quiero hacer:

1. Bailar bajo la luz de la luna.
2. Probar diferentes tipos de vino.
3. Escaparme a la playa de Coney Island, sólo para observar el atardecer.
4. Tatuarme algo muy significativo con esa persona especial.
5. Cantar a todo pulmón en Central Park.
6. Aprender a patinar sobre hielo.
7. Hacer un picnic.
8. Trepar un árbol.
9. Reír a carcajadas hasta que me duela el estómago.

—Lo ves son cosas sin sentido—volví a decir, bajando la mirada.

—No lo es, me ha parecido algo hermoso, debería hacer lo mismo, ¿podrías regalarme otra hoja?

—Claro—respondí, entregándole la hoja.

—Te lo agradezco.

Cosas que deseo cumplir:

1. Bailar bajo la luz de la luna con la mujer que tanto amo.
2. Tatuarme algo significativo con esa misma mujer.
3. Hacerla reír y que siempre se sienta amada.
4. Crear recuerdos maravillosos a su lado.
5. Casarme algún día con ella y formar una gran familia.
6. Ser un buen esposo y padre.
7. Vivir en Londres, específicamente en Stratford-Upon-Avon.
8. Ver a nuestros hijos crecer y hacer su vida.
9. Envejecer juntos.

—Listo—remató, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Puedo?

—Por supuesto—respondió, entregándome la hoja—. Son cosas que, aunque van a resultar muy difíciles, voy a luchar para que se cumplan.

Al leer aquella pequeña lista, mis ojos se llenaron de lágrimas. En verdad, algo bueno debí haber hecho en la otra vida, como para que esta me hubiese puesto a un hombre increíble justo enfrente.

—Sé que son pocas cosas, pero te advierto que iré agregando más, conforme vaya transcurriendo el tiempo. Pero al menos he empezado con las cosas que considero muy valiosas.

— Ojalá que lo que hemos escrito en estás hojas, se hagan realidad. No importa lo que tengamos que pasar, para estar juntos, estoy segura de que algún día, vamos a mirar hacia atrás y lo vamos a hacer con una gran sonrisa.

—Así va a ser, ya lo verás. Nuestra historia de amor, sin duda alguna es única, y hasta cierto punto llena de tantas emociones, que nada va a ser sencillo, pero que te aseguro estoy dispuesto a todo con tal de estar siempre a tu lado, pues tú lo vales todo.

Tras haber estado casi cuatro horas sentados en la arena de la playa, tomamos la decisión de regresar pues lo que menos

queríamos era el de preocupar a los demás, aunque claro, todo había sido en vano, pues Steven se encontraba en el recibidor caminando de un lado a otro mirando su reloj de mano, Samanta, sentada en el sofá con cara de angustia, mientras que Daniel intentaba llamar a alguien, los tres al mirarnos ingresar a la casa tomados de las manos, no tardaron en bombardearnos con cientos de preguntas, demostrando así su preocupación y temor a que algo malo nos hubiese sucedido, tras un breve sermón por parte de Steven, tomamos un rico y ligero desayuno, que él mismo había preparado, esto con el buen pretexto de celebrar de manera oficial nuestra primera navidad juntos.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté, levantándome un poco aquel vestido blanco de playa que, Samantha me había hecho ponerme.

—Quería cumplir el primer punto de nuestra lista—respondió, con aquella sincera sonrisa, al mismo tiempo en el que nos deteníamos justo a pocos centímetros del agua.

—¿Primer punto? —musité aún sin salir de mi asombro.

—¿Acaso no lo recuerdas?

—Lo lamento, es sólo que me has tomado por sorpresa.

—No importa, aguarda un momento, por favor—se apresuró a decir, sacando del bolsillo del pantalón su celular. No te muevas.

—No, no lo haré—aseguré, riendo.

—Si es posible no respires.

—¿Y si muero?

—No sucederá eso, dame unos segundos… ¿Dónde está? ¿Por qué me tienen que pasar estás cosas a mí? — murmuró.

—¿Esta todo bien? ¿Necesitas ayuda?

—¡No! —exclamó—. Esto tiene que salir bien… Dios, ayúdame por favor… ¡Bingo! Ahora sí.

Entre confundida y divertida, observaba como colocaba su celular sobre la arena, para acercarse a mí, posar sus manos en mi cintura y

pedirme que rodeara su cuello con mis brazos, justo cuando estábamos muy cerca. *Nothing's Gonna Stop Us Now, de Starship***,** se pudo escuchar.

—Ambos colocamos en nuestras listas que deseábamos bailar bajo la luz de la luna, ¿Cierto?

—Así es—respondí, conmovida.

—Perdóname por tanto misterio, pero lo único que deseaba es que este momento también fuera perfecto.

—Gracias… muchas gracias.

—Yo soy él que debe darte las gracias, pues por ti he podido cumplir la primera cosa que había escrito en mi lista. Nada nos detendrá, mi amor.

—Siempre nos tendremos el uno al otro.

—Siempre.

La música había cesado, y ahora sólo se podían escuchar los sonidos que emitía el agua, debido al viento, gracias a la luz de la luna, nuestras siluetas se podían apreciar sobre la arena, y me parecía algo extraordinario, como parecíamos ser uno sólo, como una pieza que encaja a la perfección en un rompecabezas.

—Lo olvidaba, quiero darte algo—dijo, interrumpiendo aquel agradable silencio.

—¿Otra sorpresa?

—Así es, nada será suficiente, te mereces sólo lo mejor.

—¿Qué es?

—Cierra los ojos y no vayas a hacer trampa.

—Jamás, he hecho trampa—me defendí.

—No estoy tan seguro.

—¿Me acabas de llamar mentirosa? —cuestioné con dramatismo.

—Tú lo has dicho, pero no iniciemos con una pelea sin sentido, al menos no ahora. Dicho aquello, coloco mi cabello a un lado—. No vayas a abrir los ojos, todavía.

—No lo voy a hacer, creí habértelo dicho segundos antes.

—sólo lo hago para molestarte, ¿Sabías que enojada te ves aún más hermosa?

Justo cuando iba a replicar, mi piel se erizo al sentir algo frio rodear mi cuello.

—Puede que no sea costosa, pero al verla, no pude evitar pensar en ti… Ya puedes abrir los ojos.

—Es hermosa—confesé, tomando entre mis dedos aquel pequeño dije de plata en forma de mariposa.

—¿Sabes? —dijo, aclarándose la garganta—. Cuando te conocí, eras como una mariposa atrapada en una crisálida, que sólo esperaba el momento correcto para salir y ahora que lo has hecho, quiero que batas tus alas y vueles… Deseo verte llegar muy lejos, Jul —murmuró besando mi frente—. Pase lo que pase, siempre voy a estar a tu lado.

31

Y así, en un abrir y cerrar de ojos, se terminó un año más. Año que al principio había considerado nefasto, debido a la mala suerte que siempre me cargaba, sin embargo, la vida ya me tenía planeada gratas y no tan gratas sorpresas. Quién iba a imaginar que justo hace un año, recibía la mala noticia de estar comprometida con el heredero Hamilton, y no sólo eso, sino que un mes después de graduarme, regresaba a New York, para formalizar mi compromiso con él, pero justo cuando me sentía en un túnel sin salida, lo conocí… John Thompson, había aparecido en mi vida, para darle sentido y poner todo mi mundo de cabeza. Con él, por primera vez experimentaba lo que era estar enamorada de alguien, el sentir aquellas mariposas revolotear en el estómago, aquellas de las que tanto hablaban mis únicos amigos que había logrado hacer en Londres. Sin duda aquel año que iniciaba mal, terminaba muy bien, pues despedía el año, rodeada por las personas a las que les importaba, ahora lo único que pedía con tanto fervor, era que, en este nuevo año, llegaran cosas buenas, que mi relación con John se hiciera más fuerte como para poder superar cada obstáculo que la vida nos pusiera.

Con una sonrisa de oreja a oreja, le contaba a Mary, como había pasado una grandiosa semana en Coney Island, ya que por las noches, los cinco solíamos salir a caminar por la playa, algunas veces nos sentábamos sobre la arena a observar las estrellas, otras veces llevábamos golosinas y juegos de mesa, aunque al final estos quedaban en el olvido, pues las historias de terror que Daniel y Steven nos contaban nos enganchaban a sobremanera, a tal grado de sacarnos pequeños sustitos, sobre todo a mí, quien desde luego era una persona un tanto miedosa.

—Me alegra saber que te la has pasado muy bien—dijo Mary, acomodándose las gafas.

—Esto ha sido gracias a ti, pues fuiste tú, la que me insististe en que fuera… Gracias Mary—dije con total sinceridad.

—¿No crees que me estás dando demasiado crédito? Yo simplemente te estaba haciendo una observación, y al final, tú tomaste la decisión de ir, así que a como lo veo yo, las gracias te las tienes que dar a ti, no hay más. Y, por otra parte, me alegra saber que te la has pasado bien… Vas mejorando, Julieta.

—Me he sentido bien—confesé, cruzándome de piernas—. Esto se lo debo a: Steven, Samantha, Daniel y a John—aquel último nombre lo dije en voz muy bajita, mientras sentía como mis mejillas se ponían calientes.

—¿Cómo van las cosas con él?

—De maravilla, de hecho… esta cadenita—dije, mostrándole el bonito dije—. Me lo ha obsequiado justo en navidad.

—¡Oh! Es muy bonito.

—Claro que lo es… Este ha sido el mejor regalo que he recibido en mi vida, y voy a cuidar mucho esta cadenita. John, me ha dicho que esta mariposa le recuerda tanto a mí.

—Puedo entender el porqué.

—Si embargo—musité, tomando una expresión de angustia.

—¿Qué sucede?

—Tengo miedo a que las cosas se compliquen para nosotros.

— ¿Tus padres siguen con la idea de que te cases con el heredero Hamilton?

—Lo han hecho oficial, y aunque he intentado hacerlos cambiar de parecer, todo ha sido en vano. ¿Y cómo no? —solté con sarcasmo —. Si mi matrimonio con él no es otra cosa que un perfecto negocio, para fortalecer y posicionar a ambas familias.

—¿Tus padres ya saben lo que Matthew te hizo?

—Mi madre, vaya que lo sabe y no me ha creído en lo absoluto, y mi padre… sólo va a tacharme de mentirosa y saboteadora.

—¿Se lo has dicho a alguien más?

—No… y no pienso hacerlo, lo que me ha sucedido no es algo de lo que me sienta orgullosa o cómoda como para hablar. Me hace sentir sucia y poca cosa.

—Julieta, no olvides que no estás sola, y tarde o temprano tienes que decir lo que ese patán te ha hecho, pues mucho me temo que vayas a poner en riesgo tu propia vida, al menos alguien más debe saberlo.

—No es tan sencillo, necesito tiempo, para primero poder superar esto, ya que hablar de este tema aún me sigue afectando, y no quiero traer a mi mente malos recuerdos, no ahora, que aquellas voces que tanto me atormentaban se han callado.

—Comprendo Julieta, pero debes tener muy presente que es importante que hables, no debes quedarte callada. estás a tiempo de evitar una desgracia, no tengas miedo a alzar la voz, imagínate si eso te ha hecho, ahora que sólo son prometidos, que te espera, cuando se casen.

—Necesito tiempo, por favor.

—Espero que ese tiempo no sea mucho. Bueno… nuestra sesión ha terminado, te veré el siguiente mes, ¿Sigues tomándote los antidepresivos?

—Así es, y es un verdadero alivio que ya no me caigan tan pesado, mi organismo los ha aceptado.

—¿Cuándo tienes cita con el nutriólogo?

—La siguiente semana.

—De acuerdo, síguete cuidando, que vas de maravilla, de verdad que me da tanto gusto ver tu progreso. Por favor, no olvides llamarme si vuelves a recaer, no importa la hora que sea, mi teléfono está disponible las veinticuatro horas del día.

—Te lo agradezco, Mary.

—Te espero el tres de febrero al medio día, ¿de acuerdo?

—Claro, estaré como siempre puntual—aseguré, poniéndome de pie.

—Cuídate mucho—dijo, poniéndose de igual manera de pie—. Y julieta… no olvides lo que te dije con respecto a ese asunto. Evita una desgracia y no seas una víctima más de ser una mujer maltratada o peor aún, asesinada, estás muy a tiempo.

—Te prometo que lo haré, sólo es tiempo lo que necesito, pues no es tan fácil—respondí esbozando una sonrisa, para ocultar el dolor

que me provocaba recordar aquel suceso—. Te veo el siguiente mes, Mary… cuídate.

—Tú también, Julieta—fue lo último que le escuche decir, antes de salir de su consultorio.

Pensativa por lo que había hablado con Mary dentro de aquel pulcro consultorio, volví a colocarme la capucha y las gafas para subir a la camioneta, el trayecto a la casa fue en completo silencio, debido a que mi mirada estaba fija en la ventanilla, sólo observando a la nada, mientras mi mente divagaba, y analizaba cada palabra dicha por Mary, era verdad que hablar del asunto con alguien más me resultaba complicado por miedo a que me tacharan de mentirosa, saboteadora o peor aún, de ser una cualquiera, por intentar seducir a Matthew, lo cual era muy probable que su madre pensará, pues después de todo, él era su hijo y ante sus ojos era casi un Santo. Pero por otra parte estaba el asunto de la integridad de mi persona, y los riesgos a los cuáles me expondría sino le contaba a alguien más, tal vez si le contaba a Sam, ella me entendería e incluso apoyaría… pero antes de hablar, tenía que estar segura primero yo, hacer todo lo humanamente posible por no romper en llanto cuando le hablara sobre el asunto.

32

Ya no era novedad que las cosas con Matthew fueran de mal en peor, pues no había un sólo día en el que yo pudiera estar o sentirme tranquila, por si fuera poco las palabras hirientes y las constantes humillaciones por parte de su madre, ahora se sumaban, pues no dejaba de criticar mi aspecto, de intentar obligarme a guardar estrictas dietas, pues según ella, la futura esposa de su hijo, no podía ser obesa, tenía que ser «perfecta» sin embargo la gota que termino por derramar el vaso, fue cuando al intentar ingresar a una cena benéfica, los medios se abalanzaron sobre mí, para empezar a cuestionarme por los rumores de mis desórdenes alimenticios, algo que no me esperaba y que desde luego me había descolocado, justo en ese momento iniciaba nuevamente mi calvario, pues los días posteriores en casi todas las revistas de chismes aparecían fotos mías ingresando y saliendo del consultorio de Mary, incluso ahora ella era acosada, y aunque mis padres, intentaron comprar cada una de las fotos publicadas, no lo consiguieron. Me sentía estresada, insegura, con miedo a siquiera asomarme por la ventana de mi habitación, nuevamente aquellas voces que según yo había logrado silenciar, volvían para seguir atormentándome, ahora en vez de haber avanzado tres pasos adelante retrocedía diez, pues volvía al inicio: comía compulsivamente para después encerrarme en el baño de mi habitación y vomitar, los pensamientos negativos, el insomnio, el llanto, la culpabilidad, estaban ahí, por si fuera poco nuestros nuevos amigos ahora eran las pastillas, los lavados de estómago que me hacían en el hospital, pues con esta ya era la tercera vez que intentaba quitarme la vida, mis muñecas mostraban ya varias cicatrices, mi cabello de a poco se iba cayendo, las ojeras, la palidez de mi piel y la falta de atención que prestaba, era lo único que demostraba que seguía viva, pues era lo que cada mañana miraba

frente al espejo, sólo para lamentarme y maldecir mi vida. Me había alejado de todos, incluso de John, quien siempre buscaba la manera para colarse por el balcón de mi habitación, para consolarme y algunas veces contarme anécdotas divertidas, hasta que lograba quedarme dormida, por otra parte Steven, había sugerido que me internaran en un hospital de Alemania, el cual se especializaba en tratar a personas con desórdenes alimenticios, eso sin olvidar que los médicos de ahí, eran excelentes, sin embargo mis padres y Matthew al verse presionados por lo que ya se decía de mi en los medios, optaron por hacer oídos sordos y negarse ante tal sugerencia, que consideraron ridícula, pues según ellos yo sólo quería sabotear la boda.

—Por favor, mi bello amor, no lo vuelvas a hacer—dijo John, con la voz entrecortada, mientras me abrazaba con fuerza—. Te juro que tengo miedo a perderte, sentí demasiada impotencia al saberte en el hospital y no poder hacer nada.

—Ya no quiero vivir, John, ¿Para qué? ¿Qué sentido tiene mi vida? —cuestioné, con la mirada perdida en la nada—. Ya no puedo más, ellos nunca van a dejarme en paz, ¿Qué les he hecho?

—Me duele verte así, ya estabas progresando, ¿Qué ha pasado? Por favor, sea lo que sea, puedes confiar en mí.

—Nada… sólo que ya me cansé de vivir.

—¡Eres una cobarde! —exclamó, tomándome con fuerza de los brazos—. Ni siquiera haces un intento por levantarte.

—Exacto, soy una cobarde, es por eso por lo que ya no debes seguir perdiendo el tiempo conmigo—murmuré—. sólo mírame, doy lastima y hasta cierto punto asco.

—¿Qué ha pasado con las cosas que deseabas hacer? ¿Ya las olvidaste? ¿Ya olvidaste aquella lista?

—sólo eran cosas patéticas y sin sentido… Tal vez, jamás mejoré, sólo… sólo supe fingir.

—No, Julieta, tú ya estabas bien, es por eso por lo que no concibo lo que estás haciendo, ¿Acaso no te has dado cuenta de que nos lastimas? Nunca imagine que fueras tan egoísta.

—Soy de lo peor, ¿verdad? —cuestioné con ironía, mirándolo por primera vez a los ojos—. ¿Por qué simplemente no me das la

espalda y te marchas? La que se supone es mi familia, lo ha hecho, contigo no sería la excepción.

—Porque, a diferencia de ellos, yo te amo, y quiero ayudarte, pero ni siquiera dejas que me acerque lo suficiente, cuando creo que por fin lo he logrado, tú te alejas y te encierras en ti misma, ¿Acaso ese infeliz te ha amenazado?

—Ya no me puede lastimar más—atiné a decir antes de romper en llanto—. Por favor, John, te ruego que te marches.

— Julieta, por favor, ¡Háblame! ¿Te hizo algo?

—No quiero hablar de eso… no ahora.

—¡¿Qué te hizo?!

—Ya no tiene caso, después de todo, eso no va a solucionar las cosas. Ya no quiero vivir, no así— dije con voz entrecortada—. ¿Acaso estoy pagando algo?

—Mi amor, no estás sola, jamás lo vas a estar, no me interesa las veces que insistas en alejarme, no lo vas a conseguir, pues cada noche vendré a verte, para abrazarte y hacerte saber que yo siempre voy a estar contigo. Necesitas volver a terapias con Mary.

—No quiero que la sigan acosando, pues por mi culpa es que tuvo un accidente.

—No fue tu culpa y lo sabes.

—Claro que lo fue, si desde un principio jamás hubiera aceptado la ayuda de Steven.

—Sabes que él te la ofreció, porque al igual que a Daniel, Sam y a mí, nos importas. No sabes lo felices que nos hacía el ver la gran mejoría que ya empezabas a mostrar.

—Tienes razón, soy una cobarde, porque ni siquiera me atrevo a dar la cara y aceptar que no estoy bien. Tengo miedo de que ellos me hagan más daño, ahora me siento demasiado frágil, sólo quiero estar encerrada en mi habitación y dormir para no despertar jamás. Eso sería lo mejor para todos.

—No debes darles ese gusto, ¿A cuántas personas no les han hecho daño? ellos a diferencia de ti, han sabido salir adelante, soy consciente de que el camino no les ha sido para nada fácil, pero con ayuda, lo han conseguido. «Está bien tener miedo, incluso está bien pedir ayuda, pero lo que no está bien es darse por vencido, no está

bien, intentar una y otra vez quitarse la vida» «Eres fuerte, inteligente, valiente, fabulosa, eres importante, Julieta» Debes empezar a creértelo. Ojalá algún día logres ver con tus propios ojos lo que yo veo, sólo ahí me entenderás y te darás cuenta de que has estado desperdiciando tu vida. ¿Recuerdas la primera vez que conversamos en Central Park?

—Lo recuerdo muy bien—murmuré.

—Te había dicho que la vida es para reír, llorar, enamorarse, para cometer errores y aprender de ellos, pero lo más importante, que la vida es para disfrutar de cada cosa, por más pequeña que esta sea. Se como el ave Fénix, resurge de las cenizas, pero esta vez más fuerte.

—Soy débil, John, ¿Acaso no te has dado cuenta?

—De lo que me he dado cuenta es de que eres fuerte, más de lo que te puedes imaginar, pero como todo, necesitas volver a creer en ti.

—No importa cuantas veces lo intente, siempre voy a retroceder. Soy un caso perdido.

—Lo eres si tú misma así lo crees.

—Es lo que soy.

—estás muy equivocada, mi bello amor. Vuelve a salir de esa crisálida, y extiende tus alas, para que vueles muy alto. Te juro que pase lo que pase siempre voy a estar contigo para alentarte, para apoyarte, pero, sobre todo, para ser tu soporte, ese hogar al que puedas recurrir cada vez que lo necesites. Mis brazos siempre van a estar abiertos para recibirte y hacerte sentir protegida—aseguró, estrechándome contra su pecho, permitiéndome escuchar los latidos de su corazón.

Aunque una parte de mí quería volver a intentarlo, la otra parte se negaba, provocando que en mi interior surgiera una lucha constante, haciendo que aquellas voces, volvieran a ganar la batalla.

33

—Estoy harto de ti, Julieta, no haces más que complicarme las cosas—dijo Matthew con desprecio, quien caminaba de un lado a otro por la habitación—. sólo mírate, eres un completo desastre, no soporto que la gente se burle de mí, que ahora me compadezcan por tener de novia a una chica que tiene demasiados traumas, ¿acaso no piensas? —cuestiona deteniéndose de golpe, y a dos grandes zancadas acercarse a mí, para tomarme de manera brusca por los brazos—. ¿Crees que me causa placer el tener que lidiar con una enferma como tú, que lo único que quiere es llamar la atención?

—¿Por qué no dejamos esto por la paz? Te juro que no voy a decirle a nadie que tú…

—¡¿Qué yo que?! Por favor, no me hagas reír, ¿Quién le va a creer a una loca como tú? —suelta con malicia—. Cariño, que no se te olvide que es tu palabra contra la mía, y para mi buena suerte, mi palabra tiene gran peso.

—Por favor, Matthew, terminemos con esto—dije suplicante.

—Aparte de loca, estúpida. Que te quede claro que ni loco voy a romper este compromiso, no voy a renunciar tan fácil a este gran negocio, así que deja de comportarte como una niña mimada, y lárgate a tu habitación que Patrick y esa otra rubia tonta te están esperando—escupe, empujándome—. Y ni se te ocurra intentar hacer un espectáculo en la cena, porque te juro que yo mismo te daré una lección y no estoy jugando—amenaza, saliendo al balcón para fumarse un puro.

Temblando de miedo y con la vista nublada por las lágrimas que no puedo contener, me recargo unos segundos en la pared, intentando tranquilizarme, pues lo que menos quiero es que Patrick y aquella rubia, empiecen a juzgarme, como si ellos tuvieran todo el derecho del mundo. Quiero desaparecer, quiero dormir y no

despertar nunca, ya no soporto vivir así, no de esta manera. Todo lo que hago está mal, no soy otra cosa que un estorbo, definitivamente todos estarían bien sin mí, nadie me necesita, ni siquiera John. Como puedo limpio mis lágrimas, y me marcho a mi habitación, mentalizándome, que al ingresar una gran tortura me aguarda y vaya que no estoy equivocada, pues Patrick no tarda en criticar mi apariencia, mientras que Elena se burla de mí.

—¡Por Dios! ¿Qué voy a hacer para ocultar estás horribles ojeras? Eres un completo desastre y mucho me temo que ni siquiera el maquillaje va a ayudar—dice Patrick muy molesto.

—Intenta tranquilizarte, Pat. No olvides que tú eres un genio, esto no es nada.

—¡Ay, Elena!, ojalá, o si no mi carrera se verá arruinada y todo por culpa de una chiquilla caprichosa.

— Ni lo menciones, ¿Ya estarás contenta, no Julieta? —cuestiona aquella rubia odiosa.

—¿Creen que lo estoy haciendo a propósito?

—¡Ay, por favor!, si no haces otra cosa que buscar llamar la atención, ¿Tan miserable eres?

—Elena, por favor—interrumpe Patrick, por primera vez—. No es momento para iniciar una pelea, mira que tenemos el tiempo encima, y yo estoy demasiado nervioso, siento que me va a dar algo —dice con cierto dramatismo, echándose aire con el paquete de guantes.

—¿Quieres que te ordene una valeriana?

—Lo único que quiero es que no peleen, por favor, Elena, no compliques más las cosas.

—De acuerdo, Patrick, perdóname, ya no diré nada, pero que quede claro que lo hago por ti, y no por esta chiquilla mimada.

—Te lo agradezco… Bien, hoy vas a lucir un moño bajo con tupé, elegí este peinado, ya que hará que tu rostro se vea delgado, sobre todo si lo combinamos con unos aretes largos, te voy a realizar un maquillaje natural, pues quiero que te veas bella, sofisticada y elegante, tienes que lucir ese vestido que te envió Chanel.

—Debo admitir que el color vino, te queda increíble—dijo Elena con cierto fastidio.

—¿estás siendo amable conmigo? —cuestioné con ironía.

—sólo estoy diciendo la verdad… muy a mi pesar, así que tampoco te emociones.

—Bueno… concuerdo con lo que dice Elena, ese vestido te queda muy bien, sobre todo el cuello en V, si te colocamos una cadenita de oro blanco discreta, quedaría perfecto… ¡Ay, Dios! ya lo estoy viendo —chilló.

Durante las siguientes dos horas, ya nadie dijo nada, entre tirones de cabello, los sonidos de las brochas siendo sacudidas sobre las paletas de maquillaje, el olor del spray, eran las únicas que se percibían en la habitación, aparentemente todo marchaba bien, hasta que llegó la hora de colocarme el vestido. Fue justo ahí cuando la expresión de preocupación de Patrick apareció, sacándome de mi burbuja.

—Espera… Julieta, ¿Qué te ha sucedido en el hombro? —cuestionó, acercándose más de lo necesario para examinar aquel moretón del cual ya me había olvidado.

—Nada.

—Como que nada, ¿Quién te ha hecho eso?

—Es sólo una tontería— me atreví a responder, intentando sonar lo más despreocupada posible, aunque la realidad fuera todo lo contrario, pues al recordar como Matthew, volvía a golpearme, hacía que me estremeciera y quisiera llorar.

—¿Acaso?

—Debí de haberme golpeado con algo, soy demasiado torpe—lo interrumpí, intentando alejarme de él.

—Elena, ¿Podrías dejarnos solos unos minutos por favor?

—¿Yo? — preguntó incrédula, y hasta con un cierto tono de reproche.

—Por favor, Elena. Tengo algo importante de que hablar con Julieta—dijo con gran seriedad.

—Pues entonces, no le veo nada de malo en que me quede, después de todo, tú y yo somos amigos, ¿No? Lo que tengas que

decir, dilo enfrente de mí.

— ¡Que salgas he dicho! —exclamo, ya molesto ante la imprudencia de la rubia.

—Que quede muy claro que esto jamás te lo voy a perdonar, Patrick—reprochó, saliendo de la habitación, no sin antes haber azotado la puerta.

Una vez que nos quedamos solos, él, dejo escapar todo el aire que llevaba conteniendo, mientras se tocaba el puente de la nariz, era la primera vez que lo notaba fastidiado ante la presencia de Elena.

—Julieta, por favor, dime la verdad, ¿Por qué tienes ese moretón?

—Ya te dije que debí de haberme golpeado, últimamente he estado muy despistada, entre tanto me…—me dispuse a guardar silencio, ante el grave error que estuve a punto de cometer, pues una cosa era lo que los medios decían sobre mi estado de salud, tanto física como mental, pero otra cosa muy distinta era el de aceptarlo públicamente y reconocer que no me encontraba nada bien.

—Sé que empezamos con el pie izquierdo y tal vez yo no sea Santo de tu devoción y te entiendo perfectamente, pero algo que en verdad no soporto es el de saber o ver que una mujer está siendo maltratada. Si ese es tu caso, quiero que sepas que puedes contar conmigo, escucha—dijo volviendo acercarse a mí, mientras tomaba mis manos—. No toda mi vida es la moda ni mucho menos trabajar con las mujeres más importantes y bellas de América, también, en mis tiempos libres contribuyo con asociaciones que se dedican a ayudar a mujeres que han sido violentadas en varios aspectos.

—Eso es algo muy noble de tu parte—dije con total sinceridad, mientras esbozaba una pequeña sonrisa, pues de cierta manera me sorprendía que él estuviera sincerándose conmigo, por primera vez lo percibía diferente, era: cálido, gentil, noble… ya no encontraba adjetivos suficientes para describirlo en aquellos momentos.

—Julieta—hablo, tomando con fuerza mis manos y mirándome directamente a los ojos—. Confía en mí, te juro que hare lo necesario para ayudarte, sólo háblame… ¿Matthew, te ha hecho eso?

—Ya te dije que no debes de preocuparte—respondí con la voz entrecortada—. No es nada importante.

—¡¿Qué no es nada importante!? —soltó con ironía y molestia—. Eres víctima de violencia, y ¿Qué no es nada importante? Tú sí que estás loca. Nadie tiene derecho a golpearte, ni mucho menos él.

—¿De qué me sirve decir la verdad? ¿Quién me va a creer?

—Tus padres, tu familia, ellos te van a creer, y estoy seguro harán algo al respecto.

—¡Por favor! —exclamé, con el mismo tono sarcástico que Patrick —. Si ellos están al tanto de esto, y son ellos mismos los que me han ordenado que no diga absolutamente nada, sobre todo mi madre, a ella le da pavor que la gente se entere y empiece a hablar.

—No puedo creer lo que me dices… tal vez te estás confundiendo, la señora Amber y el señor Henry, no son así, y te digo porque los conozco de ya hace algunos años.

—Pues entonces déjame decirte, que jamás se termina de conocer realmente a una persona con los años, no es suficiente. Además, ¿Qué gano mintiendo? Desde que regrese, mi vida ha sido un completo infierno, he intentado hacerlos entrar en razón para que no me obliguen a casarme con Matthew, he intentado escapar… pero cada intento ha sido en vano. Te juro que a mí no me interesa que ellos mismos o la sociedad me repudie. Yo sólo quiero volver a Londres y poder continuar con mi vida, ahí, podía ser yo misma, nadie me acosaba ni mucho menos me criticaban por mi aspecto. ¿La gente que sabe sobre mí? ¿Cómo es que se sienten con el derecho suficiente para juzgarme? No tienes ni la menor idea de lo que es vivir con miedo a que tu prometido llegue de malas y a la menor provocación se tire sobre ti y empiece a golpearte como si de un costal de box, se tratara, hasta para eso es meticuloso, pues sabe que no puede golpearme en la cara, ya que eso no le convendría… Pero eso ya no importa, después de todo, soy sólo una chiquilla mimada que busca llamar la atención y que exagera por todo.

—Te juro que no tenía ni idea de todo esto… Yo…

—No digas nada, sólo continuemos como si esta conversación jamás hubiera existido, no quiero que tú también me compadezcas, ya he tenido suficiente, así que… lo mejor será que baje, no quiero

que Matthew se enoje más—me apresuré a decir, mientras limpiaba aquella lágrima solitaria que corría por mi mejilla derecha—. Agradezco el trabajo impecable que has hecho en mí, pues las ojeras y la palidez de mi piel ni se notan… Gracias, Patrick— atiné a decir, tomando mi cartera, para salir deprisa de la habitación.

El trayecto al hotel Royal, me pareció largo y tortuoso, debido a que mi madre no paraba de decirme que debía comportarme a la altura, sobre todo para acallar todos los rumores que giraban en torno a mi salud, pues ya estaba harta de todo lo que se decía sobre nuestra familia. Al bajar, tal cual ya me lo imaginaba, los reporteros se nos fueron encima, dificultándonos el poder avanzar. Matthew, no perdió tiempo y entrelazo nuestras manos, mientras saludaba y sonreía, me trataba con delicadeza, como si yo fuese lo más preciado para él, ante aquel gesto, no pude evitar recordar nuestras primeras salidas, en donde me hizo creer que en verdad había cambiado, que era aquel príncipe que todas esperaban. Mi madre, saludaba y sonreía, mientras se limitaba a responder alguna que otra pregunta.

—Sonríe, querida—murmuró Matthew, mientras depositaba un beso en mi mejilla, ocasionando la excitación de la gente ahí aglomerada.

Frente a las cámaras, parecíamos una feliz pareja, Matthew, siempre intentaba justificar sus infidelidades, alegando que todas esas jóvenes sólo eran simples acosadoras que pretendían sacarle dinero, y que la única mujer a la que amaba era a mí, desde luego que nadie se atrevía a cuestionar aquello, todo lo que salía de la boca de él, resultaba ser tan creíble, sin duda era un gran actor, justo cuando uno de los reporteros se aventuró a cuestionar sobre mi salud, Matthew, se mostró demasiado entusiasta que agradeció las muestras de preocupación hacía mi persona, y aún con aquella sonrisa dibujada en su rostro se despidió, para así ingresar conmigo al recinto.

—Lo han hecho maravilloso—alabó mi madre.

—Espero que valores todas las cosas que tengo que hacer para que no nos descubran—se quejó, apretando con fuerza mi mano—. Te lo vuelvo a advertir, Julieta, no intentes sacarme de mis casillas, pues esta vez no seré blando contigo—finalizo, soltándome de la mano, con el pretexto de ir a saludar a algunas amistades.

Si había algo que me incomodaba eso era el de ser el centro de atención, pues podía sentir las cientos de miradas que se posaban sobre mí, veía como las personas murmuraban y se reían, mientras me miraban, ya podía imaginarme lo que decían de mí, nuevamente aquella voz, estaba atormentándome, mientras que el miedo se hacía presente, mi respiración empezaba a dificultarse, mientras que mis manos sudaban, y se ponían heladas, tenía miedo de colapsar, así que como pude, salí al balcón más cercano, para intentar regular mi respiración, de alguna manera tenía que tranquilizarme, pues de lo contrario terminaría dando algo de que hablar, por primera vez me encontraba realmente sola, pues ni Samantha, ni Steven, estaban ahí para hacerme sentir reconfortada. No supe exactamente cuánto tiempo había estado afuera, hasta que Matthew, más que furioso, me tomo con fuerza por los brazos para zarandearme, mientras me reprochaba mi gran falta.

—¡Te dije que te comportaras! ¿Acaso me estás retando? ¿Quieres que te vuelva a golpear? ¡Eres una estúpida!

—Matthew, por favor, suéltame.

—¿Qué te suelte?

—Por favor, tranquilízate, pueden vernos.

—¿Ahora si te importa? —cuestionó con ironía.

—Por favor, te juro que ya no hare nada que te desagrade.

—Demasiado tarde, ya lo has hecho.

—Sólo salí a tomar un poco de aire.

—¿Me quieres ver la cara de estúpido? ¿En dónde está tu amante?

—¿De qué estás hablando?

—Te juro que cuando descubra quien es el bastardo con el que me engañas, lo voy a matar. No voy a tolerar que me hagas quedar en ridículo enfrente de los demás.

—No sé de dónde sacas eso—musité, intentando ocultar el miedo que sentía, al saber que Matthew, tomara represalias en contra de John.

—Te lo advierto, Julieta. Los veo, y soy capaz de matarlos a los dos, prefiero quedar viudo, a quedar como un maldito imbécil cornudo. Así que ahora, ten la decencia de sonreír y por lo menos finge que estamos bien, pues no creas que me causa placer tener que tocarte o besarte, cuando lo único que me produces es asco. Por tu maldita culpa me he tenido que ver en la obligación de asistir a eventos aburridos. Si bien en estos momentos, podría estar disfrutando de la compañía de verdaderas mujeres, y no de una loca, horrenda y repugnante como tú—escupió con odio, y casi arrastras me llevo consigo de regreso al salón, en donde a duras penas, tuve que tomar mi papel de prometida feliz, mientras soportaba comentarios mordaces y burlas de algunas otras jóvenes de mi edad.

34

«Si estás viva es porque la vida cree en ti».
(Odin Dupeyron)

Esa es la frase que últimamente resuena una y otra vez en mi mente, ya que casualmente la había leído en un libro, tal vez en el momento en que más lo necesitaba, para muchos aquella frase sólo serían palabras sin sentido sacadas de un panfleto de superación personal, pero si la analizábamos con detenimiento, significaba mucho más de lo que aparentaba, mis ánimos subían y bajaban, me encontraba en constantes cambios, un día podía estar sumamente animada y positiva, otros… sólo deseaba una cosa y esa era morir, los atracones con comida continuaban, los medicamentos habían sido suspendidos, y no porque mi medico lo haya ordenado, sino porque yo misma así lo había decidido, las terapias con Mary, habían sido interrumpidas, aun cuando ella, seguía llamándome para saber cómo me encontraba. Ya lo había decidido, no quería que la gente siguiera sintiendo lastima por mí, y si iba a luchar sería por mis propios medios. Samantha y Steven, no estaban de acuerdo con la decisión que había tomado, ocasionando que me distanciara de ellos, pero para mí, eso era lo mejor, la relación con mis padres, cada día iba de mal en peor, no había día en que no discutiéramos y en que mi madre terminara insultándome por mi apariencia, mi hermano, él, sólo era un espectador, que prefería gastar miles de dólares en viajes, a tener que lidiar con los problemas familiares, por otra parte mi padre, últimamente ya ni siquiera llegaba a casa, lo que me llevaba a pensar en que tal vez, pronto le pediría el divorcio a mi madre, y siendo honesta, pensar en ello me tranquilizaba, pues por lo menos, ambos dejarían de lastimarse, si tan sólo lo hubieran hecho años atrás. Con Matthew, las cosas seguían siendo igual, en las revistas de chismes, no se hablaba de otra cosa que no fueran de

sus constantes amoríos, aunque él terminaba negándolo todo, le gente desde luego no era para nada tonta, pero preferían fingir que él era un Santo, incapaz de cometer semejante cosa, pues en cada evento público al que era obligada a asistir, siempre se mostraba super atento y cariñoso conmigo. Cada vez que él salía por viaje de negocios, yo me sentía aliviada y tranquila, pero aquello terminaba justo cuando regresaba, pues la tortura comenzaba, cada vez que se embriagaba, me buscaba, e intentaba someterme a su antojo nuevamente, pero me había prometido a mí misma que ya no lo permitiría, y a base de ello lo que obtenía a cambio era una buena golpiza, la última vez, me había roto el labio y dejado un ojo morado, lo que me obligo a permanecer en mi habitación por casi dos semanas para que la gente no se diera cuenta.

Era verdad… yo misma me daba asco, por ser una cobarde y no atreverme a detenerlo, por seguir soportando en silencio, por ni siquiera ser capaz de alzar la voz para que alguien me escuchara, aunque ahora que lo pienso… había alejado a las únicas personas que estaban a mi lado apoyándome y escuchándome, justo cuando estaba por darme nuevamente por vencida, fue cuando aquella frase me caló tan hondo, que decidí tocar fondo, y empezar otra vez desde cero, no me importaba las veces que lo intentara, y fracasara, siempre volvería a intentarlo, tarde o temprano tendría que vencer a mi miedo, intentaría vivir mi vida, de a poco. Por esa misma razón, por primera vez me atreví a arreglarme, deseaba lucir, aunque fuera un poco más femenina, y aunque tal vez no vestí ropa ajustada o provocativa, me sentía cómoda con aquellos jeans desgastados y rasgados, mientras que aquella blusa ligera me brindaba un gran confort, sin ayuda de Patrick, había logrado maquillarme y arreglarme el cabello, definitivamente siempre estaría agradecida con la persona que había inventado la plancha para cabello, pues sin ese pequeño aparato, mi cabello seguiría siendo un completo desastre. Sin darle explicaciones a nadie guarde un poco del dinero que llevaba ahorrando en mi pequeña bolsita y salí de casa, sólo con un objetivo en mente, y ese era Central Park, deseaba pasar un rato memorable y agradable con la persona que más amaba en el mundo y ese era John, mientras esperaba sentada en aquella banca, a mi

mente llegaban aquellos recuerdos que él y yo habíamos creado en dicho lugar, y en automático una gran sonrisa se dibujó en mi rostro, estaba tan ensimismada en mis recuerdos, hasta que unas manos cubrieron mis ojos, y aquella voz que tanto adoraba, hablaba en mi oído, en ese instante, juro que mi corazón empezó a latir con fuerza y hasta una sensación de hormigueo se hizo presente en mi estómago.

—Hola, amor mío— susurro, depositando un beso sobre mi mejilla.

—¡John! —exclamé, poniéndome de pie, para después colgarme de su cuello.

—No sabes lo feliz que me hace verte sonreír, te ves aún más hermosa—confiesa, devolviéndome el abrazo—. Te he echado mucho de menos, Jul.

—Yo también, perdóname por haberme alejado—dije, bajando la cabeza.

—No tengo nada que perdonarte—respondió, levantando mi mentón, para que lo mirara a los ojos—. Jamás pidas perdón, por intentar sanar a tu manera, aunque no lo creas, alejarse del mundo, es otra forma para sanar y poder volver a empezar.

—Quiero estar bien—confesé—. Ya no quiero tener miedo, no quiero que el miedo y mis inseguridades vuelvan a vencerme.

—Ya te había dicho, que está bien tener miedo, y es algo natural, pero no está bien, que este nos mantenga paralizados y que, a consecuencia de ello, nos perdamos infinidad de cosas extraordinarias.

—He tardado mucho en darme cuenta de ello.

—Nunca es tarde para aprender o para intentarlo, así que olvidémonos de eso y vivamos el ahora, ¿Qué te apetece hacer? —preguntó, abrazándome con fuerza mientras que su mano izquierda acariciaba mi cabello.

—Hay algo de mi lista que deseo hacer más que nunca— dije con emoción.

—¿Me pregunto qué será?

—De mi lista es el número cuatro—expresé con gran emoción.

—Si no me equivoco, es ¿Tatuarte algo muy significativo con esa persona especial?

—¡Si!

—Qué casualidad, pues en la lista que deseo cumplir, la número dos es: **Tatuarme algo significativo con la mujer que amo.**

—Lo sé—respondí con una gran sonrisa—. ¿Te gustaría hacer una locura?

—Nada es una locura, si lo hago contigo—dijo con total seriedad —. Entonces no perdamos más el tiempo y busquemos algún local para tatuarnos.

—¿No te da siquiera miedo? —pregunté con curiosidad.

—Es verdad que no me gustan para nada las agujas, pero… por esta ocasión, seré valiente—respondió guiñándome un ojo.

Así fue como juntos nos aventuramos por las calles Neoyorkinas buscando un lugar apropiado, hasta que dimos con un pequeño local que se encontraba en la quinta avenida, con una fachada un poco descuidada, lo que me hizo dudar un poco, pero ya no podía echarme para atrás.

—¿estás segura? — preguntó, John, antes de ingresar.

—Tal vez nos de hepatitis y tengamos una muerte lenta y hasta dolorosa, pero, si, estoy muy segura de que quiero tatuarme.

—Muy bien—dijo, apretando mi mano, para ingresar al local.

Sentí como el alma volvió a mi cuerpo, al ver lo bien cuidado y limpio que estaba el interior del local, las paredes estaban repletas con fotografías de grandes artistas como lo eran: Michael Jackson, Tina Turner, Cindy Lauper, entre otros, encima del escaparate, se encontraba un cuadernillo abierto, mostrando orgullosamente algunos diseños de tatuajes.

—¿Puedo ayudarlos en algo? — pregunto el chico acercándose al mostrador.

—Mi novia y yo queremos tatuarnos—respondió John.

—Eso es obvio—dijo con cierta burla el chico—. ¿Ya saben que desean tatuarse?

—Aún no— me adelante a responder, mientras ojeaba el cuadernillo.

—Si bien pueden tomarse su tiempo para ver la variedad de diseños que tenemos.

—Te lo agradezco—dijo John, mientras miraba conmigo los diseños.

Tras unos minutos de haber visto la mayoría de diseños, dimos con uno que capto por completo nuestra atención, y ese era un símbolo en forma de infinito con flechas en el medio, se veía simple y discreto, por lo cual, tras haberlo discutido, ambos acordamos en tatuarnos aquel.

—Queremos este—dije, señalando el tatuaje.

—Muy buena elección—alabó el chico—. El símbolo Malín, comparte mucha relación con el símbolo del infinito. Además, es un tatuaje para recordarnos todos los días que necesitamos avanzar y superar cualquier obstáculo por muy grandes que sean las piedras que encontremos en el camino.

—¿De verdad?

—Así es. Tal vez su apariencia es un tanto simple, pero su significado es algo muy profundo, sin duda ustedes han hecho una gran elección, Entonces, ¿quién va primero?

—Yo.

—Muy bien, pasa por favor—me indicó, guiándome a una pequeña cabina, mientras que otro chico, salía para atender a John. Dos horas más tarde, ambos salíamos del pequeño local, con cien dólares menos, pero sonrientes y con la muñeca izquierda vendada, pues habíamos decidido que para que el tatuaje tuviera aún mayor significado, nos tatuaríamos, del mismo lado en donde se encontraba nuestro corazón.

—Creo que tendré que usar sudaderas para siempre—bromeé.

—¿Te arrepientes?

—No, ¿Y tú?

—Tampoco, al contrario, esta es la mejor decisión que he tomado.

—Gracias, por ayudarme a cumplir una de las cosas de mi lista.

—Para eso estoy… Quiero hacer posible cada cosa que desees.

—Y desde que nos conocimos lo has hecho.

35

—¡No puedo creer que te hayas tatuado! — exclama muy molesta mi madre, quién tira con fuerza de mi muñeca—. sólo mírate, ahora pareces una delincuente… Tú, sí que no piensas en las graves consecuencias que nos traerá.

—No me arrepiento de haberme tatuado—respondí de manera despreocupada, zafándome de su agarre.

—Quieras o no, te vas a quitar esa porquería, no voy a tolerar que mi hija salga públicamente luciendo como una delincuente.

—No pierdas tu tiempo, madre, que no me lo voy a quitar, si me lo he hecho ha sido por algo.

—¿Cómo te atreves? ¿Qué va a decir la gente? ¿Qué van a decir tu suegra y Matthew? ¡Dios, ya no sé qué hacer contigo!

—¿Alguna vez en tu vida, dejara de importarte lo que los demás piensen sobre nosotros?

—No digas tonterías, tú no entiendes nada.

—Porque entiendo, es por eso por lo que te lo estoy preguntando. Esta disqué familia—dije, haciendo comillas con mis dedos—. Esta rota, porque a ti sólo te importa el qué dirán, el prestigio y ni se diga el dinero. No termino de comprender por qué la vida te permitió siquiera ser madre, si desde que tengo uso de razón jamás has sabido serlo.

Apenas terminé de decir aquello, la palma de mi madre se estrelló contra mi mejilla derecha, obligándome a girar la cara, debido a la fuerza aplicada.

—¡Cállate! Ni siquiera sabes lo que estás diciendo—gritó, apretando sus puños—. ¿De verdad crees que soy feliz? —cuestionó con ironía—. Si por mi hubiera sido, nunca me hubiese casado con tu padre y jamás los hubiera tenido a ti y a Sebastián. Yo no pedí vivir esta vida tan miserable, soportando en silencio los desplantes

de tu padre, ni las burlas constantes de los medios, pero tuve que ser fuerte y más inteligente, como para saber sobrellevar todo.

—¿Y es eso lo que quieres para mí? —cuestioné con ironía—. ¿Que yo siga tus pasos? ¿Qué me case con alguien a quien no amo?

—Matthew, te quiere, muy a su manera, pero te quiere.

—¡Claro! — bufé—. Me quiere tanto que cada vez que puede se burla de mi apariencia, me insulta y cada que se embriaga e intenta sobrepasarse conmigo y yo lo impido, me golpea, ¿pero sabes que es lo peor del caso, madre? Que tú, finges no ver ni saber nada, ¿De verdad, debo seguirte llamando, madre? Si lo fueras, no permitirías nada de esto.

—Ya te dije que lo hago por tu propio bien, si te casas con Matthew, no te va a faltar nada.

—¿Crees que me importa el dinero? Yo no soy como tú.

—¿Sigues con esa absurda idea de regresar a Londres y convertirte en profesora de literatura? Despierta, Julieta, serás nada, ¿de qué vas a vivir? ¿Quieres vivir en la miseria? No me digas… otro de tus sueños es casarte con un pobre Diablo— bufó—. ¡Claro! Olvidaba que el amor, te da un techo donde vivir, comida decente y ropa, definitivamente he sido una tonta.

—No me importaría tener carencias, siempre y cuando fuera con una persona que realmente me ame y apoye en mis proyectos. Aunque lo consideres una tontería, eso me haría feliz.

—Deja de leer tantas novelas, que no han hecho otra cosa que perjudicarte, es tiempo de que te des cuenta de que la vida no es justa, la vida es cruel, y es por eso por lo que uno tiene que ser demasiado inteligente y fuerte, para poder sobrevivir. —Así que prepárate que llamaré a mi dermatólogo, él sabrá qué hacer.

—Ya te lo he dicho, no pierdas tu valioso tiempo, que no pienso quitarme este tatuaje… además, no me interesa lo que la viuda Hamilton y Matthew, piensen, esta vez no voy a permitir que me arrebaten algo que me hace feliz—dije con total firmeza, que por unos segundos hasta yo misma me sorprendí de lo que acababa de decir.

—Ni creas que te vas a salir con la tuya… niña tonta—dijo indignada, dándose la media vuelta.

Por otra parte, yo me sentía orgullosa de mí misma, pues finalmente me estaba revelando. «John» sonreí al tocar el dije de mariposa que él me había regalado en navidad, amaba aquella cadenita, que siempre la llevaba conmigo, así fuera en mi cartera o colgando orgullosamente en mi cuello cada vez que podía hacerlo.

36

—¡Buenos días, New York! Gracias por acompañarnos otro día más en su programa Hot News, como siempre mi compañera Rosie, les trae los chismes más esquicitos de la farándula, pero antes de iniciar, aprovechamos en felicitar nada más ni nada menos que a Julieta Smith, pues hoy está cumpliendo veinte años, si no estuviera comprometida con el apuesto magnate Matthew Hamilton, bien podríamos decir que es una solterona— sonrió, mientras de fondo se escuchaban varias carcajadas.

—Que mala eres, Elle— le reprocho Rosie, mientras reía.

—Es la verdad querida, y nadie puedo contra eso, ¿Cierto? —cuestionó dirigiéndose al público ahí presente.

—¡si! —corearon al unisonó.

—Lo ves, Rosie. Yo no estoy siendo mala, sólo honesta.

—Como sea, muchas felicidades a la futura señora Hamilton. Espero que se la pase increíble y que las casas de alta costura la consientan mucho. Después de todo, es la prometida de uno de los hombres más importantes de América.

No sé en qué demonios estaba pensando, como para atreverme a siquiera ver aquel programa de porquería, bufando, apague la Tv, y avente el control, mientras recargaba mi cabeza en el respaldo del sillón. ¡Cielos, veinte años! Hoy cumplía veinte años, estaba cayendo en cuenta de lo rápido que pasaba el tiempo, y en cómo había cambiado mi vida, pues años atrás empezaba a creer que mi vida estaba tomando un buen rumbo, sin embargo, la vida misma me había sorprendido con sus planes, planes para los que yo no estaba lista, ¿algún día lo estaré? Ni siquiera fui capaz de seguir meditando sobre mi vida, pues el alboroto que había en la casa lo hacía imposible, y es que mi madre, había decidido ofrecer una gran recepción en nuestra casa, como de costumbre asistiría la creme de la creme, por si fuera poco los medios de comunicación no podían

quedarse fuera, y aunque faltaban algunas horas, yo empezaba a ponerme ansiosa, las voces, pisadas, el abrir y cerrar de las puertas se escuchaban con tanta frecuencia, que me daban ganas de escabullirme por mi balcón y correr hacía John, para sentirme a salvo, pero era muy consciente de que aquello sólo le traería serios problemas a él y eso era lo que menos quería.

—Julieta, ¿Puedo pasar? —llamó Patrick del otro lado de la puerta.

—Pasa—respondí, sin muchos ánimos.

—¿Cómo estás, Jul? —preguntó con cierta amabilidad.

—Tensa, nerviosa, y un tanto fastidiada—respondí con sinceridad, mirándolo a los ojos.

—Me imagino, pero veras que hoy será un día increíble—aseguró, dándome un ligerito golpe en el hombro, mientras me sonreía de manera afable.

—¿Tan seguro estás?

—Al menos hoy la prensa se comportará.

—Ellos no son de fiar, son doble cara, como todas las personas que frecuenta mi familia, sólo esperan que uno cometa errores para que después ellos lo empiecen a divulgar.

—¿Cómo van las cosas con Matthew? —preguntó de repente, tomando una postura seria.

—Afortunadamente no lo he visto mucho, debido a sus viajes de negocios, lo cual agradezco profundamente, sólo ruego porque no llegue a arruinar este día, que se supone debe ser especial.

Era cierto que Patrick, ya no me trataba con indiferencia, incluso era amable y demostraba preocupación por mí, de hecho, ya empezaba a inspirarme cierta confianza, incluso su cambio tan repentino me había tomado por sorpresa, pues cada vez que venía a casa para arreglarme, lo hacía sólo, Elena, aquella rubia que tanto detestaba ya no lo acompañaba. Definitivamente las cosas iban cambiando, había veces en las que deseaba poder contarle sobre John, pero eso ya sería demasiado arriesgado.

Por otra parte, mis inseguridades continuaban, y como todo en esta vida, había ocasiones en los que me encontraba de excelente ánimo, y otros en los que me cuestionaba sobre el porqué de mi existencia, cuando sucedía eso, llamaba a John, escuchar, aunque

fuera su voz me tranquilizaba y reconfortaba, cuando cerraba los ojos, podía visualizar un futuro a su lado. Cada día que pasaba, estaba más segura que lo que sentía por él, era amor, pero no era un amor idealizado como aquellos que se nos muestran en los libros de romance, en donde todo pinta de color de rosa, pues desde luego que como toda pareja, también teníamos nuestras diferencias, aunque la mayor parte del tiempo se debía a mis constantes cambios de humor e inseguridades, y él, aguantaba todo aquello, y en vez de alejarse, se mantenía firme a mi lado, sosteniendo mi mano, eso para mí, era el significado del verdadero amor, uno que con sus altibajos, se mantiene fuerte.

sólo había una sola cosa que me preocupaba, y eso era que mi familia al enterarse intentara por todos los medios alejarnos, el pensar en diferentes posibles escenarios, me causaba pánico, porque era consciente de que yo podía soportar cualquier cosa, menos que lastimaran al único chico que tanto amaba.

JOHN.

Hoy es un día demasiado especial e importante para mí, incluso el cielo parece saberlo, pues, aunque los últimos días había estado nublado, justamente hoy, el cielo esta despejado y con el sol en todo su esplendor, mi pecho se hincha de orgullo al saber que un día como hoy, la mujer que tanto amo, había llegado hacía veinte años atrás a este mundo, para que en un futuro le diera sentido a mi vida, algo que jamás me cansaría de agradecerle a Dios y a la vida, por habernos hecho coincidir. Y aunque deseaba llevarla a algún lugar especial, no podía, debido al compromiso que ella ya tenía, así que sólo me quedaba buscar la manera para poder acercarme durante la fiesta, algo que me iba a resultar un tanto titánico, debido a que los invitados la acapararían por completo, un tanto abatido, me dispuse a arreglar, mientras me ataba la corbata, internamente le daba las gracias al señor Henry, por haberme invitado a la fiesta que con tanto esmero había preparado su esposa para festejar a Jul.

Como esperaba, uno de los choferes del señor Henry, apareció afuera de mi edificio a las siete de la tarde, ni un minuto más ni un minuto menos, el pobre hombre apenas había respondido a mi saludo de manera muy escueta, el trayecto a la gran residencia había sido en completo silencio, pues aunque yo había intentado sacarle platica a aquel hombre, me fue imposible, pues sólo respondía con monosílabos, mientras se concentraba en el camino, conforme la casa se divisaba, los nervios no tardaron en hacerse presente, los latidos de mi corazón empezaban a ser irregulares, como si me fuese a dar una taquicardia, pero aquella sensación no hizo otra cosa que empeorar cuando el automóvil negro se detuvo afuera de la residencia, pues el ver a los medios ahí aglomerados esperando atentamente a que ella o algún otro invitado importante apareciera. Con manos temblorosas tome aquel arreglo de rosas y salí del vehículo, tras acomodarme el saco y comprobar que mi apariencia era impecable, fui subiendo uno a uno los escalones, mientras algunas miradas curiosas se posaban en mí, algunos me

miraban con curiosidad mientras que otros lo hacían con desdén y hasta cierto punto los entendía, pues yo no pertenecía ahí, pero tampoco iba a demostrar la incomodidad que sentía como para marcharme, así que con aquel orgullo que tanto me caracterizaba, les devolví la mirada, y con seguridad empecé a caminar, después de todo yo había accedido asistir por ella, ella era lo único valioso e importante de aquel lugar.

—¡John! — saludó Steven, quien estaba acompañado por Samantha, ambos al verme no dudaron en acercarse a mí.

—Señor Hamilton, señorita Smith—devolví el saludo con total respeto, pues ante todo estábamos en un lugar público y no podía darme el lujo de tutearlos.

—¿Señor Hamilton? —cuestionó con incredulidad Steven—. Vaya, no tenía ni idea de que me parecía tanto a Matthew—dijo con cierto sarcasmo—. ¿Desde cuando empezamos a tratarnos con tanta formalidad, señor Thompson?

—Por favor, John—dijo Samantha—. Sabes que detesto las formalidades y yo pensé que los tres éramos amigos, ¿Lo has olvidado?

—No, claro que no, señorita Smith.

—¿Entonces, porque recurres a las formalidades?

—Sé cuál es mi lugar aquí.

—¿De verdad? —inquirió Steven—. ¿Y según tú, cuál es tu lugar aquí?

—Soy un empleado más, por tal motivo, les debo respeto a mis superiores.

—Al Diablo, las absurdas reglas, no seas tonto, a mí no me interesa nada de eso, tú eres un gran amigo para mí, así que espero no vuelvas a hacerme esto.

—Pero…

—Te lo he dicho, tú y yo somos amigos, John, y lo mínimo que espero de un buen amigo es un saludo sincero—finalizó, dándome un fraternal abrazo seguido de un apretón de manos—. Supongo esas rosas son para…

—Así es, no es gran cosa, comparado con los regalos que toda esta gente le dará.

—Esta noche sí que estás de imprudente—reprochó Sam—. Tú mejor que nadie sabe que ella detesta las cosas ostentosas. Además, apuesto a que tus rosas le alegraran la noche.

—Espero que Matthew, no haga acto de presencia—dijo Steven, mirando su celular.

—¿Has hablado con él?

—Me acaba de escribir, para decirme que hará todo lo posible por llegar, aunque no es muy seguro.

—Ojalá y no.

—Yo espero lo mismo, querida—respondió con una gran sonrisa, acariciando el rostro de su acompañante.

—Siento que me he perdido de algo.

—Te has perdido de muchas cosas—soltó con gracia.

—Es lo que veo.

—Bueno, Sam y yo, estamos de pareja—respondió, abrazándola—. Y espero que pronto podamos dar otra gran noticia.

—¿De verdad?

—Si—respondió ella, ruborizándose.

—Felicidades, ambos merecen ser muy felices.

—Gracias, John…espero que ustedes dos también lo puedan ser—aquello ultimo lo dijo en voz apenas audible—. De ante mano, saben que cuentan con nosotros.

—Se los agradezco mucho.

—Para eso estamos los amigos, ¿cierto? Y hablando de… mira quien hace acto de presencia—dijo en tono burlón, posando su vista hacía la larga escalinata, en donde descendía ella junto a sus padres y hermano, para ese momento, los flashes empezaron a ser disparados, mientras que ella sonreía, se notaba que lo hacía muy a la fuerza, incluso en su mirada podía notar temor y fastidio, desde luego que no la culpaba, pero lo que me preocupaba era que volviera a sufrir otro colapso, odiaba cuando eso sucedía, y no porque tuviera que reconfortarla, sino porque me dolía verla llorar y lastimarse, prefería mil veces morir, antes de verla lastimarse a sí misma.

Tal cual lo había predicho, acercarme a ella, me estaba resultando muy difícil, pues justo cuando creía era el momento oportuno, otro

invitado se acercaba para acaparar su atención a tal grado de alejarla de mi alcance, por un instante estuve a punto de rendirme y marcharme con mi arreglo de rosas si no hubiera sido por la gran ayuda de Steven, quien logro apartarla de toda la gente.

—John—dijo con emoción.

—Jul—respondí con la misma emoción, pues al verla, los demás desaparecían—. Te ves hermosa.

—Gracias—respondió, intentando contenerse.

—Muchas felicidades, tal vez no sea la gran cosa, pero espero te gusten—dije tomando de la mesa el arreglo de rosas que con tanto cariño había mandado a hacer para ella.

—¡Son preciosas! —espetó con entusiasmo y sin poder contenerse más se abalanzo sobre mí, ocasionando que varias miradas incrédulas y molestas se posaran sobre nosotros—. Muchas gracias, Te amo—susurro.

—Feliz cumpleaños, amor mío.

—Que detalle, John—interrumpió Steven, para aligerar el asunto —. ¿A que son bellas, no Jul?

—Si—respondió, separándose de mí.

—Sam, porque no acompañas a Jul a su habitación para que deje su arreglo, mientras que yo platico con un gran amigo—aquello último lo dijo fuerte.

—Esto, le traerá problemas, ¿verdad?

—No voy a mentir al decir que la gente no empezara a hablar, pero no te preocupes, que ya tengo todo arreglado, lo que si agradezco es que Matthew, no vendrá.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Su asistente acaba de llamar—dijo con ironía—. Es lógico de que el patán de mi primo prefiere pasar la noche con su asistente a tener que estar aquí, y es un gran favor el que nos hace, así no le va a amargar la noche a Jul.

—No logro concebir que el señor Henry, este de acuerdo con un matrimonio así, ¿acaso no quiere a su hija? Si yo estuviera en su lugar, no permitiría tal cosa.

—Entiendo tu molestia, John, incluso hasta yo, me siento indignando, pero a Henry, sólo le interesan el dinero y el prestigio,

así fue como fundo su imperio. Soy consciente de que esto no va acorde al siglo en el que vivimos, pero la triste realidad es que todavía se siguen arreglando matrimonios. John, si de verdad amas a Jul, pelea por ella hasta el final, no te rindas.

—No lo haré, ella lo vale todo. De hecho, lo estuve meditando y quiero hacerle saber al señor Henry, lo que siento por su hija, pero primero tengo que hablar con Julieta, no quiero hacer algo que ella no quiera o peor que por mi egoísmo la afecte.

—Haces bien, John. Les deseo cosas buenas—dijo con sinceridad, para retirarse un momento, debido a que unas amistades lo llamaban.

El resto de la velada transcurrió sin problema alguno, desde luego que algunas personas no dejaban de mirarme mientras cuchicheaban, algo que realmente me tenía sin cuidado, sólo me preocupaba que nuestro pequeño impulso le trajera serios problemas a ella. El banquete y las bebidas se prepararon con tanto esmero y delicadeza, pues habían contratado a los mejores chefs, por donde quiera que uno mirara, la opulencia se podía notar, definitivamente la señora Smith, había planeado hasta el más mínimo detalle, cada vez que podía, Jul y yo nos dedicábamos miradas y sonrisas cómplices, justo cuando estaba por marcharme, le dedique una última sonrisa y le envié un mensaje, el cual estaba seguro leería más tarde.

John.
El viernes a las dos, en el lago de Central Park.
Te amo 🥰

John.
No sabes lo agradecido que estoy con Dios por tu existencia
y con la vida, por habernos hecho coincidir.
En este día tan importante y especial,
deseo de todo corazón que seas muy feliz.
(Espero poder celebrar muchos cumpleaños a tu lado)

37

Después de todo mi cumpleaños no fue tan malo, pues cosas buenas me sucedieron, lo primero fue que Matthew no se apareció en mi fiesta, ya que casualmente esa misma noche, Steven informo que su primo alargaría su viaje de negocios, lo cual me dejaba tranquila, pues descansaría unos días más de él, por otro lado, la presencia de John fue algo que me hizo muy feliz, pero lo que sin duda me dejo sin palabras fue aquel hermoso arreglo de rosas, el cual adorna mi mesita de noche. Me parece realmente sorprendente como este sigue intacto, ahora entiendo eso que dicen. «cuando alguien te obsequia una flor con mucho amor, está en vez de irse marchitando, se abre más y mantiene su increíble belleza por días». Definitivamente ese gran detalle, me había hecho tan feliz, que de la emoción, me olvide del lugar en donde nos encontrábamos y de la gente que nos rodeaba, que me lance a sus brazos como siempre solía hacerlo, aunque claro al término de la velada, no recibí otra cosa que reclamos y regaños por parte de mi madre, pues mi padre como de costumbre se encerró en su despacho para no tener que escuchar los gritos de ella, pero siendo franca no me importo en lo absoluto las cosas que ella me dijo, pues hice oídos sordos y sólo me concentre en que llegara este día y en las cosas buenas, al menos eso me mantenía cuerda y con vida.

Como era ya casi una costumbre, traté de que mi arreglo personal fuera lo más femenino posible, aunque claro, sin dejar de usar aquella ropa holgada que siempre me hacía sentir cómoda y segura, por primera vez, hice aún lado las gafas oscuras, pues caía en cuenta de que sólo así lograría llamar más la atención, y eso era lo que menos quería. Más que feliz, y sonriente, tome mi pequeño bolso, y salí de mi habitación como alma que llevaba el Diablo, sin siquiera voltear a ver a nadie, pues me urgía más llegar a Central Park, que detenerme a darle explicaciones a mi madre, las cuales

más tarde, seguramente me pediría, pero algo era seguro, yo no le diría palabra alguna, y eso me hacía sentir bien, pues una vez más me estaba revelando.

Daniel se había ofrecido en llevarme hasta el lugar en el que vería a John, pero tampoco quería que él se viera involucrado, así que, tras agradecerle por su servicio ofrecido, decidí caminar, después de todo, sólo caminaría por diez minutos, el tiempo suficiente para intentar calmar los nervios que ya se apoderaban de mi cuerpo, al divisar la entrada del parque, aquellas mariposas que siempre solía sentir en el estómago cada vez que veía a John, no tardaron en aparecer, sobre todo cuando llegue al lugar pactado, lo que a continuación mis ojos vieron, me dejaron pasmada, pues debajo de aquel gran árbol, se encontraba una gran manta extendida y sobre ella, un ramo de rosas, una canasta y algunos postres, mis ojos no tardaron en humedecerse, lloraba de felicidad, pues de la lista que había escrito con las cosas que deseaba hacer, John había hecho posible la número siete y ese era el de Hacer un Picnic.

—No, no llores, mi amor—dijo John preocupado, yendo a abrazarme—. Mi intención no era hacerte llorar—se escuchaba un tanto afligido—. Soy un tonto, pensé que te gustaría la sorpresa.

—Me… me ha gustado muchísimo—logre decir, mientras lo abrazaba con fuerza—. Has cumplido una de las cosas que tanto anhelaba hacer…gracias, gracias.

—Lo hago con gusto, mi único objetivo en esta vida es hacerte sonreír, adoro cada vez que lo haces, haces que le encuentre más sentido a la vida, mi amor.

—Jamás me había sentido amada, hasta que te conocí. ¿Sabes? —musité, limpiándome la nariz con el dorso de mi mano—. Yo siempre me considere una persona con mala suerte, por todo lo que me sucedía, y hasta cierto punto lo estaba aceptando, jamás imagine que algún día iba a conocer a alguien tan extraordinario, dispuesto a amarme con todos mis defectos y demonios.

—Los defectos son los que nos hacen únicos y especiales. Para mí, tú eres la mujer más hermosa sobre la faz de la tierra, eres lo mejor que me ha pasado y agradezco infinitamente el haber asistido a aquella fiesta, pues fue ahí, que quede prendado de ti, fue justo

en ese breve instante que tú te robaste mi corazón y tu imagen se apodero de mi mente, pues no había día en que no pensara en ti, ahora comprendo que la vida, fue la que hizo que nuestros caminos se cruzaran y tal vez lo ha hecho por algo, estoy seguro de que al final algo maravilloso nos aguarda, sólo que aún es muy pronto para saberlo.

—Por ti, estoy intentando ser una mejor persona.

—No, Julieta, si estás intentando ser una mejor persona, que no sea por mí, que sea por ti, jamás intentes cambiar por alguien, ese sería el peor error que estarías cometiendo, no le adjudiques tus sueños, tu felicidad y tu bienestar a otra persona que no seas tú misma. Yo sólo estoy aquí para sostener tu mano, apoyarte y escucharte, quiero verte desplegar tus alas y que llegues muy lejos, ¿recuerdas el día que te obsequie aquella cadena de mariposa?

—Si, y desde entonces siempre la llevo conmigo—dije mostrándole con orgullo la cadenita.

—Te dije que eras igual que una mariposa, aunque no te hayas dado cuenta todavía, de a poco estás saliendo de tu crisálida y tarde o temprano extenderás tus alas y volaras, cuando eso suceda, yo no podré estar más orgulloso.

—John…

—¿Sí?

—Siempre estarás a mi lado, ¿verdad?

—Pase lo que pase, lo estaré, incluso si algún día muriera, tienes que estar segura de que yo caminaría a tu lado y velaría tus sueños, aunque tú no me vieras.

—No digas eso—le recriminé, recargando mi cabeza en su pecho, mientras lo abrazaba por la cintura.

—Ambos sabemos bien que la vida es efímera, por eso es importante disfrutar cada momento, por más pequeño que este sea y como te dije. Ahora mi mayor prioridad es el de ayudarte a que cumplas cada una de las cosas que has escrito en tu lista.

—No quiero imaginar cómo sería mi vida, el día en que tú no estes conmigo.

—Tal vez no la misma, pues queramos o no, las personas que entran en nuestras vidas llegan a ellas con un único propósito, pero

casi siempre nos dejan una lección valiosa, eso es lo que nos hace crecer como personas.

—Me estás ayudando a salir de mi zona de confort.

—Me da gusto escuchar eso—confesó, depositando un beso en mi frente—. ¿Ahora te parece, si nos sentamos?

—Si—respondí esbozando una sonrisa, aunque en el fondo la conversación que habíamos tenido segundos antes me había dejado intranquila, pues como había dicho antes, una vida sin John simplemente no tendría sentido alguno, si él ya lo era todo para mí, el pensar en su ausencia, me causaba pánico, ¿Qué haría yo, sin él?

Como si John, pudiese leer mi mente, me abrazo tan fuerte, mientras acariciaba mi cabello, y me aseguraba que siempre estaría a mi lado, que nada podría separarnos, ya que él y yo estábamos destinados a estar juntos, y eso era cierto, si no ¿Por qué razón las personas solían conocerse en los lugares y momentos menos esperados?

—Siempre voy a estar contigo, nunca vas a estar sola, lo juro, Julieta.

—¿Es una promesa? —cuestioné, aunque sonó más como suplica.

—Es una promesa—afirmó.

—Yo te prometo desde este momento, que mientras viva te amaré. ¿Sabes?

—¿Qué sucede, amor mío? —cuestiona con curiosidad, alejándose un poco de mí.

—Eres la razón por la que creo en el amor, el cielo ha escuchado mis plegarias, porque tú has sido la respuesta a cada una de ellas.

—Te amo, te amo—musitó juntando nuestras frentes—. Mi corazón, siempre va a ser tuyo.

El resto de la tarde fue maravillosa, pues no sólo probe un poco de los postres que él había llevado, sino que también disfrute de cada una de las anécdotas que me contaba, las cuales algunas eran divertidas, ocasionando que el estómago me doliera de tanto reír, y ahora me daba cuenta de algo más, él en un sólo día me había ayudado a cumplir dos cosas de mi lista y esa era la número nueve. Reír a carcajadas hasta que me duela el estómago.

En ese momento yo era inmensamente feliz, tanto que no quería que el día terminara, sin embargo, de algo estaba muy segura… siempre recordaría este momento, así pasaran veinte o cuarenta años, sería uno de mis recuerdos favoritos.

38

—Creo que ya es tiempo de que empecemos a ver tu vestido de novia—musitó mi madre, mientras tomaba asiento en su sillón preferido—. Estuve pensando y me gustaría que fuera Vera Wong, quien lo confeccionara, tiene diseños tan bonitos, que, incluso se verían bien en tu cuerpo tan robusto. Si tan sólo fueras más delgada, sin duda alguna parecerías toda una princesa, enfundada en uno de sus diseños, pero toca conformarse con lo que tenemos.

—¿Alguna vez me dejaras tranquila por mi aspecto?

—No lo digo para molestarte, hija, sólo estoy siendo sincera, si tan sólo te pusieras adieta lo que resta del año, por que estuve hablando con Laura, y ambas coincidimos que la fecha apropiada para una boda sería en diciembre.

—¿Tan pronto?

—Que exagerada eres, me he visto muy benevolente que convencí a Laura, para que la fecha de la boda se fijara hasta diciembre del próximo año, me habías dicho que quieres disfrutar de tu libertad, ¿no es verdad? Pues te lo estoy concediendo.

—Pero…

—No, Julieta, ya no hay peros que valgan, vas a tener casi dos años, para ser libre, cuando te cases vas a tener que obedecer a Matthew, no querrás que él vuelva a perder los estribos y se desquite contigo, ¿verdad, hija?

—Eres ruin.

—sólo estoy velando por tus intereses, algún día lo entenderás, ahora, volviendo al tema del vestido, agendé una cita con Vera, y ella encantada ha accedido en vernos el próximo lunes, así que, por favor, compórtate delante de ella, o al menos finge emoción.

—¿Cómo podría hacer semejante cosa?

—Lo has estado haciendo últimamente, así que no te costara trabajo, alguno.

—Por favor, madre, te ruego no me obligues a hacer algo que no quiero.

—¡Suficiente! Estoy harta de tu comportamiento tan infantil, te he pasado cada una de tus rabietas tontas, incluso te pase lo de tu estúpido tatuaje, como si realmente me hiciera sentir bien, que mi hija, vaya por ahí, luciendo como una carcelera. Va a llegar un momento en el que me harás perder la poca paciencia que tengo y entonces si me vas a conocer.

—¿Puedes ser aún más ruin? —cuestioné con ironía.

—¡Chiquilla estúpida! —exclamó furiosa, levantándose del sillón, para tomarme con fuerza del rostro—. Que sea la última vez que me vuelves a faltar al respeto, ya estoy harta de ti.

—Al menos sé, que no soy la única que siente lo mismo— respondí, intentando mantenerme calmada, como si las palabras de mi madre no me hubieran lastimado.

—Resígnate de una vez a que te guste o no, vas a ser la esposa de Matthew y que el próximo diciembre te casas, y no me importa si tengo que llevarte a la iglesia arrastras, ten por seguro que lo hare, no voy a dejar que una chiquilla mimada y tonta arruine nuestros planes.

Sin decir palabra alguna, me zafe de manera brusca de su agarre y me fui a mi habitación, el imaginarme ingresando a la iglesia y con un sinfín de paparazis ahí aglomerados esperando el momento en que yo cometiera el más mínimo error, para que ellos no pararan de criticarme, para nada era alentador. Era verdad que deseaba casarme, luciendo un vestido hermoso, como los que suelen usar las princesas de Disney, incluso soñaba con el día de mi boda, me lo imaginaba como el día más feliz de mi vida, yo ingresando muy sonriente del brazo de mi padre, caminando por el largo pasillo de la iglesia, la marcha nupcial siendo interpretada por un chelo y piano, los invitados de pie me mirarían atentos, yo seguiría sonriendo, nerviosa, feliz, con un sinfín de mariposas revoloteando en mi estómago y de pronto todo y todos dejarían de existir para mí, cuando lo viera a él, a mi futuro esposo, mirándome atentamente, intentando controlar sus lágrimas de felicidad, mi padre me

entregaría a aquel hombre, ambos al mirarnos, sonreiríamos. Sin chistar yo diría el

«Si acepto» al decir nuestros votos, lo haríamos desde lo más profundo de nuestros corazones, nos juraríamos amor y respeto eterno delante de Dios, y con suma delicadeza él, pondría la argolla en mi dedo anular, tal vez yo lo haría de una manera torpe cuando fuese mi turno, debido a los nervios del momento y eso haría que ambos nos riéramos, tal vez me ruborizaría por mi torpeza, pero me relajaría, y cuando llegara el momento del tan esperado beso, sería uno tierno, suave y delicado, los invitados aplaudirían extasiados. En ese momento aquel hombre que soñaba no tenía rostro, sin embargo, ahora lo tenía, y ese era John. Se supone que el día de tu boda, debe ser uno feliz, y que uno se casa por amor y no por imposición alguna, eso debería de quedar prohibido. ¿Qué sentido tenía casarse sin amor? Si después de todo, ambas partes iban a terminar siendo infelices, agrediéndose y hasta odiándose, ese era el infierno que a mí me esperaba con Matthew y ni siquiera era capaz de imaginarme la consumación de dicho matrimonio, pues él me causaba miedo y repulsión, y de sobra sabía, que si me negaba, yo terminaría seguramente en el hospital de la golpiza que me pondría, no sólo esa vez, si no todas las veces que intentara tocarme, y que desde luego mis padres se harían de la vista gorda, porque eso era exactamente lo que me esperaba, aquella fecha que tanto estuve evitando, estaba a casi nada de llegar, pues los días transcurrían muy rápido, y yo me quedaba sin tiempo para poder escapar.

39

Francamente la visita al estudio de Vera Wong, no fue de lo más relevante, al menos para mí, en cambio para mi madre resulto ser todo lo contrario, estaba tan encantada, que incluso ella parecía ser la que se iba a casar, ya que apenas pusimos un pie dentro del recinto, acaparo por completo a la pobre diseñadora, llego un momento en el que deje de prestar atención a lo que ellas decían, pues era demasiado obvio que yo estaba ahí a la fuerza, sin embargo lo que me causaba terror, era el hecho de que con justa razón los periodistas iban a estar pegados a mí, ahora sí, hablando de la boda del año, lo que ya me causaba estrés, pues me quedaba poco tiempo, si en verdad quería estar con John, tenía que pensar en algo, ya no podía quedarme de brazos cruzados, y esta no era la primera vez que me planteaba esto, pues ya llevaba algunas semanas haciéndolo, pero justo cuando estaba por ser impulsiva, el miedo a que mi familia tomara represalias en contra de John, me detenía, y justo ahí, era cuando me decía a mí misma que no podía ser tan egoísta, pero… ¿el buscar la felicidad, era ser egoísta? La impotencia y el miedo no me dejaban avanzar, aunque una parte de mí deseaba lanzarse e intentarlo, la otra parte me frenaba, definitivamente mi vida era tan caótica, que yo misma me estaba ahogando en un vaso con agua.

Los días transcurrían de manera más rápida, y tal como lo había predicho, los medios no paraban de hablar sobre la boda que se avecinaba, incluso algunos ya hasta estaban prediciendo la fecha exacta, mientras que otros comentaban sobre los invitados importantes que asistirían, desde luego que el nombre de Vera Wong, se podía leer en las portadas de las revistas, mientras que yo, tenía que lidiar con el ser aún más acosada, siempre tenía a dos o tres periodistas pisándome los talones, por lo que mis salidas con

John, tuvieron que parar, al menos en lo que encontrábamos una forma para vernos a escondidas, por otra parte las cosas con Matthew, seguían igual de mal, pues no había día en que no discutiéramos, y que él aprovechara para ofenderme y golpearme.

En esta ocasión, la paliza que me dio no fue tan severa, pues sólo había logrado romperme el labio inferior, si no hubiese sido por que logre protegerme el rostro con las manos, ¿Cuánto tiempo más iba seguir soportando dicha pesadilla? Y ni se diga de los problemas alimenticios con los que seguía lidiando, o esas voces que me recordaban lo tonta e insignificante que era, no había noche en que no llorara en mi habitación, en que no me autolesionara, o en los que suplicaba dejar de vivir, estaba llegando al límite, ya no me quedaban fuerzas para seguir luchando, mis Demonios eran más fuertes que yo, ellos me estaban venciendo.

¿Por qué soy tan débil? ¿Por qué soy una cobarde? ¿Alguien me recordara con amor, si yo llego a morir? ¿Cuánto tiempo más podré seguir aguantando? Preguntas y más preguntas, invadían mi mente, aquellas que me atormentaban día y noche, aquellas que no me dejaban dormir, aquellas que yo intentaba responder, pero que ni yo misma sabía las respuestas.

De rodillas caí al suelo, mientras las lágrimas nublaban mi vista, «Eres patética» «No vales nada» «Lo único que das es lastima» «¿En verdad crees que le importas a alguien?» «Hazle un favor al mundo y desaparece de una buena vez» Ya ni siquiera podía razonar, esas voces me lo estaban impidiendo, a lo lejos escuchaba la voz de Patrick llamándome, y aun cuando quería responder, no podía, aquella pesadez que sentía en mi cuerpo iba desapareciendo, ahora me sentía liviana, mi vista era borrosa, y antes de cerrar los ojos, alcancé a ver aquel frasco vacío de pastillas que yacía en el suelo y después todo fue oscuridad.

40

—Señora Smith, es la sexta vez que se le hace un lavado de estómago a su hija… Me temo que una próxima ocasión podría ser mortal, los latidos de su corazón son demasiado débiles, por fortuna pudimos actuar rápido, de lo contrario ella hubiese muerto. Su hija necesita ayuda con urgencia, lo está pidiendo a gritos, ¿Se ha dado cuenta de las lesiones que tiene en sus muñecas y los hematomas del resto de su cuerpo?

—¡Tonterías! Esa niña lo único que quiere es sacarme de mis casillas y lo está consiguiendo, sólo está haciendo berrinches tontos.

—Ojalá, y fuera eso, señora. Pero me temo que es peor ¿Acaso no le preocupa su hija?

—¡¿Qué tonterías está diciendo?! Claro que me preocupa, es mi hija… Doctor Stevens, usted no sólo ha sido nuestro médico de cabecera, también ha sido de gran confianza, y es consciente que, gracias a ello, usted recibe unas muy buenas compensaciones monetarias de nuestra parte, no haga que las cosas cambien.

—¿Está amenazándome?

—Tómelo como quiera, Doctor. Ahora si me disculpa, apenas despierte mi hija, la llevare a casa.

—Ella necesita estar bajo observación, necesita estabilizarse.

—En casa estará mejor, ya me ocupé de que me firmen el alta.

—Señora, por favor, no sea imprudente.

—Usted no sea imprudente, no olvide cuál es su lugar—dicho esto las voces del pasillo cesan—, Intento recordar lo sucedido, sin embargo, todo es en vano, la voz de Patrick, la ansiedad, el miedo y esas voces que habitan en mi cabeza, es lo único que llega a mi mente, después de eso, todo se torna borroso, hasta que el ruido de la pequeña maquina a la cual estoy conectada, hacen que abra los ojos. Esta es mi sexta vez en el hospital, que ironía, hasta yo misma llevo las cuentas de las veces que he venido a parar aquí. Sin

embargo, la parte que me llena un poco de consuelo ha sido escuchar al médico que ya no habrá próxima oportunidad para mí, pues mi cuerpo y corazón están ya muy débiles, igual que yo. Ya estoy agotada de seguir viviendo, en verdad que ya no me quedan ganas de seguir luchando, sin embargo, la vida parece seguirme dando otra oportunidad, se empeña porque yo siga aún con vida, pero… ¿Para qué? ¿Cuál es mi propósito? Ni siquiera termino de responderme yo misma o plantearme otra pregunta, pues mi madre furiosa junto con una enfermera ingresa a la habitación, la pobre mujer me mira compasivamente mientras que con delicadeza me quita el suero que se me ha colocado, hago una mueca de dolor, a lo que ella sólo se disculpa, mientras limpia la sangre que sale de mi mano, mi madre realiza un par de llamadas, mientras maldice, para mirarme de manera inquisitiva.

—¡Estarás contenta! Ahora hay un centenar de periodistas fuera del hospital.

—Creí, madre que ser el centro de atención era lo tuyo—respondí, intentando incorporarme en la cama.

—¡Ya estoy harta de ti! —gritó, acercándose a mí, para acto seguido propinarme una bofetada.

—Señora, por favor su hija aún está muy débil.

—¡Tú, no te metas! si en verdad valoras lo que haces, limítate a hacer tu trabajo.

—Porque valoro mi trabajo y lo amo, es que le pido respete el hospital y a su hija, que ha sido un verdadero milagro que siga con vida.

—Date prisa, Julieta, te espero en el estacionamiento, ya me coordiné con Daniel y con los guardaespaldas para salir de aquí—dicho, esto sale de la habitación dando un portazo.

—¿Se encuentra bien, señorita? —pregunta la enfermera, quien revisa mi mejilla roja.

— No te preocupes, estoy ya acostumbrada a recibir golpizas—solté con amargura.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro—respondí.

—¿Por qué lo hace?

—¿Hacer qué?

—¿Por qué intenta quitarse la vida?

—Nunca lo entenderías… la verdad, ya estoy harta de todo, de las criticas constantes sobre mi aspecto, de ser acosada. Lo único que quiero es que me dejen tranquila. Bien dicen que las palabras duelen más que los golpes.

—Usted es muy joven y hermosa, señorita como para hacer este tipo de cosas, aún le falta mucho por vivir.

—No es necesario que seas tan amable.

—Le han hecho mucho daño, que ahora ni siquiera es capaz de diferenciar cuando las personas están siendo sinceras con usted, no todas somos malas.

—Tal vez tengas razón… agradezco tus palabras—respondí, abrazándola con fuerza—. Lo mejor será que me apresuré y me cambie, no quiero hacer esperar a Daniel, mi madre no me interesa, pero el pobre Daniel, no tiene la culpa.

—¿Desea que le ayude?

—No es necesario, gracias, ya has hecho mucho por mí—le respondí con una pequeña sonrisa.

—Como diga, señorita, la esperare afuera para ayudarla a bajar hasta el estacionamiento—dijo, saliendo de la habitación.

Al quedarme sola en la habitación, no pude evitar mirar mi rostro pálido en aquel pequeño espejo que reposaba sobre uno de los estantes, el brillo de mis ojos ya ni siquiera existía, aunque ¿alguna vez existió? Ni siquiera soy capaz de recordarlo, me tambalee cuando me gire para tomar mi ropa para vestirme y es que aún me sentía demasiado mareada y con la sensación de querer vomitar, ni siquiera podía explicar el dolor que tenía en el abdomen, pero ya debía estar acostumbrada a todo tipo de dolor, como pude me vestí, me recogí el cabello para ponerme la capucha de la sudadera, y tras abrir la puerta, aquella amable enfermera ya me esperaba con una silla de ruedas, algo que realmente agradecía internamente, pues me sentía incapaz de poder llegar hasta el estacionamiento por mis propios pies.

Daniel, al verme, se olvidó del protocolo y corrió a abrazarme, lo hizo de una manera tan paternal, que me hizo estremecer. Con que así se sentía ser abrazada por tu propio padre, algo que yo jamás pude experimentar con el mío.

—Me da gusto que este bien, me ha dado un gran susto.

—Perdóname, Daniel…—dije con la voz entrecortada, aferrándome a él.

—¿Por qué sigue haciéndose daño? ¿Acaso no se da cuenta de lo mucho que nos está lastimando?

—Soy una cobarde, he intentado salir adelante yo sola.

—Usted bien sabe, que hay personas que la queremos y que siempre estaremos para ayudarla, pero si usted no lo permite, ¿Cómo podremos hacerlo? El joven John, está demasiado preocupado, incluso intento venir, sino hubiese sido por la pronta intervención del joven Steven, no quiero ni imaginarme el escándalo que se hubiera armado.

—¿De…de verdad?

—Así es, señorita, le prometí al joven John, que le avisaría apenas usted saliera del hospital—murmuró, para que nadie pudiera escucharlo.

—Daniel, date prisa—ordenó mi madre, quien salía del segundo vehículo—. Ya no soporto estar en este lugar tan desagradable.

—Enseguida, señora—respondió, incorporándose—. Yo llevare a la señorita—dijo, dirigiéndose a la enfermera.

—De acuerdo—asintió, dándole el total control de la silla de ruedas—, Con sumo cuidado, me ayudo a ponerme de pie, para poder subir a la parte trasera del auto.

—¿Va cómoda?

—Si, Daniel, no te preocupes.

—Lo mejor será, que yo salga primero, al menos eso evitara que las vergüenzas sean menos—dijo mi madre, mirándome con desdén.

—¿Está segura, señora? Joe, me ha informado que hay todo un alboroto allá afuera.

—Estoy segura—respondió de mala gana—. Lo único que quiero es llegar a casa, tomarme una copa de vino y olvidarme de este

asunto de una vez por todas, aunque soy consciente de que eso será imposible.

Apenas mi madre subió al auto, Joe, no tardo en arrancar, mientras tanto Daniel, tras comprobar que yo fuera lo más cómoda posible, ocupo su lugar y puso en marcha el auto, aun cuando no quisimos llamar la atención, fue imposible, pues en la parte trasera del hospital también habían reporteros, quienes apenas vieron salir el vehículo en donde íbamos, se abalanzaron sobre este, algunos golpeando la ventanilla, mientras que yo, me cubría la cara con las manos, para evitar que me tomaran fotos, aunque estaba segura que de todas formas, lograrían colar algunas fotos, con comentarios mordaces.

Tal cual se esperaba, en cada programa de chisme, y en las revistas de espectáculos, no se hablaba de otra cosa que de mi estado de salud, pero sin duda lo que me había dejado en shock, fue cuando en uno de esos programas basura, aseguraban que mi ingreso de emergencia al hospital había sido por una sobredosis, además de confirmar que no era la primera vez que sucedía, otros se mofaban llamándome inestable mental y bulímica, ya que sólo buscaba la aceptación tanto de la sociedad como de mi prometido, las cosas fueron empeorando pues cuando Matthew se enteró de lo ocurrido no tardo en propinarme otra golpiza, que logro dejarme en cama, mientras que mi madre, sólo me culpaba, por otra parte, Sebastián por primera vez mostraba preocupación por mi estado, lo que lo llevo a tener una confrontación con Matthew, y que hubiese terminado en golpes si no hubiese sido por la intervención de mi madre quien como de costumbre defendía a Matthew.

Mary, al enterarse de lo sucedido, no dudo en ofrecerse para volver a retomar las terapias, incluso Steven junto con Samantha, intentaban convencerme, pero al final yo tenía la última palabra. En cuanto a John, sólo nos enviábamos mensajes, pues cada vez que él, hablaba sobre colarse de contrabando, yo cambiaba el tema o inventaba alguna excusa para que no lo hiciera, pues no quería que se enterara de lo que Matthew me había hecho. Yo estaba tocando

fondo, quería dejarme ayudar, pero tenía miedo a fracasar, y era cuando volvía a retroceder.

41

—Me da gusto volver a verte, Julieta—dice Mary con sinceridad, quien está sentada frente a mí—. ¿Dime que te hizo querer volver a intentarlo?

—No me he sentido nada bien, nada está bien conmigo, tanto que he vuelto a atentar contra mi vida… Estoy cansada.

—Comprendo, ¿quieres hablar más sobre eso?

—No logro entender ¿porque la gente nos juzga sin siquiera conocernos?, la gente siempre supone y saca sus propias conclusiones.

—Debes ser consciente de que desgraciadamente así va a ser, eso no lo podemos cambiar, pero lo que si podemos cambiar es nuestra manera de afrontar las cosas. Nosotros decidimos si nos afecta o no.

—Lo dices de una manera tan simple.

—No es que lo diga de esa manera, pero, si te pones a pensar, solitos nos ahogamos con una gotita de agua, la mente es tan poderosa, ahora mismo, tú tienes pensamientos y percepciones negativas para con tu persona, pero te apuesto a que si cada mañana te miras en el espejo y empiezas a decir cosas asertivas sobre ti misma, entonces empezaras a creértelas y ver el mundo desde otra percepción, en nuestra primera consulta te dije que yo no te iba a solucionar la vida, pero si te iba a guiar lo más que pudiera, ¿recuerdas?

—Si.

—¿Por qué te consideras tonta?

—Por qué lo soy.

—¿Realmente no vales?

—No, soy sólo un estorbo, jamás debí de haber nacido.

—Te equivocas, Julieta. Ni eres un estorbo, ni eres tonta y claro que vales mucho la pena. ¿Por qué crees que John, se ha enamorado de ti?

—Porque es un tonto, que no ha sabido ver bien.

—¿Y no será al revés? Perdona, si estoy siendo demasiado directa, y de cierta manera no esté siendo profesional al faltarte al respeto, con mi pregunta, pero… Tú, eres la que no ha sabido ver bien, no te has dado cuenta, de lo valiosa que eres, te han lastimado y te has lastimado de muchas maneras, que cualquier cosa positiva que digan sobre tu persona no te la crees—, Julieta, entiende que la verdadera belleza no se mide por tu talla de ropa, si eres delgada, no significa ser más hermosa o si eres llenita, que eres fea. Desgraciadamente nuestra sociedad es demasiado superficial, que nos hemos olvidado del significado de la verdadera belleza—, Delante de mí, veo a una jovencita, que es inteligente, empática, humilde, fuerte y valiente.

—No es necesario que seas tan amable conmigo, Mary.

—No estoy siendo amable, te lo aseguro, aunque no lo creas soy muy profesional. Quiero que estes muy consciente de que, si has regresado, lo has hecho porque quieres mejorar, deja de autosabotearte, hasta que no dejes de hacerlo, esas voces tan negativas que hay en tu cabeza, seguirán tomando fuerza, ¿estás segura de que quieres retomar nuestras sesiones?

—Si… estoy muy segura.

—Me da mucho gusto escuchar eso, Julieta. Ahora, cuéntame, ¿Le has contado a alguien más sobre lo que te hace Matthew? ¿Has pensado en denunciarlo?

—Mi madre sabe lo que sucede, pero ella no hace nada, todo lo contrario, siempre lo justifica, lo defiende tanto, mientras que mi hermano, por primera vez, me defendió, no voy a mentir al decir que no sentí algo de alivio y esperanza, pero eso se desvaneció al ver como mi madre metía las manos por Matthew. Nadie se atrevería a tocarlo, es una persona que tiene contactos muy poderosos.

—Y supongo que el susodicho se aprovecha de eso, ¿verdad?

—Así es, incluso la prensa no hace otra cosa que alabarlo, lo idolatran tanto, que estoy segura besarían el suelo por dónde camina.

—¿Qué hay de John? ¿Le has contado?

—¡No! Jamás lo haría, si lo hago, estoy segura de que él, no dudaría en írsele encima, y tengo mucho miedo de que Matthew, le haga daño.

—Si mal no recuerdo en nuestra última sesión, me comentaste que tu maquillista, te estaba convenciendo para que lo denunciaras, ¿Qué has pensado al respecto?

—Como te dije, Matthew, tiene contactos poderosos, no le tocarían ni un pelo. Todo sería en vano y a mí, si de por si me acosan, me tildarían de loca, por difamarlo.

—Deberías hacerle caso, en una de esas golpizas, podría matarte, ¿Quieres llegar hasta ese extremo?

—Sería lo mejor, así dejaría de sufrir.

—Y estarías siendo una cobarde, por no enfrentarte al monstruo, recuerda que no estás sola. Cuéntame un poco de cómo van las cosas con John, ¿han tomado ya una decisión?

—Él, siempre ha estado apoyándome, incluso cuando abandone mis sesiones contigo y deje de ir al nutriólogo, debo admitir que no me encontraba de lo mejor, sin embargo, él, siempre se las ingeniaba para colarse a mi habitación y consolarme. Incluso nos hicimos un tatuaje—confesé, mostrándole mi muñeca izquierda.

—¿Qué significa?

—Es el símbolo Malín, tiene que ver con la fortaleza, la superación y la lucha constante.

—Qué significado tan interesante, curiosamente algo que tú estás enfrentando.

—Y que me está costando mucho trabajo.

—Con justa razón, cada vez que mires ese pequeño tatuaje, quiero que te digas, que no te vas a dar por vencida, que vas a luchar con todas tus fuerzas para salir adelante, si te has hecho ese tatuaje es porque inconscientemente crees en lo que representa.

—Y en cuanto a mi relación con John, quiero decirles a mis padres, ya no quiero seguir escondiéndolo, pero como siempre el miedo me vence, y no es por lo que dirán, sino por lo que harán, ellos son capaces de hacer cualquier cosa, con tal de salirse con la suya, el matrimonio que me han arreglado es lo único que les importa y no van a estar satisfechos hasta que lo vean realizado.

—¿Y él que piensa?

—No hemos hablado, pero estoy segura de que no quiere perjudicarme. Y por una parte entendería si decide alejarse, yo sólo le he traído malos ratos y preocupaciones.

—Independientemente de eso, estoy segura de que le has traído buenos momentos, recuerdos gratos que ambos van a atesorar por el resto de sus vidas y eso no tiene comparación con las dificultades que han pasado, al contrario, eso ha hecho que ambos tengan una conexión aún más fuerte. Ojalá, puedan ser felices—, Esta mal si lo digo, pero… disfruten lo que tengan que disfrutar, vivan al máximo, si tienes algo que decirle, hazlo, créeme que la vida es tan efímera, que puede que hoy estemos aquí de frente conversando, y mañana ya no. Ten en cuenta que **«En esta vida te vas a encontrar con dos tipos de personas: Las que te van a joder hasta hundirte y las que te van a ayudar a salir de tu zona de confort. En este caso, Matthew es la primera y John la segunda»** desgraciadamente, ambas personas son esenciales para poder crecer. Es parte de la vida misma.

42

—Julieta, Julieta… ¿Por qué te quieres quitar la vida? —cuestiona uno de los reporteros, cruzándose en mi camino.

—¿Es verdad que sufres desórdenes alimenticios?

—¿Tan miserable te sientes?

—¿Es verdad que te vas a someter a una liposucción?

—¿Cuánto tiempo llevas atentando contra tu vida?

—Julieta, Julieta… Por favor responde—se escucha que empiezan a gritar, mientras son empujados por los guardaespaldas.

Esas eran las preguntas que no paraban de hacerme, desde aquel día. aun cuando Daniel o los propios guardaespaldas, buscaban la manera de evitar a los reporteros, no lo conseguían, y a consecuencia de ello, terminábamos siendo rodeados por ellos y era justo ahí, cuando el caos iniciaba, pues entre ellos mismos se empujaban con tal de obtener una buena foto de mi rostro, o para acercarse a mí, e insistirme a que respondiera sus preguntas incomodas.

Mi madre, como era de esperarse, a cada momento criticaba mi aspecto, y si antes era hiriente, ahora lo era más, pues junto con sus propias amigas, se mofaban de mí, pero esa no era la peor parte, lo peor venía, cuando googleaba mi nombre y aparecían centenares de artículos amarillistas y fotos retocadas, para ser ofensivas, los comentarios que leía eran tan desagradables e hirientes. La gente me juzgaba y se burlaba, sin siquiera conocerme, como si en verdad ellos tuvieran todo el derecho de hacerlo. Intentaba que todo aquello no me afectara, pero me era muy difícil, pues al terminar de leer todas esas cosas desagradables que se decía de mí, terminaba en el baño de mi habitación, vomitando todo lo que segundos antes había ingerido, haciendo que mi tratamiento con el nutriólogo y mis sesiones de terapia con Mary, fueran en vano, incluso ella, con tal de

ayudarme a mejorar, había decidido darme las sesiones en casa, esto con el fin de evitar más encuentros desafortunados con los reporteros, a Mary, no le importaba ser acosada por ellos, pues terminaba ignorándolos o respondiendo a sus preguntas incomodas de una manera tajante pero educada. Mientras que John, siempre buscaba la manera para visitarme por las noches en mi habitación, disfrutaba cuando se acostaba a mi lado y me abrazaba, me hacía sentir tan reconfortada, él, siempre sabía cómo hacerme sonreír.

Otro momento que atesoraría, fue el de aquella noche que en medio de la oscuridad de mi habitación, encendimos aquella pequeña lampara que proyectaba estrellas en el techo, ambos las mirábamos mientras nos contábamos nuestros más grandes secretos y anhelos, ahí, me di cuenta de lo difícil que había sido la infancia de John, y sin embargo, él siempre lucho para salir adelante, algo que me hacía admirarlo todavía más, pues cualquiera en su lugar ya se hubiera dado por vencido, incluso yo. Él, era un alma tan generosa, sus sentimientos eran tan puros, era todo lo bueno que pudiese existir en este mundo tan contaminado por la misma sociedad, todos juzgándose mutuamente y apuntándose con el dedo. Si tan sólo las cosas hubieran sido distintas, si mis padres no me obligaran a hacer algo que no deseaba hacer, justo cuando me encontraba divagando entre mis pensamientos, John, finalmente tocó el tema, de hablar con mi padre, para hacerle saber lo que sentía por mí, y aunque me expuso sus argumentos y lo que estaba dispuesto a hacer por mí, mi miedo nuevamente salía a flote, si algo malo le sucedía a John, por culpa de mi familia, jamás me lo perdonaría, honestamente ni siquiera era capaz de imaginarme vivir sin saber de él, sin escuchar su voz, sus risas, sin mirar aquellos bonitos ojos azules, que cada vez que los miraba me recordaban al propio mar, con sus aguas tan cristalinas y puras. Mi vida sin John ya no tendría sentido alguno, por eso cada pequeño momento que pasábamos juntos intentaba disfrutarlo y no pensar en una posible separación, pero quién iba a decir que uno de mis más grandes temores, pronto se iba a hacer realidad.

43

Coney Island, 27/10/ 2019

Siento la brisa fresca acariciar mi rostro, mientras mantengo los ojos cerrados. Estoy disfrutando al máximo de este momento, no sé porque, pero quiero atesorarlo en mi memoria por el resto de mi vida. Me siento feliz, plena… me siento libre, después de todo el infierno que he venido viviendo, aquí, sentada en la arena, escuchando el sonido de las olas, me siento en paz, era lo que tanto necesitaba.

—¿Te encuentras bien, amor? —pregunta John, con evidente preocupación—. Te has quedado callada tan de repente—. ¿estás aburrida?

—¿Cómo? —murmuré, abriendo los ojos—. Jamás podría aburrirme si estoy contigo—aseguré, levantando mi cabeza que segundos antes reposaba sobre su hombro izquierdo—, Si me he quedado callada, ha sido porque estoy atesorando este momento… ¿sabes?

—¿Qué sucede? —pregunta, mirándome fijamente.

—Tal vez sea una nueva paranoia mía, o mis miedos absurdos, pero, últimamente he sentido esa gran necesidad de querer atesorar cada uno de los momentos que pasamos juntos, pues tengo miedo a un día despertar y ya no verte más.

—¿Miedo? No tienes por qué tener miedo, yo siempre voy a estar a tu lado.

—¿Y si mi familia, nos separa?

—aun cuando tu familia nos separe, ten por seguro que yo te buscare y no descansare hasta encontrarte.

—Sabes que ellos son capaces de hacer cualquier cosa con tal de salirse con la suya, no quiero que te lastimen.

—No lo harán.

—¿Prometes que siempre vas a estar conmigo?

—Escucha, Julieta—dijo con seriedad—. Si por azares del destino, yo muriera primero…

—¡No! No digas tonterías— dije alterada.

—Debes ser más que consciente que la vida es efímera, nada es para siempre y nosotros no somos eternos.

—¿Qué haría yo sin ti?

—Vivir, abrir tus alas y volar muy alto.

—No, John, yo no puedo si quiera imaginarme una vida sin ti.

—Julieta, escúchame por favor.

—No, John, no quiero—respondí, tapándome los oídos con las palmas de mis manos.

—Si yo llegase a morir, siempre viviré en tus recuerdos, aun cuando no puedas verme ni escucharme, te cuidare y caminare a tu lado y seré muy feliz viéndote lograr cada una de tus metas, viéndote sana, plena—dice, tomando mis manos, para que pudiera escucharlo.

—Lo dices como si todo fuera muy sencillo, pero jamás lo va a ser.

—Y soy consciente, mi amor, pero desgraciadamente, la vida es así… Prométeme, Jul, que vivirás plenamente y que lucharas por tus sueños.

—No puedo prometerte eso, si no vas a estar a mi lado.

—Soy el hombre más afortunado de la tierra, al tenerte a mi lado, te lo juro, y aunque tú te has vuelto muy importante para mí, deseo que no me consideres alguien necesario en tu vida, no quiero que tu felicidad dependa meramente de mí, quiero que tu felicidad y tu plenitud, dependan de ti, tú eres la única que importa, nadie más.

—¿Por qué justo ahora, me estás diciendo esto? Justo cuando hoy cumplimos un año de estar juntos.

—Es algo que he querido decirte, sin embargo, no había encontrado el momento adecuado, pero eso no significa que no te ame realmente, te he visto en tus peores momentos, he visto como has ido evolucionando, y no sabes lo feliz que estoy, de ver como día con día te vas recuperando, y le pido mucho a Dios, que te siga dando esas fuerzas para que te aferres a la vida, porque eres muy joven como para siquiera intentar quitártela.

Las palabras de John me habían dejado perpleja, mientras que una punzada en mi pecho se hacía presente, imaginarme una vida sin él, no era para nada un escenario que quisiera ver, ni mucho menos vivir. Para ser feliz, sólo bastaba con mirarlo, con escuchar su voz, la cual me transmitía paz, eso era todo lo que yo necesitaba para sentirme viva y en parte era verdad, me estaba volviendo codependiente, pues me aterraba perder a la única persona que me entendía y que no me juzgaba, que, al contrario, en vez de huir, me tomaba fuertemente de la mano y me hacía saber que estaba ahí, John, lo era todo para mí.

—Jul.

—¿Si?

—Te amo, nunca lo olvides— dice, para después besarme.

—No lo hare, lo prometo—respondí, interrumpiendo el beso—. Tú, tampoco olvides lo mucho que te amo, y que eres muy importante para mí. Tú, eres la razón por la cual estoy luchando día con día por ser una mejor persona, quiero estar bien por ti.

—No, Jul. Ya te lo había dicho, si vas a hacer algo hazlo por ti, por nadie más, ¿recuerdas tu cumpleaños?

—Como olvidarlo, si pase el mejor cumpleaños de mi vida, me divertí como nunca en el parque de atracciones, creo que no te lo dije, pero ir al cine, a remar y al parque casi al anochecer, fue maravilloso, y también será un momento que atesorare por siempre en mi memoria.

—Igual el mío.

—Gracias por ayudarme a realizar cada una de las cosas que escribí en mi lista.

—Gracias a ti, por ayudarme a hacerlas posible, además el hacerte feliz es uno de mis objetivos—confeso, volviéndome a besar.

Mientras ambos estábamos en nuestra burbuja de amor, jamás nos dimos cuenta de que aquel momento que para nosotros era de dicha y felicidad, se convertiría en el inicio de un gran infierno, algo del cual jamás podría recuperarme por completo.

44

—¡¿Qué Demonios, significa esto, Julieta?! — cuestiona Matthew, rojo de ira, mientras me avienta a la cara varias fotografías. Al principio yo no entendía nada, hasta que las vi, en ellas aparecíamos John y yo, juntos en el Central Park, otras en Coney Island, fue ahí, cuando temí lo peor.

—Él, no tiene nada que ver—atiné a decir, intentando ocultar el nerviosismo en mi voz.

—¡Vaya! —bufó—. Tanto defiendes a ese muerto de hambre, por lo visto ese Don nadie te importa, pero… ¿Crees que, a él, realmente le importas? —suelta con malicia, mientras me toma bruscamente de los brazos—. Tú, sí que eres tan idiota, ese imbécil, sólo está detrás de tu dinero, pero cuando se entere que no va a recibir absolutamente nada, te va a dejar.

—Él, no es como tú. Él, si es un hombre—escupí, sabiendo que iba a lastimar su ego.

—¡Estúpida! No vuelvas a compararme con ese Don nadie—exige, dándome una bofetada, que me hace caer al suelo—. Más te vale que en tu miserable vida vuelvas a decir semejante estupidez—escupe, tomándome con fuerza del cabello—. Así que vete haciendo a la idea, de que de ahora en adelante voy a hacer miserable tu vida, intente ser paciente, y bueno, pero has colmado mi paciencia y no voy a tolerar que la gente me tache de cornudo. Ese desgraciado se va a arrepentir.

—Matthew, no, por favor—supliqué, abrazando sus piernas—. Te lo suplico, no le hagas daño.

—Te ves tan patética suplicando por una escoria. Creo que después de todo, mantenerte sumisa va a ser tan sencillo. De ahora en adelante tienes prohibido salir sola, ni siquiera Daniel, tiene permitido acercarse a ti, pues estoy enterado de que ese miserable chofer, te ha estado solapando, y apuesto a que no ha sido el único,

cuando sepa quienes más te han estado ayudando, voy a tomar cartas en el asunto, se van a arrepentir—asegura, empujándome bruscamente—. No vas a salir de esta casa, sino es con tu madre o conmigo, y lo mejor será que te pongas algo en esa horrible cara, no quiero que la gente empiece a hablar— finaliza, saliendo furioso de la habitación.

Con las manos temblorosas, empiezo a recoger las fotografías que están esparcidas en el suelo, no soy siquiera capaz de sentir dolor debido a mi labio roto, estoy aún en shock, pensando lo peor, lo que tanto temía, hoy se está haciendo realidad, como puedo tomo mi móvil para llamar a John, y advertirle, pero, todo se complica. Al darme cuenta de que mi línea ha sido suspendida, frustrada, aviento el pequeño e inútil aparato, sin importarme que este se desarme debido al golpe. Un ataque de pánico se apodera de mí, mientras que aquellas voces, no dejan de atormentarme, no puedo pensar en otra cosa, que no sea en John, tengo miedo de que Matthew le haga daño, pues de antemano, sé que él es un hombre demasiado violento y que es capaz de hacer cualquier cosa y lo peor de todo es que nadie arremetería en su contra debido a sus influencias.

—Eres una idiota, Julieta—masculla mi madre, quien, azotando la puerta, ingresa a mi habitación—. ¿Qué no piensas? ¿Cómo es posible que te hayas involucrado con un Don nadie? —suelta molesta, dándome otra bofetada—. Estúpida, no voy a permitir que arruines nuestros planes, más te vale que te vayas olvidando de ese tipejo, porque en tu vida lo vas a volver a ver.

—Mamá, por favor, te lo suplico, a él no le hagan nada, él, no tiene la culpa.

—¿Qué no tiene la culpa? —suelta con ironía—. Desde un inicio, ese tipejo, jamás me agrado, a simple vista se notaba que intentaba ser uno de nosotros, pero no es otra cosa que un huérfano, muerto de hambre. Pero se va a arrepentir de haberse fijado en quien no debía.

—Hagan conmigo lo que quieran, pero por favor, a él, déjenlo en paz.

—Tu padre debió de haberlo echado, pero fue tan idiota que creyó en él. No te das cuenta de que, a él, sólo le interesa tu dinero, seamos honestas, ¿Quién se fijaría en ti? sólo basta con mirar el desastre que eres, tal vez seas un poco agraciada, pero, no eres bonita ni mucho menos delgada, lo peor de todo es que hasta eres débil, y una pobre ingenua. Lo que si me decepciona es que Daniel te haya estado encubriendo, si no fuera por todos los años de servicio que le ha prestado a nuestra familia, ten por seguro que ya lo hubiera echado, pero de ahora en adelante, tú no sales más.

—Mamá, por favor, te ruego, te suplico que a él no le hagan daño. Toda la culpa ha sido mía.

—Claro que ha sido tuya, jamás debí de darte tanta libertad, ahora lo que me causa repulsión es el de imaginar que tal vez él y tú. Eres una cualquiera, Julieta, de nada sirvió enviarte a los colegios más prestigiosos, sólo quiero que tengas muy en cuenta de que todo lo malo que le suceda a ese tipejo, es tu culpa, ¿podrás vivir con eso? Yo espero que sí, porque una cosa si te juro, yo misma me voy a encargar de hacerle la vida más miserable, y no me interesa ser la villana del cuento, pero de que ese tipejo, se va a arrepentir, lo va a hacer.

—Te juro que me voy a casar con Matthew, y que no buscare más a John, pero te suplico, no le hagan daño.

—A mí no me jures nada, niña estúpida, de que te vas a casar, lo vas a hacer, pues no hay marcha atrás y en cuanto a lo de buscar a ese infeliz, jamás lo volverás a ver, así que déjate de tus dramitas absurdos, que ya me tienes harta, con cada cosa que nos has hecho pasar, contigo han sido puras vergüenzas, y créeme que no hay día en que no me arrepienta de haberte tenido— escupe, saliendo furiosa de mi habitación.

—Mamá—dije en una súplica, llorando amargamente, mientras me aferraba a las fotografías—, Estaba a punto de perder al amor de mi vida y no era capaz de impedirlo, me sentía entre la espada y la pared, no tenía escapatoria, ahora estaba sola.

45

Mi querido y bello amor, no te preocupes por mí, pues estoy bien.

Lo único que me preocupa eres tú, ni siquiera me ha importado que me echaran de la empresa, estoy tranquilo, porque no hemos hecho nada malo. Incluso me atreví a confesarle a tu padre cuales son mis verdaderas intenciones contigo, sin embargo, tu madre ha intervenido.

Quiero que sepas que no me voy a dar por vencido, voy a luchar hasta el último momento, pues tú lo vales todo, y por ti, haría cualquier cosa.

Jamás olvides que te amo, y que no importa la distancia, yo siempre te buscare y no descansare hasta encontrarte, ambos fuimos hechos el uno para el otro y estoy convencido de que nuestro amor es fuerte, será capaz de resistir hasta la peor tormenta, por lo pronto cuídate mucho, sigue tomando tus terapias con Mary, no te olvides de ir al nutriólogo. Aquí lo importante es tu salud, te quiero ver feliz, plena, quiero verte libre, completa.

Te amo demasiado, Julieta, jamás lo olvides.

Tuyo siempre John.

—John—susurré, mientras pegaba aquella carta contra mi pecho, pues aquella había sido la última carta que había recibido de él. Ya había pasado un mes, un tortuoso mes sin poder escuchar su voz, y ya empezaba a desesperarme, pues para mi mala suerte no se me permitía salir sola de casa, si no era en compañía de mi madre o Mathew y no sólo eso, pues ahora Daniel, tenía prohibido interactuar conmigo, por otra parte, Samantha, había tenido que ingeniárselas

para entregarme las cartas de John, las cuales estaban guardadas bajo llave en mi pequeño cofre. No había un sólo día en el que no pensara en él, me frustraba no poder hacer nada, y por una parte me sentía culpable por todo lo que él estaba soportando. Si tan sólo pudiera ingeniármelas para poder escaparme de la casa y verlo, necesitaba hacerlo, lo echaba demasiado de menos, sin poder evitarlo, nuevamente las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas, era ya muy normal que cada noche en la oscuridad de mi habitación llorara hasta quedarme dormida.

—Jul, por favor, no llores, no me gusta verte así—suplico Samantha, abrazándome.

—¿Por qué la vida es tan injusta conmigo? ¿Por qué no me deja ser feliz? —cuestioné, llorando con amargura.

—Ya verás que encontraremos la manera para que tú y él, vuelvan a reunirse—ánimo, esbozando una pequeña sonrisa—. Por favor, no llores más, te vas a enfermar, ¿crees que a él le gustaría eso?

—No entiendes, Sam.

—Aunque no lo creas te entiendo, porque, así como tú, yo también me he enamorado y te consta. Pero… hagamos algo—dijo, separándose de mí, para ponerle seguro a la puerta de mi habitación —. sólo rezo para que esa persona ya este con Steven—murmuró, sacando su móvil.

—¿Qué vas a hacer?

—¿No es obvio? sólo espera y veras—respondió guiñándome un ojo—. ¿Querido, él está contigo?... No sabes la alegría que eso me causa… si estoy con… ella… mal… lo extraña demasiado… ya tendremos que pensar en algo…. Claro… bien…. Gracias… te amo—finalizo, entregándome el móvil.

—Amor—escuche decir al otro lado de la línea, — justo en ese momento, sentí mis piernas temblar, mientras que los latidos de mi corazón eran rápidos, ni siquiera podía decir palabra alguna, era como si mi mente se hubiese quedado en blanco—, sólo escucha con atención, amor mío, — fue justo ahí, cuando una de mis canciones favoritas empezaba a sonar, *Never Gonna Be Alone: Nickelback*

—John—susurre, limpiándome las lágrimas con las mangas de mi sudadera—. Perdóname

—¿Perdonarte? —preguntó con sorpresa—. ¿Por qué tendría que perdonarte?

—Por haber arruinado tu vida, por mi culpa te han corrido del trabajo, por mi culpa, mi familia te está haciendo la vida imposible.

—No, mi amor, jamás vuelvas a pedirme que te perdone. Conocerte y amarte ha sido un gran privilegio, pues tú apareciste para darle cierto sentido a mi vida. Quiero que te quede claro, que no estamos haciendo nada malo, simplemente las circunstancias no nos están favoreciendo.

—Te extraño demasiado, me haces mucha falta.

—Y tú a mí, no te imaginas cuanto, ¿Sabes? Con la ayuda de Sam y Steven, muy pronto podremos volver a vernos… ¿Te gustaría?

—Claro que sí, no hay otra cosa que más desee que volver a verte.

—Muy pronto, mi amor, ya lo veras… Ahora puedo estar un poco tranquilo, pues he escuchado tu dulce voz. Cuídate mucho.

—Tú también… John…

—¿Qué sucede?

—Te amo…por favor, recuérdalo.

—Siempre, mi amor—responde cariñosamente—. Esta tormenta pronto pasara, ya lo veras, ahora te paso a Steven, él quiere saludarte.

—Te amo, te amo.

—Yo también te amo—dijo despidiéndose.

—Jul.

—Si.

—¿Te ha gustado la sorpresa?

—Muchas gracias, Steven, pero tengo miedo de que, Matthew se quiera desquitar contigo.

—¿Ah, eso? No tienes nada de qué preocuparte, mi primo no es tan idiota como para hacer algo en mi contra—dice restándole importancia—. Dudo mucho que quiera tenerme como enemigo, y por otro lado, me da gusto que al menos hayas podido hablar con John. Sam y yo estamos buscando la manera para que ustedes dos

vuelvan a reunirse, desde luego que no va a ser una tarea para nada sencilla, con eso de que te tienen bien vigilada, pero ya se nos ocurrirá algo, por lo pronto, ten un poco de paciencia y espera nuestra señal, ¿de acuerdo?

—Claro. En verdad, no sé cómo agradecerte todo lo que tú y Sam, hacen por mí.

—Ni lo menciones, que ambos lo hacemos con gusto, ahora concéntrate en ti, y por favor no te des por vencida, recuerda que las cosas que realmente valen la pena son las que más trabajo nos cuesta alcanzar. John y tú, fueron hechos el uno para el otro. De eso no hay duda.

—En verdad muchas gracias. Yo sólo les he traído problemas.

—No digas esas cosas. Simplemente, no has tenido una vida fácil.

—No quiero que Matthew, tome represalias en tu contra.

—Ya te dije que no tienes nada de qué preocuparte, pues si él llegara a hacer algo en mi contra, te aseguro que limpio no se va, aunque me vea muy tranquilo y noble, también tengo mi has bajo la manga. Bueno, Jul, te tengo que dejar, cuídate mucho, por favor y estamos en contacto… ya sabes, espera la señal.

—Eso hare.

—Bien, nos vemos.

—Gracias, Sam—dije entregándole el móvil, para después abrazarla.

—No agradezcas nada, sólo hay que ser discretas, para evitar que tus padres se den cuenta.

—Descuida, esta vez seré más cuidadosa.

—Ahora, nos queda esperar, pero te aseguro que bien valdrá la pena, recuerda que. «lo mejor llega al final»

46

—¿Cómo estás, Jul? —preguntó Steven, mientras me abrazaba—. ¿Sigues yendo con Mary?

—Trato de estar bien, aunque—me detengo, mirando que no haya nadie más en la sala—. Lo extraño mucho, me empiezo a desesperar, y estoy buscando la manera para escaparme.

—¿Escaparte? —dice incrédulo—. Ni se te ocurra hacer algo semejante, podrías complicar las cosas. Ten paciencia, sé que en estos momentos es muy difícil, pero intenta aguantar un poco más.

—Ya no me queda mucho tiempo, la fecha de la boda está muy cerca y tengo miedo de que Matthew siga con la absurda idea de que nos mudemos a Italia. No soportaría separarme definitivamente de él.

—¿Le has visto? ¿Te ha vuelto a lastimar?

—Hace ya una semana que no lo veo, gracias a sus viajes de negocios, pero soy consciente que para cuando él regrese, el infierno volverá a desatarse.

—Si vuelve a lastimarte… dímelo, no estás sola.

—No te preocupes por mí, Steven, ya estás haciendo suficiente.

—¿Has pensado en denunciarlo?

—¿De que serviría? Nadie me creería.

—Yo te creo, Patrick, Samantha y Sebastián, también, y mira que me sorprende que ahora tú y tu hermano estén siendo cercanos. Te soy sincero cuando Sam, me lo conto, no pude evitar sentirme feliz. Tienes testigos que te han visto golpeada, ¿Qué esperas?

—Entiende que no es para nada fácil, y no sólo eso, la prensa con justa razón no me dejaría tranquila.

—Al Diablo ellos, siempre van a decir pestes sobre nosotros. Hagamos algo bien o mal, siempre hablaran y tú no puedes seguir así, y ahora, lo que realmente me enfurece es que tus padres no hagan nada al respecto, ¿o tu padre lo sabe?

—Él, ya casi no viene a la casa. Las discusiones entre mi madre y él cada vez son peores. Incluso, algunas veces hasta compadezco a mi madre, pues a ella la obligaron a casarse con alguien a quien ni siquiera quería.

—Exactamente lo mismo que está haciendo contigo. ¡Que ironía! Vaya modelo de madre que te ha tocado. Tengo amigos que son excelentes abogados, si tú decides denunciar a Matthew, créeme que haremos hasta lo imposible por que él pague todo el daño que te ha hecho.

—Tengo miedo, él, es capaz de hacer cualquier cosa.

—No estás sola.

—Steven, tiene razón—dijo otra voz más que familiar.

—Sebastián—saludó animadamente, Steven, quien le da un fraternal abrazo.

—Hombre, ya tenía tiempo que no te veía—reprocho Sebastián, quien fingía hacer memoria.

—Debo decir que es un milagro, pues casi siempre te la pasas viajando.

—Es verdad, pero… ahora intento hacerme cargo de una parte de la empresa familiar y ser responsable.

—¿Cómo esta, Geraldine?

—Ella está muy bien, gracias.

—Me alegra escuchar eso.

—Hermana, Steven, tiene razón, tú no estás sola, no más. No te imaginas lo mal que me siento al haberme comportado como un perfecto idiota, justo cuando más has necesitado de tu familia. No hay día en que no me recrimine por ello.

—No tienes por qué sentirte mal, Sebastián, a final de cuentas, ambos crecimos distanciados, y era natural que nos viéramos como dos desconocidos—dije intentando restarle importancia al asunto.

—Pero no era correcto, fui muy egoísta. Nunca me detuve a preguntarte como te encontrabas, o si eras feliz de estar de regreso en casa. Siempre me la pasaba viajando por placer con mis amigos y novia, y me olvidaba de la familia, soy consciente de que nuestra familia es un completo desastre y que tal vez nuestros padres se divorcien, pero tú eres lo único verdadero que tengo como familia y

me parte el corazón verte sufrir, sobre todo por lo que has tenido que soportar sola, pero te juro que esta vez las cosas serán diferentes—aseguró, abrazándome—. Te quiero mucho, hermana.

—Y yo a ti. Gracias por estar conmigo, justo ahora, cuando más te necesito.

—Cielos, chicos. Ustedes hacen que me ponga celoso, pues haber sido hijo único no es para nada bonito… Será por eso por lo que a Matthew siempre lo considere como a un hermano, pero vaya hermano que resulto.

—Por cierto, Steven, te quería preguntar—dijo separándose de mí —. ¿Es verdad que las acciones Hamilton, están en peligro?

—Que rápido corren las noticias—respondió, exhalando, mientras se sentaba en uno de los sillones—. Matthew, no está sabiendo llevar las riendas de la empresa familiar, entre malas inversiones, escándalos y demás, poco a poco está acabando con lo que mi tío construyó con tanto esfuerzo y arduo trabajo.

—¿Y mis padres lo saben?

—Lo peor del caso, es que mi tía, ha sabido mover muy bien los hilos, a tal punto de asegurarse que mi primo se case con Jul, para asegurar el negocio familiar. Todos sabemos que ese matrimonio va a traer muy buenos negocios, pues la empresa que le dejo mi tío es demasiado prestigiosa, incluso más que la que mi padre fundó, si esa unión se concreta, tengan por seguro que varios grandes empresarios no se la van a pensar dos veces y van a correr a hacer negocios con Hamilton Corporation.

—¿Ósea que ese bastardo está utilizando de una manera vil a mi hermana?

—Así es, y lo peor es que sus padres lo aprueban. No se imaginan lo que me asquea la situación, si por mí fuera, tomaría el mando de la empresa y haría hasta lo imposible por recuperar el espíritu y el prestigio que tanto le costó a mi tío.

—¿Por qué no te postulas como director?

—Eso sería impensable, ¿Quién va a apoyar al simple sobrino? ¿A alguien que es como un cero a la izquierda?

—Nosotros y también lo harían otros inversionistas. A tu corta edad has demostrado ser un excelente hombre de negocios y un

claro ejemplo ha sido con la empresa que te cedió tu padre.

—No es tan sencillo y te has dado cuenta de eso, ¿No, Sebastián?, pero eso es lo que menos importa ahora, lo realmente importante es pensar en algo para que esa boda no se realice.

—Geraldine y yo lo hemos estado hablando y nos gustaría llevarla a Australia.

—¿Australia? —cuestionamos incrédulos, por semejante locura.

—Así es, ella tiene familia en un pequeño pueblito, y sería casi imposible que ahí la encuentren.

—No me lo tomes a mal, Sebastián, pero eso sería algo muy muy arriesgado, incluso tendríamos que falsificar papeles y hacer sobornos.

—¿Y no es lo que hacemos?

—Sería de pensárselo bien, y tener todo cubierto, para no dejar ningún cabo suelto, suena muy loco.

—Ten por seguro que, con un par de llamadas, todo estaría resuelto—dijo con total tranquilidad Sebastián, como si la idea que tenía fuera muy sencilla como se escuchaba.

—Voy a pensar en el plan B, después de todo, también necesitamos una segunda opción, por si la primera no resulta.

—¿estás dudando de mis capacidades? —cuestionó Sebastián, más que ofendido.

—No es eso, pero las cosas no son tan sencillas, piensa… si cometemos un pequeñísimo error, pondremos en peligro a Julieta.

—No me había detenido a pensar en eso, ciertamente.

—Pero si de verdad quieres ayudar, colabora para que tu hermana pueda salir sin guardaespaldas el próximo fin de semana.

—¿A dónde?

—A la casa que tengo en la playa de Coney Island.

—¿Qué estás tramando?

—No hagas preguntas.

—¿Cómo no las voy a hacer?, si es mi hermana la que está involucrada.

—Te prometo que te voy a explicar.

—No estoy muy convencido…—dijo, mirándome, mientras lo meditaba por unos segundos—. De acuerdo—respondió, no teniendo

otra opción—. Pero espero esa explicación y que no se me esté ocultando nada.

—Te doy mi palabra.

—Me hare cargo de que ella salga sin guardaespaldas.

—Gracias, te voy a estar agradecido por este favor. De igual manera, quiero que sepas que cuentas conmigo para cualquier cosa.

—Te lo agradezco y ten por seguro que lo tomare en cuenta.

47

Tal cual lo había prometido mi hermano, y con la ayuda de su novia, lograron sacarme de casa sin guardaespaldas alguno, pues a Geraldine ingeniosamente se le había ocurrido la gran idea de invitarnos a Samantha, Boris, a Sebastián y a mí, a pasar un fin de semana en las Vegas, esto con la intención de celebrar algo así como una despedida de soltera para mí, algo que a mi madre no pudo resultarle más conveniente, pues así no tendría que estar lidiando conmigo.

sólo bastó con poner un pie fuera de la casa, para que de cierta manera pudiera sentirme libre, tal vez resultaba patético, o yo era la patética, pero incluso el aire que respiraba en ese momento me parecía fresco, el cielo jamás me había parecido tan azul, y ni siquiera el sol me había parecido tan resplandeciente como ahora. Tenía la sensación de estar saliendo de alguna prisión, una que pese a estar llena de lujos, era fría y lúgubre, en donde sólo se escuchaban las discusiones de mis padres, los comentarios hirientes de mi madre hacía mi persona, y en donde desde luego no había muestras de cariño sincero. Por un momento me detuve para cuestionarme como reaccionaria toda esa gente que idolatra a mi familia, si supiera que todo era apariencia. La fachada de la familia feliz y perfecta no existía, que Matthew Hamilton, no es aquel caballero con armadura resplandeciente que está dispuesto a salvar a alguna damisela en peligro, sino que es todo lo contrario, un charlatán envuelto en papel aluminio, que Sebastián, no es un chico mimado superficial como aparenta, sino que es un chico que a lo igual que yo, es infeliz, que no soporta estar en casa, y no es que lo esté justificando, pero ahora entiendo sus constantes viajes, que si yo pudiera haría incluso lo mismo. De Steven puedo decir, que no es aquel hombre taciturno amargado, del cual algunas veces dudaban de su hombría, sino que es alguien noble, respetuoso y de buenos

sentimientos, que siempre está dispuesto a ayudar a quien lo necesita sin importar el nivel socioeconómico, de Samantha, que no es la chica ingenua y débil que piensan que es, al contrario es una mujer fuerte, valiente, leal, inteligente, que no se rinde tan fácil, de Geraldine, ella no es frívola ni hueca, ni mucho menos mimada, es verdad que por ser hija única y pertenecer a otra familia acaudalada, tiene sólo lo mejor, pero ella incluso en sus tiempos libres se dedica a hacer obras de caridad, incluso ha creado una fundación bajo el seudónimo de William Stanford, con la cual se dedica a ayudar a niños con cáncer, y en situación de calle. Ojalá que las personas no nos juzgaran por nuestras simples apariencias, pues al saber la verdad, tal vez se avergonzarían o se llevarían el peor fiasco de sus vidas.

—Jul, ¿estás bien? —pregunta Geraldine, deteniéndose de golpe —. Te has quedado pensativa.

—Estoy bien, Ger—me apresuro a responder, esbozando una sonrisa.

—Ya empezaba a preocuparme, tal vez me sobrepase con mi excusa.

—Para nada, al contrario, te lo agradezco.

—Aún es muy pronto para darme las gracias, tu hermano y yo no vamos a estar satisfechos hasta que se haya concretado la misión.

—Les recuerdo que seguimos en territorio enemigo—intervino Sebastián, quien se apresuraba a empujarnos para que subiéramos al auto de su novia.

— Es verdad, querido—respondió Geraldine, poniéndose roja de la vergüenza.

Apenas subimos al auto, los tres dejamos escapar el aire que llevábamos conteniendo, pues temíamos que la idea de Geraldine, no resultara, o peor aún de ser descubiertos, pero hasta ahora todo marchaba bien, durante el trayecto hacía la pequeña casa de playa de Steven, Geraldine, nos contaba sobre sus proyectos futuros, incluso mi hermano había mencionado algo sobre desear casarse con ella muy pronto, algo que desde luego ilusionó mucho a Geraldine, y es que ¿Qué mujer no se alegraría al imaginarse

casándose con el amor de su vida? Nunca les había puesto atención ciertamente, pero ahora que tenía la oportunidad, conocía otra faceta de mi hermano, aquella, en donde se mostraba delicado, amoroso y tierno con una mujer, definitivamente ella sacaba lo mejor de él.

Otra cosa que pude confirmar es que cuando se tiene una compañía y una conversación agradable, el tiempo transcurre muy rápido, algo que detestaba, pero que desgraciadamente no podía detener. Apenas divisar la entrada de la pequeña casa, justo en la puerta se encontraban Sam y Steven, ambos estaban muy sonrientes tomados de la mano, mientras nos esperaban, la primera en saludar fue Sam, quien no tardo en levantar su mano derecha, mientras que Steven, le decía algo al oído.

—Hemos llegado—anunció Sebastián, desabrochándose el cinturón de seguridad, mientras volteaba a verme—. Jul.

—¿Sí? —musité, desabrochándome el cinturón.

—Quiero que hoy te la pases bien… pero te advierto que tampoco voy a tolerar que ese sujeto intente sobrepasarse contigo… sabes a lo que me refiero, ¿verdad?

—Sebastián, no seas tan exagerado, Jul, ya no es una niña.

—Es por eso por lo que lo digo, Geraldine. Entiende que no tolero a ese sujeto.

—Te ves tan guapo enojado—dijo melosamente, mientras lo besaba—. Mi amor, no le arruinemos este fin de semana a los tortolitos, deja que se diviertan.

—No pretendo eso, simplemente le estoy advirtiendo.

—No te preocupes, Sebastián, que John y yo no haremos nada de lo que te imaginas—aseguré.

—No estoy muy convencido.

—No empieces, mi amor—intervino Geraldine, dándole un último beso, antes de salir del auto.

—Ya empezaba a preocuparme por ustedes—dijo Steven, quien se acercaba a saludarnos.

—Discúlpanos, pero no fue tan sencillo sacar a Julieta de esa prisión—bromeo Geraldine, saludando de beso a Steven y después a Sam.

—Mi madre está en todo, y por un instante pensé que nuestro plan se vendría abajo.

—Me imagino, pero pasen por favor, he mandado a preparar las habitaciones.

—Muchas gracias por esto, Steven.

—Disfruta de este fin, Jul, nadie más que tú lo merece—dijo, dándome un ligero golpecito en la cabeza.

—Tu Romeo, te espera en el jardín trasero—murmuró Sam.

—Se suponía que iba a ser una sorpresa—la reprendió Steven.

—No pude contenerme, además ese par, muere por volver a verse.

—Es verdad—dije, antes de salir disparada con rumbo al jardín trasero, en donde apenas llegue, pude divisarlo de espaldas, y como si el tiempo se hubiese detenido y todo fuera como en cámara lenta, él, de apoco se fue girando, hasta que nuestras miradas se cruzaron. Nuevamente sentía como las piernas me temblaban, mis manos sudaban y aquel cosquilleo en mi vientre se hacía presente, de pronto un nudo en la garganta y las lágrimas no se hicieron esperar, sólo me abalance sobre él, mientras lloraba y me aferraba a su pecho como en ocasiones anteriores.

—¿Por qué lloras, amor mío?

—No te imaginas lo mucho que me haces falta, te he echado mucho de menos. El no verte, ha sido una gran tortura—dije sollozando.

—Yo también te he extrañado, y no te imaginas el infierno que he vivido al no verte, por qué sabes que tú eres la razón de mi existir, tú eres la única que alegra mis días y sin ti, estos han sido grises.

—Dime… ¿Te han hecho daño? ¿Te han amenazado? Todo ha sido mi culpa.

—Nada de lo que me ha sucedido es tu culpa. Jamás vuelvas a culparte por algo que no has hecho. Yo soy el único responsable.

—Yo también lo soy.

—No, Julieta, tú no eres culpable, sólo las circunstancias, pero te prometo que ya encontrare la forma para que podamos estar juntos, pero…

—¿Qué sucede? —pregunté, intentando limpiar mis lágrimas.

—¿Estarías dispuesta a huir conmigo?

—¡Si! —me apresure a responder—. Llévame contigo, por favor— suplique, jalándolo de la playera.

—Escucha… tengo un amigo que vive en Londres, para ser exactos en Stratford Upon Avon. Ahí, él tiene una pequeña cadena de restaurantes, le conté de nuestra situación y no se lo pensó dos veces, para ofrecerse a ayudar.

—¿Cuándo nos vamos? ¡Dime!

—Si todo sale bien la próxima semana estaremos en un avión con destino a Londres, a nuestra nueva vida.

—No puedo esperar más, los días se me van a hacer eternos.

—Ten un poco de paciencia, ya hemos esperado mucho, Lo lograremos.

—No sabes lo feliz que me hace esa noticia, ¿Steven y los demás lo saben?

—sólo Steven, aunque me ha dicho que es algo muy arriesgado, de cierta manera respeta y apoya nuestra decisión.

—Espero que mi hermano entienda y me perdone por irme sin decirle nada.

—Lo hará, porque pretendo hablar con él, sin embargo, estoy convencido de que me odiará más, pero estoy dispuesto a correr el riesgo. Después de todo, vale la pena… ¿Te parece si vamos a caminar por la playa?

—¿Ahora?

—El día es perfecto, además, tengo otra sorpresa para ti.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo?

—Porque te amo, pero lo más importante… porque te lo mereces. Ahora límpiate esas lágrimas, estos dos días sólo quiero ver sonrisas en ese bello rostro—dijo, limpiando mi rostro con sus pulgares—. Te amo mucho, Jul, que por ti estaría dispuesto a dar la vida misma, y no lo digo de una manera literal, sino como algo real.

Con una gran sonrisa dibujada en mi rostro, ambos nos marchamos a la playa, sin siquiera decir nada, aunque durante el camino, John, me había tranquilizado asegurándome que los demás ya estaban enterados, y aunque mi hermano no estaba muy de

acuerdo y gracias a la intervención de Geraldine, no le quedo de otra, que tranquilizarse y dejar de lado su papel de hermano mayor celoso.

—¿Recuerdas este lugar? —preguntó, deteniéndose exactamente frente a la rueda de la fortuna.

—Veintisiete de octubre del año pasado. Nuestro primer beso, el inicio de todo—respondí, mirando el juego mecánico.

—El mejor día de mi vida—aseguró él—. Hoy de tu lista vamos a hacer el número dos y seis.

—Pero no hay hielo, John.

—Es verdad, pero tenemos una pista de patinar, y desde luego que ambos tenemos una gran imaginación, lo cual no será una limitante, por si fuera poco, a media cuadra hay una pequeña cata de vinos, aunque claro no vamos a beber demasiado.

—No perdamos tiempo, entonces—dije muy emocionada jalándolo de la mano.

Después de habernos subido a varios juegos mecánicos, en donde reímos y gritamos a todo pulmón, fuimos hasta aquella pista de patinar, en donde al inicio sentí cierta inseguridad, pues en mi vida había siquiera intentado patinar, pero John, lo hacía parecer tan fácil, que no tarde en tomar confianza, aunque claro, después de tres caídas, pude patinar por mi propia cuenta, reíamos y bromeábamos, mientras nos intentábamos derribar, pero lo que sin duda resulto ser una gran experiencia, fue el de haber probado diferentes vinos, aunque no resulto tal cual esperaba, pues imaginaba que terminaría amando alguno, sin embargo debía admitir que los vinos dulces, resultaron ser agradables para mi paladar, lo típico cuando uno es novato. Ambos habíamos estado tan entretenidos probando de aquí por allá todo lo que se nos ofrecía, que al final terminamos sintiéndonos un poco mareados, y sonrojados. Por breves instantes me sentía livianita, por otros pesada, y hasta cierto punto que caminaba de manera irregular, justo cuando creía que regresábamos a la casa de Steven, John, me llevo a una pequeña cabañita que había alquilado con sus ahorros, en donde antes de ingresar nos sentamos en la arena para

contemplar las estrellas y escuchar las pequeñas olas del agua, mientras charlábamos de cosas banales y lo bien que nos la habíamos pasado en ese día, por momentos ambos nos quedamos callados, sólo contemplando el paisaje, hasta que él, se levantó y me ayudo a hacer lo mismo, y justo como en aquella navidad en la playa, nos pusimos a bailar, sin siquiera tener música de fondo, pues los latidos acompasados de nuestros corazones fueron aquella dulce melodía, de pronto las palabras de amor y los besos cálidos, dulces y suaves, se tornaron apasionados, a tal punto de que aquella noche, fuimos uno. John, en todo momento fue dulce y cuidadoso, me miraba como si yo fuera algo precioso, lo que hizo que por primera vez no sintiera repulsión ni vergüenza sobre mi cuerpo, al contrario, me sentía amada y aceptada.

48

La propuesta que me había hecho John, justo aquel día, no dejaba de resonar en mi mente una y otra vez, «Huir con él» lo que internamente tanto anhelaba, ahora si ya nada ni nadie podría separarnos. Finalmente iba a estar al lado de esa persona amada, mis ansias, eran tantas, que no dejaba de mirar el reloj, parecía como si las horas y el tiempo transcurrieran muy lentamente, me resultaba demasiado tortuoso. Ya quería que llegara aquel día, mismo en el que dejaría de ser una prisionera en esta jaula de oro, si todo salía de acuerdo con nuestro plan, podríamos establecernos en Stratford, y con nuestros ahorros, asociarnos con el amigo de John, aunque claro, pasado un tiempo yo buscaría la manera para ejercer como profesora de literatura en alguna universidad, y ver cumplido otro de mis sueños. Por primera vez estaría saboreando las mieles de la libertad, sin miedo a ser juzgada, ni mucho menos tildada de soñadora. Pero había una cosa que aún me causaba cierta inquietud, y eso era el de marcharme sin siquiera decirle nada a mi hermano, pero también tenía miedo a que él intentara retenerme, una vez le confesara la verdad. Ojalá algún día pudiese perdonarme por lo que estaba a punto de hacer, pero ahora comprendía que debía luchar por lo que tanto quería. ¿Merecía ser feliz o no? Ya había soportado demasiado, y estaba llegando a mi limite. Pero entonces, ¿porque seguía teniendo miedo? Era como una sensación de que algo malo estaba por suceder, y aun cuando trataba de ignorar aquella extraña sensación, no lo conseguía, ¿Por qué ahora?

¿Acaso jamás podre ser feliz? Estaba tan ensimismada cuestionándome mientras intentaba responder cada una de esas preguntas, cuando de pronto aquella voz furiosa y tan conocida que me helaba la piel y me paralizaba se hizo presente. Matthew, más que furioso, de golpe ingreso a mi habitación, mientras a grandes zancadas se aproximaba hacía mí, su rostro endurecido y rojo de la

ira, era algo que siempre iba a recordar, parecía que le costaba respirar, pues sus fosas nasales se ensanchaban cada vez que respiraba, en sus ojos se podía ver odio, no supe en qué momento su mano izquierda se estampo contra mi mejilla haciendo que yo cayera de espaldas al suelo, mientras que me tomaba fuertemente del cabello, para que lo mirara a la cara, sólo para propinarme otra cachetada, el sabor metálico fue lo que hizo darme cuenta de que me había roto el labio. Era consciente de que Matthew, me superaba no sólo en altura sino también en fuerza, pero aun así, esta vez decidí armarme de valor y darle pelea, aunque tenía miedo, no quería demostrárselo, como pude logre abofetearlo, justo cuando estaba en cuclillas y a escasos centímetros míos, sin embargo, eso sólo hizo que él se enfureciera más, y me propinara un puñetazo, lo que hizo que mi vista se nublara por unos breves instantes, y que él aprovechara para propinarme varias patadas en las costillas, lo único que me quedaba era quedarme en posición fetal, para que el daño no fuera tan grave.

—¿Creíste que seguirías viéndome la cara de idiota? —cuestionó, propinándome otra patada—. Eres una maldita mujerzuela—. Pero que te quede claro que el maldito de tu amante no saldrá bien librado de esto. Ustedes dos jamás podrán estar juntos

—¡Déjame! —grite con las pocas fuerzas que me quedaban.

—¡¿Qué te deje?! —escupió, volviéndome a sujetar por el cabello, para que lo mirara a la cara—. Acabas de firmar tu sentencia de muerte, pues de ahora en adelante me encargare de hacerte la vida más miserable. ¡Maldita loca! —amenazó, tomándome con fuerza del cuello.

—Ma…Ma…—fue lo último que apenas pude decir, antes de ver todo oscuro.

—No, no se mueva, señorita—dijo una de las sirvientas—impidiendo que me levantara.

—Mathew, ¿él ya se fue? —pregunté, haciendo una mueca de dolor.

—Así es señorita, salió de urgencia, dijo que regresaría en la noche.

—Por favor llama a Sebastián.

—Lo siento señorita, pero él, ha tenido que salir de viaje, al parecer se ha presentado un grave problema con una de las empresas de España.

—Pero…

—No insistas, Julieta—dijo mi madre, quien estaba recargada en la puerta de mi habitación—. Sofia, márchate, quiero hablar con mi hija.

—Si, señora… con permiso—dijo saliendo deprisa de la habitación.

—Esta vez, sí que Matthew te ha dejado muy mal—dijo con sarcasmo, acercándose a mí—. ¿Por qué eres tan estúpida? Mira que tener que provocarlo de esta manera. Con lo fácil que podría ser todo, si tan sólo fueras inteligente. ¿En verdad tanto amas a ese muerto de hambre? —cuestionó con ironía—. No voy a negar que es muy atractivo y que incluso tiene lo suyo, sin embargo, su gran defecto es que es un Don nadie, ¿Qué te puede ofrecer?

—No me importa lo que digas. ¡Yo lo amo! No voy a dejar que le hagan daño.

—Y según tú, ¿Cómo lo harás? ¿Te has visto? — preguntó, colocándome un pequeño espejo.

Mi rostro estaba hinchado, mientras que en mi labio aún quedaban rastros de sangre, mi ojo izquierdo estaba morado, que apenas y podía abrirlo, y mis costillas me dolían cada vez que respiraba, estaba irreconocible, parecía un monstruo.

—Ese muerto de hambre sólo te ha traído problemas, hija— aquella última palabra la dijo en un tono burlón—. Mucho me temo que ni el maquillaje podrá hacer milagros, en fin, en cierta parte eso es bueno, así Patrick, no intentara intervenir. Ese otro pusilánime, no ha entendido que sólo es un simple empleaducho, lo único que lo ha mantenido cercano a la familia, es que hace un trabajo impecable, y por eso le he tolerado muchas cosas, pero ya está sobrepasando mi limite. Por tu bien, Julieta, espero que no intentes hacer otra estupidez.

—¿Por qué eres tan cruel? ¿Por qué me odias tanto?

—Porque arruinaste mi vida, ya te lo había dicho, yo no deseaba ser madre, sin embargo, me obligaron a serlo, y por si fuera poco, aún sigues arruinándome la vida, con tus estupideces. Pero no sabes

la alegría que me va a dar cuando te vayas a Italia con Matthew pues finalmente dejare de verte la cara—escupió con odio—. Te diría que en un momento te suben la comida, pero… ambas sabemos que terminaras vomitándola—dijo burlonamente, para después marcharse de la habitación.

49

John

—Han pasado casi dos semanas, y no he podido ver a Julieta, pues ahora la casa está perfectamente vigilada por petición de la señora Smith, tal parece que alguien le ha informado sobre mis visitas nocturnas a su hija, y aunque siento impotencia por no poder estar cerca de ella, tengo que conformarme con escuchar su voz cada vez que hablamos por teléfono, gracias a la ayuda de su hermano. Por ahora tengo que conformarme con aquello. sólo cuento los días para poder marcharnos.

De cierta manera lo que me da un poco de esperanza es el saber que pronto esta pesadilla terminara, y que podré estar con ella, empezar una nueva vida lejos de todos en un continente que promete mucho para nuestro futuro. Dejo escapar un suspiro, al tomar los boletos de avión y observarlos atentamente.

—Muy pronto… Muy pronto, empezaremos una nueva vida, amor mío—susurro, mientras una sonrisa se dibuja en mi rostro.

Julieta.

Por fortuna, puedo moverme sin sentir ya tanto dolor, mi ojo izquierdo puedo abrirlo ya casi por completo, sin embargo, lo que agradezco infinitamente, es que Matthew, este fuera del país, al menos puedo estar tranquila por un momento, aunque… soy consciente de que el miedo se hará presente cuando él, este de regreso. Salgo al balcón para al menos poder respirar un poco de aire, antes de reunirme con Mary, quien ya me espera en el estudio de mi padre, tras haber llenado mis pulmones de aire fresco, me dirijo hacía el estudio, al girar el pomo de la puerta e ingresar a la estancia, ella se pone de pie para saludarme de manera afable.

—Perdona por haberte hecho esperar—digo con sinceridad, cerrando la puerta tras de mí.

—Descuida, tampoco es que haya esperado tres horas—responde volviendo a tomar asiento.

—¿Te han ofrecido algo de beber?

—Por supuesto—asiente, mostrándome un vaso con agua—. ¿Cómo has estado? ¿Cómo te has sentido?

—Intranquila—confieso, tomando asiento en uno de los pequeños sillones, para quedar frente a ella.

—¿Puedo saber la razón?

—Verás…—titubeo un poco antes de responder con la verdad—. Regresare a Londres.

—Esa es una muy buena noticia—dice con cierta emoción—. Era lo que tanto deseabas, ¿no es verdad?

—Pero no lo hare sola.

—¿Alguien de tu familia te acompañara?

—Ellos no lo saben… pero John y yo hemos decidido marcharnos, empezar una nueva vida ahí, sé que es una locura, pero ya no quiero seguir con esta pesadilla.

—¿Lo has pensado bien?

—Muchas veces, una parte de mí intenta detenerme, pero la otra me incita a hacerlo. Es verdad que tengo miedo a lo que pueda

suceder si es que nos descubren, pero le ruego tanto a Dios, por que todo salga bien.

—¿Y quién más lo sabe?

—Steven y Samantha, y aunque no están muy convencidos, respetan nuestra decisión.

—De corazón, Julieta, deseo que todo salga bien y que finalmente puedas ser feliz.

—Por eso quise despedirme de ti… No sabes lo agradecida que estoy por la paciencia que me has tenido, por tu profesionalismo y tu gran empatía hacía mi persona, eres un ser humano excepcional.

—No tienes nada que agradecerme, escucharte y ayudarte a avanzar es parte de mi trabajo, sin embargo. Sabes que cuentas conmigo para lo que pueda ayudarte, estes en donde estes, si llegaras a sentirte mal, no dudes en llamarme, mi teléfono estará disponible.

—Muchas gracias, Mary—digo, poniéndome de pie, para abrazarla.

—Éxito en tu nueva vida, y que todo lo que quieras se cumpla—musita, poniéndose de igual manera de pie, para darnos un cálido abrazo—. Prométeme, que apenas te instales en Londres, me llamaras—dice, separándose de mí.

—Lo haré—respondo elevando mi palma derecha como señal de una promesa que cumpliré.

—De acuerdo, esperare tu llamada, y tal vez para cuando viaje a Londres y nos reencontremos, pueda verte feliz y plena, quiero que me cuentes que te has podido realizar como profesora y que eres feliz al lado de ese muchacho, no quiero volver a verte mal, quiero verte sana y viviendo tu vida al máximo, porque aún eres muy joven y tienes un largo camino que recorrer.

—Gracias por tus palabras de aliento, no sabes lo que significan para mí en estos momentos complicados, tal vez está mal que lo diga, pero… realmente te he tomado cariño, te he visto como una buena amiga y una mentora.

—Aunque no sea muy profesional de mi parte, yo también te he tomado cariño, eres una persona especial, que me ha dejado

grandes enseñanzas. sólo espero que pronto puedas darte cuenta de lo valiosa que eres, y cuando eso suceda, entenderás lo que digo.

—Hasta pronto, Mary, cuídate mucho.

—Tú, también, Julieta y no olvides lo especial que eres—dice, para después salir del estudio.

Despedirse de tus seres queridos es realmente difícil, aunque sé que los volveré a ver, de eso no tengo ni la menor duda.

John.

El día que Julieta y yo tanto estábamos esperando, finalmente había llegado, tras haber puesto empacado mis pertenencias, no pude evitar mirar por última vez aquel pequeño pero acogedor departamento en el cual había vivido por más de siete años, todavía podía recordar la primera vez que cruce aquella puerta, lo feliz que me sentí al haberme podido hacer de un espacio sólo para mí, de tener un techo que me protegiera del frio y la lluvia, un pequeño lugar al que de cierta manera pude llamar hogar, dejar atrás aquello, valía la pena, pues tras haber enfrentado grandes dificultades, por fin, iba a poder estar al lado de la mujer que realmente amaba, y eso era lo que me alentaba a seguir adelante. Tras haber recorrido por última vez aquella estancia acogedora, tomó mi maleta y los boletos de avión que guardo en el bolsillo derecho de mi abrigo. Así es como cierro un capítulo de mi vida, para iniciar uno nuevo, uno que espero sea mejor, y que este lleno de alegrías, para mi buena suerte un taxi está parado frente a la entrada de mi edificio, por lo que no tardo en abordarlo, tras pedirle que me lleve al aeropuerto, sacó mi móvil, sólo para leer el último mensaje que me ha enviado Julieta desde el teléfono de Samantha. Al notar que el taxi ha tomado otra dirección no tardo en protestar, pero todo es en vano, pues el conductor ni siquiera se molesta en responderme, tan sólo se concentra en conducir.

—Le pido por favor, detenga el vehículo, y me permita bajar. Esta no es la dirección correcta para llegar al aeropuerto. ¿Dígame que es lo que quiere? Le daré todo el dinero que traigo conmigo, si me deja bajar.

—Lo siento, señor, pero sólo recibo órdenes.

—¿Órdenes?

—En verdad que no quería hacer esto, pero no tuve otra opción— confiesa deteniendo el vehículo en un lugar solitario, para después bajar.

Algo en mi interior me dice que las cosas no están bien, pues ni siquiera reconozco el lugar al que me ha traído, vuelvo a sacar el móvil para llamar a Steven, pero ni siquiera tengo señal, frustrado salgo del taxi, intentando ubicar el lugar, pero por más que lo intento no puedo hacerlo.

—¿Qué clase de broma es esta? ¿Por qué justo ahora?

—Vaya, vaya. Si que el mundo es una caja de sorpresas—se mofa una voz que reconozco al instante.

—¿Qué pretende señor Hamilton? —preguntó, sin demostrar temor.

—Es una lástima que mi querida prometida no haya hecho caso de mis advertencias, y a consecuencia de ello, tú saldrás perjudicado, o tal vez sea ella… No sé tendré que pensarlo muy bien —dice aparentando meditar.

—No te atrevas a tocarla.

—No te imaginas lo divertido que es verla suplicando por una escoria como tú. Te voy a ser honesto, antes me divertía golpearla, incluso aprovechaba cualquier pequeña cosa, para hacerlo, pero ahora, ya me aburre.

—¡Eres un infeliz! —digo abalanzándome hacía él—. ¿Cómo te atreviste?

—¿Qué cómo me atreví? —responde con mofa, propinándome un puñetazo en la cara que me hace retroceder—. Fácil, tengo derecho, pues después de todo ella es mi prometida, casi como mi propiedad, así que yo dispongo de ella, si quiero hacerla mía o golpearla, qué más da. Pero enserio, dime la verdad. ¿Realmente te gusta? Digo, ni siquiera es atractiva, y ni hablar de su cuerpo. ¿No te causa si quiera repulsión, el imaginártela sin ropa? Por Dios, ¿Quién en su sano juicio, se atrevería a siquiera tocarla?, es una maldita loca, que sólo busca llamar la atención con todas las estupideces que hace.

—No voy a permitir que hables así de ella—justo cuando estoy por propinarle un puñetazo, dos hombres lo impiden, pues me toman por los brazos, mientras que Matthew, se acerca a mí y con una sonrisa burlona empieza a golpearme.

—¿Creíste que tú y esa maldita loca, iban a poder escapar? Son un par de estúpidos. Pero ahora todo este jueguito se va a acabar.

Nunca debiste haberte metido en mi camino, maldita escoria—escupe, pateándome en las costillas—. Ya saben qué hacer con él y no dejen cabos sueltos—dice antes de marcharse.

Aquellos hombres sólo asienten, mientras que uno vuelve a patearme en el estómago, me cuesta trabajo poder respirar, el cuerpo me duele, y el olor a sangre aumenta, intento ponerme de pie y defenderme, pero todo es en vano. Llega un momento en el que ya no siento los golpes, mi cuerpo se siente liviano y aquellos recuerdos que viví con ella se hacen presentes. La primera vez que la vi en su fiesta de bienvenida, cuando coincidimos cerca de Central Park, nuestra primera cita en Coney Island, nuestro primer beso, mi declaración de amor, mi cumpleaños, nuestra primera navidad juntos, nuestro primer baile bajo la luz de la luna, cuando nos tatuamos, la primera vez que hicimos el amor y ambos lloramos. Su sonrisa, su voz diciendo mi nombre. «Julieta»—murmuró, antes de que todo se vuelva oscuridad.

50

El año está a punto de terminar, sólo faltan unos minutos, para decirle adiós al 2019 y recibir con los brazos abiertos al 2020, muchas personas, lo harán cargados de esperanzas, sueños, nuevos proyectos, como si al finalizar un año, todo lo malo, se quedara atrás, y al iniciar el otro, la vida volviera a empezar. Ojalá que fuera así de fácil y simple.

Han pasado dos meses ya desde que deje New York, sólo para ser obligada a vivir en una campiña toscana en Italia, misma que adquirió Matthew, he perdido contacto definitivo con John, pues ni siquiera Samantha o Steven, saben algo de él, lo último que se supo, fue que subió al avión, con rumbo a Londres y que de ahí, se le perdió la pista, mi corazón no ha logrado sanar, y creo jamás lo hará, pues con John, una parte de mi corazón se marchó, incluso yo misma he contratado a un detective para dar con su paradero, pero todo ha sido en vano, ya no sé qué hacer. Mi vida cada día es un completo infierno y bien Matthew me lo había advertido, pues él se ha encargado de hacerme sentir miserable. Estoy a unos días de casarme con el hombre al que tanto odio y temo, debido a que él así lo ha decidido, pero… ya ni siquiera me quedan las suficientes fuerzas para luchar una última vez y detener esta locura, ni siquiera un milagro podrá salvarme.

Las humillaciones y los golpes son ya parte de mi día a día, y eso sucede cada vez que Matthew intenta tocarme, no voy a decir que siempre logro detenerlo, pues… son más las veces en las que logra su cometido, no tengo a quien contarle mis cosas, pues de igual manera ya he perdido comunicación con Mary, pues el móvil que tenía ha sido desechado por Matthew, ni siquiera con mi hermano se me permite hablar.

Y es en fechas como estás que echo tanto de menos a Sam, Steven, Daniel y a John. Recuerdo la navidad que pasamos los cinco juntos en Coney Island, como muy alegres decorábamos,

bromeábamos, ahí, yo me sentía feliz, pues una llama de esperanza estaba naciendo, y ahora… esta se ha extinguido al no saber nada de él.

Lo que daría por poder dar marcha atrás en el tiempo, para volver a vivir aquellos días en los que realmente fui feliz.

De pronto, el bullicio y el sonido de los fuegos artificiales anunciando el nuevo año, hacen que vuelva al presente, los cientos de invitados están mirando embelesados, mientras beben del costoso vino que Matthew les ha dado, algunos aplauden, mientras que otros tantos ríen, en algunos espacios veo a parejas abrazarse y besarse, se les mira felices, y no puedo evitar sentir cierta envidia, pues así era como yo me miraba cada vez que estaba con él. Mientras Matthew, está bebiendo y conversando con unos amigos, yo aprovecho para salir al jardín trasero de la villa, deseo estar sola, y que mejor lugar que esa parte de la residencia. Como ya es costumbre, batallo con la apretada faja que se me ha obligado a utilizar, mi respiración es un poco dificultosa, pero el dolor que estoy sintiendo en ese momento es mayor, que no le presto tanta atención. Ni siquiera el frio de la noche me afecta, con brusquedad me quito las zapatillas mientras estás salen disparadas lejos de mí, el llanto que llevaba conteniendo se hace presente para hacer que las lágrimas empiecen a correr por mis mejillas, mientras mis labios tiemblan. No me importa si mi maquillaje se estropea, ni mucho menos la golpiza que Matthew me dará al darse cuenta de que aún sufro por John, lo único que quiero es desahogarme, descalza, sintiendo la hierba húmeda y fría en mis pies, empiezo a caminar con dirección hacía el quiosco, en donde apenas llego me dejo caer de rodillas, lastimándome, pero… Eso no importa, ya nada importa. Me hace tanta falta, que duele. Desearía que esto sólo fuera una pesadilla y poder despertar, para al hacerlo, lo primero que pudiera ver fuera su rostro, ver aquellos ojos azules que tanto me recordaban al mar, ver esa sonrisa que tanto me reconfortaba, escuchar aquella dulce voz que me arrullaba, y volver a sentir esos brazos cálidos, que me hacían sentir en casa.

2 de febrero 2020

—Jul, ¿Cómo estás? —pregunta Sam, abrazándome.

—Mal… ¿Has tenido noticias de él? — preguntó aún con esperanza.

—Jul… lo que tengo que decirte no es fácil— dice con la voz temblorosa.

—¿Qué ocurre? ¿Lo han encontrado?

—Me temo que si…

—¿Por qué dices eso? ¿Qué sucede?

—Jul, John, ha muerto—dice finalmente.

—No… no es cierto. ¡No es cierto! ¡¿Por qué mientes de esa cruel manera?!

—Jul, por favor… escucha…

—¡No, Samantha! Escucha, tú, ¡John no está muerto, él no puede estar muerto! Él, me juro que siempre iba a estar a mi lado.

—No sabes lo mucho que nos duele a Steven y a mí, esta noticia, pero tristemente es la verdad, tal parece que John, perdió la vida en un asalto.

—¿Quién les dijo esa mentira? ¿Quién fue el cretino?

—Steven, contacto a otro detective, pues él, tampoco se quiso dar por vencido tan fácilmente, y… pudimos dar con el paradero de Scott FitzGerald, uno de sus mejores amigos. Comprenderás que, debido a la situación de John, y al no tener familiares fue muy complicado dar con su paradero.

El haber recibido esa fatídica noticia, fue como si me hubiesen lanzado un valde con agua fría, me negaba en aceptar aquello, las palabras de Sam, resonaban en mi cabeza, sentía una pesadez en mi cuerpo, y mis piernas me temblaban, ni siquiera era capaz de sentir que estaba parada en algo sólido y duro, había dejado de prestar atención a lo que ella decía, el coraje, la frustración, el dolor, me carcomían, todo se me había juntado y ni siquiera era capaz de lidiar con alguna de aquellas emociones.

—Lo lamento mucho, Jul—dijo abrazándome—. Pero eso no es lo peor del caso… Matthew, tuvo algo que ver—. Al escuchar eso, le dedique una mirada de incredulidad, de coraje, de odio.

—¿Qué estás diciendo?

—Matthew, contrato a alguien para que realizara el trabajo sucio, y lo hiciera parecer un asalto.

—Sam, por favor, dime que esto no es cierto, que John, está feliz en Stratford, que se ha vuelto socio de su amigo, tal cual lo habíamos planeado— rogué, mientras la tomaba fuertemente de los hombros para no caer de rodillas al suelo.

—Qué más quisiera decirte que todo es una mentira, y una muy cruel, pero es la verdad, Jul—respondió, abrazándome fuerte—. Pero esto no se va a quedar así, Matthew va a pagar por lo que hizo, además de todas las atrocidades que te ha hecho.

—Nadie nos va a creer.

—Claro que sí, y hay testigos.

—¿Cuándo… cuando murió?

—El octubre pasado encontraron su cuerpo—murmuró, antes de romper en llanto—. Todo lo planeo Matthew, y nos hizo creer que John te había abandonado.

—Quero verlo, por favor… ¡llévame! —supliqué.

—Primero prepara tus maletas, regresaremos a New York.

—No hay nada en esta villa que sea mío—dije desesperada.

—Daniel, vendrá por nosotras en veinte minutos, ya todo está listo.

—¿Y Mathew?

—Se ha girado una orden en su contra, y en este momento está de regreso en New York, para que se lleve el juicio. Jul, antes de que regresemos, tengo que decirte algo… no va a ser nada fácil, lo que te espera, los medios…

—Ellos no me interesan, lo único que quiero es que Matthew pague por lo que hizo, y poder ver a John, quiero despedirme de él.

—Así será… No estás sola, Jul.

—Me siento así, ¿Qué sentido tiene la vida sin él? ¿Para qué vivir? Si él, era la mayor razón por la cual yo intentaba ser mejor persona y por la cual yo me levantaba.

—aún eres joven y tienes mucho porque vivir, a él no le habría gustado ver cómo te rindes.

—Pero… él ya no está.

—No te voy a decir que entiendo tu dolor, o que no llores. Al contrario, vive tu duelo, pero en algún momento tienes que continuar con tu vida.

—Como si fuera fácil, no, Sam, esto no es fácil, perder a un ser amado no es fácil.

—Y yo no estoy diciendo que lo sea. Simplemente te estoy diciendo que la vida sigue, desgraciadamente la vida es así, nacemos, crecemos y morimos, unos antes que otros, pero al final todos morimos.

—Desde que nací las desgracias ya venían junto a mí, si tan sólo nunca me hubiera enamorado de él, seguiría vivo—me recriminé llorando amargamente.

—No digas eso, que ambos se conocieran ya estaba predestinado. Además, tú lo hiciste muy feliz, así como él, te hizo muy feliz. Quédate con los buenos recuerdos, mientras lo hagas una parte de él, vivirá en tu corazón, y en aquellos lugares que visitaron juntos, atesóralos siempre y agradécele a la vida por haberlo puesto en tu camino, pues, aunque ahora te cueste verlo, él llego a tu vida con un propósito y estoy segura de que más adelante lo entenderás, por ahora llora tu dolor, vívelo, pero no te rindas, no estás sola y en estos momentos te darás cuenta de que hay personas a las que si nos importas—. Ahora, debemos abandonar esta villa.

51

27 de octubre 2021—New York

Conocí a John Thompson, un trece de febrero, ocho días antes de que yo cumpliera diecinueve años, fue como si a propósito la vida misma lo hubiera puesto en mi camino, jamás imagine llegar a amar a alguien con todas mis fuerzas, ni mucho menos que me llegaran a amar con la misma intensidad, aun conociendo cada uno de mis defectos. Él, me enseñó a aceptarme, tal cual soy, a valorarme, a luchar por lo que quiero… pero, sobre todo, me ayudo a desplegar mis alas para que volara.

aún, cuando ya casi se cumple un año de su muerte, me sigue doliendo su ausencia, no hay día en que no lo recuerde, y me eche a llorar, sobre todo cuando llegan aquellas fechas especiales, y para mi mala suerte hoy es una de ellas, pues hoy cumpliríamos tres años de novios, tres años de habernos dado nuestro primer beso frente aquella rueda de la fortuna en Coney Island. Ahora lo único que me quedan son aquellas cartas y fotografías que tanto atesoro, mientras que de a poco voy reviviendo cada uno de los momentos que pase al lado de él, recuerdo la vez en que nos hicimos nuestro primer tatuaje, cuando miramos el atardecer en la playa, cuando bailamos bajo la luz de la luna, incluso cuando me enseñó a patinar o cuando ambos inexpertos probamos diferentes tipos de vinos y terminamos muy ebrios. John, fue mi primera vez en todo: Fue la primera persona a la que ame, a la que le conté mis secretos, mis miedos y anhelos, la primera persona con la que fui realmente yo, él, fue la primera persona a la que me entregue por amor, fue mi primer amor bonito, desinteresado, sincero y real, tanto que duele. ¿Por qué la vida es tan cruel? ¿Por qué te arrebató de mi lado? Esas son las preguntas que siempre me hago, y de las cuales espero obtener una respuesta, me siento tan culpable por no haber podido estar a su

lado una última vez. Con la vista nublada por las lágrimas, acaricio el frio mármol de la tumba, mientras contemplo su nombre escrito. Sam, dice que mientras lo recuerde, él siempre vivirá en mi corazón, que cada paso que dé, él siempre los dará conmigo, que no estoy sola, porque él ya es mi Ángel guardián, y realmente quisiera que así fuera, sólo así podría encontrar consuelo.

—Perdóname por haber sido una cobarde, mi amor… por tonta te perdí—digo sollozando.

—Jul… es hora de irnos.

—Quiero quedarme un rato más—digo suplicante.

—Ya se está haciendo tarde, además está empezando a refrescar.

—No me importa, no quiero dejarlo sólo.

—A él, no le habría gustado verte así, tienes que entender que la vida sigue, ¿Qué fue lo que te dijo John, cuando te entrego esta cadenita? —pregunta Sam, tomando el dije en forma de mariposa.

—Que yo era como una mariposa, que estaba atrapada en una crisálida y que con el tiempo aprendí a desplegar mis alas, que él deseaba verme volar y llegar muy lejos.

—Lo ves, tienes que hacerlo. Estoy segura de que eso le haría muy feliz—dijo tratando de reconfortarme—. Escucha, Jul… vive y siente tu dolor, si quieres grita, llora todo lo que tengas que llorar, patalea, maldice… pero por nada del mundo vayas a dejarte caer. La vida continua, ¿de acuerdo?

—Eso es lo que estoy intentando hacer, pero nadie comprende mi dolor.

—Estamos preocupados por ti, ya no sales de casa, lloras hasta quedarte dormida, y aunque lo quieras negar sabes que es verdad, pues te hemos escuchado llorar y no sabes lo mucho que nos parte el corazón verte así. Ahora es normal que te duela la perdida de John, y a todos nos duele, pero veras que, con el tiempo, ese dolor se ira haciendo cada vez menos—dijo, ayudándome a poner de pie.

—Hasta pronto, mi amor—murmuré, dejando un pequeño arreglo de rosas rojas.

—Gracias, John, por haber llegado a la vida de mi prima, Gracias por haber existido… te vamos a extrañar—finalizo, colocándole un ramo de orquídeas.

Carta de despedida

Te fuiste demasiado pronto, que tu partida me sigue doliendo a diario.

Tú fuiste mi primer y verdadero amor, aquel con el que soñaba casarme, me imaginaba enfundada en un bello vestido blanco, entrando del brazo de mi hermano, tú parado en el altar acompañado por Alexander y Steven, mirándome con aquella sonrisa que me transmitía paz. Decir nuestros votos, jurarnos amor, fidelidad y respeto ante Dios y aquellas personas que nos apoyaban.

Anhelaba formar una familia contigo, tener hijos y ver como con el pasar del tiempo hacían sus vidas y nos daban nietos, a los cuales adoraríamos, envejeceríamos en nuestra casa de Londres, en donde recordaríamos nuestra juventud con orgullo, debido a cada uno de los obstáculos por los que tuvimos que pasar para poder estar juntos. Sin embargo, tú te marchaste primero, dejándome a mí con un gran vacío en el corazón.

No hay día en que no llore tu partida, ni noche en la que me desvele, rogándole a Dios que todo esto sea una pesadilla. Quisiera unos minutos más a tu lado, poder retroceder el tiempo, para poder volver a ver tu linda sonrisa, para escuchar tu melodiosa voz decir lo mucho que me amas.

Extraño tus ocurrencias, extraño cada canción que solías dedicarme… ¡Te extraño!

Me gustaría decir que el habernos conocido fue un grave error, pero estaría mintiendo, ya que…

Tú me salvaste, aún sin conocerme, me tendiste la mano, a mí… una completa extraña, no esperabas nada a cambio, tu preocupación era genuina, esa transparencia tuya y ese gran corazón me incentivaron a confiar en ti, el poder mirar la vida a través de tus ojos, me devolvieron las ganas de seguir viviendo y luchando contra esas voces que me atormentaban. A tu lado

me sentía invencible, pues en tus brazos me sentía protegida, tú eras mi refugio.

Para mí cada día es una batalla que tengo que ganar para no sumirme más en esta gran agonía, ya que… cada cosa, lugar o canción me recuerdan a ti, justo ayer me atreví a visitar Central Park, regresar a nuestro lugar preferido, hizo que mi corazón se estrujara y mi vista se viera nublada por las lágrimas que sin cesar corrían por mis mejillas. Intente ser fuerte, pero fracase, no supe cuánto tiempo estuve ahí, ni siquiera me importo que estuviera lloviendo y que pudiera enfermar debido a que mi ropa estaba empapada, eso me tenía sin cuidado, ya que lo único que anhelaba en ese momento es que tú, estuvieras ahí, sentado en aquella banca, esperándome con esa gran sonrisa, que al verme te pusieras de pie y me tendieras la mano como solías hacerlo cada vez que nos encontrábamos.

Ahora me encuentro en la oscuridad y soledad de mi habitación, ya que Sam y Steven, se encuentran conversando con gran pesar en la sala, sé que ellos detestan verme mal, pero… ellos no pueden entender este dolor que siento, para mí la vida ya dejo de tener sentido, ya no tengo una razón para seguir luchando, ya no quiero hacerlo, sólo quiero poder estar a tu lado una vez más. ¿ Acaso estoy pidiendo mucho?

Vuelvo a mirar aquella foto que nos tomamos justo aquel veintisiete de octubre frente a la rueda de la fortuna en Coney Island, aquella noche en la que oficialmente me pediste fuera tu novia. Ese día siempre lo voy a recordar, pues fue ahí donde me sentí la mujer más dichosa del mundo, abrazo con fuerza esa foto, como si mi vida dependiera de ello, y es que así es, mi vida ahora depende de recuerdos que son dolorosos, mientras una parte racional de mí me dice que ya no vas a volver, la otra parte irracional sigue esperanzada en que esto sólo sea una pesadilla, que tarde o temprano voy a despertar de este mal sueño y que al abrir los ojos voy a volver a ver tus ojos azules, y aquella sonrisa que tanto amo, pero la realidad siempre termina golpeándome en la cara, gritándome con fuerza que tú no vas a volver y así pasan mis días, sumidos en dolor y desesperanza,

esperando que el ángel de la muerte se compadezca de mí y me lleve a tu lado, pero… tal parece que la vida tiene otros planes conmigo.

Ya han pasado dos años de tu partida y no voy a negar que me sigue doliendo tu ausencia, sin embargo, entendí, que no puedo seguir así, sumida en el dolor, pues sé que no te hubiera gustado verme sufrir. Quiero que descanses, que puedas encontrar paz en aquel lugar en el que algún día volveremos a reunirnos y esta vez para siempre. Esto lo entendí gracias a Mary, quien con su ayuda profesional me fue guiando en este proceso llamado « Duelo » fue ella quien hizo que yo leyera un libro muy especial, y que gracias a este pudiera entender la importancia de dejarte descansar ya que, no quiero que mis lágrimas apaguen la vela que va guiando tu camino hacía el descanso eterno, ni mucho menos deseo que sufras al verme mal, quiero que estes orgullosos de mí, que me veas volando alto, cumpliendo cada meta, y viviendo la vida plenamente como tú solías hacerlo.

Por eso en esta carta quiero decirte que mi amor por ti nunca va a acabar, que el dolor de tu ausencia seguirá, más sin en cambio prefiero mantener tu recuerdo vivo en aquellos instantes tan preciosos que me regalaste en vida, prefiero pensar que tú caminas a mi lado, y que ahora eres mi ángel guardián.

Gracias por haber nacido, por haber llegado a mi vida a darle color y sentido, gracias por enseñarme a volar. Gracias por ese veintisiete de octubre.

Tuya siempre Julieta de Thompson**.**

Tomo con sumo cuidado aquella hoja y tras doblarla en dos, salgo hacía mi balcón, puedo observar la luz de la luna, incluso como una estrella brilla más que las otras, sonrió al imaginarme que tú eres esa estrella, tras llenar mis pulmones de aquel aire nocturno, procedo a sacar el encendedor que llevo en el bolsillo de mi pantalón, para quemar aquella carta, poco a poco la hoja se va

consumiendo y aquel inminente peso que llevaba cargando, se va haciendo más liviano, porque sé que esta carta ha llegado a ti.

Epilogó

Tiempo después

Finalmente, Matthew, estaba en el lugar que merecía estar, pues gracias a las pruebas y testigos, fue declarado culpable y no sólo eso, sino que por primera vez me atreví a enfrentarlo y hablar sobre cada una de las atrocidades que me hacía, ahora ya no me daba miedo hablar con la verdad, a la mala había aprendido a alzar la voz, y eso estaba bien, sentía que me estaba quitando un gran peso de encima, por fortuna Patrick, Daniel, Samantha, Steven, Mary, Geraldine, y Sebastián, estuvieron conmigo en todo momento, y vaya que los necesitaba, pues ahora más que nunca la prensa no dejaba de acosarme, debido al gran escándalo de Matthew, aunque a decir verdad ya no me importaba lo que ellos dijeran o publicaran en aquellas revistas de chismes.

Así como algunas cosas fueron mejorando, otras empeoraron. Por ejemplo Hamilton Corporation, perdió a varios socios, pues ya ninguno deseaba tener algo que ver con Matthew, lo que ocasiono que sus acciones cayeran, obligando a Steven a tomar el mando total de la empresa, y aunque al inicio le tomo demasiado trabajo volver a ganar aliados, al final lo consiguió, me daba mucho gusto ver como aquel legado tanto de su padre y tío, volvía a resurgir, en cuanto a mi familia, mi padre tomo la decisión de retirarse de la empresa, cediéndole su lugar a mi hermano, quien no tardo en demostrar su capacidad y tenacidad, para seguir manteniendo el prestigio de la empresa, aparte de ser un gran líder, ha madurado demasiado, y estoy casi segura que antes de que acabe el año, él y Geraldine anunciaran la fecha de su boda. En cuanto a mi madre, inevitablemente ella se vio muy perjudicada al ser cómplice de Matthew, pues ahora su línea de ropa se había ido a la quiebra,

mientras que las grandes casas de moda, dejaron de respaldarla, pues lo que menos deseaban era que su prestigiosa imagen se viera igualmente manchada, no quedándole más remedio, mi madre termino mudándose en un vecindario un tanto modesto y alejándose por completo de la vida pública, mentiría si digo que la he visto o si quiera llamado, pues aunque tal vez este mal, no siento cariño alguno por aquella persona que desde que tengo uso de razón, siempre me lastimo con cada una de sus hirientes palabras. Y en cuanto a mí, aparte de haber creado una fundación junto con Patrick, para apoyar no sólo a las mujeres que sufren de algún tipo de violencia, sino que también a los adolescentes que padecen ansiedad y depresión, sigo yendo a terapias con Mary, gracias a eso, y el de poder dar a conocer mi historia en mi fundación, los atracones de comida y el de estarme provocando el vómito, han cesado, y no puedo estar más orgullosa de mí.

Ahora, me encuentro mirando por última vez el lago de Central Park, me trae tantos buenos recuerdos, es verdad que sigo pensando en John, pero ahora cada vez que lo hago, ya no siento dolor, al contrario siento dicha y felicidad, pues fui realmente afortunada al haber encontrado a un hombre maravilloso, cada día estoy convencida de que la vida ha sido muy sabia, pues puso a John en mi camino para que me enseñara el verdadero significado del amor, de la amistad, pero sobre todo para que me enseñara a amarme, y que me atreviera a salir de mi zona de confort.

Finalmente puedo decir que me siento feliz y plena, porque de a poco estoy haciendo realidad cada uno de mis proyectos, mismos que en el pasado veía muy lejanos, estoy a pocas horas de partir al aeropuerto para abordar un avión que me llevara a Londres, para ser exactos a Cambridge, pues… he sido aceptada para impartir clases de literatura. Espero que él, donde quiera que esté, se sienta orgulloso de mí. «Estoy lista para desplegar mis alas y volar muy lejos, John, tal cual te prometí» —digo besando el dije en forma de mariposa, mientras miro al cielo—. Gracias por haber sacado lo mejor de mí.

AGRADECIMIENTOS

Si has llegado hasta aquí, quiero agradecerte por haberme acompañado, ha significado mucho para mí. Por esa misma razón, quiero dedicarte desde lo más profundo de mi corazón, que te sucedan cosas maravillosas, que sueñes en grande y que luches por lo que quieres.

Y si a lo igual que yo, eres una persona que día con día lucha contra su reflejo en un espejo, si estás sufriendo algún tipo de acoso, o si por tu cabeza ha pasado en ponerle fin a tu vida, quiero que sepas que no estás sólo (a). Que eres fuerte, incluso más de lo que te puedes imaginar, eres inteligente y muy valiente. No permitas que nadie te diga lo contrario. Cada vez que sientas esa gran inseguridad o que aquellas voces negativas empiecen a atormentarte… enumera cada una de tus maravillosas cualidades y aférrate a lo positivo, no dejes que esas horribles voces ganen la batalla.

Amate tal cual eres, sin importar tu color de piel, de ojos, o tu complexión, ya que, aunque no lo creas, todos los cuerpos son hermosos y perfectos, no te lastimes sólo por buscar la aceptación, y si sientes que no puedes con esto, pide ayuda, el pedir ayuda no te hace cobarde ni mucho menos débil.

Te quiero bien, con vida, feliz, quiero que cuando te mires al espejo, te repitas que…**eres fuerte, inteligente y valiente.**

Dedico esta novela a mi familia, por apoyarme a seguir adelante con este gran sueño, a mis lectores por creer en mí, a Lorena S. Lawrence, una autora a quien admiro muchísimo y que tengo la fortuna de poder llamar amiga, por ofrecerme su ayuda y apoyo incondicional para que siguiera adelante con este proyecto.

A Nancy González quien fue mi primera lectora y que a la fecha se sigue emocionando con cada historia que escribo, a mis queridos amigos: Isaac Cervantes, Elizabeth Pérez, Leonor Soto, y Wendy Landa, quienes han estado alentándome en cada paso que doy, que se alegran con las cosas buenas que me suceden y celebran conmigo

Pero sobre todo quiero hacer una dedicatoria especial a Sebastián mi querido sobrino, pues desde el día en que él llego a este mundo ha logrado sacar lo mejor de mí. sólo basta con ver su sonrisa o escuchar su voz para que mi día mejore.

💜

Al igual que el amor, la música lo transforma todo.

Escanea el código y descubre la banda sonora que late al ritmo de esta historia.